Tania Rodríguez Salazar

Los celos y las infidelidades: tecnologías, emociones y poder

Universidad de Guadalajara

intimidad & emociones

Los celos y las infidelidades:

tecnologías, emociones y poder

306.736
ROD
Rodríguez Salazar, Tania
Los celos y las infidelidades: tecnologías, emociones y poder/ Tania Rodríguez Salazar.
Primera edición, 2022
Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2022.

ISBN: 978-607-571-772-2

1.- Relaciones hombre - mujer - Guadalajara - Área metropolitana - Estudio de casos.
2.- Relaciones hombre - mujer - Colima - Área metropolitana - Estudio de casos.
3.- Tecnología de la información - Aspectos psicológicos.
4.- Relaciones interpersonales - Aspectos psicológicos.
5.- Celos - Aspectos psicológicos.
6.- Medios digitales.
7.- Emociones.
8.- Amor - Aspectos sociales.
9.- Infidelidad.
I.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos.

Este libro deriva del proyecto titulado "Intimidad y relaciones de pareja en la región Centro-Occidente del México contemporáneo: desafíos socioculturales", apoyado por el CONACYT en la convocatoria Ciencia Básica 2016-01 con número: 245227/BC284023, Fondo Sectorial de Investigación para la Educación.

Primera edición, 2022

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Unidad de Apoyo Editorial
Guanajuato 1045
Col. Alcalde Barranquitas
44260, Guadalajara, Jalisco, México
Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ISBN: 978-607-571-772-2

Editado y hecho en México
Edited and made in Mexico

Tania Rodríguez Salazar

Los celos y las infidelidades:
tecnologías, emociones y poder

Universidad de Guadalajara
2022

Índice

Introducción 11
Las relaciones heterosexuales y sus marcajes socioculturales 18
La organización del texto 23

1. Las relaciones de pareja y el mundo onlife 25
El régimen emocional del amor romántico y la monogamia 26
El feminismo y la crítica al amor romántico 30
La sexodiversidad y la crítica a la heternormatividad 34
Las no monogamias y el movimiento poliamoroso 36
Las infidelidades, los celos y el sistema de la monogamia 37
La micropolítica de las relaciones de pareja 40
La complejidad emocional 42
Los lugares sociales y las normas de pareja 42
Los estereotipos y las desigualdades emocionales 44
Las oportunidades emocionales y el género 46
Las parejas en el mundo onlife: la fluidez entre actos presenciales y digitales 54
Los celos románticos, entre las interacciones presenciales y las digitales 59
Situaciones de interacción, detonantes y reacciones frente a los celos 62
Los nexos entre los celos, el control, la vigilancia y la violencia 66

Las infidelidades en internet, continuidades y discontinuidades ... 70
Conclusiones ... 73

2. Los celos onlife: relatos autobiográficos entre la libertad y la sujeción ... 75
Las complejidades de los celos románticos ... 76
Los celos femeninos: entre la aceptación y el distanciamiento ... 81
Los celos atribuidos a las mujeres y las expectativas masculinas ... 87
Los celos fingidos, los celos violentos y otras variantes de celos femeninos ... 94
Las mujeres no celosas, una manifestación de los cambios socioculturales ... 97
Los celos masculinos: defensa del matrimonio, condena de la infidelidad y justificación de la violencia ... 103
La disposición a la ruptura ... 107
Los celos posesivos y violentos ... 112
Los celos digitales masculinos y femeninos ... 122
Conclusiones ... 136

3. Las infidelidades onlife: sospechas, descubrimientos y tipos de relaciones ... 141
Las tentaciones onlife de relacionarse con terceros: entre la aceptación y el rechazo ... 141
Los vínculos del pasado: los ex ... 156
Las tecnologías y el comienzo de relaciones extramaritales o segundas relaciones ... 160
Las inscripciones digitales en las sospechas y descubrimientos de infidelidades ... 172
Conclusiones ... 181

4. La extraconyugalidad y el género, entre lo unilateral y lo mutuo 185
Las ambivalencias emocionales y la doble moral en las infidelidades 185
Infidelidades masculinas unilaterales 190
El silencio masculino y las confrontaciones femeninas 206
Infidelidades femeninas unilaterales y mutuas 210
Las infidelidades mutuas y los matrimonios semifelices 214
De las infidelidades mutuas al cuestionamiento de la monogamia 230
El sufrimiento en la extraconyugalidad y la emergencia de nuevos ideales 236
La rivalidad, la competencia y el contacto entre esposas y amantes 241
Conclusiones 244

Conclusiones: la micropolítica de los lugares sociales y emocionales 247
Los celos y la desconfianza como manifestaciones de desigualdad emocional 249
El derecho a sentirse ofendido/a: una interpretación a partir de los celos 250
El lugar emocional de quienes anhelan o controlan el compromiso relacional 253
La agencia femenina hacia relaciones más equitativas y en contra del lugar de quien sufre más en la pareja 254

Anexo I. Entrevistas semiestructuradas, narrativas y emociones 261

Anexo II. La muestra cualitativa 265
La selección de fragmentos narrativos 269

Bibliografía 275

Introducción

Este libro trata sobre tecnologías, emociones y poder en las relaciones de pareja, tomando como referentes dos ámbitos de experiencia relevantes en regímenes amorosos monógamos: los celos y las infidelidades. Las parejas, en cualquiera de sus formas, son un objeto de estudio relevante, porque implican prácticamente a cualquier persona y sus expectativas de realización personal y emocional. Pero sobre todo porque las relaciones normativas y no normativas son espacios donde los ideales culturales, las expectativas sociales y las experiencias vividas en torno al género, el amor y la sexualidad se producen, resignifican y se resisten. Como tales, las experiencias de pareja, aunque aquí se limitan a la heterosexualidad y a dos consecuencias asociadas con normas de exclusividad sexual y emocional, son un campo de observación de dinámicas de poder, de reproducción o cambio social en las relaciones sociales, así como de los impactos de la creciente digitalización de la vida cotidiana.[1]

---

[1] Este libro es un producto de la implementación del proyecto *Intimidad y relaciones de pareja en la región centro-occidente del México contemporáneo: desafíos socioculturales* (2018-2023) financiado por el Conacyt en la convocatoria CB-2016-01 con el número: 245227/CB284023. Se trata de un proyecto colectivo e interinstitucional en el cual colaboramos por parte de la Universidad de Guadalajara, la Dra. Zeyda Rodríguez Morales (responsable técnico) y la autora de este libro, Dra. Tania Rodríguez Salazar; de parte del ITESO, la

Las tecnologías, las emociones y el poder son los tres ejes de la discusión que aquí se presenta. Las mediaciones tecnológicas, como han apuntado Kember y Zylinska (2012) remiten a formas de vida y a "procesos complejos e híbridos que son simultáneamente económicos, sociales, culturales, psicológicos y técnicos" (p. XV). Siguiendo este planteamiento, Edgar Gómez Cruz (2022), desde el contexto latinoamericano, plantea que "no hay una clara separación entre las personas y sus tecnologías, y que estas no se reducen a ser un medio para nuestros fines, sino que son parte intrínseca de lo que somos" (p. 28). En su opinión las tecnologías digitales son "tecnologías vitales", pues están inmersas en una infinidad de actividades cotidianas, como ha sido claramente observado y experimentado durante la pandemia mundial por el coronavirus. No obstante, es importante tener en cuenta que "No todas las tecnologías tienen la misma vitalidad ni tienen el mismo poder para generarla" (p. 30).

La vitalidad de las tecnologías, en mi opinión, también se observa en que están impregnadas de emocionalidad y participan de múltiples maneras en las complejas configuraciones de la vida en pareja. Las tecnologías son mediadoras de la expresión, experiencia y comunicación de sentimientos y emociones. Los medios digitales son canales de expresión emocional tan complejos como los presenciales. Se puede controlar el grado de implicación que se quiere asumir ante la falta de corporeidad y de simultaneidad. Esta condición de las interacciones mediadas por tecnologías hace posible que estas se usen para expresar emociones, pero también para regularlas o controlarlas (ver Serrano Puche, 2016). Dentro de las tecnologías digitales, destacan los teléfonos celulares, por ser, de acuerdo con Serrano Puche (2015), el artefacto con mayor carga emocional dentro del conjunto de las tecnologías digitales en tanto es un objeto material como uno cultural, además de que participa de múlti-

Dra. María del Rocío Enríquez Rosas; y de parte de la Universidad de Colima, la Dra. Ana Josefina Cuevas Hernández.

ples actividades diarias y actualmente es el dispositivo más usado para acceder a las diversas plataformas de internet.

Cartografiar y analizar narrativas de celos e infidelidades ha sido clave para reconstruir un mapa político sobre cuándo determinadas experiencias denotan poder y cuando impotencia, cuando pueden ser controladas o son irremediables, cuando generan vergüenza y cuando honor, cuando causan más o menos dolor o sufrimiento, y cómo están estratificadas en función del género y la generación. Así mismo las narrativas sobre estos tópicos coadyuvaron para mapear cómo las tecnologías afectivas están contribuyendo a la diversificación de formas en que las personas se encuentran y desencuentran afectiva y sexualmente.

Las narrativas de pareja que nutren estas páginas provienen de un conjunto de entrevistas[2] semiestructuradas realizadas con hombres y mujeres heterosexuales con parejas establecidas, presentes o pasadas, residentes en dos zonas urbanas de la región occidente de México: el área metropolitana de Guadalajara y la zona metropolitana de Colima (ver Anexo I). Estas narrativas autobiográficas de personas con residencia urbana ponen de manifiesto la impronta de discursos plurales en torno al amor, la pareja, el matrimonio, los celos, la infidelidad, la creciente importancia de las mediaciones tecnológicas en las distintas

[2] Las entrevistas se realizaron de septiembre de 2019 a mayo de 2020 e involucraron a un equipo de trabajo campo integrado por las investigadoras principales, becarios/as de licenciatura, maestría y posdoctorado y becarias de investigación de la Universidad de Guadalajara, el ITESO y la Universidad de Colima. Un agradecimiento grande para Ana Gabriel Castillo Sánchez, Kim Elizabeth Romero Sikorski, Dana Esmeralda Valle Galindo, Daniela Silva Peyro, Denisse de Lavene de Choulot Fletes, Paola Iguiniz Ramos, Salvador Iván, Lupercio Madero, Fanny Cervantes González, Rodrigo Alonso Pacas Iñiguez, Carlos Alejandro Gutiérrez Aguilar, Cristina Arévalo Vázquez Lara, Camila Sofía Ceballos Díaz, Jesús Arnoldo Chávez Aguirre y Jorge Alberto Acosta Nava. Todos ellos, en conjunto con las investigadoras principales, hicieron posible la conformación de un corpus de entrevistas de gran calidad, lleno de relatos autobiográficos amplios y vívidos.

etapas de la vida en pareja, pero sobre todo de las emociones y las marcas de género inmersas en dichas historias.

Las emociones y el género, por otra parte, fueron centrales para analizar las relaciones de pareja en la era de la omnipresencia de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) en todos los ámbitos de la vida. Las TIC están inmersas en las nuevas formas de crear intimidad y de juzgar la vida en pareja. La intimidad de pareja se alcanza cada vez más a través de mediaciones tecnológicas. En lo general, podemos constatar que las prácticas íntimas más importantes en la vida cotidiana ocurren indistintamente a través de actos presenciales como digitales (Rodríguez, 2019). La autorevelación, el compartir pensamientos y emociones (Miguel, 2018), la manifestación de afectos con el cuerpo y el vivir juntos (Jamieson, 2012), organizar la economía del hogar y la provisión de cuidados (Zelizer, 2009) se crean a partir de actos híbridos entre lo online y lo offline. Las parejas actualmente, jóvenes y mayores, en prácticamente todas sus etapas están siendo afectadas fuertemente por las posibilidades de la comunicación digital. En este punto, asumo que las parejas mexicanas, como las de otras geografías, habitan, lo que Floridi (2015) denomina, el mundo onlife. Las transformaciones y desafíos que implica este mundo conectado están generando nuevas condiciones para el emparejamiento, normativo o contranormativo, la expresión afectiva, el balance de la relación, la coordinación diaria, el control del tiempo, la vigilancia entre pares, entre muchos otros aspectos de la vida cotidiana que afectan la vida íntima.

Las relaciones de pareja, así como las emociones, y sus correlatos se han transformado en el mundo de la hiperconexión. Las tecnologías de comunicación, analógicas y digitales, tienen la cualidad de ser afectivas y de facilitar la interacción con otros a la distancia. Actualmente las TIC, pero especialmente los dispositivos móviles, las redes sociales, la mensajería instantánea, han facilitado la conexión permanente, la simultaneidad (que puede ser extenuante), la desinhibición emocional, la vigilancia lateral o entre pares, la comunicación silenciosa y discreta, la gestión de la presencia digital y de "yos" múltiples, la reconexión con

personas del pasado, el almacenamiento o la inscripción digital de nuestras identidades, relaciones y afectos, la necesidad de documentar las actividades cotidianas, así como el acceso a información, conocimiento, experiencias y estilos de vida diversos. Todos estos aspectos implicados en las experiencias contemporáneas de buscar, encontrar, permanecer, o terminar con una pareja, sea en la unión formal, la relación ocasional, la aventura sexual, la relación paralela o cualquier otra; sea bajo la hegemonía de la heterosexualidad y la monogamia, o bajo las disidencias LGBTQ+, de las relaciones abiertas, las extraconyugales o poliamorosas, entre otras. No obstante, conviene recordar que este libro proviene de una investigación centrada en población heterosexual que igualmente están sujetas a jerarquías relacionales y suelen implicar fuertes desigualdades de género.

El contexto contemporáneo global, incluido el México urbano, se caracteriza por tensiones sociohistóricas que enfrentan las parejas con respecto a diversos tópicos, incluidos los celos y las infidelidades. Tensiones provenientes de las crecientes discusiones públicas del amor romántico, la sexodiversidad, las no monogamias y el feminismo, y sobre todo, por el gran impacto que tienen los medios de comunicación y las mediaciones tecnológicas en las emociones en el amor y el sexo en pro de la diversificación de modelos relacionales.

El análisis que aquí se desarrolla se nutre de la sociología de las emociones. Las emociones son consideradas como construcciones históricas, sociales y culturales y con el potencial heurístico para revelar los significados que realmente importan en la regulación moral de las relaciones cotidianas (Rodríguez, 2008), así como para descubrir cómo opera el poder en las relaciones íntimas. Asumo junto con Kolehmainen y Juvonen (2018) que "los afectos pueden utilizarse para encubrir, revelar y negociar relaciones de poder y desigualdades relacionales" y por eso representan un recurso metodológico extraordinario para analizar el poder en las relaciones interpersonales. Lo mismo ocurre con la gestión o el trabajo emocional que realizamos las personas cuando tratamos de disminuir, acentuar, o alterar drásticamente nuestras emociones con

el propósito de sentir diferente para ajustarnos a las normas o para la defensa de prácticas disidentes o alternativas (Hochschild, 1979 y 2003; Rodríguez y Rodríguez, 2022).

Las normas, los lugares y los refugios emocionales; la gestión o navegación, las disonancias, la estratificación de oportunidades emocionales son algunos conceptos que han servido para guiar el análisis y la interpretación de lo que ocurre con las parejas, los celos, las infidelidades y el uso de tecnologías digitales. Se realizó una valoración contextualizada, experiencial de las relaciones de pareja a través del análisis de micro narrativas autobiográficas (ver Anexo I) sobre celos e infidelidad en clave emocional. Esto supuso localizar, situar y dimensionar la importancia de determinados recuerdos, juicios, conflictos, contradicciones, y otras experiencias, para ponderar la reproducción y el cambio, las convenciones establecidas y las resistencias que emergen por género principalmente, y ocasionalmente, por generación.

Bajo estos referentes, los resultados de investigación que se presentan fueron el resultado de horas y horas de codificación y recodificación de transcripciones de 81 entrevistas semiestructuradas (ver Anexo II) realizadas a personas en relaciones de pareja establecidas (pasadas o actuales). Se identificaron y clasificaron las experiencias concretas sobre celos, extraconyugalidad e infidelidad,[3] en aras de identificar el papel que desempeñaron las mediaciones tecnológicas y la copresencia, encontrar patrones comunes, así como diferencias por género, principalmente, y en menor medida, por generación y niveles socioeconómicos. Cabe aclarar que a lo largo del libro las nociones de extraconyugalidad, relaciones extraconyugales o extradiádicas son términos equivalentes que utilizo para abarcar el gran espectro que implican las relaciones con

[3] Dentro del gran espectro que implica la extraconyugalidad, las relaciones de infidelidad son aquellas que se desarrollan en la clandestinidad, sin acuerdos ni negociaciones explícitas, bajo el secreto y el engaño a la pareja oficial. Otras formas se acuerdan bajo una ética de la honestidad y el consenso.

terceros, sea que estas tiendan a ser clandestinas o negociadas, condenadas moralmente o no, presenciales, virtuales o híbridas, sexuales o emocionales.

Los códigos generados pasaron por procesos constantes de separación y agrupación, con el propósito de relacionar segmentos del texto con interpretaciones propias o con resultados de otros estudios en el mundo que, sin importar la geografía, convergían con lo observado en nuestros propios datos. Esta forma de tratar los datos cualitativos tiene la ventaja de que permite trabajar con corpus de entrevistas relativamente grandes, como el de este proyecto, aunque tiene la desventaja que la identidad y la narrativa amplia de los informantes se pierde en la fragmentación. No obstante, los testimonios citados a lo largo del texto fueron elegidos para ilustrar hallazgos o interpretaciones a partir de su riqueza íntima, emocional y dialógica, y se presentan con una introducción previa, que permite situar lo dicho por el entrevistado en el contexto más amplio de su vida de pareja. Cada testimonio también ha sido referenciado por un pseudónimo, la edad, la situación de pareja, la ocupación y la ciudad de residencia. Estos datos permitirán a los lectores identificar la posición social desde la cual se narran sus experiencias.

La composición de la muestra y sobre todo las preguntas de la guía de entrevistas permitieron evocar testimonios en diversas etapas y momentos cruciales de la relación de pareja. Pudimos observar las transiciones relacionales del estar soltero a unirse o casarse, de no tener a tener hijos, de casarse a separarse, divorciarse o incursionar en la extraconyugalidad, o de la separación y el divorcio a segundos o terceros emparejamientos, así como las luchas, emociones, conflictos, acuerdos, negociaciones, resistencias y emociones que suele implicar la vida en común, si bien en este libro, destacaremos aquellas que involucran el uso de tecnologías afectivas y los relatos que evocaron experiencias de celos, extraconyugalidad o infidelidad.

Las relaciones heterosexuales y sus marcajes socioculturales

El enfoque teórico construido consideró tres puntos de partida sobre las relaciones de pareja: a) que son formas sociales dadas, y como tales, son transindividuales, aunque admitan innumerables variaciones; b) que la fidelidad es un componente clave en el mantenimiento de cualquier relación en el largo plazo, pero que la centralidad que se le atribuye depende del contexto histórico y social; y finalmente c) que las relaciones de pareja, como otras relaciones sociales, están inmersas en lógicas de valoración/desvaloración que instauran diferencias y jerarquías, aun dentro de los confines de la heterosexualidad. En la exposición de estos puntos retomaré algunas de las ideas provenientes de un artículo previamente publicado en el que se aporta una perspectiva relacional de las parejas de la mano de George Simmel y se analizan las tendencias de investigación sobre la infidelidad en internet (ver Rodríguez, 2020).

Las relaciones de pareja son una forma social, y como tal, define ocasiones para actuar dentro de las situaciones de la vida cotidiana y puede ser reproducida, manipulada, transgredida, simulada o cuestionada. Por esta razón, estas relaciones se encuentran sujetas a los mismos factores que marcan los vínculos sociales, como son el poder, la competencia, las jerarquías, las divisiones del trabajo, las mediaciones tecnológicas de los afectos y las relaciones, entre otros. Por otra parte, la pareja no se significa a partir de creencias que generamos personalmente, sino a partir de las matrices de significados que circulan en nuestros entornos sociales y culturales (mismos que han sido creados a lo largo de la historia de larga duración). De aquí que podemos considerar que la relación de pareja es una asociación de dos transindividual en la que, siguiendo a Simmel, la fidelidad es un componente clave. De ella depende que las relaciones permanezcan a pesar de que cambian los afectos y la relación misma (Simmel, 1986 y 1986a; ver Rodríguez, 2020).

Por su carácter transindividual, social e histórico, es que los discursos y estructuras de significación en torno al género, el sexo, el amor, la monogamia, la familia y la vida en común son referentes, implícitos

o explícitos, que marcan las dinámicas personales en este ámbito. Las relaciones de pareja entonces, como otros vínculos sociales, pueden generar desigualdades asociadas con las desigualdades provenientes de otras relaciones y las posiciones que ahí se ocupan. Estas desigualdades resultan de las acciones e interacciones que establecen las personas entre sí bajo condiciones y mecanismos generadores de inequidad.

Las parejas, como gran parte de las relaciones sociales, están también sujetas a lógicas de valoración/desvaloración que otorgan prestigio y hacen deseables ciertas formas de relación y estigmatizan otras, haciéndolas despreciables y poco deseables. Dentro del conjunto de relaciones posibles, las heterosexuales son las que ocupan la más alta jerarquía en las valoraciones social, cultural y jurídica en sociedades occidentales, sobre todo si son matrimonios, con fines reproductivos y adscritos al principio de la monogamia. Otros tipos de relaciones heterosexuales ocupan jerarquías inferiores como las uniones consensuadas, aunque el mayor descenso en la jerarquía relacional viene de la mano de los emparejamientos no monógamos como serían las relaciones infieles, las relaciones abiertas o poliamorosas.

De aquí que las parejas no monógamas casi siempre sean clandestinas y se vean obligadas a mantener en silencio sus arreglos. En este sentido, las lógicas de valoración y desvalorización en las relaciones heterosexuales otorgan un papel importante a la fidelidad. Las relaciones más valoradas socialmente serían también aquellas que gozan del privilegio de la exclusividad sexual y emocional, como si eso significara superioridad sobre las que enfrentan asuntos de infidelidad o extraconyugalidad (Rodríguez, 2020).

Cabe destacar que las relaciones extradiádicas o extraconyugales son diversas: abarcan aquellas en las que además del vínculo formalizado en el noviazgo, el matrimonio o la unión libre, se mantiene una relación con un tercero sin el consentimiento del otro/a, generalmente de manera oculta. Algunas modalidades son la aventura sexual (sexo ocasional),

sexo recurrente,[4] intimidad emocional,[5] o relaciones paralelas;[6] pero también se pueden incluir las relaciones fuera de la pareja oficial que son negociadas o acordadas implícita o explícitamente, que no ocurren en secreto, como en las relaciones abiertas y poliamorosas.

Sin dejar de reconocer lo que Rubin (1989) ha señalado puntualmente, que las relaciones sexodiversas son las que ocupan las posiciones más bajas en las jerarquías relacionales, si es importante destacar que dentro de los confines estrechos de la heterosexualidad se juegan también luchas sociales y simbólicas entre diversos modelos relacionales. En estas luchas participan principalmente aquellas que pugnan por la igualdad de género, mayores derechos y libertades sexuales y las no monogamias.

Según Kolehmainen y Juvonen (2018) "las relaciones heterosexuales son arenas persistentes para actualizar convenciones de género y jerarquías, las cuales son con frecuencia explicadas con referencia a los roles estereotipados de género". Las relaciones íntimas son un tipo de

---

[4] El término "aventuras sexuales" remite a relaciones de sexo ocasional, en la que los afectos, no ocupan un papel central; generalmente son relaciones de un solo encuentro presencial, aunque también de cibersexo. En contraste, el sexo recurrente con la misma persona remite a una relación más o menos establecida, aunque no implique conyugalidad (un hogar común o familia e hijos) como en las relaciones paralelas. En este sentido, son relaciones de amantes que pueden llevarse a la distancia, con encuentros más o menos periódicos y de relativamente corta duración.

[5] Las relaciones íntimas emocionalmente con terceros son aquellas en que se establece un contacto recurrente de carácter afectivo y personal, en los que hay comunicación íntima, se comparten secretos y se crean lazos de confianza y solidaridad. Este tipo de relaciones se mantienen generalmente a través de encuentros presenciales y mediaciones tecnológicas, aunque en algunos casos predomina una forma sobre otra.

[6] Las relaciones paralelas remiten a lo que García (2021) denomina como "dobles vidas". Hacen referencia a que una persona está implicada dentro de dos relaciones íntimas, de las cuales solo una existe socialmente (la pareja oficial) y la otra es clandestina. En algunos casos hay hijos con ambas parejas.

relaciones en las que es más difícil fracturar las relaciones de poder, sobre todo si se desea ir más allá de los temas concretos del pago equitativo, las labores domésticas y de cuidado, y se considera el espectro completo de inequidades incluyendo aquellas más sutiles, que cuesta trabajo reconocer, que son irreflexivamente mundanas, complejas y desordenadas (p. 2).

Las relaciones románticas en occidente se asocian con ideales de exclusividad sexual y emocional. Socioculturalmente los celos y las infidelidades están ligadas al amor romántico que involucra creencias sobre la posesión del ser amado y el compromiso tácito de exclusividad sexual y emocional. Bajo este imaginario las parejas se pertenecen unas a otras y el amor (y el ser amado) es un objeto que se desea, se obtiene, se conserva o se pierde. Esta metáfora deshumaniza al ser amado y justifica los deseos de posesión y todo lo que se considera maneras para conservar la misma. "La metáfora del amor como objeto otorga legitimidad al sentimiento de propiedad y los deseos de posesión exclusiva. La lógica de la posesión se opone a otras lógicas de relación basadas en la libertad de elección y en contra de los ideales de amor eterno o irremediable" (Rodríguez, 2017, p. 21).

Esta lógica de posesión está detrás de los conceptos de fidelidad e infidelidad y de todos los conflictos y emociones negativas que le acompañan, incluidos los celos. La fidelidad, en este sentido, es uno de los pilares que sustentan los ideales de pareja contemporáneos, aunque en la práctica los arreglos de pareja revelan que esto ocurre más como principio moral abstracto que como elemento decisorio en la organización de la pareja. Cabe destacar que la infidelidad implica conflicto, sufrimiento y desigualdades de género (sociales y emocionales) sobre todo para quienes ocupan la posición de víctimas. Por esta razón se puede afirmar que si bien la norma de la monogamia se asume con flexibilidad, sigue estando presente como ideal de pareja y como norma moral sobre todo para las mujeres (cuyas infidelidades tienden a ser juzgadas con mayor severidad y a tener consecuencias más graves que las masculinas).

La fidelidad es un ideal que tiende a configurarse como el aspecto más importante de la relación de pareja, por encima de otros requerimientos como el amor, la comunicación, la equidad o cualquier otro. Los ideales de fidelidad, por otra parte, descansan, implícitamente, en la creencia de que una sola pareja puede cumplir la mayor parte de las necesidades afectivas y eróticas independientemente del paso del tiempo (Rodríguez, 2020). La infidelidad supone una transgresión a la norma de exclusividad y emocional en las relaciones de pareja, como escribí antes, admite distintas variantes (p. ej. aventuras sexuales y relaciones paralelas) y se inscribe en el espectro amplio de la extraconyugalidad. Cabe destacar que hay relaciones extraconyugales que no implican infidelidad, como ocurre con las relaciones extradiádicas consensuadas, las abiertas o poliamorosas, sean estas públicas o secretas.

Por otra parte, como se verá más adelante, las relaciones de pareja contemporáneas involucran en prácticamente todas sus etapas, interacciones mediadas por tecnologías. Estas interacciones crean un clima emocional que genera nuevas expectativas y normas, así como abren un sinnúmero de oportunidades para encontrarse, reencontrarse y desencontrarse con otros sin importar si se trata de una relación primaria o secundaria. El campo de observación de estas relaciones y desigualdades está circunscrito en este libro, en las experiencias de celos e infidelidades onlife, aunque por supuesto afectan a un espectro de experiencias muy variado y amplio. Lo onlife, como veremos con detalle en el capítulo 1, supone la imbricación de interacciones presenciales y mediadas en un mundo hiperconectado y cruzado por múltiples tensiones contemporáneas. A lo largo de la investigación se indagaron los lugares de hombres y mujeres en las experiencias de celar a alguien o ser celado; de ser infiel o de que le hayan sido infiel estando en pareja a partir de relatos ricos emocional y vivencialmente. Se pudo observar, que salvo en los casos de algunos adultos mayores, los relatos de los entrevistados aludieron a mediaciones tecnológicas, analógicas o digitales. De modo que este libro analiza también los impactos del mundo onlife en las relaciones de pareja de manera empírica, recuperando relatos autobio-

gráficos, que nos han permitido comprender cómo diferentes aspectos de las tecnologías, antiguas y modernas, están implicadas en múltiples episodios de expresión afectiva, conflicto, resolución, desde el inicio, el avance, hasta la permanencia o ruptura de las relaciones, permitidas o prohibidas, de personas adultas jóvenes, medias o mayores residentes de dos zonas urbanas de México.

La organización del texto

El libro se organiza en cuatro capítulos, uno de ellos de carácter teórico y tres de corte empírico en los que se analizan aspectos puntuales de la vida en pareja. El primer capítulo contextualiza la discusión pública del amor romántico y expone las premisas y discusiones teóricas necesarias para definir el mundo onlife, sus impactos y desafíos para las parejas en un mundo hiperconectado, y en particular, para las experiencias de celos e infidelidades. Así mismo se asientan conceptos para visualizar el poder, las jerarquías y las desigualdades en ese ámbito de la intimidad. El segundo capítulo parte de una visión social y comunicacional de los celos que sirve para hacer un balance empírico de experiencias narradas por hombres y mujeres de distintas edades y ocupaciones. Se muestra que las experiencias de celos son crecientemente diversas, involucran tanto aceptación como crítica cotidiana, y en lo general, dejan al descubierto desigualdades relacionales con respecto al control, la privacidad o la transparencia. El tercer capítulo aborda la fuerte presencia de las mediaciones tecnológicas en la apertura a relacionarse con terceros estando en una relación establecida. Su presencia está en múltiples relatos de tentaciones, sospechas, revelaciones o descubrimientos de infidelidades o relaciones extraconyugales, sea en la modalidad de aventuras sexuales o relaciones paralelas. Estos relatos, por otra parte, reflejan inequidades sociales y emocionales que afectan las vivencias de este tipo en función principalmente del género. El capítulo cuarto, finalmente, muestra que más que valorar la infidelidad debemos analizar infidelidades, en plural. Las vivencias son muy variadas y están marcadas por la posición que se ha ocupado en estas experiencias, así como por las metas relacio-

nales que van cambiando con el tiempo y con los avances en materia de género. Se muestra que las infidelidades masculinas y femeninas son distintas porque las primeras tienden a ser más frecuentes, y generalmente, tienen un carácter unilateral (ejecutadas solo por los varones en la relación diádica), en contraste con las de las mujeres que generalmente están insertas en dinámicas de infidelidades mutuas (realizadas por ambos miembros de la pareja). Así mismo se constatan los dobles estándares en los juicios de las infidelidades femeninas y masculinas, pero sobre todo el papel que han tenido las mediaciones tecnológicas, como recursos prácticos, para que las mujeres puedan gestionar vínculos sexuales o emocionales más allá de la relación primaria. Finalmente, las conclusiones colocan en el centro de la interpretación de los hallazgos el asunto del poder. Se reflexiona sobre las diferencias de género, principalmente, en el acceso al bienestar personal, la posibilidad de expresar emociones negativas (p. ej. como los celos o el enojo), de aceptar transparentar los actos y las relaciones propias, o de obtener el perdón ante una relación extraconyugal o una infidelidad, entre otras.

I. Las relaciones de pareja y el mundo onlife

Este capítulo desarrolla el modelo teórico en el que se enmarca la investigación que aquí se reporta. En primer lugar, se presenta un panorama sobre la creciente flexibilidad del modelo de amor romántico y los desafíos contemporáneos en la regulación sociocultural del amor, el sexo y la organización de la pareja. En la segunda sección, se coloca como central el asunto del poder para comprender las dinámicas relacionales a partir de premisas teóricas sobre las emociones, el trabajo emocional, los lugares y las jerarquías sociales. En la tercera, se define el mundo onlife y se mapean aquellas características de este mundo híbrido entre lo online y lo offline que afectan a las relaciones de pareja en prácticamente todas sus etapas, y en particular, las experiencias que aquí nos interesan. Y finalmente, en la cuarta sección se definen y se caracterizan los celos y las infidelidades en internet a partir de una revisión cualitativa de la literatura académica. Estas discusiones teóricas serán retomadas a lo largo del libro para interpretar hallazgos y profundizar en el sentido e implicaciones de las vivencias narradas por nuestros entrevistados. Me interesa destacar cómo las emociones, las tecnologías y el poder actúan en el ámbito de las relaciones íntimas, y cómo afectan las experiencias de celos e infidelidades que se desarrollan con o sin internet, o de maneras híbridas.

El régimen emocional del amor romántico y la monogamia

El amor romántico ha cambiado desde su emergencia en el siglo XVIII hasta sus fuertes transformaciones a lo largo de los siglos XIX y XX (Singer, 1999; Giddens, 1998), así como ha ocurrido con el matrimonio (Coontz, 2006). El amor romántico, en mi opinión, tiene actualmente las características que William Reddy asocia con el régimen emocional flexible (Reddy, 2001). En contraste con los regímenes emocionales estrictos, "Los regímenes flexibles permiten la navegación y la creación de diversos conjuntos de herramientas de gestión a nivel local, individual o mediante la formación sólida de subgrupos" (Reddy, 2001, p. 126). Las transformaciones contemporáneas del régimen romántico se reflejan en las discusiones públicas en torno a las no monogamias, la sexodiversidad y el feminismo que se expresan en medios de comunicación, antiguos y modernos, así como en las arenas políticas y las conversaciones, decisiones y conflictos en la vida diaria. Estas discusiones y sus impactos en las experiencias y narrativas personales, son una muestra que el régimen emocional del amor es cada más flexible, en el que se tambalea el imaginario romántico, se ponen en duda los valores de la heterosexualidad, el matrimonio, la sexualidad reproductiva, la monogamia y las divisiones por género, aunque no de manera generalizada en todas las experiencias ni en todos los grupos sociales, ni sin contradicciones o disonancias.

En este sentido, se puede afirmar que el amor y sus correlatos en el contexto mexicano, como en otras sociedades contemporáneas, se organizan en un régimen emocional flexible y plural, en el que los actores y los grupos tienen grados de libertad emocional, encuentran opciones de refugio emocional, pero también se debaten nuevos ideales, éticas o ideologías amorosas y sexuales. De acuerdo con lo anterior, las personas asumen en su vida cotidiana, la coexistencia, pacífica o en pugna, entre distintos modos de pensar, mostrar, navegar o gestionar las emociones en sus relaciones, y en ámbitos específicos, como en el caso de los celos y las infidelidades que son el foco de este libro. Esta flexibilidad y pluralidad ha sido fuertemente estimulada por los nuevos contenidos,

formatos y formas de relacionarse que han ganado legitimidad, y que se han beneficiado de las potencialidades de internet para generar comunidades y gestionar encuentros sexo-afectivos.

Como parte de la flexibilización del régimen romántico podemos ver que el matrimonio ha perdido centralidad como forma de organización de la pareja, compitiendo hoy en día con otros modelos que suponen cohabitación, o no. Esta desvalorización del matrimonio va de la mano del menor peso que tienen las instituciones religiosas, civiles y familiares en la regulación de las relaciones de pareja y de la mayor influencia que han ganado los medios de comunicación y la industria de la autoayuda, así como por el impacto de los movimientos feministas, sexodiversos y no monógamos que están pugnando por modelos relacionales más libres, equitativos y abiertos. Dicho de otra manera, la mayor flexibilidad en las relaciones de pareja proviene de que el amor ya no está solo ligado al matrimonio sino también a otras formas relacionales como las uniones libres, las parejas que viven aparte, e incluso, las relaciones sexo diversas o poliamorosas. Sin embargo, estas tendencias no están exentas de reproducciones e inercias históricamente asentadas en nuestra forma de concebir el amor y la pareja. Se han flexibilizado y diversificado las formas aceptadas de relacionarse en pareja, aunque esto no significa que los roles al interior de las uniones de cualquier tipo se hayan transformado radicalmente. Muestra de ello es que a pesar de la diversificación de formas de pareja que son aceptadas, algunos hallazgos sobre parejas que viven aparte (*Living Apart Together Relationships*), por ejemplo, señalan que las dinámicas de género tienden a reproducir lo que ocurre con el matrimonio y refrendan el interés por el compromiso y por la duración (Carter et al., 2015).

Múltiples cambios en la vida íntima contemporánea han sido explicados como resultado de la modernidad tardía, la expansión del individualismo moderno, el desanclaje de las instituciones y comunidades morales de los agentes, la emergencia de un yo autoreflexivo, obligado a decidir, necesitado de sistemas expertos para situarse ante un entorno en el que las instituciones han perdido el poder de dirigir

el rumbo de la vida. Se trata de planteamientos muy influyentes en el campo de la investigación sobre las relaciones íntimas como son los de Anthony Giddens (1998), Ulrich Beck y Elisabeth Beck (2001) y Eva Illouz (2007). Estas interpretaciones sobre las transformaciones de la intimidad, sin embargo, no han destacado la importancia del género en las permanencias y cambios, ni logran explicar el sufrimiento. En contraste con estas perspectivas, Carter y Arocha (2020) plantean que el sufrimiento en las relaciones íntimas no emerge de una tendencia hacia el individualismo, las decisiones reflexivas o el desanclaje de las comunidades morales, sino más bien es el resultado de violencias de género persistentes, normas sociales generizadas y las restricciones materiales y sociales que se imponen a las mujeres –particularmente después de tener hijos– a través de la falta de soporte estatal e independencia financiera (p. 10). Por otra parte, también se ha cuestionado que los cambios sociodemográficos en las tasas de matrimonios, divorcios y uniones libres, sean la prueba máxima de la destradicionalización de la vida en pareja. Sobre este punto, Carter y Smith (2020), cuestionan, sobre todo el desanclaje del matrimonio y otras formas relacionales de las comunidades morales. Lo hacen a partir del análisis de la importancia actual de los marcos comunitarios en la producción de sentido de las bodas y sus regalos. Las mujeres son las que usan y cuidan los regalos de bodas, lo que refleja una división del trabajo en la que las mujeres tienen una relación durable con objetos domésticos, incluidos los regalos de bodas.

La investigación latinoamericana sobre los cambios en la intimidad, también ha sido crítica con respecto a la aplicación de las narrativas de transformación producidas en Europa. De manera particular Nuñez y Zazueta (2012) destacan la imposibilidad de que una narrativa única sirva para comprender lo que ocurre en sociedades tan diversas, multiculturales y con grados de desarrollo distintos. De igual manera estos autores rechazan que las nuevas formas de relacionarse en pareja impliquen una ruptura con las tradiciones. En este mismo sentido, Rojas (2016) y Mindek (2018), de manera independiente, han cuestionado las pretensiones de generalidad y universalidad de las visiones europeas

para explicar a la pareja y la familia, a partir de los casos de la población más pobre, rural o indígena. Por otra parte, Guevara (2005), Tenorio (2012) y Rojas (2016) nos invitan a reconocer que las sociedades latinoamericanas están marcadas por fuertes desigualdades de género y por grandes dificultades para romper con el sistema patriarcal. Si bien es claro que las parejas y la vida íntima se están transformando; esto ocurre a ritmos distintos, con impactos diferenciados en los grupos sociales y bajo múltiples contradicciones y ambigüedades. De aquí que varios estudios puntualizan que en diversos grupos en México, la vida íntima incorpora nuevas prácticas, pero manteniendo un sistema de valores tradicional y conservador que preserva y refuerza los desbalances en las relaciones de poder entre hombres y mujeres (Guevara, 2005). Esteinou (2009), desde un análisis sociohistórico, y Nehring (2014), a partir de una investigación con mujeres profesionistas, encuentran que se han pluralizado las normas, valores y creencias en torno a la pareja y la vida familiar y se han abierto nuevas opciones socialmente aceptables en la vida íntima en México. Hacen notar el paulatino declive de la familia patriarcal y la pluralización contradictoria entre discursos de largo alcance y las experiencias o prácticas personales. En el caso de jóvenes urbanos de clase media, Rodríguez, Z. (2006; 2010) ha señalado que sus imaginarios amorosos recuperan tanto componentes románticos como posrománticos, que sus experiencias están llenas de contradicciones entre nuevos ideales críticos del amor romántico y sus propias emociones o sentimientos que no dejan de recordarles la fuerte impronta que tiene el romanticismo en la regulación de la vida en pareja. Castillo (2014), por otra parte, ha documentado como en el caso de mujeres jóvenes con hijos, independientemente de que vivan o no con sus parejas, los padres tienen un papel regulatorio y de influencia en la dinámica de la pareja y en la vida sexual de las jóvenes: si bien les proveen apoyos, también presionan para que la distribución doméstica y de cuidados se ajuste a un modelo tradicional, instan a las jóvenes a acoplarse al modo de vida de la maternidad y a renunciar a las prácticas del ser jóvenes, a su sexualidad y autonomía.

La interculturalidad, las fuertes desigualdades de género y socioeconómicas, así como la prevalencia de la importancia de la familia y la religión en la regulación de la vida personal y social, son particularidades latinoamericanas que deben reconocerse. Rihm, Sharim, Barrientos, Araya y Larraín (2017, p. 3) lo señalan de manera muy clara "… la inclusión de los discursos de la modernidad tardía en Latinoamérica ocurriría de modo fragmentario y afectaría mayormente a algunos ámbitos de la vida, mientras que en otros persistirían prácticas más tradicionales".

El feminismo y la crítica al amor romántico

La idealización de amor sigue vigente, como ha planteado Mary Evans (2003): tiene un gran valor simbólico y cultural como uno de los principales motores de la acción individual y colectiva. De modo que la determinación personal de encontrar el amor sigue vigente, sin importar los costos que implique. Esta idealización persiste a pesar de la difusión masiva de la crítica del feminismo al amor romántico y de la emergencia de nuevos discursos regulatorios sobre el amor y el sexo.

De acuerdo con Illouz (1997) el amor romántico mantiene una presencia prominente en la cultura mediática, especialmente en el cine y la publicidad; se idealiza cada vez más el tema del amor como valor supremo y se equipara a la felicidad; el amor se asocia cada vez más con el consumo en las nuevas definiciones; de modo que cuando se definen el matrimonio y la vida doméstica se incluyen aspectos como "intensidad" y "diversión". Esta visión mediática renovada del amor romántico, se suma a la cultura occidental de la pareja que supone que vivir con una es mejor que la vida solo, y en consecuencia, que tener una pareja es una aspiración generalizada y un logro necesario para ser feliz (Budgeon, 2008). El feminismo ha puesto en cuestión ideas asociadas a esta cultura, como que las mujeres necesitan a toda costa tener a una pareja para ser felices, para la provisión económica o para el disfrute de la sexualidad. De modo que ha incitado a las mujeres a experimentar

el amor desde la libertad, la autonomía y sin el aislamiento de otros vínculos y redes afectivas.

La crítica feminista al imaginario romántico, sea desde el saber formal o divulgado en medios analógicos o digitales, en conjunto con la mayor visibilidad de discursos y experiencias no monógamas asociadas al poliamor, la hipersexualización moderna, la mayor difusión de la autoayuda, entre otros procesos, están generando nuevas metas relacionales y ambivalencias emocionales (sobre todo en las mujeres), al menos durante periodos de crisis o momentos de mayor reflexividad sobre sus situaciones de pareja. El feminismo ha cuestionado que el amor y la pareja supongan la pérdida de la libertad, la autonomía y la dignidad. Incita a las mujeres, junto con el discurso psicológico, a ser independientes, libres y a poner en entredicho la idea de que su valor depende de estar o no con una pareja, entre otros aspectos que contribuyen a desmitificar el amor romántico (Esteban, 2011). La crítica feminista contemporánea, a su vez, reconoce que las mujeres son agentes sociales, capaces de resistir y sobreponerse a las definiciones hegemónicas que las subordinan. Judy Wajcman afirma que esta crítica "… ha tratado de recuperar el sujeto femenino cuestionando las ideas sobre la pasividad de las mujeres e identificando las distintas formas en que las mujeres resisten activamente a las construcciones convencionales de la feminidad y las subvierten" (2006, p. 169).

El feminismo, por otra parte, es el marco desde el cual hace décadas se están vislumbrando nuevas formas de relación de pareja, basadas en la libertad de elección. Como lo ha descrito Marcela Lagarde:

> Con la perspectiva feminista aparece por primera vez en la historia de la humanidad el amor como algo que no es irremediable ni funciona como una avalancha que te arrastra y te arrasa la vida. Por primera vez aparece el amor como una experiencia en la que se puede intervenir, decidir, elegir, optar, características todas que tienen que ver con la libertad. Cuando es así, el amor se convierte en una experiencia en la que se puede negociar (Lagarde, 2001, p. 36).

El feminismo converge con el *ethos* o discurso psicológico en la promoción de nuevas formas de concebir y vivir el amor, como ha señalado Eva Illouz (2020). Este *ethos* alimenta distinciones dicotómicas sobre las parejas buenas y malas, al mismo tiempo, en que legitima la existencia de conocimientos expertos que puedan determinar los criterios para definir cada tipo de relaciones. También considera como un componente clave del fracaso relacional las experiencias de vida del pasado, asumen que el éxito en las relaciones depende del autoconocimiento y de la habilidad para implementar este conocimiento en la vida y trabajar en sus relaciones con aplicación de estrategias y técnicas que se presumen universales. El dispositivo epistémico para conocerse y mejorarse a sí mismo es la psicoterapia (Illouz, 1997), aunque las incertidumbres emocionales en las parejas no sean un asunto del todo individual (Illouz, 2020).

El derecho femenino al divorcio también ha sido una conquista feminista. Las parejas, en este régimen más flexible, se divorcian más y ya no se estigmatizan a las mujeres divorciadas y a sus hijos o hijas. Los divorcios ya no tienden a interpretarse en la lógica del fracaso, sino de la liberación y de las nuevas oportunidades, con la consecuencia de que los modelos de vida familiar son cada vez más diversos, muchos de ellos de carácter compuesto. Por otra parte, el feminismo ha desmontado las implicaciones de los reconocimientos y las ataduras que significa la maternidad, mostrando que es un hito importante para comprender por qué prevalece la expectativa de que las mujeres actúen roles orientados al servicio de otros (Palomar, 2004), a pesar de que comienzan a resonar voces que claman por los derechos de las mujeres a no tener hijos o exigen la desmitificación de la maternidad y la corresponsabilidad paterna. El ideal de mujer-madre sigue vigente, mientras que el ideal hombre-padre prácticamente nunca ha existido como tal: el tener hijos no es prioritario en la definición de su identidad, su prestigio ni en sus expectativas de realización. Por otra parte, el amor romántico ha contribuido fuertemente al desinterés femenino por el sexo, al vincular a las

esposas con el sexo reproductivo, recatado o desapasionado (Coontz, 2006; Rodríguez, Z., 2022).

Finalmente, es importante destacar que el feminismo ha hecho visible que el amor romántico implica múltiples violencias, y lo más importante, ha impulsado declaraciones, pactos, convenciones, leyes y programas, para disminuirlas o erradicarlas en escalas internacionales y nacionales. Una parte importante de las violencias dirigidas hacia las mujeres son perpetradas por sus parejas íntimas en proporciones muy altas, en países latinoamericanos como México. Celeste Saccomano (2017), a partir del Informe "Estimaciones mundiales y regionales de la violencia contra la mujer" del año 2013 de la OMS, identificó que "en Europa Occidental la tasa de prevalencia de violencia de la pareja íntima (VPI) es del 19.3%, mientras que en América Latina alcanza el 40.63% en la región andina, el 29.51% en América Central y el 23.68% en América del Sur" (Who citado por Saccomano, 2017, p. 52). En este sentido, las relaciones íntimas, en contextos en los que impera la impunidad y el machismo como es el caso de México y de otros países latinoamericanos, son el caldo de cultivo de violencias, incluidas las que solo lastiman emocional o económicamente hasta las que involucran maltrato físico o la muerte. En un contexto de mayores incursiones en la extraconyugalidad, no solo de hombres como ha sido aceptado en la historia del amor romántico, sino también de las mujeres, más dispuestas y con más recursos para ampliar sus vínculos sexuales o emocionales, la violencia de género es una respuesta común. En algunos casos, estas incursiones reales o imaginarias colocan a las mujeres como blancos implícitamente justificados de violencias emocionales y físicas. De acuerdo con Morales (2020, p. 22), los celos, principalmente, aunque también la infidelidad, la separación o el rechazo, entre otros, son motivos mentados por los perpetradores de feminicidios íntimos en aras de justificar moralmente sus ataques.

El amor romántico no solo está ligado a la violencia en la pareja íntima, sino también a la violencia criminal. En el contexto contemporáneo de México, pero probablemente también de otros países del

mundo, ocurre que los delincuentes en la captación o enganche de víctimas de trata, mayoritariamente mujeres, usan principalmente estrategias de seducción y enamoramiento (Torres, citado por Sabido, 2020, p. 139). La discusión que presenta Sabido (2020, p. 139) sobre los aportes y límites de Simmel y Marx en la comprensión crítica y relacional del amor, reconoce que "el amor romántico es un dispositivo afectivo que conecta con las formas de explotación moderna de los cuerpos vulnerables en el capitalismo tardío".

La impronta de esta larga historia de las mujeres ligadas a los lugares sociales de mujeres virtuosas, esposas, madres, que sacrifican sus deseos y placeres en aras de la familia es fuerte, así como también lo es el peso que tienen las violencias machistas en la vida íntima en algunas sociedades. De acuerdo con Kaufmann (2012, p. 141), a pesar de ser algo cuestionado actualmente, las mujeres no han logrado desvincularse de la fantasía del romanticismo sentimental y las restricciones para la vida que conlleva. También la flexibilidad contemporánea frente a la sexualidad femenina se frena ante el gran peso sociocultural que tiene la monogamia, especialmente para las mujeres. Aun en el mundo actual, en diferentes países y sociedades, se privilegian las relaciones monógamas y siguen vigentes las nociones de engaño, infidelidad, adulterio y traición (ver Sahni y Swasti, 2018). Todas estas categorías, que sirven a los varones para pretender justificar sus actos de violencia cuando sus mujeres se relacionan con terceros (ver Howe, 2017), pero también causan sufrimiento y afectaciones a la salud mental y física de las mujeres cuando ocupan la posición de víctimas.

La sexodiversidad y la crítica a la heternormatividad

Los movimientos y discursos de la sexodiversidad, por otra parte, han sido fundamentales para desmontar críticamente la supuesta superioridad de la heterosexualidad; para poner en entredicho el poder de la heteronormatividad obligatoria (respaldado en leyes y normas socioculturales) y para impulsar el reconocimiento de formas de relación de pareja diversas en toda la gama de posibilidades dentro de la comu-

nidad LGBTIQ+. Desde ahí se han revelado los privilegios que implican las relaciones heterosexuales o reproductivas, pero también la enorme diversidad de comportamientos sexuales que se pueden observar en sociedades y grupos sociales, así como al interior de las propias comunidades heterosexuales o diversas. Las luchas por los derechos sexuales y el derecho a la diversidad, como ha planteado Collignon (2011) siguiendo a la Alianza Nacional por el derecho a Decidir-ANDAR, están cuestionando la subordinación de la sexualidad a la reproducción, al matrimonio, el ideal de la maternidad, la naturalidad de la heterosexualidad y que el derecho a la práctica de una sexualidad amplia sea únicamente de los varones. No obstante, empíricamente podemos suponer que los derechos sexuales femeninos están lejos de estar establecidos en la vida cotidiana de las mujeres mexicanas.

Los movimientos sexodiversos han contribuido fuertemente a la discusión de la monogamia, abriendo nuevas posibilidades, como las relaciones poliamorosas, que pretenden ser menos restrictivas en términos sexo-afectivos y se basan en una ética relacional que tiene como principios básicos la honestidad, la comunicación y el consenso (ver Klesse, 2014). Su influencia ha estado potenciada por las plataformas de internet. El poliamor, como señala Pettman (2018) es una opción cada vez mayor, gracias a la capacidad de las tecnologías digitales para acelerar el conocimiento (y tal vez la experimentación) de formas menos convencionales de estar enamorado. De igual manera, como señala este autor, el matrimonio entre personas del mismo sexo recibió su máxima bendición e impulso político gracias a Internet, y seguramente veremos nuevas codificaciones de la intimidad, incluido un desafío a la monogamia obligatoria, que emergen de la "meta-charla" (Pettman, 2018, p. 16).

Por otra parte, los discursos sobre la sexodiversidad y los derechos sexuales también contemplan discusiones que afectan a las relaciones heterosexuales, sin importar que ocupen la cúspide de las jerarquías relacionales instituidas. Dentro de esa hegemonía, también hay jerarquías socioculturalmente instauradas entre las parejas, a partir de los niveles alcanzados de fidelidad, exclusividad sexual o emocional; de la

presencia o ausencia de celos, compromiso, duración, plenitud sexual o felicidad. Las relaciones heterosexuales, en este sentido, también enfrentan disputas de sentido sobre cuáles deberían ser las relaciones más valoradas, las que merecen mayor reconocimiento, estima y emulación, frente a las que son estigmatizadas, criticadas o menospreciadas (por ejemplo, las relaciones extraconyugales o las relaciones violentas). De manera que pueden ser también objeto de conocimiento crítico al observar sus variaciones y los esfuerzos de hombres y mujeres para sortear los imperativos del matrimonio, la monogamia o la sexualidad reproductiva. Estas relaciones no son estáticas, están también sujetas a regulaciones de género que limitan sus posibilidades y que reproducen desigualdades, que pueden ser desafiadas a partir de la capacidad de agencia de los actores sociales y la puesta en marcha de múltiples resistencias.

Las no monogamias y el movimiento poliamoroso

Bajo el régimen romántico, cada vez más flexible, las relaciones extraconyugales ocurren bajo el formato de infidelidades que como he anticipado, suelen estar fincadas en desigualdades de género, dramas y sufrimientos cotidianos. Estas infidelidades, en algunos casos, constituyen refugios emocionales para escapar de matrimonios semifelices o relaciones abusivas, pero en otros, implican más bien el disfrute de privilegios masculinos gestados a lo largo de la historia en sociedades patriarcales. En la práctica, aunque sea bajo el secreto y la trasgresión de normas de exclusividad sexual y emocional, muchos hombres y mujeres se involucran en el mundo diverso y amplio de la extraconyugalidad con ambigüedades emocionales y sin formar parte de un movimiento en contra de la monogamia.

A finales del siglo xx han ganado visibilidad e interés otras formas no monógamas de relación que, contrariamente a la infidelidad, están fincadas en una ética de la honestidad y el consenso. Me refiero a las relaciones poliamorosas. Christian Klesse (2014) relata el surgimiento del poliamor en los diversos debates sobre la no monogamia en movi-

mientos sociales y subculturales. Destaca que el poliamor inició en las comunidades homosexuales, lésbicas, bisexuales, aunque ahora también es objeto de interés en heterosexuales. Supone la posibilidad de mantener relaciones románticas y/o sexuales con varias parejas simultáneamente sin engaños ni dobles vidas. Internet ha sido un gran aliado para la difusión del poliamor y para la creación de comunidades poliamorosas. De formas muy variadas el poliamor se presenta en redes sociales como una alternativa frente a relaciones románticas basadas en la posesión y las exigencias de exclusividad.

El tema del poliamor ha sido fuertemente abordado por la ciencia popular o la autoayuda. En la academia o la investigación es una forma de relación poco estudiada (Klesse, 2014). No obstante, se puede suponer que las relaciones poliamorosas en muchas ocasiones se manejan en secreto, al igual que las infidelidades; en otras se acompañan de un activismo político-digital para favorecer otras formas de relación no heteronormadas o la identidad poliamorosa; en otras, suponen anhelos que más bien se declaran y forman parte de las ideologías de los jóvenes, pero que no se concretan en las prácticas libres de violencias y emociones negativas.

Brigitte Vasallo (2018), una feminista catalana, ha sido crítica del poliamor aduciendo que la multiplicidad no excluye de tajo las desigualdades y las violencias que suelen implicar las relaciones íntimas en sociedades patriarcales. De aquí que lo más importante, desde esta visión del feminismo, no es decidir si las relaciones se tienen con una persona o con más de una, sino combatir las lógicas de la competencia en los mercados románticos y sexuales y las desigualdades de género que marcan las relaciones de pareja.

Las infidelidades, los celos y el sistema de la monogamia

Las experiencias de pareja, y en particular de celos e infidelidades, están en el centro de discusiones públicas extensas y poderosas sobre los pilares del amor romántico, la monogamia, la desigualdad genérica y la heteronormatividad. Con respecto a los celos y las infidelidades,

cobra especial relevancia discutir con mayor detalle el sistema de la monogamia. Es uno de los grandes pilares del amor romántico, un sistema que según Vasallo (2018) constituye el marco invisible a partir del cual se romantiza el vínculo, el compromiso sexual, la exclusividad mutua, la reproducción y se estigmatizan, aunque también se perdonan y toleran, las infidelidades, los adulterios, así como a los y las amantes. Vasallo (2018) señala que:

> El sistema monógamo dictamina cómo, cuándo, a quién y de qué manera amar y desear, y también qué circunstancias son motivo de rabia, tristeza, qué nos duele y qué no (p. 32).

Este sistema, continúa Vasallo (2018), "distribuye privilegios", "organiza" los vínculos generando "jerarquías relacionales" a partir de otorgar "centralidad" y "superioridad" a los vínculos reproductivos. Este carácter se establece con una sobrevaloración de la exclusividad (como marca de superioridad), la creación de una "identidad conjunta" (somo pareja, en lugar de estamos en pareja), así como por la habituación a la "competencia" por situarse en las formas relacionales de mayor jerarquía y la "confrontación" para alcanzar y mantener estas posiciones a lo largo de la vida.

No obstante, este sistema es hegemónico en nuestra sociedad mexicana, así como en otras sociedades del mundo, constantemente es desafiado en los arreglos de pareja prácticos y por nuevas formas relacionales que cada vez son más visibles y coherentes en la articulación de discursos elaborados a favor de las no monogamias, como podrían ser las relaciones abiertas o poliamorosas.

La monogamia es el sistema que rige las relaciones románticas en múltiples sociedades, incluida, por supuesto, la mexicana, sobre todo en sus áreas urbanas y mestizas. Estas relaciones suelen estar ligadas a ideales de exclusividad sexual y emocional que están detrás de las experiencias que aquí se analizan. No obstante, la realidad de las parejas

admite muchas variedades que implican diversos grados de transgresión a la norma de la monogamia. Con respecto a la sociedad mexicana, Lydia Cacho (2014, pp. 366-367) elaboró una lista amplia de los múltiples arreglos que entran en lo que refiere como "amor posmoderno" en los que aparecen matrimonios tradicionales, matrimonios convencionales con permisividad para el adulterio masculino, amistades con privilegios sexuales, matrimonios abiertos, parejas nodales abiertas, triejas, entre muchos más.

Por otra parte, como ha advertido Vasallo (2018), el problema con la monogamia es su obligatoriedad y la penalización de otras formas de relacionarse. Las no monogamias, como sucede con las relaciones abiertas o poliamorosas, si bien siguen siendo penalizadas, tampoco representan una alternativa automática: "En la práctica, la multiplicidad implica maltrato, descuido, indiferencia, desamor, dejadez y banalidad. Pero esto no es consecuencia de la multiplicidad, sino de la manera en que nos situamos en esa multiplicidad, como utilizamos la multiplicidad en favor del capitalismo sanguinario de los afectos" (p. 50).

Los celos y las infidelidades de pareja, en las sociedades contemporáneas, remiten a experiencias emocionales, prácticas y situacionales cruzadas por tres factores sociales: la cultura de la exclusividad asentada por el amor romántico, la violencia y las mediaciones tecnológicas como facilitadores de encuentros sexuales y afectivos. Ambos tipos de experiencias implican intensidad emocional, incertidumbres y sufrimientos, y como intentaremos demostrar a lo largo del libro, desigualdades emocionales.

Curiosamente, en la investigación empírica nacional e internacional, es poco común que los celos o las infidelidades sean considerados como objetos sociológicos. En sendos temas, lo habitual son los estudios psicológicos que evaden el reconocimiento y la discusión de la monogamia como factor determinante (ver Rodríguez, 2020). Esto repercute a que dentro de la academia, en la intervención psicoterapéutica, así como en el pensamiento de sentido común, se considere que se trata de pro-

blemas que se producen, y deben ser solucionados individualmente. De modo que, como ha planteado Eva Illouz (2020), se tiende a desconocer que:

> La incertidumbre emocional en el reino del amor, el romance y el sexo es un efecto sociológico directo de los modos en que el mercado de consumo, la industria terapéutica y la tecnología de internet están ensambladas e impregnadas por la ideología de la elección individual que se ha convertido en el principal marco cultural en la organización de la libertad individual (p. 13).

Desde estas creencias, los desequilibrios emocionales que causan los celos y las infidelidades tienden a interpretarse como asuntos individuales, sin cuestionar cómo las desigualdades de género, en conjunto con otras, afectan estas experiencias y sin reconocer que los daños y sufrimientos que acompañan estas vivencias descansan en la condena social de todo aquello que amenace al sistema de la monogamia.

La micropolítica de las relaciones de pareja

El análisis de los temas que se abordan en este libro asociados con el uso de tecnologías digitales en las relaciones de pareja coloca en el centro la cuestión del poder. Esto se hace a partir de calibrar los lugares sociales y emocionales que tienden a ocupar los actores involucrados en situaciones de celos, prácticas de comunicación mediada, infidelidades (tentaciones, sospechas y descubrimientos), atendiendo las formas –crudas y sutiles– en que se ponen de manifiesto las desigualdades o asimetrías de género, principalmente. También se ponderan las posibilidades de negociación que emergen a través de luchas simbólicas y prácticas para revertir los lugares sociales y emocionales que tradicionalmente se les han asignado a mujeres y hombres en el ámbito de la pareja.

Las consideraciones teóricas que presento enseguida constituyen el marco teórico construido para leer en la escala microsocial las manifes-

taciones del poder en las relaciones de pareja, enfatizando los significados y prácticas asociadas con el uso de medios digitales, y bajo una lectura sociológica de las emociones.

En este libro las emociones son centrales porque más que estados psicológicos personales, son terrenos políticos en los que podemos observar desigualdades instauradas en normas emocionales y comportamentales, pero también disputas entre definiciones socioculturales y jerarquías sociales. Las emociones, en este sentido, como hemos señalado en otro momento, "tienen potencial disruptivo para armar disidencias, forjar resistencias y contribuir al cambio (Rodríguez y Rodríguez, 2022, p. 408). Por otra parte, también es importante pensar que las emociones no irrumpen de manera azarosa e irremediable en determinadas situaciones de nuestras vidas, sino más bien, en múltiples ocasiones, son "el resultado de nuestros esfuerzos cognitivos, expresivos o comportamentales para sentir de un modo diferente al que sentimos" (Rodríguez y Rodríguez, 2022, p. 409). Este punto de partida teórico es clave en la discusión de lo que Hochschild (1979; 2003) denomina gestión o trabajo emocional y, más tarde, Reddy (2001), como navegación emocional. En sendos conceptos se destaca que las personas estamos ejerciendo de alguna manera agencia emocional en diversas situaciones que involucran normas emocionales, estamos pugnando, por sentir lo que nos han inculcado como correcto, aunque también por sentir diferente a lo que se nos ha enseñado u obligado.

A lo largo de los capítulos restantes, los lectores podrán observar alusiones a los conceptos que aquí se desarrollan para situar y fortalecer interpretaciones particulares de los relatos que cito como evidencias de que algo está ocurriendo en la vida de las parejas, independientemente de que sean testimonios biográficos únicos. Entre estos conceptos destacan lugar social, lugar emocional, complejidad emocional, régimen emocional, gestión o navegación emocional, y estereotipos emocionales.

La complejidad emocional

La complejidad de las emociones, como señalan Ben Ze'ev y Brunning (2018) ha sido poco analizada en la investigación científica. De acuerdo con estos autores, puede ser cognitiva, evaluativa y comportamental. La complejidad emocional de carácter cognitivo refiere la diversidad emocional resultante de una alta diferenciación y comprensión en los modos de experimentar emociones, complejidad en la evaluación que implica ambivalencias emocionales (la experiencia de estados positivos y negativos al mismo tiempo) y la complejidad emocional comportamental que aborda la habilidad del agente para comportarse de un modo óptimo en un entorno emocional diverso y complejo (p. 2). Por su parte, Bericat (2016) ha reconocido que la complejidad de las emociones es el resultado de "la dialéctica existente entre experiencia emocional y expresión, la capacidad que las emociones tienen de transmutar y formar estructuras emocionales sucesivas y las múltiples composiciones que modelan la naturaleza de cualquier estado afectivo" (2016, p. 494).

La fuente más significativa de complejidad emocional, según Ben Ze'ev y Brunning (2018), son las propias actitudes y comportamientos subjetivos. En el caso de las complejidades emocionales en las parejas contemporáneas, en mi opinión, también pesa el creciente pluralismo sociocultural en los discursos regulatorios del género, el amor y la sexualidad que ha flexibilizado el régimen emocional amoroso contemporáneo.

Los lugares sociales y las normas de pareja

La complejidad emocional, las desigualdades y las disonancias emocionales, y las emociones en general, forman parte de la micropolítica de las relaciones de pareja. Según Clark (1990) las emociones juegan un papel clave en la definición, cuestionamiento y alteración de los lugares sociales. Los lugares sociales remiten a situaciones, que pueden sobreponerse o intercambiarse, en las que se ponen en juego, percepciones y sensaciones sobre derechos, merecimientos y obligaciones. Suponen una evaluación del yo y de las acciones ajenas, así como comparaciones que

"evocan sentimientos, por ejemplo, dolor, infravaloración, vergüenza, orgullo, placer o empoderamiento" (Clark, 1990, p. 308).

En este sentido, las emociones ocupan un lugar importante en la micropolítica, que tiene que ver justamente "…con la creación y negociación de jerarquías: obtener y conservar poder, rango, posición o lo que llamaremos 'lugar social'" (Goffman citado por Clark, 1990, p. 305).

Las emociones, sean positivas o negativas, conllevan un reclamo implícito de un lugar social propio o la exigencia de que otro actúe en función del lugar social que ocupa y la jerarquía con la que se asocia. A través de las emociones, los actores sociales, pueden reclamar un lugar social, enviando mensajes o señales sobre dónde quieren posicionarse y ser reconocidos, así como recibir el estatus, los beneficios o ventajas que implica dicha posición. Cuando se reclama un lugar social, dice Clark, se está recordando a otros sus obligaciones. Así mismo, las emociones pueden servir para cuestionar las acciones de alguien con base a su lugar social; advierten sobre la carencia de derecho o legitimidad para actuar de determinadas maneras. Las siguientes frases, como ha señalado Clark (1990), condensan estas clases de cuestionamiento: "'Conoce tu lugar'", 'Ella lo puso en su lugar', '¿Quién se cree que es?', '¿Qué lugar piensa que ocupa?', '¡No es mi lugar!". Con estas frases se pretende, de alguna manera, restituir un lugar de subordinación o de autoridad, cuando este ha sido desafiado por el comportamiento ajeno.

Los lugares sociales implican jerarquías y tratos diferenciales. Como ha puntualizado Clark (1990), quienes ocupan un lugar más alto esperan, y suelen recibir, mayor estima y privilegio:

> Tienen más derechos interaccionales, como el derecho a evaluar otros, el derecho a hacer preguntas personales, dar consejos, señalar errores, tener opiniones que cuentan, llegar tarde, tener algo más importante que hacer, ignorar al otro y así sucesivamente. Y esos derechos también se expresan en las regulaciones emocionales que establecen emociones apropiadas en función de pertenencias grupales o identidades (p. 306).

Como otras relaciones sociales, las de pareja están permeadas por la reciprocidad y el intercambio. Cuando uno entra en ellas, no solo se reciben beneficios, sino también se adquieren obligaciones. Según Clark (1990, p. 323) "Uno debe regalos, emociones, tiempo o energía hacia otros. De modo que el reclamo de un lugar social es una forma estratégica de provocar una obligación, es un recordatorio, de que los lugares sociales que ocupan tiene reglas, suponen normas que tienen que cumplirse".

De esta discusión general, se indaga el asunto particular de los lugares sociales implicados en las experiencias de celos e infidelidades. En los capítulos siguientes se dilucidará quiénes ocupan el lugar de celantes y quiénes de celados, quiénes ocupan el lugar de quien puede controlar el comportamiento ajeno en aras de combatir los celos, quiénes sufren más por celos y en qué sentidos, así como quiénes tienen más o menos oportunidades para la extraconyugalidad, quiénes son con más frecuencia los infieles, los que lo hacen de manera unilateral o mutua, quiénes ocupan el lugar de los que sufren más ante la infidelidad, de los que tienen más control en la definición de la realidad y en la toma de decisiones relacionales.

Los estereotipos y las desigualdades emocionales

Los lugares sociales se refuerzan a través de lugares emocionales que generalmente se manifiestan como estereotipos. Algunos estudios han señalado que las emociones están asociadas con el estatus de las personas (una característica clave de los lugares sociales). Tiedens et al. (2000), por ejemplo, asumen que las personas dentro de las organizaciones tienen estereotipos sentimentales asociados con el estatus y han demostrado que las personas con alto estatus tienden a sentir enojo en respuesta a resultados negativos, mientras que las personas en posiciones de estatus bajo tienden a sentir tristeza y culpa. Con respecto a acontecimientos positivos, las personas de estatus alto tienden a sentir orgullo, mientras que las de estatus bajo aprecio/gusto. Estos estereotipos sentimentales favorecen la conservación de las jerarquías y los

comportamientos asociados al estatus circularmente. Siguiendo estas clases de resultados podemos pensar que en la organización diádica que representan las parejas también hay emociones que se asocian con quienes ocupan la posición superior y otras con quienes se sitúan en la posición subordinada.

De igual manera se tienen expectativas emocionales de acuerdo con el género. En diversos contextos, desde edades muy tempranas se tiene la expectativa de que las mujeres expresen más las emociones de la tristeza, la felicidad y el miedo que los hombres, mientras se espera que los hombres expresen más el enojo que las mujeres (Birnbaum, 1983). En convergencia, Hochschild (2003) señala que si bien hombres y mujeres realizan gestión o trabajo emocional, lo hacen de manera asimétrica:

> Las asimetrías en el trabajo emocional performado por mujeres y hombres –y por extensión en personas entre bajo y alto estatus– contribuye a la perpetuación de la inequidad. Mientras los hombres están llamados a realizar trabajo emocional que enriquece su poder (p. ej. dominar sus miedos y vulnerabilidad y aprender a utilizar la agresión y el enojo como recursos de poder), las mujeres típicamente esperan contener el enojo y la agresión y se especializan en ser lindas (p. 163).

De acuerdo con lo anterior las mujeres tienden a hacer trabajo emocional de soporte –esto es, el trabajo emocional que "afirma, enriquece y celebra el bienestar y estatus de otros" (Hochschild, 2003, p. 165).

Este tipo de diferencias denotan desigualdades emocionales. Estas son de alguna manera una derivación de otras desigualdades, que, sin embargo, deben estudiarse y analizarse específicamente. Esta clase de desigualdades son claves para comprender las diferentes experiencias emocionales que tienen hombres y mujeres, así como quienes están inmersos en relaciones que no se apegan a los ideales socioculturales. Esto es así tanto en el caso de las relaciones que no se ajustan a la heteronormatividad, las normas de la monogamia, como en los casos de

quienes desde los privilegios de la heterosexualidad y la monogamia experimentan condiciones de desigualdad en su vida amorosa y sexual.

En el ámbito de la pareja, las desigualdades son generadas por "…las divisiones de género que van acompañadas de divisiones emocionales implícitas, sin las cuales hombres y mujeres no reproducirían sus roles e identidades. Esas divisiones, a su vez, producen jerarquías emocionales, según las cuales la racionalidad fría por lo general se considera más confiable, objetiva y profesional que la compasión" (Illouz, 2007, p. 17).

De modo que podríamos pensar si los mecanismos generales de producción de las desigualdades sociales operan también en el caso particular, de las emocionales. Mi punto de vista es que sí. Para seguir este argumento, retomaré el planteamiento de Charles Tilly (2000) que señala, cuatro mecanismos de producción de desigualdad social, como son la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación, si bien solo destacaré algunos procesos.

Las oportunidades emocionales y el género

En las relaciones de pareja, podemos identificar fenómenos de explotación y acaparamiento de oportunidades en el género masculino. La explotación, como la ha definido Tilly (2000), "actúa cuando las personas poderosas y relacionadas disponen de recursos de los que extraen utilidades significativamente incrementadas mediante la coordinación del esfuerzo de personas ajenas a las que excluyen de todo el valor agregado por este esfuerzo" (p. 23). Son los varones quienes han explotado principalmente la propensión creada de las mujeres hacia el amor, las emociones y los cuidados de otros. Son quienes reciben las utilidades del trabajo doméstico que no recibe pago ni reconocimiento (Esteban, 2011), son beneficiarios de la ideología del amor romántico que ha legitimado diversas dependencias femeninas y prácticas sexistas que recompensan a las mujeres que se ajustan a los ideales femeninos tradicionales y castigan a las que los rechazan.

Con respecto al acaparamiento de oportunidades, Tilly (2000, p. 23), señala que "actúa cuando los miembros de una red categorialmente

circunscripta ganan acceso a un recurso valioso, renovable, está sujeto a monopolio, respalda las actividades de la red y se fortalece en el *modus operandi* de esta". En nuestro contexto sociohistórico, localizado en México, son los varones quienes acaparan las oportunidades en los mercados románticos, quienes concentran los derechos a cortejar, a tener iniciativa amorosa y sexual, a disfrutar de su sexualidad de maneras francas y abiertas, sin requerimientos de virtuosidad y poseen mayores recursos para relacionarse sentimental y eróticamente con desapego, autonomía y control, incluso, con menores restricciones asociadas a la edad, el aspecto físico o los ciclos de reproducción. También se han apropiado de los recursos de poder de la violencia física, la violencia económica, emocional o simbólica, y los ejercen, sobre todo, cuando pierden el control de la relación. Las mujeres están dispuestas, pero también son exigidas, de otorgar un mayor estatus a sus parejas como muestra de amor; mientras que los hombres están acostumbrados a recibir más de lo que dan, a sentir que son merecedores de atenciones y cuidados sin obligaciones de reciprocidad. No obstante, este esquema de género sigue dominando la esfera íntima, las mujeres han encontrado a lo largo de generaciones formas de enfrentar esas desigualdades de género, con mayores o menores costos, que también se expresan como desigualdades emocionales.

Las distinciones relacionales que rigen los discursos y prácticas cotidianas en las relaciones íntimas son amplias, contemplan las divisiones sexodiversas, los grados de ajuste a la monogamia, pero también las divisiones por niveles de satisfacción o felicidad, duración, compromiso, equidad, toxicidad, entre otras. Estas divisiones establecen jerarquías relacionales, siendo las parejas heterosexuales, casadas, reproductivas, fieles y duraderas, las que están en la cúspide (ver Rubin, 1989; Vasallo, 2018).

Las oportunidades de cualquier tipo, incluidas las íntimas y las emocionales, se gestan desde condiciones generales históricas y sociales más amplias. Salmela y von Scheve (2017) en su análisis de las emociones en la política, y en particular en el populismo, propusieron el concepto

"estructura de oportunidades emocionales (EOS)" para referir "las condiciones macrosociales que provocan ciertas emociones y, al mismo tiempo, pueden obstaculizar la generación de otras emociones" (p. 439). En otras palabras, las EOS harían que ciertas emociones sean más aceptadas, visibles o deseadas que otras por determinados grupos y sociedades.

En esta investigación asumo que esta estructura de oportunidades emocionales es desigual en términos de género en el ámbito de las relaciones de la pareja, y probablemente, en otros ámbitos. Las mujeres están predispuestas a ser amables, empáticas, a evadir los conflictos, a no confrontar o confrontar solo un poco, ser celosas, inseguras, dependientes, aceptar el sufrimiento por amor y a sacrificarse por la familia. En contraste, los hombres están predispuestos a ser menos sensibles o más racionales, seguros, independientes, dispuestos a ejercer autoridad y confrontar cuando se requiera. Las oportunidades para sentir y expresar emociones fuertes como el enojo o la indignación son mayores para los varones, que para las mujeres que están obligadas a contener la expresión de este tipo de emociones o a mostrarlas solo tímidamente. De acuerdo con Hochschild (2003) las emociones están estratificadas de modo que las maneras de ver y sentir de los que ocupan estatus bajos tienden a ser más fácilmente desacreditadas y consideradas como poco creíbles o válidas. Las mujeres al igual que otras identidades con bajo estatus, en consecuencia, con frecuencia se ven obligadas a asumir la carga de defender opiniones desacreditadas o minoritarias (p. 173).

En este sentido, las mayores o menores oportunidades para la imposición o negociación de definiciones sociales es otro mecanismo a través del cual se afianzan las desigualdades de pareja, sean emocionales o no. Las mujeres han aprendido a querer más amor, más compromiso o exclusividad, más comunicación emocional y son quienes son más celosas, más compasivas y menos eficaces en sus intenciones de controlar el comportamiento de sus parejas. Los hombres suelen evadir el compromiso, la comunicación emocional, se consideran más sexuales, menos celosos, y suelen ser más eficaces cuando pretenden controlar a

sus parejas. Este tipo de hallazgos podrán observarse a lo largo de los capítulos restantes como causantes de conflictos y otras consecuencias.

Podemos anticipar que los conflictos entre metas relacionales a partir del género son detonantes de sufrimiento en las relaciones de pareja. Reddy (2001) analizando el ejemplo del amor no correspondido, señala que "El sufrimiento resulta no solo del pensamiento de que uno es indigno de la persona amada, sino también, y sobre todo, del conflicto de metas" (p. 123) entre quien ama y quien no lo hace. De acuerdo con este historiador de las emociones, "El sufrimiento emocional, como se explica aquí, es probable que acompañe a cualquier cambio importante en las metas de la vida, tanto en una etapa preliminar, antes de que se adopte el cambio, como en una etapa de "elaboración", en la que el sufrimiento puede ser suplantado por la aflicción o puede tomar la forma de culpa o vergüenza" (Reddy, 20021, p. 124).

En las definiciones sobre lo deseable en las relaciones de pareja pesan mucho los estereotipos de género, que también se manifiestan en las definiciones sobre sus parejas. De acuerdo con Blumnstein (citado por Branaman, 2003, p. 88), las parejas íntimas tienden a tener varios motivos para definirse uno a otro de maneras particulares. Estas definiciones implican no solo a la persona sino también a su rol y son la base de expectativas de comportamiento. En concordancia, Branaman sostiene que la inequidad en el matrimonio y las relaciones íntimas demuestra la importancia del control de las definiciones de la realidad y del yo como una base fundamental para su mantenimiento. Esta inequidad, según Komter's (citado por Branaman, 2003, p. 89) emerge a partir de un "poder escondido" por el cual los maridos tienden a definir a sus esposas como menos competentes. "En tales juicios, la pareja se adscribe a los clásicos estereotipos de género más que a evaluar cuidadosamente los atributos reales de sus parejas" (Branaman, 2003, p. 89).

Illouz propone el término de "dominación emocional", inspirada en el concepto de "dominación simbólica" de Pierre Bourdieu, para designar "aquella que se ejerce cuando una de las partes tiene mayor capacidad de controlar la interacción emocional por medio de un desa-

pego más fuerte y cuando posee también mayor capacidad de ejercer su propio poder de elección y limitar las opciones de la otra" (Illouz, 2012, p. 142). Los que dominan emocionalmente serían quienes tienen mayores recursos para definir las situaciones y su valor, son quienes claman por deferencias y privilegios, y se empeñan en desacreditar o menospreciar al otro/a con quien se relacionan.

De acuerdo con el análisis de Hochschild (2003) sobre las jerarquías, las diferencias en estatus marcan los modos de ver y sentir, así como el mayor o menor reconocimiento, credibilidad y respeto a sus juicios o sentimientos. En sus palabras:

> cuanto más bajo es nuestro estatus, más nuestra manera de ver y sentir está sujeta a ser desacreditada, y menos creíble se vuelve… Una persona de estatus inferior tiene un reclamo más débil sobre el derecho a definir lo que está sucediendo; se pone menos confianza en sus juicios; y se concede menos respeto a lo que siente. Hablando en términos relativos, con más frecuencia se convierte en la carga de las mujeres, al igual que con otras personas de estatus inferior, defender un punto de vista minoritario, una opinión desacreditada (p. 173).

Hochschild (2003, pp. 162-163), como señalé antes, ha destacado las desigualdades en la gestión o el trabajo emocional. Ella se pregunta si la experiencia y la gestión emocional son igual de importantes para los hombres que para las mujeres y si es importante de la misma manera. Su respuesta es un rotundo no. Así lo explica: "La razón, en el fondo, es el hecho de que las mujeres en general tienen menos acceso al dinero independiente, el poder, la autoridad o el estatus en sociedad". Esta posición de subordinación, según Hochschild (2003, p. 164) tiene cuatro consecuencias que explican las desigualdades de género en el trabajo emocional:

1) La capacidad de trabajar sobre los sentimientos y hacer el trabajo relacional es un recurso clave de las mujeres ante la falta de otros

recursos materiales; con sentimientos pueden retribuir los recursos materiales que les proveen otros.

2) Las exigencias de gestión emocional se dividen por género, a las mujeres se les pide amabilidad o ser lindas, mientras a los hombres se les invita a dominar el miedo o la vulnerabilidad, y a reaccionar con enojo o agresión.
3) Las mujeres, en su posición subordinada, suelen ser destinatarias de abusos verbales más fácilmente.
4) El trabajo emocional femenino tiene un uso comercial: las cualidades de la belleza y de las habilidades relacionales se explotan comercialmente.

Entre otras cuestiones importantes para profundizar en el tema de las desigualdades emocionales están los asuntos del control de las emociones y de la agencia emocional. William Reddy (2001), con sus planteamientos sobre el régimen emocional, las emotividades (*emotives*) y los refugios emocionales otorga herramientas teóricas para pensar las desigualdades emocionales no como algo dado e inamovible, sino como algo que supone dinámicas y tensiones políticas.

Las emociones, son "centrales en la vida de los individuos" y están "abiertas a una profunda influencia social", señala Reddy, aunque insiste en que esta influencia no es absoluta (2001, p. 124). Su planteamiento propone volver la mirada a la gestión emocional, más que a la construcción social de las emociones, para colocar el asunto del poder político:

> Necesitamos un marco conceptual que reconozca la importancia de la gestión (en oposición a la construcción) de la emoción, que permita distinciones políticas entre diferentes estilos de gestión sobre la base de un concepto de libertad emocional, y que permita la narración de cambios históricos significativos en dichos estilos de gestión (Reddy, 2001).

La propuesta inaugural sobre la gestión emocional de Arlie Hochschild (1979, 2003), justamente, ha destacado la posibilidad de acentuar, disminuir, propiciar o evadir una emoción a través de estrategias cognitivas, comportamentales o expresivas. Implica una concepción de un "actor sensible" que tiene la capacidad de ser consciente de sus experiencias, de responder con cierta conciencia sobre sus sentimientos y las expectativas culturales ahí implicadas (Hochschild, 1975, p. 283). Bajo su influencia, Reddy (2001) se ha interesado en mostrar cómo interactúan la gestión emocional y el poder político. Asume la existencia de regímenes emocionales que imponen reglas del sentir, instituyen metas como socialmente deseables, crean parámetros para juzgar la acción propia y la de otros, pero ni los regímenes y sus reglas son inamovibles; más bien son afectados por la "navegación" que hace la gente de los sentimientos. Reddy propone el término de navegación para referir los actos de gestión emocional habilitados por grados diversos de "libertad emocional". En este sentido, la navegación sería una característica universal y central de la vida emocional. Usa la metáfora para referir "… una amplia gama de cambios emocionales, incluidos cambios de metas de alto nivel. La "navegación" abarca así la "gestión", que es uno de los efectos de autoalteración de las emotividades, en nombre de un conjunto fijo de metas (Reddy, 2001, p. 122).

Los sentimientos pueden "navegarse" porque los actores tienen capacidades de agencia emocional y no están plenamente determinados por las normas emocionales. "La navegación de sentimientos", por su parte, es un proceso necesario para la conformación de "refugios emocionales", que puede realizarse con mayores o menores grados de "libertad emocional".

La metáfora de la navegación, en contraste con la de gestión, argumenta el autor "…incluye la posibilidad de cambiar radicalmente de rumbo, así como la de hacer correcciones constantes para permanecer en el rumbo elegido", concede que "El yo que gestiona y su intención de gestionar están siempre sujetos a revisión" y que las emociones son activaciones complejas de pensamiento que con frecuencia suponen

metas cambiantes, tensiones o conflictos entre las mismas (Reddy, 2001, p. 122). Conviene señalar, por otra parte, que si bien la navegación o la gestión emocional están orientadas por metas, las emotividades (los actos expresivos) son a la vez "autoexploradores y autoalterantes", pero "nunca es seguro qué efecto tendrán", y "los efectos inesperados, a veces, son costosos". La gestión emocional no siempre es exitosa, y aunque nos empeñemos en mostrar enojo, nos puede ganar el llanto, por ejemplo (Reddy, 2001, p. 122).

Los conceptos que aquí se han expuesto serán claves para interpretar y dotar de sentido a múltiples vivencias que hemos recabado en torno a la relación de pareja y las mediaciones tecnológicas. Las prácticas de comunicación mediada en el cortejo, pero también en el mantenimiento de la relación, en las experiencias de extraconyugalidad o de separación y ruptura, son un espacio de observación de normas comportamentales y emocionales, de la gestión o la navegación emocional, así como de las desigualdades en parejas heterosexuales establecidas. Los lugares sociales y emocionales que ocupan hombres y mujeres en sus relaciones de pareja pueden rastrearse indagando narrativas autobiográficas sobre cómo las tecnologías afectivas, según el nombre propuesto por Lasén (2009), están revelando fenómenos emocionales claves en la regulación de las parejas contemporáneas.

Los usos de las tecnologías en las relaciones de pareja son un territorio de observación que no solo permite cartografiar significados y prácticas asociadas, sino también calibrar los cambios socioculturales y prácticos que experimentan los actores sociales, así como identificar desigualdades sociales y emocionales.

Un supuesto clave es que las tecnologías digitales han revolucionado las relaciones de pareja, de una manera generalizada e inusitada antes, durante y después de la pandemia por la COVID-19, y participan de las luchas simbólicas y prácticas propias de sociedades plurales que discuten –pública y privadamente– el género, la sexodiversidad, los derechos sexuales, los ideales amorosos y de pareja. Las mediaciones tecnológicas nos han permitido trasladar prácticas de cortejo,

ligue, expresión afectiva, intimidad emocional y sexual de los lugares y momentos de la interacción cara a cara a nuevos espacios, formas de presencia, considerando nuevas temporalidades y ritmos. La socialidad digital es el caldo de cultivo de múltiples significados y prácticas que están redefiniendo lo que significa el amor, el sexo, la expresión afectiva, la convivencia diaria, el compromiso, y por supuesto, los celos y las infidelidades, entre muchos otros tópicos. Implica procesos de imaginación, desinhibición emocional, nuevas expectativas ante la conexión permanente, la geolocalización y el acceso a saberes alternativos sobre la organización de la pareja. Los escenarios de intimidad se han diversificado facilitando tantas interacciones sexoafectivas rápidas, lentas o especializadas (ver Rodríguez, 2019; Rodríguez et al., 2019).

Las parejas en el mundo onlife: la fluidez entre actos presenciales y digitales

Nuestra vida cotidiana, incluyendo la vida amorosa y sexual en general, y los celos y las infidelidades en particular, transcurren en un mundo onlife. Esto significa que fluyen por rutas híbridas entre lo que hacemos en línea y fuera de línea (offline y online) gracias al creciente desdibujamiento de fronteras entre lo virtual y lo presencial, lo público y lo privado, los desafíos que implican las experiencias complejas y ambiguas del control, la libertad, la privacidad o la sobreabundancia de información entre muchas otras transformaciones asociadas a la era digital (Floridi, 2015). Dicho de otra manera, nuestras relaciones y rutinas cotidianas ocurren onlife, con la intermediación tanto de ámbitos de copresencia y de comunicación mediada por tecnologías, enfrentando múltiples estímulos cognitivos, afectivos y prácticos en un entorno interaccional complejo que desafía nuestras capacidades de atención, el control de nuestro tiempo, en el que somos consumidores y productores de datos (aun sin tener la intención de hacerlo), y que abre un sinnúmero de oportunidades y riesgos para la conexión y la desconexión con otros, así como para la vigilancia entre pares. Si bien todos estos retos que se enfrentan en el mundo onlife afectan las experiencias de celos e infide-

lidades, destacaremos solo aquellas que ocupan una posición central. Otros retos serán abordados en otro trabajo sobre la comunicación en la pareja en el mundo offline que se encuentra todavía en preparación. Me refiero a cuestiones tales como las preferencias de comunicación, la expresión afectiva, la vigilancia y las disputas por el control, la atención, el tiempo y la gestión de la privacidad.

Desde los primeros estudios sobre el amor en la era digital se ha establecido la conexión entre internet y las relaciones extraconyugales o la infidelidad (Ben-Ze'ev, 2004). Internet ha ampliado los mercados románticos, así como los canales o medios para iniciar y avanzar en una relación romántica. Como he planteado antes (Rodríguez, 2020) "Hoy en día, las posibilidades de acceder a una pareja son mayores toda vez que las formas de contacto y comunicación se han expandido a través de dispositivos privados y móviles. Esto es así, tanto para los jóvenes como los mayores, para los solteros como para los que tienen pareja establecida; sin importar que lo que se busque sea una pareja permitida o prohibida; primaria, secundaria o alternativa" (p. 2). En este sentido, en el mundo onlife las relaciones son susceptibles de gestionarse con altos niveles de privacidad como los que permiten los teléfonos celulares, desde prácticamente cualquier lugar y hora, con interacciones que fácilmente pueden pasar de lo casual a lo romántico o sexual, con la posibilidad de contactar por medios digitales tanto a conocidos, poco conocidos o desconocidos en las más diversas plataformas de internet (por ejemplo, redes sociales, mensajería instantánea y aplicaciones de citas, pero no exclusivamente).

La conciencia de lo que implica internet en términos de relaciones románticas y sexuales potenciales ha hecho que las interacciones digitales con otros y otras se vuelvan problemáticas, a causa de la emergencia de los celos y la vigilancia entre pares. Como señala Lyon, estamos inmersos en una cultura de la vigilancia, vertical y horizontal, en la que "hay una creciente conciencia de que mirar y ser visto son parte de un estilo de vida" (2018, p. 46). Por lo que, según Andrejevic (2004), el desarrollo de las redes sociales y otras tecnologías de datos,

ha propiciado que las personas adopten prácticas (al estilo de empresas y gobiernos) para obtener información sobre amigos, familiares y posibles intereses amorosos.

Por otra parte, la socialidad digital también ha abierto oportunidades para que los grupos más aislados socialmente puedan explorar vínculos sexuales y emocionales más allá de la pareja primaria y de los confines del hogar. Es el caso de las mujeres cuyas oportunidades para la extraconyugalidad a lo largo de la historia han sido menores que las de los hombres por el aislamiento que ha implicado su dedicación al hogar y al cuidado de los hijos, pero también por la doble moral con que se juzgan las infidelidades masculinas y femeninas. Las interacciones mediadas han hecho posible que establezcan vínculos sexuales o afectivos desde el hogar a través de un dispositivo. Pero también, como plantea Pettman (2018), las redes sociales, a pesar de todo lo que se habla de burbujas de filtro, exponen a las personas a nuevas ideas, perspectivas y formas de vida.

La expansión de oportunidades para establecer vínculos sexuales y afectivos, normativos o contranormativos, converge con las nuevas posibilidades de gestionar mayor privacidad, e incluso secretos, en la comunicación a través de dispositivos móviles como el teléfono celular.

Las tecnologías de la comunicación, por otra parte, participan de la creciente necesidad de documentar la vida cotidiana. Si bien la práctica de documentar detalles mundanos de la vida cotidiana existió antes de la llegada de las redes sociales y otras tecnologías (p. ej con los diarios, álbumes fotográficos, fotos de funeral, entre otros), como ha documentado Humphreys (2018), las tecnologías de datos han expandido y amplificado radicalmente esta práctica convirtiéndose en un instrumento para distintas formas de vigilancia (Barassi, 2020). En el mundo onlife se ha reforzado el valor cultural de 'rastrear' y 'documentar' todo, creando datos a partir de experiencia cotidiana. Para Crawford (2009), por ejemplo, el compartir aspectos banales de la vida cotidiana, como el trayecto o la comida del día, sirven para crear intimidad a la distancia, compartiendo la experiencia y creando un entretenimiento mutuo. De

esto modo, dice Crawford, "la intimidad viaja contigo" y los pequeños detalles que se comparten brindan "un sentido del ritmo y el flujo de la vida de otro." El interés por este tipo de prácticas es cada vez más grande, al grado, de que Miguel (2018), identifica la emergencia del "imperativo de compartir" como una manera de expresar afectos y cercanía cuando las personas no están juntas. Pero también es el caldo de cultivo de inscripciones digitales que involuntariamente dejan huellas de nuestras actividades mediadas tecnológicamente.

Las inscripciones digitales, voluntarias e involuntarias, han incrementado la conciencia de las actividades propias y de la pareja con múltiples consecuencias. Las plataformas de internet son, entre otras cosas, reservorios de emociones que participan de nuevas tensiones y negociaciones en las relaciones íntimas. Ahí las emociones son almacenadas, gestionadas, visualizadas, comparadas y compartidas (Lasén, 2014), o, dicho de otro modo, han dejado de ser momentáneas y efímeras para materializarse en registros digitales. Lasén y Hjorth (2017, p. 126) han descrito muy puntualmente la importancia de estas inscripciones para la memoria y la reflexión cotidiana:

> Primero, un gran número de aspectos ordinarios y mundanos –tales como interacciones no eventuales, conversaciones, caminatas, gestos, impresiones y sentimientos– que eran efímeros y volátiles, solo inscritos en nuestras memorias flotantes personales y colectivas, adquieren una cualidad diferente de materialidad y una duración específica o estabilidad cuando son traducidas en inscripciones digitales que pueden ser contadas, medidas, revisadas, y compartidas. Segundo, las rutinas ordinarias, los hábitos y las disciplinas con respecto a las actividades diarias, patrones de comunicación, o relaciones íntimas, que usualmente se vivían de modos no reflexivos, ahora están inscritos digitalmente como, haciéndose visibles, replicables, medibles, incrementando la posibilidad de ser sujeto de reflexividad, de interpretación personal o colectivas, o estar al alcance del escrutinio de terceras partes (Lasén y Hjorth, 2017, p. 126).

La materialización de las emociones, así como de lo oral en lo escrito o lo visual, crea una conciencia distinta de lo vivido, potencia su discusión cotidiana y contribuye a problematizar normas y expectativas. Las relaciones íntimas, como plantean Lasén y Hjorth (2017, p. 129) suponen fantasías, reglas y obligaciones tácitas que permanecen aproblemáticas hasta que se convierten en "objeto de críticas y emociones fuertes" y se enfrentan "las ambivalencias y las injusticias de tales elementos tácitos". De modo que estas inscripciones "están cargadas de potencial afectivo, incrementan la habilidad de afectar y ser afectado" (Lasén y Hjorth, 2017, p. 128).

Las inscripciones digitales también tienen el potencial de vulnerar el carácter privado, o secreto, de algunas comunicaciones digitales, al ser registros abundantes, de los cuales no siempre son conscientes los usuarios y por eso "otros" pueden descubrir en estos rastros, lo privado o lo secreto. Estas huellas digitales suelen ser buscadas por las parejas para monitorear, vigilar a sus parejas, y en algunos casos, acentuar o disminuir los celos o detectar infidelidades. El acceso al mundo del otro a través de medios digitales acerca, tranquiliza, genera certidumbres, pero también desata sospechas, amenazas, dudas, así como puede estimular formas de control y vigilancia entre pares.

En el mundo onlife la reconexión con vínculos afectivos del pasado se ha vuelto más fácil, al mismo tiempo, que se ha dificultado la desconexión ante la ruptura de pareja. Los medios sociales, según Hampton (2016), tienen capacidades para la persistencia relacional y la conciencia duradera. La primera ha hecho posible que los lazos que antes se perdían con el curso de la vida, ahora se pueden mantener o recuperar a través de las tecnologías de la comunicación. De modo que, como ha señalado Pettman:

> Relaciones que en siglos anteriores se habrían evaporado ahora nos acechan, con la posibilidad de recaída, gracias a la persistencia de redes y conexiones. Entonces, por un lado, se ve que el amor está más revestido de teflón, ya que las personas pasan de una pareja a otra. Pero, por otro lado,

> hay un nuevo tipo de tracción digital, o incluso fidelidad perversa, que las redes sociales permiten especialmente. Las rupturas pueden parecer más fáciles ahora, ya que no necesariamente tenemos que hacerlas cara a cara. Pero también son más difíciles, ya que podemos acechar o ser acechados; o simplemente ser recordados (2018, p. 14).

En el mundo onlife el pasado, incluso el de carácter íntimo, no desaparece del todo y tiene el potencial de coexistir con el presente. Las relaciones con exparejas, en cualquiera de sus modalidades, pueden recuperarse en diversos momentos de la vida con relativa facilidad y con consecuencias muy inciertas, que van desde un contacto casual hasta nuevos involucramientos sexuales o emocionales. La conciencia de esta posibilidad hace que entre las parejas emerjan acuerdos de bloquear a exparejas o de no mantener contactos con ellas, a fin de evitar las tentaciones de las cenizas que pueden producir fuego de nuevo.

Los celos románticos, entre las interacciones presenciales y las digitales

En esta sección se muestran algunas definiciones y caracterizaciones de los celos románticos provenientes, principalmente, de aportaciones sociológicas y comunicacionales. Este marco servirá para identificar convergencias entre los celos que surgen en interacciones presenciales, los que ocurren a través de mediaciones tecnológicas, que en la práctica están fuertemente vinculados. De igual manera se ponderan algunas transformaciones de la socialidad digital que estarían afectando las experiencias de celos en las parejas conectadas, así como el nexo que suele haber entre los celos, la violencia y el control.

Las emociones en el amor son complejas y dinámicas. Una de las emociones que más se asocian con la relación de pareja, son los celos románticos, si bien también hay celos en otras relaciones íntimas (celos entre hermanos o entre amigos, por ejemplo). La investigación sobre celos ha estado dominada principalmente por la psicología que confina dicha experiencia a la esfera de lo individual y privilegia explicaciones

evolucionistas[7] (ver Buss, 2019). Contra estas tendencias dominantes en este campo de investigación, mi punto de partida antepone un abordaje sociológico de los celos románticos que reconoce su carácter interactivo, interpersonal y los observa para encontrar sus anclajes en ideales, normas y relaciones de poder (Simmel, 1927; Hupka, 1981, 1984; White y Mullen, 1989; Clanton, 1996; Bevan, 2003, Kemper, 2006). Desde esta mirada, los celos representan situaciones tipificadas (Hupka, 1981) y una experiencia multidimensional que involucra pensamientos, creencias o preocupaciones (dimensión cognitiva), emociones acompañantes como miedo, tristeza, enojo, etc. (dimensión emocional) y respuestas prácticas constructivas o destructivas (dimensión comportamental) (White, 1991; Bevan, 2017). Los celos son una emoción que combina múltiples emociones, miedo, ansiedad, tristeza y enojo. Emergen cuando alguien cree que posee a otra persona, como ha detallado Simmel (1927). Según Ortony, Clore y Collins (1996, p. 124) los celos forman parte de las emociones de resentimiento en tanto "implican resentimiento por la posesión por otros de cosas que uno desea para sí mismo". Por otra parte, Scheinkman y Werneck (2010) destacan que los celos son una experiencia emocional intensa, generalmente anticipatoria, basada en el miedo de perder a la persona amada en beneficio de un competidor. Se trata de una experiencia llena de incertidumbres y confusiones a partir

[7] Bajo perspectivas evolucionistas y a partir de la revisión de numerosos estudios, Buss (2019) ha documentado que los hombres responden con celos con más fuerza ante signos de infidelidad sexual, mientras que las mujeres otorgan más importancia al involucramiento emocional con otra persona. También se han encontrado otras diferencias, como que los hombres especialmente reaccionan con celos ante rivales que tienen más estatus o recursos, mientras las mujeres con respecto a rivales que son físicamente atractivas o que son jóvenes y fértiles. O que las tácticas masculinas de retención de la pareja involucran desde rangos de vigilancia hasta de violencia, incluida la extrema como el homicidio. De acuerdo con lo anterior, las mujeres jóvenes y atractivas serían más vulnerables a la violencia de sus parejas.

de comparaciones entre la persona celosa y una tercera persona, preguntas sobre qué es lo que pasa en la vida o en la mente de la persona amada, o dudas sobre si sus reacciones son meramente subjetivas o reflejan una situación de engaño.

Los celos románticos, en mi opinión merecen ser un foco de interés relevante en la indagación sobre parejas heterosexuales, porque son una ventana para ponderar la impronta de las transformaciones recientes asociadas con un mayor pluralismo sociocultural en torno al amor, una creciente apropiación de tecnologías digitales en las prácticas amorosas y sexuales, así como mayores exigencias de igualdad de género. A través de los celos podemos observar el peso que tienen las creencias y acciones orientadas a la sujeción implícita en los ideales de exclusividad sexual y emocional. Son una emoción clave para comprender cómo las inequidades de género se manifiestan también en el ámbito de las emociones y afectan el acceso al bienestar subjetivo, pero también son importantes para calibrar el impacto del pluralismo sociocultural incentivado desde el feminismo y las no monogamias. Nos acercan a la moral cotidiana de las relaciones de pareja, porque los celos, como la mayor parte de las emociones morales, son juicios evaluativos sobre el comportamiento de la pareja o el propio. Emergen de las creencias que asumen las personas al momento de evaluar una interacción. Esos juicios evaluativos que se expresan con los celos se realizan conforme a normas emocionales y de interacción (una discusión sobre las emociones se encuentra en Rodríguez, 2008). Por otra parte, los celos también nos permiten ponderar cómo la socialidad digital está transformando las relaciones de pareja. Los celos en la actualidad están marcados por las mayores posibilidades de contactar a otros a través de plataformas digitales que favorecen la desinhibición emocional, la imaginación, la conexión permanente y la localización georreferenciada, aunados a los múltiples rastros o inscripciones digitales que dejan nuestras actividades virtuales (ver Rodríguez, 2018 y 2019).

Situaciones de interacción, detonantes y reacciones frente a los celos

Bajo algunas premisas de la sociología de las emociones (McCarthy, 1989; Hochschild, 1979), se puede sugerir que los celos (como cualquier emoción) surgen a partir de situaciones de interacción definidas como propicias para su emergencia y son objeto de normas emocionales. En general, como han planteado Dijkstra, Barelds y Groothof (2013, p. 328) los celos "son evocados en el contexto de un 'triángulo' de personas, esto es, uno mismo, su pareja y su rival". De manera típica, las situaciones de celos involucran una víctima y dos victimarios, al mismo tiempo que las parejas agraviadas suelen ser apoyadas, mientras que los transgresores pueden ser condenados (Hupka, 1981) si los celos y los desencadenantes gozan de legitimidad social. Los escenarios típicos de celos serían situaciones de interacción experimentadas como amenazantes hacia los sentimientos de propiedad o de exclusividad sexual y emocional en uno de los miembros de la pareja, pero no siempre, debido a que aparecen en escenarios más complejos que la amenaza de la pérdida de una pareja en favor de un tercero. Según Ben Ze'ev (2010) los celos están asociados también con la comparación personal, por lo que cobran relevancia la autoimagen o el autoconcepto y lo que se imagina que el ser amado valora más en una relación. El miedo de los celos suele ser imaginario toda vez que refiere un cambio futuro.[8] Por otra parte, pueden surgir celos por miedo a la pérdida de exclusividad no solo sexual y emocional, sino también económica; o celos no por temor a perder al ser amado, sino por temor a cambios negativos en su imagen frente a otros y su autoimagen.

Los celos, teóricamente, existen en prácticamente todas las culturas. No obstante, la experiencia de los mismos está determinada culturalmente, de modo que los niveles con que se experimentan, las situaciones que los desencadenan, el tipo de reacciones socialmente aprobadas

[8] Fitness y Fletcher (citados por Ben Ze'ev, 2010, p. 43) han señalado que el motivo más frecuente de celos entre personas casadas no es una infidelidad real, sino notar que la pareja otorga atención, o más tiempo, a alguien más del sexo opuesto.

y otros aspectos, dependen de diferencias culturales (Hupka 1981; Scheinkman y Werneck, 2010). White y Mullen (1989, p. 9) definen los celos como "un complejo de pensamientos, emociones y acciones que emergen ante la pérdida o la amenaza a la autoestima o a la existencia o calidad de una relación romántica". De este modo los celos no son concebidos como una emoción, pensamiento o acción discreta, sino como el resultado de procesos intra e interpersonales en los que estos tres aspectos se interrelacionan.

Los celos, por otra parte, suelen ponderarse en la interacción con otros significativos y esto puede afectar las emociones, los pensamientos y las prácticas asociadas a los mismos. De acuerdo con Hupka, los celos emergen en las relaciones cuando una relación es evaluada como importante, pero también esta evaluación puede cambiar en respuesta a los comentarios de nuestra pareja, amigos, padres o terapista (Hupka, 1981). Las parejas, y las amenazas a la exclusividad amorosa y sexual, también son evaluadas en interacción con otros y las reacciones pueden ser distintas si la amenaza permanece en el espacio de lo privado/íntimo o se ha hecho pública.

Los medios digitales se han incorporado en la vida cotidiana en gran parte del mundo; como vimos al inicio de este capítulo, vivimos en un mundo onlife. Los usos cotidianos de estos medios (p. ej. publicaciones o mensajes de texto o multimedia, privados o públicos, asincrónicos o sincrónicos entre la pareja o en torno a la pareja) están impregnados de expectativas y normas. Las convivencias presenciales, digitales o híbridas impactan en prácticamente todas las etapas de la relación de pareja y en múltiples experiencias, como las de los celos. De hecho, Demirtaş-Madran (2018) identifican que la investigación en este tema se ha concentrado en los últimos años en los celos en redes sociales. Estas investigaciones se enmarcan, implícita o explícitamente, en caracterizaciones de internet como un gran espacio de socialidad para la amistad, el romance y el engaño. Los celos en las relaciones románticas son afectados por la información que se hace visible en plataformas de internet, sea la manera en que se muestra la propia relación de pareja o lo que se

expone sobre el sí mismo y su relación con otro/as (fotos, mensajes, reacciones, etc.), como veremos enseguida. A través de las tecnologías, las señales a evaluar y los comentarios evaluadores pueden ser públicos. Esto puede hacer que algo que inicialmente no se percibía como grave, termine siéndolo.

Los celos que emergen de interacciones en plataformas de internet responden a las mismas causas y escenarios socioculturales de la copresencia (de aquí que se les considere como celos onlife), además que involucran las mismas dimensiones, cognitiva, emocional y práctica. De hecho no es difícil imaginar que los celos se manifiesten conjuntamente ante situaciones similares, sin importar si hay una mediación tecnológica o no. Los entornos digitales, sin embargo, han resultado propicios para los celos. Ahí los celos adquieren cualidades especiales derivadas de las formas en que internet (imaginación, desinhibición emocional, conexión permanente, geolocalización, etc.) favorece la modulación de los afectos y su ponderación en las relaciones íntimas (Rodríguez, 2018). Bevan (2015, p. 5) destaca cuatro características de redes sociales como Facebook que las hacen propicias para los celos: 1) el creciente tamaño e influencia que ha adquirido como medio de comunicación primario; 2) su carácter visual, centralizado, público que permite observar cómo una pareja interactúa con otros usuarios; 3) la naturaleza ambigua y libre de contexto de las redes sociales por lo que los mensajes pueden ser mal interpretados y 4) la consideración de las redes como una vía fácil para que los usuarios se conecten con rivales potenciales.

Los celos, se podría decir, se potencian en las interacciones mediadas por tecnologías en virtud de la socialidad expandida, la relativización de las fronteras entre lo público y lo privado, las posibilidades de gestión de la privacidad, el potencial que tienen para la vigilancia y las inscripciones digitales que permanecen en plataformas públicas o privadas de interacción por internet.

Este último punto merece una discusión detallada. Los celos en internet, así como las infidelidades, como veremos más adelante, son también propiciados por inscripciones digitales (fotos, reacciones, men-

sajes, búsquedas, historiales, etc.) que "…conllevan el potencial para disonancias, controversias y mezclas de sentimientos, que pueden desestabilizar situaciones, normas, expectativas, comportamientos o percepciones" (Lasén y Hjorth, 2017, p. 128). La importancia de estas huellas de nuestras interacciones en plataformas de internet es que incrementan las oportunidades para reflexionar o reinterpretar los aspectos tácitos y ambivalentes de las relaciones íntimas. Lo textual y lo visual son géneros claves en las interacciones mediadas por tecnologías digitales, estos tienen el potencial de permanecer fijos en los soportes digitales o de dejar diversos rastros digitales (lo que no ocurre con la comunicación verbal que tiende a ser fugaz). Las inscripciones digitales constituyen un ámbito de tensiones y negociaciones en las relaciones íntimas, incluidas las de pareja (Lasén y Hjorth, 2017). Generalmente este tipo de inscripciones son las que desencadenan múltiples situaciones y experiencias de celos, y como veremos más adelante, descubrimientos de infidelidades.

La investigación sobre celos románticos en internet ha privilegiado el estudio de redes sociales como Facebook, para identificar qué es lo específico de esta clase de celos, en qué se diferencia de los celos offline, qué los produce, cómo se expresan, y cómo se reacciona o responde a ellos en distintos grupos sociales. Una revisión reciente de la literatura anglosajona sobre el tema, encuentra que la reacción más estudiada que involucra celos románticos, ha sido la vigilancia online que contempla acciones conscientes o deliberadas para conocer lo que hace otro usuario online y offline a través de tecnologías de comunicación. Así mismo sugiere que las parejas románticas responden a la experiencia de los celos digitales con una variedad de mensajes offline, online, (directos o evasivos), aunque estos comportamientos no han sido formalmente identificados y clasificados (Bevan, 2017). Ese mismo balance, identifica como focos de investigación aspectos específicos de la interacción en redes sociales: el estatus de la relación, el carácter público o privado de la comunicación, los usos de elementos no verbales (emoticones), la lista de amigos y las fotos, etiquetas y contenidos (Bevan, 2017). Con

respecto a las fotos, Bevan (2017) identificó tres clases de fotos que generan celos: 1) fotos del sexo opuesto que recibieron alguna clase de cumplidos sobre la apariencia, sea con reacciones icónicas (me gusta) o con comentarios; 2) fotos de la pareja romántica que genera reacciones o comentarios de otros del sexo opuesto y; 3) fotos de la pareja romántica con alguien más del sexo opuesto.

En este aspecto, Rueda, Megan y Lela (2015) analizaron experiencias de celos asociadas a la interacción por texto o las prácticas de textear en jóvenes mexicoamericanos mediante grupos focales. Sus resultados destacan que las mujeres se muestran más emocionalmente afectadas por los celos provenientes de redes sociales, pero que frente a la práctica de textear, los hombres expresaron más preocupación, a tal grado que son ellos los que establecen reglas para textear, limitando a las mujeres en su interacción con pares. Así mismo son las mujeres las que ofrecen más ejemplos personales de cómo textear se volvió problemático en su relación de pareja. De manera cualitativa, Parra (2018) en su investigación con jóvenes mexicanos sobre la remediación de las relaciones de pareja en las redes sociales, encontró que los celos convergen con el acoso y el control, generados por actividades online de la pareja. Sus resultados destacan que los celos surgen a partir de valoraciones sobre la última conexión de la pareja, los tiempos de respuesta, la experiencia de ser dejado en visto, los likes que dan a las publicaciones o fotos de otros/as y las actualizaciones de estado que dejan entrever concepciones sobre la pareja.

Los nexos entre los celos, el control, la vigilancia y la violencia

La investigación sociológica sobre los celos ha establecido un nexo fuerte con la violencia, sea desde la teoría o los estudios empíricos. De acuerdo con George Simmel hay dos premisas claves para comprender sociológicamente los celos: 1) la base de su experiencia está en la interpretación de las acciones ajenas; y 2) los celos hacen coexistir la intimidad y la violencia en una misma relación. De manera textual, Simmel (1927) señala:

> El hecho de que todo acto o palabra humanos permitan interpretaciones varias, en cuanto a su propósito e intención, ofrece un instrumento dócil a los celos, que no ven más que una interpretación. Los celos pueden combinar el odio más violento con la persistencia del más apasionado amor, y el sentimiento de la comunidad íntima con el aniquilamiento de ambas partes –pues el celoso destruye la relación del mismo modo que al otro–; por eso acaso sea este sentimiento el fenómeno sociológico en que adquiere su forma subjetiva más radical la construcción del antagonismo basado sobre la unidad (p. 44).

En las situaciones de celos el trato íntimo es asociado con niveles de violencia. Esta asociación se expresa específicamente en relaciones interpersonales en las que se establece un sentido de propiedad o pertenencia sobre el otro. Este aspecto es clave para distinguir los celos de la envidia, como ha enfatizado Simmel.[9] El sentimiento de derecho a la posesión es inherente a la experiencia de los celos. No se puede celar objetos impersonales, sino exclusivamente personas con quienes se mantiene una relación. Según Simmel (1927, p. 42): "Puede un hombre envidiar a otro la posesión de una mujer; pero celos siente sólo el que cree tener algún derecho a poseerla…". Los celos emergen cuando alguien siente la ficción de que alguien le "pertenece" y le puede ser arrebatado por un tercero. De aquí que las reacciones frente al rival sean intensas emocionalmente y se le considere un competidor. También se ha señalado que los celos tienen efectos negativos en el funcionamiento de las relaciones; están comúnmente vinculados con conflictos en las relaciones y con impactos relacionales importantes, tales como la

[9] "Es característico de lo que designamos con el nombre de celos, que el sujeto cree tener derecho a la posesión que afirma, mientras que la envidia no se preocupa del derecho, sino sencillamente de lo apetecible que es el objeto envidiado, siéndole indiferente que el bien deseado le sea negado por poseerlo un tercero, o por causas a las que no remediaría el tercero, ni perdiendo dicho bien ni renunciando a él. En cambio, los celos reciben su dirección y colorido propios" (Simmel, 1927, p. 40).

desconfianza o la violencia íntima de pareja (Andersen, Eloy, Guerrero y Spitzberg, 1995).

La violencia de género aparece ligada en múltiples investigaciones a los celos, presenciales o en internet. Los conflictos por celos a partir de las interacciones digitales de las personas, de acuerdo con la literatura académica, con frecuencia involucran diversas formas y grados de control y violencia, digital o física, en la pareja. Como hemos visto, la interacción a través de tecnologías digitales está asociada a conflictos por celos generados por las actividades online de los miembros de la pareja. Facebook, según Elphinston y Noller (2011), está incrementando la complejidad de las relaciones románticas, toda vez que es un medio de comunicación accesible, abierto a un número infinito de amenazas potenciales de terceros, y que puede desatar actividades de monitoreo de la pareja, celos y vigilancia. En este sentido, Sánchez y Solís (2009) señalan que las microviolencias suelen ser precursoras de agresiones entre las que se incluyen los celos patológicos. En concordancia, Baker y Carreño (2015) desde hallazgos cualitativos con grupos de discusión, plantean que los adolescentes usan las tecnologías para realizar comportamientos violentos en las distintas etapas de la relación de pareja, y muestran que la expresión de celos y la vigilancia online es cíclica, donde los celos inducen vigilancia, que detona nuevos celos y acciones de monitoreo. Al mismo tiempo, encuentran que hay notables diferencias de género, pues si bien ambos géneros se monitorean entre sí y normalizan estas acciones cuando no son extremas, los hombres tienden a aislar a sus parejas de otras relaciones de maneras más frecuentes.

De manera consistente con la asociación entre celos digitales y agresiones, Brem et al. (2015) observan que los celos y la vigilancia online, cuando son usados como estrategias de retención de la pareja, se asocian con agresiones psicológicas y físicas. También Rodríguez-Domínguez et al. (2018) encuentran que las ciberagresiones en el noviazgo adolescente son muy frecuentes y que las mismas responden a creencias sexistas y a la presencia de los celos. De igual manera, Van Ouystel et al. (2016), a través de grupos focales con adolescentes, investigaron

la relación entre comportamientos online y agresiones íntimas de pareja, encontrando que las fotos y las actualizaciones de estatus son las fuentes principales de búsqueda de información cuando las relaciones comienzan; que los celos asociados a Facebook son reportados de manera constante, así como comportamientos de control tales como monitorear perfiles, compartir contraseñas y revisar el estatus de visto de los mensajes. Desde el contexto mexicano, Rodríguez y Rodríguez (2016) encontramos evidencias cualitativas de que los celos están asociados a la violencia de control en la pareja y son una fuente de conflicto en las parejas jóvenes. Así mismo, identificamos que los principales detonantes de celos en las parejas estaban asociados a fotos que recibían muestras de aprobación, o en su caso, a fotos que revelaban actividades o relaciones desconocidas por la pareja.

Los celos en redes sociales pueden implicar agresiones a la pareja, pero también con los posibles rivales. Baker y Carreño (2015) señalan que la facilidad de encontrar y comunicarse con rivales a través de tecnologías de comunicación mediada puede contribuir a la inestabilidad de la pareja y al incremento de probabilidad de la violencia.

No obstante, otras investigaciones muestran que los celos en internet no solo desencadenan agresiones, sino también las agresiones operan como un antecedente de los celos en internet. De acuerdo con el estudio de Demirtaş-Madran (2018) las agresiones en pareja predicen los celos asociados al uso de Facebook; y, por otra parte, los celos en Facebook están ligados con los celos presenciales y la baja autoestima. De modo que quienes muestran altos niveles de agresión serán más celosos en redes sociales que quienes muestran niveles bajos.

Como respuesta a los comportamientos de vigilancia online, los afectados pueden proactivamente borrar un texto propio o un mensaje de redes sociales antes que la pareja pueda encontrarlo. En este sentido, las parejas responden a los celos, aceptando limitar su comunicación con otros: 1) evitando comunicarse con rivales potenciales y 2) aislándose de ellos; no regresando textos o llamadas (Bevan, 2017). Los celos, como las infidelidades, están basadas en normas de exclusividad sexual

y emocional estrictas, que hacen sospechar de cualquier trato de las mujeres o de los hombres con alguien del sexo opuesto.

Las infidelidades en internet, continuidades y discontinuidades

Internet y todo su potencial para el establecimiento de vínculos sexuales y emocionales ha representado un nuevo campo de indagación en los estudios sobre infidelidad. Me refiero al estudio de fenómenos particulares de la infidelidad en internet, online o virtual (según sus nombres más populares). En lo general la infidelidad en internet, según Hertlein y Piercy (2006), refiere conductas sexuales y románticas usando internet que no son aceptadas por un miembro de la pareja. Docan-Morgan y Docan (2007), por su parte, proponen una definición más amplia que abarcaría todos los actos que afecten la confianza y sean desleales por parte de uno de los miembros de la pareja en una relación de compromiso. Entre estos actos reconocen actos superficiales e informales (p. ej. bromear y hacer cumplidos) y actos de involucramiento o con propósito (p.ej. flirtear, postear un anuncio personal, preocuparse por alguien). De modo que estos actos forman parte de un continuum de actos que no tienen una naturaleza sexual al involucramiento (ver Rodríguez, 2020).

En lo general la investigación sobre la infidelidad en internet ha demostrado que entran en esta categoría actos de naturaleza sexual como el cibersexo, el sexting,[10] el flirteo online, el ver pornografía (ver Whitty, 2005; Vossler, 2016), pero no exclusivamente. Otros actos de naturaleza no sexual son considerados como infidelidad, sin importar que no impliquen contacto físico, y se sancionan como tales porque

[10] Lenhart (2009) define el sexting como aquellas prácticas en que las personas crean, envían o reciben textos, imágenes o videos sexualmente sugestivos como desnudos, semidesnudos, a través de sus teléfonos celulares o de otros dispositivos electrónicos. De acuerdo con este autor, el sexting puede ser parte de una actividad sexual común, la extensión de una relación sexual existencia o una forma inicial de ejercer la sexualidad sin el encuentro cara a cara.

se protegen con mentiras o secretos. Shaw (1997), por ejemplo, define este tipo de infidelidad considerando los actos que sean ocultados con secretos y drenen recursos sexuales de la relación primaria sin importar si hay o no contacto físico o corporal.

La mayor parte de las definiciones citadas advierten ya sobre la expansión de los actos con potencial para ser considerados como infidelidad en internet y susceptibles de generar conflicto, y, por consiguiente, sufrimiento. Pero también muestran, que en dichas caracterizaciones se suele omitir lo que desde la sociología, destacan Sahni y Swasti (2018, p. 218), que se trata de un "fenómeno subjetivo inserto en historias y culturas particulares que honran la monogamia".

La expansión de los comportamientos en internet que entran en el espectro de la infidelidad se acompaña, según van Hoof (2017), de actitudes más duras hacia la infidelidad, aun en el contexto de creciente visibilidad de parejas consensualmente no monógamas. De igual manera Sahni y Swasti (2018) cuestionan si la infidelidad en internet es un problema real, cuando el asunto se enfoca desde conceptualizaciones distintas de la sexualidad humana (reconociendo que la relación monógama es una entre muchas posibles) y se consideran los cambios actuales tendientes a la flexibilización de las normas de pareja. También plantean la necesidad de reconocer el valor de internet para salir de los conflictos maritales, la violencia en la pareja íntima o las relaciones abusivas.

La infidelidad en internet ha sido estudiada bajo parámetros similares que la infidelidad presencial o sin mediaciones tecnológicas. Es posible observar en ambos una defensa acrítica de la monogamia y del matrimonio que desconoce que los ideales socioculturales de fidelidad van acompañados de prácticas de celos, control, vigilancia o violencia, o incluso, simplemente de monotonía y aburrimiento (sobre este último punto ver van Hoof, 2017). De igual manera, tienden a detectar sobre todo consecuencias negativas como ocurre con la infidelidad offline, como son conflictos de pareja, separación, desconfianza, dolor, divorcio, acompañados de emociones negativas, con algunas excepciones. Y final-

mente, como he planteado antes, tienden a reproducir un orden moral que condena las relaciones extradiádicas y asume que la infidelidad es una de las mayores amenazas al bienestar de las relaciones de pareja (Rodríguez, 2020).

La discusión precedente muestra también que en la interpretación de la infidelidad en internet, o fuera de ella, predomina la tendencia a verla como un asunto individual más que sociocultural, a considerar las consecuencias relacionales y personales negativas como efectos universales y sin reconocer que estas experiencias podrían interpretarse lejos del imaginario del engaño, la traición y el sufrimiento. En este libro, partimos de reconocer las diversas situaciones que implica la infidelidad y la extraconyugalidad, asumiendo que no siempre implican las mismas consecuencias y sus impactos negativos pueden ser más bien una respuesta a expectativas socioculturales rígidas que impiden imaginar relaciones más libres y abiertas.

En lo general, los celos y las infidelidades en internet responden a las mismas lógicas que sus contrapartes presenciales, y en el mundo onlife, ambos tipos de experiencias se desencadenan y refuerzan mutuamente, dada la fluidez entre lo que ocurre online y offline. En este sentido, podemos afirmar que revelan remediaciones (Lasén, 2014a) de situaciones que resultan amenazantes a la relación primaria en contextos socioculturales que honran la monogamia.

No obstante, las investigaciones sobre celos e infidelidades en internet muestran que la mediación tecnológica afecta la naturaleza de estas experiencias emocionalmente intensas, abriendo nuevos escenarios y expectativas relacionales. Ambos fenómenos emergen ante las mismas reglas de interacción de pareja y bajo modelos de amor romántico que los justifican como derivados de un supuesto derecho de propiedad, incentivados por nuevas formas de acceder a la información de otros, la conciencia práctica del potencial de internet para relacionarse normativa y contra normativamente, y los accesos fortuitos, o intencionales, a las inscripciones digitales. Así mismo la facilidad de interactuar con terceros o de increpar al rival por medios digitales son condiciones

que se suman a los modos presenciales de experimentar este tipo de experiencias.

En este sentido, la comunicación digital, con toda su complejidad y riqueza emocional, potencia las experiencias de los celos y las infidelidades bajo nuevas condiciones de emergencia y reacción. Esto se realiza, por supuesto, desde las apropiaciones que hagan los usuarios de las tecnologías y bajo la influencia de otras variables, como las determinantes culturales.

Conclusiones

Las parejas se celan y responden a los celos ante situaciones más o menos similares en contextos online y offline, al igual que ocurre con las infidelidades. Y lo más común es que las amenazas de relacionarse con terceros, o las relaciones ya iniciadas, ocurran a partir de interacciones híbridas propias de un mundo onlife. No obstante, podemos constatar que las mediaciones tecnológicas hacen que las situaciones de celos o infidelidades sean más frecuentes, más fáciles de experimentar o realizar o más amenazantes porque se han ampliado las posibilidades de interactuar con otros en un contexto de hiperconexión. También las mediaciones tecnológicas están contribuyendo a que los agentes creen nuevos códigos, normas o criterios para tipificar los comportamientos que generan dudas, incertidumbres, frente a los que generan confianza y compromiso. Y finalmente, en estos asuntos, es muy importante la actuación, pero también la participación de "otros" como audiencia. En las plataformas de internet esa audiencia se ha expandido. Los celos se sienten más si la causa que los generó ha sido pública, si hay reacciones de los otros que señalen la situación y emitan juicios. Del mismo modo, las infidelidades se sufren más si se hacen públicas; en esos momentos, las amenazas a la reputación son mayores, así como el sufrimiento o la posibilidad de reaccionar con hostilidad. Esos otros pueden contribuir a minimizar o a exagerar la situación desencadenante de celos o la reacción frente a las infidelidades, al igual que los pronunciamientos de otros en conversaciones cara a cara.

En cualquier entorno, presencial o digital, también son los agentes externos los que desestabilizan las interacciones. La búsqueda de "señales" para interpretar si una relación con un tercero representa o no una amenaza para el bienestar propio y la relación, está a la orden en la experiencia de los celos y del descubrimiento de infidelidades, sea que esas señales sean actitudes, miradas, chismes; o emojis, chats, comentarios, fotos y otras inscripciones digitales. Así mismo los celos y las infidelidades conllevan reacciones de vigilancia y otras agresiones online y offline. Algunos "triángulos" emergen en redes sociodigitales a partir de información ambigua; mientras otros, simplemente expanden al mundo digital aquellas amenazas de terceros que ya se experimentaron offline. Los emojis ante estados, publicaciones o fotos son interpretados como signos de amenaza si es que provienen de alguien que pueda considerarse un rival.

2. Los celos onlife: relatos autobiográficos entre la libertad y la sujeción

Los relatos íntimos sobre celos son una ventana para evaluar las crecientes tensiones entre la libertad y la sujeción en el ámbito de la pareja, o dicho de otra manera, entre las normas de pareja que favorecen la libertad (confianza/autonomía) que se oponen abiertamente a aquellas que defienden la sujeción (propiedad/pertenencia/dependencia/control). Se pretende mostrar que los celos románticos pueden comprenderse a partir de las luchas en la definición del deber ser de las parejas y las desigualdades emocionales. El capítulo se estructura comparando las experiencias de celos de hombres y mujeres (ver Anexo II), tanto en sus manifestaciones presenciales como digitales. Inicialmente se discute la complejidad emocional, los estereotipos emocionales y las relaciones de poder como dimensiones de análisis claves para interpretar las experiencias de celos en relaciones de pareja heterosexuales. En un segundo momento, se analizan relatos de celos femeninos y, en un tercer momento, el que corresponde a las narraciones masculinas. En sendos análisis las experiencias se interpretan diferenciando los celos propios y los atribuidos por otros/as, así como identificando las reacciones que se tienen en las situaciones que los evocan, tanto por quienes están en el rol de celados/as como por quienes lo están en el de celosos/celosas. Así mismo, en estas secciones se destacan tipos de celos, como son los celos fingidos, los celos irracionales, los celos violentos, entre otros. En un cuarto momento, se analiza cómo los celos románticos

fluyen de lo presencial a lo virtual, poniendo en juego continuidades y discontinuidades entre sí. Y finalmente se ofrece un balance crítico sobre la complejidad de los celos, las desigualdades emocionales y el acceso al bienestar subjetivo según el género.

Las complejidades de los celos románticos

Las complejidades emocionales (Ben Ze'ev y Brunning, 2018), en el caso de los celos son palpables en los relatos analizados (fragmentos de entrevistas semiestructuradas), como podrá constatarse más adelante con citas puntuales. Por ahora destaco solamente que los relatos manifiestan alta diferenciación en la experiencia. Son sumamente variados aun dentro de una misma categoría social y expresan posicionamientos complejos en términos emocionales, cognitivos y comportamentales. Esta misma complejidad, se encuentra, también en los relatos sobre infidelidades, como se verá más adelante.

Por ejemplo, la ausencia de celos es celebrada por parejas o por uno de los miembros de la pareja (principalmente hombres) como un logro o una cualidad, mientras que algunas mujeres y hombres, desean ciertas dosis de celos para sentirse queridos y valorados. En otros casos los celos atribuidos o los celos sentidos están incorporados en experiencias de conflicto diversas. Las mujeres tienden a declararse a sí mismas como celosas, pero sienten vergüenza de sentirse así cuando las amenazas no son tan claras o definitivas, o incluso, logran relaciones más equitativas cuando se asumen como no celosas. De igual manera en algunos momentos se sienten obligadas a dramatizar o exagerar esta emoción pues se actúa conforme al estereotipo emocional de "ser más celosas". Los hombres no se consideran celosos, pero los celos con mucha frecuencia aparecen en sus intentos por justificar agresiones o violencias hacia sus mujeres, o en su caso, sentir celos-desconfianza los lleva a una separación casi inmediata. Las dudas que generan los celos son muy difíciles de resolver. De modo, que más que constatar si hay una amenaza o no a la relación, prefieren ser ellos quienes la den por finalizada. Estas respuestas a los celos muestran que los varones tienden a reaccionar con

enojo/odio ante las amenazas de terceros, mientras las mujeres tienden a responder con enojo, decepción o tristeza. No obstante, los escenarios emocionales en torno a los celos están cambiando. Los celos masculinos y femeninos comienzan a ser cuestionados socioculturalmente por ambos sexos, aunque prevalecen expectativas distintas con respecto a este tema.

Las diferencias, dudas, ambivalencias, contradicciones, experimentadas por hombres y mujeres son una muestra de que algo está cambiando en los discursos y vivencias románticas. No todos los celos son justificados por todos los actores o en todos los momentos del ciclo de la pareja o la vida; hay celos que son estigmatizados socioculturalmente porque expresan una baja autoestima, inseguridad o desconfianza de la pareja, o rechazados porque van acompañados de múltiples expresiones de violencia; hay celos que se juzgan como positivos en tanto son interpretados como muestras de interés o amor (resonancia de un componente del amor romántico), mientras que la ausencia total de celos puede generar sospechas de desinterés o desamor. Cuando las mujeres no son celosas, generalmente es una consecuencia de vidas afectivas, sociales y económicas más autónomas que les permiten liberarse de los miedos a quedarse solas, tal y como suele ocurrir con los hombres no celosos.

Los celos al igual que otras emociones, están moldeados por situaciones, procesos y fuerzas sociales: son aprendidos, son funcionales al orden social, reflejan las instituciones del matrimonio y de la prohibición del adulterio, y son resultado de procesos históricos, sociales y culturales de gran alcance (Clanton, 1996, p. 171). Se legitiman socioculturalmente por un supuesto derecho a la posesión (Simmel, 1927) que está inmerso en las experiencias cotidianas de celos.

Las dependencias generadas en las relaciones de pareja son una fuente de inequidades simbólicas y prácticas.[11] Clanton (1996) se propuso explicar los celos a través de los desbalances o inequidades de

[11] Como ha planteado Elias (1982, p. 108) la dependencia es "una característica estructural [...] de todas las relaciones humanas [...] Dependemos de otros; otros dependen de

poder dentro de la pareja. Según su teoría, las parejas más equitativas tenderían a tener menos problemas por celos que las parejas menos equitativas. Así mismo, dentro de la pareja, la parte que tiene menos poder es la más celosa, posición que generalmente ocupan las mujeres. Su planteamiento también anticipa que la mayor igualdad de las mujeres hará que sean menos celosas.

Los resultados obtenidos del análisis de fragmentos de entrevistas favorecen esta hipótesis. Más de veinte años después, en un contexto social y geográfico distinto (al de Clanton, 1996), los relatos de las mujeres las muestran con más recursos para resistir los celos masculinos, para alejarse de los hombres celosos y posesivos, para cuestionar los comportamientos de control y para establecer sus propias condiciones para que la relación avance. También se deslindan de los celos cuando las mujeres adquieren la seguridad, confianza y autonomía necesarias para aceptar que las relaciones se pueden terminar sin que eso signifique perder el sentido de la vida; se liberan de sus propios celos y de la necesidad de fingirlos como estrategia de control.

No obstante, las experiencias de celos están marcadas por estereotipos emocionales que siguen teniendo peso en la regulación de esta emoción. En el estudio de organizaciones, las emociones responden al estatus o la jerarquía (Tiedens et al., 2000). En analogía, podemos pensar que las normas y estereotipos emocionales que se instauran en la pareja heterosexual responden a diferencias de estatus y contribuyen a estabilizar las jerarquías de género. De modo particular, Clanton (1996) argumenta que los celos son útiles para la preservación de roles tradicionales dentro de la pareja porque responden a desbalances de poder. Sentir celos y las emociones negativas que suelen acompañarlos (tristeza, miedo, enojo, entre otras) exhiben vulnerabilidad y ponen de manifiesto un menor estatus dentro de la relación de pareja.

nosotros. En la medida en que dependamos de otros más de lo que ellos dependen de nosotros, tienen poder sobre nosotros".

El género marca la experiencia de celar o ser celado, así como las reacciones frente a la pareja y los rivales. La cualidad de ser celoso/a está asociado de manera distinta con las identidades del ser mujer o del ser hombre. Se trata de un atributo que deja huella en la definición propia y de los otros, de modo que perdura, a pesar de que la situación que lo produjo ha concluido. En el caso de los varones, el ser celoso, fue un atributo que reconocieron solo en algunos momentos de su relación o de su vida, cuando eran jóvenes o cuando estaban solteros. De aquí que los celos masculinos sean percibidos como circunstanciales. Sin embargo, en el caso de las mujeres, fue un atributo que reconocieron como constante o permanente en la definición de sí mismas. En los relatos se pueden reconocer estereotipos emocionales que señalan que las mujeres son celosas, los hombres no son celosos, y cuando lo son, son violentos. Asimismo, apuntan a que las mujeres desean ser celadas, mientras los hombres desestiman los celos de sus mujeres al negarles razón de ser o considerarlos problemáticos.

Los hombres asumen distancia frente a esta emoción con frases de este tipo: "nunca he sentido celos", "no tengo ese tipo de celos", "no soy celoso".[12] Las mujeres, en algunos casos, reaccionan frente a este estereotipo con un anhelo o demanda de celos: en momentos o situaciones los desean y reclaman como muestras de interés. En el testimonio de Saidi, se puede observar la demanda a su pareja de celos. En sus palabras se aprecia cierta decepción porque él no había sido celoso a lo largo de su relación, aunque narra una experiencia excepcional que citaré más adelante:

[12] En contraste un estudio sobre los malestares masculinos, ha destacado que la amenaza de pérdida de la pareja es un malestar que sobresale en las vivencias de varones mexicanos y los celos e infidelidad son las principales causas de conflictos asociados a dicha amenaza (Tena y Jiménez, 2014).

> Una de las cosas que tiene Celso y que siempre yo le he peleado, desde que éramos novios, que no es celoso. A mí nunca me ha hecho un pancho[13] de celos, jamás en su vida. Bueno, una vez… Porque de ahí, en los 18 años que tenemos de casados, nunca me ha hecho un pancho. [¿Y eso te gusta?] A veces sí y a veces no. Porque le digo: "Entonces, no me quieres". Le digo: "No me quieres, porque yo pienso que cuando quieres a una persona, este… te interesa, pues la celas". Dice: "¿Y quieres tener problemas?". Le digo: "No. O sea, pues no". Ahí, en la relación, la celosa soy yo. Yo era la celosa, era (Saidi, 38 años, empleada doméstica, casada, Guadalajara).

El diálogo emulado en discurso directo[14] por Saidi muestra diferencias de género. Mientras ella le demanda celos como muestra de interés (un mito del amor romántico), él le responde implícitamente que los celos más bien son problemas y la cuestiona sobre si los quiere en su relación. Ella se asume como quien era la celosa de la relación, aunque apunta que ya no lo es. En casos como este, las mujeres consideran que los celos expresan amor o interés por alguien. Así también en el caso de Otilia, quien, de manera más sutil y mesurada, expresa una necesidad de que su pareja sienta celos:

> y sí me siento [celosa]… y él no: ¡A él no le da nada! Yo me puedo ir con mis amigas o amigos al bar y llegar a las dos, tres de la mañana; él dormido. Digo, tampoco quiero que me haga el pancho ¿verdad?, pero…

[13] "Hacer un pancho" y sus derivados son expresiones coloquiales en México que se usan para indicar que alguien está provocando un conflicto, una bronca, de manera dramática o escandalosa, usualmente en público, pero también en privado.

[14] Según la Nueva gramática de la lengua española de 2009, "Se denomina discurso directo (DD) el que reproduce palabras pronunciadas de forma literal, así como los pensamientos transcritos de la misma forma en que se origina" (citado por Galluc, 2012, p. 212). Este estilo requiere, por lo general, de un verbo introductor, como decir, explicar, manifestar, opinar, repetir o responder, entre otros; aunque también puede manifestarse de manera libre (Galluc, 2012).

pero yo sí me he sentido a veces así (Otilia, psicóloga, 65 años, unida por tercera vez, Colima).

La expresión "¡A él no le da nada!" denota la sorpresa e incredulidad que siente de que su pareja no sienta celos, a pesar de que participa en actividades de entretenimiento con otros/as. De manera ambivalente, Otilia, desea ser celada, pero sin "panchos" (dramas o conflictos). Su relato expresa intriga de por qué él se siente tan seguro o confiado y ella no. En términos más generales, se suscita la pregunta de por qué ante una relación en la que hay confianza mutua, el hombre no se siente vulnerable pero la mujer sí (un sentimiento de vulnerabilidad que se expresa emocionalmente con celos).

Por otra parte, si bien los hombres tienden a deslindarse de esta emoción, las narrativas femeninas suelen señalarlos como celosos y posesivos, y con frecuencia, en asociación causal de sus actitudes y comportamientos violentos (intimidación, aislamiento, menosprecio, insultos, golpes, etc.) o de control (prohibiciones, interrogatorios, exigencias de transparencia, etc.). Y finalmente, las mujeres experimentan celos (se autodefinen y las definen los varones como celosas), incluso los fingen o exageran para ajustarse al estereotipo, aunque también comienzan a criticar algunos motivos y algunas han logrado liberarse y no ser celosas. Cuando las mujeres actúan en contra del estereotipo emocional de ser celosas, ganan confianza, autonomía y seguridad y mayores recursos para vivir solas, si fuese necesario. Su estatus dentro de la relación de pareja tiende a ser más equitativo y eso las libera de los celos y de los sufrimientos que implican.

Los celos femeninos: entre la aceptación y el distanciamiento

En el corpus analizado, casi dos terceras partes de los fragmentos de entrevistas que versaron sobre celos fueron aportados por mujeres, en algunos casos como relatos de celos propios y, en otros, de celos atribuidos a sus parejas varones. Esto puede interpretarse en el sentido

de que para las mujeres los celos representan todavía una experiencia significativa. De hecho, una parte importante de los fragmentos narrativos sobre celos evocaron un discurso directo (ver Gallucc, 2012) que otorga viveza al relato y que muestra que se trata de experiencias significativas. Esto es importante porque:

> Todo recuerdo es socialmente construido, pero sobre todo es socialmente recordado por los afectos que en él se hacen. Sin perder de vista que los afectos que se incluyen en los recuerdos no son afectos pasados, no son un apartado más de un recuerdo particular, sino construcciones actuales que convierten el recuerdo en algo interesante, en algo narrable, y que al mismo tiempo legitiman el orden de cosas del presente (Gil, 1999, p. 29).

Las mujeres experimentan celos, de diversos grados, ante las relaciones de sus parejas con otras mujeres que son catalogadas como atractivas y con quienes saben que sus parejas están en relación de manera presencial y virtual por razones laborales. Así se pronuncia Aurora, cuando responde si ha tenido problemas con su pareja por los usos de celular o redes sociales:

> No, pero, por ejemplo, sentí celos [risas] de una chica con la que hemos trabajado que dice: "Ay, pues está muy guapa, sí está muy guapa…" (Aurora, 43 años, consultora, casada, Colima).

Y en un sentido similar, el relato de Marina asume que en su relación, ella es más celosa y que reaccionaba con su pareja exigiéndole que dejara de voltear a ver mujeres, cuando acudían a fiestas. En represalia, podemos suponer, su pareja pretendió que ya no fueran a este tipo de convivencias:

> [Hablando sobre cambios a lo largo de su relación] Al poco tiempo, ya empezó que… me sacaba de pretexto de las fiestas, que ya no íbamos... que… pues que a mí me daban celos. Pues volteaba y estaba una que otra

> muchacha y él volteaba a ver. Pues es lógico, yo lo sé. No te puedo decir que es el hombre más "Uy, no, no". Pues yo sé que sí. Hasta yo lo hago. Veo a un muchacho y digo: "Ay, qué guapo". Pero hasta ahí, ¿eh? Nada más …Y ya, es lo único que hago, pero pues él también. Es natural, pero pues yo soy más celosa. Lo volteaba a ver y yo, así, como que: "¡Ay, pues ya párate! Ve y dile" "¿Qué onda o qué?". Pero yo era de esas así, tipo… (Marina, 52 años, ama de casa, casada, Guadalajara).

Las mujeres se colocan en el lugar de quienes celan más en sus relaciones con un sentimiento implícito de culpa o responsabilidad, y los hombres, aparecen en los relatos en el lugar de quien castiga a las mujeres celosas (sea con aislamiento social o ruptura). Algunas entrevistadas asumieron para sí misma la cualidad de ser celosas, situación que explicaría, su molestia ante las miradas a mujeres guapas de sus esposos. En esta misma dirección, el relato de Saidi; acepta ser la celosa, estar dispuesta a hacer "panchos", y preocuparse por las miradas de su pareja hacia otras mujeres más delgadas:

> Yo era la celosa… O sea, yo veía… Porque yo lo veo a él como que es muy gordo. Dice: "Es que la mirada es muy natural". Le digo: "Pero, a veces, yo pienso que yo no fui tu… mujer ideal". Porque, le digo: "A ti como que te llaman la atención las personas delgadas. Yo estoy gorda". Dice "No, tú estás equivocada". Le digo: "Pero yo veo, a veces, cómo observas a las muchachas delgadas". Y él decía: "No, no". …yo era la celosa. O sea, yo siempre era la que hacía los panchos, la que esto. Y si ya se le arrimaba una, y yo así de… Yo era la celosa. Ya tenemos, yo creo que de dos años para acá que todo cambió. O sea, como que yo ya le di el bueno, "¿para qué se la haces?" (Saidi, 38 años, empleada doméstica, casada, Guadalajara).

La expresión de celos femeninos pone de manifiesto que, a pesar de estar en una relación de pareja establecida, se ponen alertas ante compe-

tidoras potenciales si los varones "voltean a ver" a otras mujeres o si sienten que su físico no se ajusta al ideal de mujeres delgadas o guapas. Algunas diferencias por sexo con respecto a sentir celos se han explicado por la baja autoestima de las mujeres. No obstante, esta asociación puede cuestionarse. Para Clanton (1996), por ejemplo, la causa de los celos está más en las inequidades dentro de la pareja que en la baja autoestima. En todo caso, esta última también sería una consecuencia de tales inequidades.

Una de esas inequidades, en mi opinión, tiene que ver con el lugar que se ocupa en los mercados románticos. Se puede aventurar que el mismo acto, las miradas femeninas y masculinas a otras personas guapas, es distinto si pensamos que la participación de los hombres en los mercados románticos es continua, no desaparece, aunque estén casados o unidos, mientras que la de las mujeres se detiene con el matrimonio o la unión formal. Esto es así porque los costos de la extraconyugalidad y la infidelidad para los varones son menores que para las mujeres, y en consecuencia, las mujeres se relacionan entre sí bajo la lógica de la competencia no solo cuando están solteras, sino también cuando tienen una pareja establecida. Esta explicación, sin embargo, no siempre está al alcance de las mujeres que terminan asumiendo la culpa de ser celosas como parte de su naturaleza, así como de las consecuencias relacionales que esto implica.

Si bien algunas mujeres sienten celos, confrontan y hacen "panchos" (dramas o conflictos) ante la presencia de otras mujeres atractivas, los celos femeninos también se manifiestan en silencio a partir de atribuciones de un mayor estatus a la pareja. Cuando uno de los miembros de la pareja le concede al otro un mayor estatus (cualidades superiores como la inteligencia o ser buen amigo o platicador), los celos emergen ante el temor de perder a alguien valioso. Esto se incrementa cuando este desbalance en estatus va acompañado de acciones sutiles de menosprecio:

> Claro, yo pienso, yo le gusté... Digo, nos relacionamos, hasta nos casamos. Todo estuvo bien, pero él sí, o sea, él –¿qué te diré?– a veces dudo. Digo: "¿Pues de veras yo le gustaría o no?" Porque como él es tan, tan amiguero, ¿verdad? Y yo la verdad soy muy celosa… Y cuando estamos en reuniones con compañeros y todo y ya lo veo, digo: ¡no! Él me olvida. Y él se encanta platicando con otras gentes, presumiendo lo que sabe, la platicada y todo, ¿verdad? Pero entonces él sí me olvida. En esa situación hasta desaparezco de las reuniones (Mónica, 69 años, funcionaria, casada, Guadalajara).

El relato de Mónica muestra que los sentimientos de duda e inseguridad se manifiestan a pesar de estar casada; siente incertidumbre sobre la veracidad de los sentimientos de su pareja o de ser ella la pareja que realmente le gusta. Esta desconfianza emerge de la percepción de un desbalance de poder que se manifiesta en ser ignorada cuando su pareja se relaciona con terceros.

De este modo, puede verse que no solo resultan amenazantes las mujeres atractivas (porque se impone la competencia estética), sino también las cualidades de la propia pareja que se intuye son valoradas por las mujeres en general. Ser esposa de un hombre protector o carismático genera inseguridad, misma que se acentúa al notar que él no la cela ni se preocupa por sus actividades en la noche y con amigos. El relato de Otilia ilustra estos aspectos:

> [¿Pero si buscaras (infidelidades), encontrarías?] Quién sabe. La verdad no me interesa fíjate, pero sí me he sentido vulnerable… Mi pareja es una persona muy protectora de mucha gente. Entonces muchas personas lo buscan, lo buscan, lo buscan mujeres también. Se sienten como muy escuchadas por él, comprendidas. Entonces de repente digo: "¿A ver? ¿cómo? ¿cómo ahí qué?" No [ríe]. Sí me he sentido así como vulnerable. Este, no sé si sea celosa, pero de repente: "Ay es que estaba con fulanita", "Ahora con sutanita", y "Ahora con menganita". Y vienen y lo buscan aquí a la casa

> ¿no?, eso. Y cuando le hago el comentario me dice: "Bueno pues es parte de mi trabajo…", y le digo: "Ándale pues". Pero sí hay un sentimiento, si te refieres al sentimiento, sí lo hay, sí lo hay. [¿Y lo han hablado?] Sí, se lo digo, sí, le digo: "Oye me siento, así como, como que…", "no bueno, no pasa nada, lo que pasa es que esto, que lo otro, que…" [dice él]. "Está bien, nada más quiero que sepas cómo me siento" ¿verdad? Y sí me siento… y él no: ¡A él no le da nada!… (Otilia, psicóloga, 65 años, unida por tercera vez, Colima).

En este caso, la falta de reciprocidad en el sentimiento de celos ante la posibilidad de perder a alguien valioso es un factor que los refuerza. Celar y no ser celada implica un desbalance que favorece la vulnerabilidad femenina, aunque, como veremos más adelante, también activa cuestionamientos y reflexiones en varones.

En el relato de Otilia, los celos femeninos se viven con un sentimiento de vulnerabilidad al ver que su pareja logra empatizar con otras mujeres fácilmente. Hay dificultad para reconocer su experiencia como celos, como si fuera un sentimiento vergonzante. La reacción de su pareja es minimizar el riesgo con un "no pasa nada". Los celos vergonzantes de Otilia también se explican porque se trata de una mujer que tuvo acuerdos implícitos o prácticos de relación abierta, como se verá en el siguiente capítulo.

Las expectativas femeninas frente a sus propios celos son que los hombres limiten sus comportamientos de riesgo en sus interacciones con el sexo opuesto, sobre todo si se trata de mujeres atractivas, más jóvenes o delgadas, que ellas mismas. Esto involucra tanto las interacciones presenciales como las virtuales (a través de redes sociales o internet) como se verá más adelante, aunque no siempre tienen éxito y no siempre su reacción es de control. En ocasiones, los celos femeninos se viven calladamente, sea porque es una estrategia para evitar conflictos, porque no desean exponer su vulnerabilidad o inseguridad, o incluso, porque sus propios celos son juzgados con ambivalencia.

Los celos atribuidos a las mujeres y las expectativas masculinas

A lo largo de las entrevistas, los relatos sobre celos no necesariamente fueron formulados por quienes los experimentaron, sino que fueron atribuidos a otro/a, principalmente la pareja, o en su caso, fueron observados en otras parejas o en la mujer/esposa que ha sido engañada. Los celos atribuidos son una vía para observar expectativas normativas frente a la expresión de esta emoción o las situaciones que los incentivan.

Los celos desde sus propiedades emocionales son considerados como un sentimiento que debe superarse o aguantarse en las relaciones de pareja estables, sea porque las situaciones que los desencadenan son inevitables o porque se considera una emoción que expresa dudas y desconfianza. Los celos se superan como pareja, a partir de acuerdos de transparencia o de abrirse a nuevas reglas relacionales, pero también los celos disminuyen cuando uno de los miembros de la pareja logra controlar el comportamiento del otro/a (al menos temporalmente).

De manera particular, se observa que las expectativas masculinas frente a los celos femeninos es la de exigir que ellas aguanten o superen los celos, sin hacer reproches ni reclamos, y negándose a hacer concesiones en el comportamiento que suscita el conflicto. No obstante, esto ocurre de diversas maneras, algunas más violentas que otras.

La petición de aguantarse los celos se dirige sobre todo a las mujeres ante situaciones que no pueden controlar, aunque excepcionalmente puede ser a la inversa. En el relato de Sergio se advierte que los celos pueden surgir en las mujeres cuando sus esposos tienen trabajos en los que conviven cotidianamente con otras mujeres. La reacción del varón va en el sentido de "te aguantas". No hay una disposición a dar certezas más allá de asentar que así es su trabajo:

> Que te vieron con la vieja y que esto y que lo otro... Yo trabajaba de chofer, repartiendo mujeres en las tortillerías, pos (pues) no. "Pos diario me ven

con mujeres". Le digo: "Si cargo mujeres pa' (para) todos lados, todos los días en la mañana y en la tarde, todo el día, pos cómo no. Tan locos, no les hagas caso. No, no, no, no". Eso es lo malo, los celos y que no pueda uno, digo, tanto uno como ellas, ¿verdad?, aguantar, aguantar … [¿Entonces su esposa era muy celosa?] Sí, celosa, pero se aguantaba. Sí, se aguantaba. [¿Qué le decía?] Pos (pues) sí decía que por qué tanto andaba con esas viejas. [Y el entrevistado]: "¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me meta? Vete tú a trabajar, ahí está la camioneta, ándale, llévatela a trabajar. Yo me quedo en la casa". Pues ya qué hacía, nada, ¿verdad? Pues no, no. "No, pero que te vieron y que". "No, bueno, pues ni modo." Tengo que llevarlas como a media noche, que tenemos que llevarlas a donde se usaban los molinos, dos veces, de aquí a La Nogalera (Sergio, retirado, 90 años, viudo, Guadalajara).

Aguantar los celos es una exigencia hacia las mujeres, sobre todo, en relatos de adultos mayores. Cuando estos hombres dicen no celar, instigan a sus mujeres a hacer lo mismo. Pero sobre todo, con esta exigencia están incitándolas a trabajar sobre sus emociones –en el sentido que propone Hochschild (1979, 2003**)**, de hacer algo para sentir diferente– solo que en servicio de ellos mismos. El beneficiario de esta gestión o trabajo emocional exigido, no son ellas, sino los hombres que se libran de sus reclamos. De igual manera, Sergio, en su relato, persuade a su pareja de que los celos no son útiles para saber si alguien tiene una relación con un tercero. Asegura que estos deben aguantarse, hasta que de verdad se descubra un engaño de manera contundente:

[¿Usted nunca tuvo una situación así?] No, no, no. Nunca, porque me celaba [y yo]: "¿Qué te ganas? A ver, ni yo te celo a ti ni tú me vas a celar a mí. Aguántese. Vamos a aguantar. Ah, chimoles. Hasta que no me halles acostado con alguien". "No, pues ¿cuándo?". "Sí se llega a ver. Acuérdate del sobrino." Un sobrino, aquí abajito, él se iba a trabajar, la mujer se quedaba sola. Pues metía a otro pelado y una vez metió al compadre (Sergio, retirado, 90 años, viudo, Guadalajara).

La idea de aguantarse los celos de adultos mayores, en el caso de adultos de edad media o jóvenes, se transforma en la idea de "superar" los celos (un término que converge con los discursos modernos de la autoayuda). Esta exigencia de superar los celos puede hacerse con respecto a las mujeres o a la pareja como unidad. Los celos, implícitamente, se asocian con una relación de pareja no satisfactoria.

Desde la experiencia de los adultos mayores, sin embargo, se puede notar, la mayor libertad sexual que han tenido los hombres y la enorme dependencia de muchas mujeres de antaño de ellos, sobre todo, cuando son de niveles socioeconómicos bajos. En el siguiente testimonio, Julián, narra brevemente los celos de su esposa ante una mujer con la que él presumiblemente había tenido sexo por pago:

> [¿Y siente que alguna vez usted fingió placer con ella?] Pues… No. Yo te voy a decir, mira, uno anda en los servicios [de prostitución], mayormente, como los que yo te digo que yo tuve. Y hay mucha tentación, mucha provocación, pero yo siempre llegué con mi esposa como era siempre. Que yo sí conviví con mujeres así, relajándose o en el relajo, pero hasta ahí. Yo nunca olvidé a mi señora, yo siempre llegaba el mismo. Si tú quieres pues hace uno a un lado lo que le pasaba o hizo, pero yo a mi casa llegué siendo el mismo. Mi señora es una mujer muy humilde y no fue una mujer experta, orientada podemos decir, no. Entonces ella vivió bien. En sí me creyó todo a mí y yo sí, pues una mujer; supo ella que la mujer andaba exhibiéndose y sí … sintió celos, como te digo. Vuelvo a repetir, uno se cree dueño, como ellas de uno, entonces ella sí sintió muchos celos y tuvo unos problemillas, así como te digo, verbales y por celos. Pero yo con ella siempre traté de conformarla, de vivir bien (Julián, 73 años, jubilado, casado, Colima).

De manera específica, en su relato, Julián reconoce una creencia mutua de ser dueños uno del otro como causa de los celos de su pareja. Pero también asume un desbalance con su mujer que la llevó a "creerle todo" a él y a reaccionar por celos con reclamos verbales que

no pasaron a mayores. La libertad masculina de relacionarse con otras mujeres es normalizada por Julián y los celos de su esposa, como se puede observar, implicaron más reacciones moderadas de disgusto o molestia ("problemillas verbales"). Los celos femeninos son construidos negativamente por los varones; exigen que las mujeres los aguanten o superen, amenazan con terminar la relación o con dejar de llevarlas a lugares públicos.

Los hombres celados (pero no celosos) son quienes expresan mayor intolerancia frente a los celos femeninos. Las situaciones de celos, en entornos públicos, son catalogadas como "panchos". Esta expresión popular denota un reclamo hecho con dramatismo por una de las partes, y generalmente, bajo la mirada de curiosos. El reproche masculino sobre las situaciones de celos opera como una advertencia, un mecanismo de prevención que se instala desde que la relación inicia; si no disminuyen o se acaban, la consecuencia será un fin definitivo:

> "No me gusta que me condiciones … no me condiciones, no condiciones las cosas, deja que las cosas fluyan". Hasta que ya le dije: "¿Sabes qué? Neta aquí muere. Neta aquí muere". O sea: "No me hallo bien contigo, eres una linda persona, pero eres una persona muy celosa". Una vez la traje al teatro y me hizo salir del teatro porque se puso celosa, "¿Tú crees que voy a vivir con una persona [así]…? Apenas es la segunda salida y ya me hiciste un panchonón, ¿tú crees que yo quiero una persona así en mi vida?"; "Para nada", "Ahí muere", bloqueamos todo y adiós, pero ahora, hay más entendimiento [continuaron la relación] (Saúl, académico, 59 años, divorciado, Colima).

Otros hombres, sin embargo, naturalizan los celos femeninos y los aceptan como algo normal, sobre todo cuando son mesurados. Así en el caso de Daniel, quien asume una actitud más tolerante frente a los celos de su pareja, aunque señala que nunca ha habido motivos fuertes:

> … nunca he sentido celos de ella, por esta relación de confianza, que te da confianza. Y ella ha sido celosa desde la licenciatura, pero siempre ha sido igual, tolerable, normal, pero esa es su naturaleza. Yo nunca voy a poder evitar que ella deje de ser así, porque es así su naturaleza; es como cuando te gusta ponerte una camisa de un lado. Pero es hasta cierto punto normal y además pues nunca ha habido un motivo de eso, más que saludas a alguien o que alguien te visita …como para generarle un celo especial, pero pues algunas personas son así. No sé si sea solo privativo de las mujeres y no de los hombres, o de los dos (Daniel, 45 años, casado, académico, Colima).

Hasta aquí los relatos de los hombres sobre los celos de sus parejas muestran el paso de actitudes severas a más flexibles en el juicio de las situaciones de celos, sobre todo cuando sus expresiones son más mesuradas. En este sentido los celos femeninos que se tienden a tolerar son aquellos que se expresan sin dramatismo y sin exigir demasiado. Se observa que mientras los hombres de más edad fueron más intolerantes a los celos femeninos (exigencias de aguante, reacciones de amenaza o de castigo), en los más jóvenes se aprecia la normalización de los celos femeninos (aun en relaciones que existe confianza mutua) y una mayor disposición a explicar o transparentar las situaciones que los generan, o en su caso, a ponderarlos con mayor aceptación.

Los relatos de nuestros entrevistados, por otra parte, muestran que los celos no solo ocurren con respecto a una pareja que se siente propia. Aparecen incluso cuando la relación ya ha concluido. En relaciones entre ex, como ocurre en una pareja divorciada, pueden también experimentarse celos y conflictos asociados que emergen cuando uno de ellos inicia una nueva relación sentimental. El relato de Rogelio va en este sentido, un hombre divorciado que durante tres años llega a acuerdos con su mujer, mismos que no son revocados una vez que él tiene una nueva relación de pareja:

> … ella a lo mejor sí sentía amor por mí, pero yo no lo sentía. Entonces hubo muchos roces, este, muchos celos al grado de que dije: "bueno, yo no voy

a hacer sufrir a mis hijas; ya están las niñas, a lo mejor me equivoqué de pareja, pero pues mis niñas ahí están". Así que hice un acuerdo con ella de estarle dando efectivo, renta, luz, agua gas, $1,500 en efectivo. Ella las tendría el día que yo estaba trabajando y yo el día de franquicia. De esa manera nos estábamos coordinando. Tres años duramos con esa coordinación y pues todo funcionaba muy bien. Al parecer ella siempre tenía la esperanza de que yo regresara con ella, pero no. Bueno, yo no tenía la intención. Empecé a salir con otra persona de Comala, pero pues bueno, no funcionó eso. Con la pareja actual empiezo a tener mi relación. La mamá de mis hijas ve que pues sí va en serio y empezaron los problemas: demandas, el no dejarme ver a mis hijas, bueno, un show completo. Esto al grado de que ahorita tengo dos años, tres años que no las veo, no me deja verlas. Ella se hizo muy influyente en el gobierno así que no me puedo acercar prácticamente para nada [con voz baja y expresión de tristeza] (Rogelio, 36 años, empleado, divorciado, Colima).

La experiencia narrada por Rogelio muestra que las mujeres no correspondidas también pueden sentir celos a pesar de que la relación haya terminado. Los celos trastocan la cordialidad de los acuerdos y en, este caso, no emergen por la amenaza de perder a una pareja (que ya se había perdido), sino ante la posibilidad de cambios en las prioridades (de tiempo, económicas, etc.) del otro cuando ha rehecho su vida con alguien más. También muestra que la paternidad responsable, deseada, es un factor que hace más vulnerables a los hombres en las negociones de pareja posteriores a la separación.

Las narraciones de los celos atribuidos a las mujeres por los varones entrevistados también muestran cómo los celos están anclados en creencias sobre las relaciones entre hombres y mujeres. En este caso, es la creencia de que las mujeres deben protegerse de los hombres, generalmente malintencionados e infieles. Juan narra como en el inicio del noviazgo con su esposa (de quien ya se separó por cuestiones de infidelidades mutuas), ella se ponía celosa porque estaba a la defensiva:

[¿Qué me puedes contar de esta pareja que actualmente es tu esposa?] Sí eee (pensando)… Pues mira, ella es una persona trabajadora, muy alegre… También siento que tiene ella sentimientos muy padres o valores que a mí me gustan mucho. Es un poquito celosa o un poquito más de lo normal [risa] …Yo creo que fue en el noviazgo cuando recién andábamos… y había muchos celos como que, de ella –no sé por qué–. Como que mucha gente le decía que no la iba a tratar en serio y siempre estaba muy como a la defensiva en ese tema (Juan, 33 años, abogado, casado, Guadalajara).

En este relato se nota la importancia de las creencias sexistas en torno a cómo son los hombres y a la ponderación de los celos femeninos. También vemos que esta emoción pierde importancia cuando las incertidumbres relacionales disminuyen a partir del matrimonio, unión o de la gestión de la confianza a través del tiempo.

Los celos se incentivan, a su vez, cuando una mujer vive bajo la amenaza de una tercera participante en la relación: la amante. Jimena, quien tuvo una relación tradicional de matrimonio –aunque después de su divorcio tuvo relaciones menos convencionales–, se emparejó con un hombre casado durante años, –quien nunca se divorció ni se separó definitivamente de su relación primaria–, se pronuncia sobre si la esposa sabía de su relación:

[¿Y no había una conciencia, por parte de su esposa, de la relación contigo?] Yo creo que sí. Yo creo que ella lo intuía, porque era súper celosa y lo súper controlaba también, ¿no? Y, en algunas ocasiones en que ella me contestó el teléfono, como que intuía que no era cualquier relación. Ya, cuando anduvo ahí, cuando lo tenían que llevar en la silla de ruedas, también, en una ocasión la mujer como que se puso un poco celosa, ¿no? Es que lo intuyes. Lo intuyes… Pero esa fue la última vez, hace como unos cinco o seis años. … Pero pues ¿qué? ¿no? Este… digo: yo no me voy a sentir ni culpable, nada. Este… es una relación linda… Él me sigue escribiendo: "Es que te amo". Cositas así, ¿no? Pero que tú dices: "¡guau!

El esfuerzo que le debe costar escribir estas dos palabras" ¿no? (Jimena, 65 años, académica, divorciada, Guadalajara).

Estos celos atribuidos a la esposa pueden mostrar que en ocasiones, las mujeres los experimentan pero sin ninguna consecuencia mayor, incluso por muchos años, como en el caso de la esposa del amante de Jimena. Pero también que quienes ocupan la posición de amantes, los reconocen, pero parecen no sentirlos con respecto a la esposa. La culpa también se disipa al ser una relación que ocurre entre adultos, al señalar que fue él quien la buscó y que la relación es linda. Aquí también aparece un indicador de que la comunicación electrónica, esporádica, pero afectiva, mantiene abiertos los vínculos sin importar el transcurso de los años.

Los celos fingidos, los celos violentos y otras variantes de celos femeninos

Las emociones son reacciones relativamente espontáneas que surgen ante un acontecimiento o una interacción con otros que juzgamos de determinada manera, pero también podemos trabajar sobre ellas en aras de concordar con "lo que se debe sentir" (ver la discusión de Hochschild, 1979). Las mujeres se ponen, en este sentido, las *máscaras*[15] de los celos que se usan estratégicamente para conseguir determinados beneficios. Las experiencias de fingir los celos (y el enojo) narradas exclusivamente por mujeres revelan intenciones de regular el comportamiento del otro a partir de las reglas emocionales asociadas a los celos femeninos. Los celos fingidos sirven para establecer las fronteras entre lo

[15] Elster (2002, p. 194) ha señalado que en determinadas circunstancias o ante ciertos agentes, a los actores se les impide expresar emociones particulares (lo que denomina, los *velos*) y, en otras, estas circunstancias los obligan a expresar emociones que no se sienten (lo que nombra, como *máscaras*). Los velos como las máscaras emocionales son consecuencias de expectativas normativas que establecen que emociones se deben sentir ante ciertos actores y situaciones.

que es aceptable o no en el comportamiento del otro, así como para alertarlo de las posibles consecuencias. Esto aunado a que se cumple el rol emocional asignado socioculturalmente a las mujeres y existe la posibilidad de crear una deuda emocional en la pareja.

Los relatos muestran que el enojo por celos, dentro de la pareja, es una clase de emociones que pueden fingirse, o magnificarse, para obtener una ganancia en una relación establecida. Ponerse la máscara de los celos, expresando dicha emoción, aunque no se tenga o se tenga mínimamente sirve para poner en discusión los gustos de su pareja por otras personas y cuestionarlos creando un drama, con una falsa expresión de molestia, para fortalecer la imagen propia, aunque con algo de arrepentimiento:

> [¿En algún momento has fingido sentimientos hacia tu pareja?] Mmm (pensando) de repente dramas. Así, por ejemplo, celos que nomás por hacer el cuento. Por ejemplo: "¡Oye, esa te gusta". "¡Ah no, que está bien fea"... cosas así que a lo mejor …entre la broma [¿Entonces nada más como en esas situaciones como de drama?] Sí nomás de "¿Por qué estás así de enojada?" "No, no estoy enojada, es que: ¿por qué te hablan?, ¿para qué te molesta?". Y que a veces digo: "Ay pobrecillo, él no está haciendo nada malo", pero no es que sienta así ya nada más por hacerlo sentir mal, sí me he puesto así como de berrinchuda: "Es que no hice nada", "ay sí, no hice nada", pero yo sigo diciendo "Órale" (Fabiola, 37 años, funcionaria, casada, Colima).

Fingir molestia y enojo ante situaciones que no lo ameritan es una manera de prevenir al otro sobre una reacción mayor si es que se relaciona con otra mujer. Es una especie de advertencia enmarcada de broma y exageración. Aquí el testimonio de otra mujer, María José, en la misma dirección:

> [¿Has fingido sentimientos con tu pareja?] Por ejemplo, así como: "¡Ay! ¿cómo hacerme más enojada de lo que estoy?" [dice riendo]. Así como, que

haz de cuenta (gruñe), sí. Eso sí. A veces, por ejemplo, no, no soy celosa, ni de que hay que celar, no. Pero así como ponerme, o sea un poquito más exagerada de: "Ay, a mí no me gusta que hagas eso"; o sea: "Ay no, no. ¿Por qué le hablas así?", "¡Oye, yo soy tu esposa!" … Yo sé que no va a pasar a mayores ni nada, y con esas señoras la verdad no peligro. Si fuera alguien más joven o así, oye sí. O sea, yo, por ejemplo, gente más joven, de chavitas o así digo: "No pérate (espérate)". [¿Por qué?] Porque sé que somos vulnerables. Entonces, así como: "Oye, aguas". Y que también pues hay personas que tienen como ciertas carencias; que ven una persona como más adulto. O sea, yo sí creo que sí te puedes llegar como a clavar con alguien y que hay gente –a veces– que no está tan sana, que se puede llegar a involucrar o a enamorar. Y si le das pie, pues más (María José, 52 años, trabajadora independiente, casada, Guadalajara).

Las señales de peligro que identifican las mujeres es que sean más jóvenes o delgadas, aunado a que tengan carencias afectivas porque podrían sentirse atraídas por hombres adultos para cubrirlas. Los celos de las mujeres también se acompañan de expresiones violentas. En el caso de Fabiola se puede observar que su reacción frente a sus celos no es pasiva, sino que implica cuestionamientos, mandatos, interrogatorios, que aspiran a controlar las actividades de su pareja. Los celos asociados con violencia psicológica y de control, sin embargo, se limitaron a un periodo de su relación:

esa pudiera decirte que fue a lo mejor violencia de mi parte; también violencia hacía él diciendo: "No quiero que vayas con tus amigos. No salgas, este, no salgas. ¿Con quién estás?". Esa parte también en su momento podría decir que la vivimos recién casados. Que si era yo como más controladora de que: "Si sales, pero dime con quién y dónde estás". Y había amigos que de plano no me caían bien y sí le decía: "No quiero que te juntes con ellos". Que ya después empieza uno a entender que no es tanto con quién andes: si él quiere hacer cosas que no deba de hacer las va a hacer solo o acompañado, ¿no? Pero en su momento sí podría decir que sí ejercí

esa violencia hacia él; él hacia mí también, pero violencia así física nunca (Fabiola, 37 años, funcionaria, casada, Colima).

En este caso los celos y la violencia de control fueron recíprocos. Tanto los ejerció el varón como la mujer. Lo que se pretende controlar es muy similar: los amigos y las salidas, bajo una estrategia de interrogar y transparentar (pedir o dar explicaciones detalladas o mostrar pruebas, para resolver dudas sobre celos). En este caso, el ser celosa conlleva a una visión más normalizada de los celos del varón y de los comportamientos de control.

Los celos femeninos son muy variados: las mujeres mayores prefirieron aguantarlos en silencio, sin confrontar; las más jóvenes suelen confrontar, exigir al varón que transparente sus actividades fuera de casa, aunque también, algunas mujeres, sin importar su edad, aprendieron a no celar, a confiar y a sentirse seguras, bajo la convicción de que las relaciones de pareja pueden terminarse. Esto último lo abordaré enseguida.

Las mujeres no celosas, una manifestación de los cambios socioculturales

La ausencia de celos es considerada un logro relacional, o como veremos más adelante, una condición personal. Alejandra lo explica como una consecuencia relacional proveniente de que ninguno de los dos ha sido celoso a lo largo de su relación porque en principio su relación está basada en una amistad profunda. En su opinión esto ha sido posible con acuerdos recíprocos de aceptar la socialidad con amigos/as de sus parejas sin problemas:

Jamás fuimos celosos, ninguno de los dos. Entonces, también esa parte estaba muy padre: si yo tenía salida con mis amigos, cero broncas; él con sus amigas, no había ningún problema. Este… es fecha que no hemos tenido ningún problema de celos ni de infidelidades. Yo siento que es una rela-

ción más de amistad. Desde el principio, fue una relación de amistad muy profunda (Alejandra, abogada, 43 años, casada, Guadalajara).

La ausencia de celos en personas en relaciones conyugales es ponderada positivamente. Se asocia con la confianza, la comunicación, mayor libertad en sus relaciones con terceros y una buena relación de pareja.

Otras mujeres, sin ser un logro relacional, también han alcanzado la posibilidad de no ser celosas, aunque en el pasado lo hayan sido (cuando eran más jóvenes e inmaduras y al normalizar actitudes frente a otras mujeres atractivas). Por ejemplo, Viviana se pronuncia en contra de invadir la privacidad del teléfono celular de su pareja argumentando que este es un logro de su madurez actual y de la confianza en él:

Y yo de él... no, tampoco... no me gusta, yo trato de respetar. O sea, ya no me gusta andar viendo, husmeando su teléfono; ni viendo, ni checando sus mensajes. A lo mejor hace años atrás pues sí, estaba más inmadura y de repente sí lo hacía y todo eso. Pero ahorita digo, no. O sea, no me interesa y digo no, pues yo confío en él (Viviana, 45 años, secretaria ejecutiva, casada. Colima).

Confiar en la pareja se ha vuelto una oportunidad para que las mujeres puedan vivir sin celos, aunado a una mayor libertad en el comportamiento frente a personas atractivas del sexo opuesto. En el caso de Raquel, la confianza, la comunicación y la relajación del control frente al piropo con personas atractivas, ha implicado una liberación de los celos:

porque precisamente la relación se basa en la confianza: "Y si por algo te atrae una persona, dímelo, lo podemos hablar"... Entonces era sencillo que él dijera: "¡Qué bonita está esa mujer!"... Si tiene ojos en la cara, pero no me ponía celosa. Yo sé que simplemente es una opinión, un atractivo; malo sería que se quedara viendo y lo negara... Ahí sí me sentiría mal, que veo yo que estás viendo a una mujer: "¡Estás viendo a esa muchacha!"; "No"...

> No pues por qué lo vas a negar... Igual es si yo veo a un hombre guapo; pues por qué lo voy a negar... una persona bella la ve uno y no tiene nada de malo (Raquel, 82 años, jubilada, casada, Colima).

También los celos se descartan a partir de creencias sobre la libertad en la relación de pareja. Se concibe como una relación voluntaria, basada en el deseo mutuo de estar juntos, pero se acepta que esto puede cambiar. En este sentido, la cualidad de no ser celosas se alcanza en el caso de Lena con una disposición interna a terminar una relación:

> Nunca he sido celosa. O sea, celosa en el sentido de decir: "¡Ay no" [queja]... Creo que soy más celosa con mis amigas o amigos que con Edgardo, en ese sentido de decir: "A ver, ven: pues si quieres estar, estás aquí porque quieres y estoy aquí porque quiero". El día que no queramos, pues con todo el dolor del corazón, ser buena gente, pero no funciona así (Lena, 38 años, psicóloga, casada, Guadalajara).

Los celos también puede ser objeto de navegación, gestión o trabajo emocional, sea para evadirlos o minimizarlos. Una manera de prevenirlos es no buscar razones de manera activa ni cuestionar a la pareja sobre sus acciones o relaciones. De esta manera se evade la posibilidad de un conflicto:

> Nos la hemos sobrellevado en la forma de decir, no demostrarle celos, no estarle: "¿y con quién andabas?" y "que ya te vieron y esto". No. Soy como que muy superficial en ese aspecto. No me gusta provocar problemas en la forma de decir de que si no me consta, para qué busco. Ya cuando me conste de veras, de veras, que yo los vea; que él lo acepte, entonces ya hasta ahí (Lucía, 46 años, empleada doméstica, casada, Guadalajara).

La ausencia, o la disminución de los celos femeninos, en algunos casos significa mayor poder de las mujeres en la relación de pareja, pero en otros casos la situación es diferente. La mujer no incurre en compor-

tamientos de control para evitar problemas, como se puede observar en el testimonio de Lucía, más que por no sentir celos. Se asume que si hay algo incorrecto con un tercero se descubrirá y ese será el momento de cuestionar o reclamar, pero no antes. Su relato implícitamente cuestiona los celos sospechosos, asumiendo que son legítimos solo cuando hay actos corroborados personalmente. Esta percepción converge con la expresada por otro de los entrevistados, Sergio, quien argumentaba en el mismo sentido cuando le exigía a su esposa que se "aguantara" los celos.

La ausencia de celos en algunas mujeres es un logro que se alcanza a partir de gestionar seguridad en sí mismas, disposición a la pérdida (si es necesario), confianza en sus parejas y normalizar las miradas a personas atractivas. No obstante, se trata de un comportamiento que genera sorpresas y dudas. Para algunos varones es sorprendente que su pareja no los cele a pesar, incluso, de intentos de inducir celos en ella, contándole detalles de sus actividades cuando no están juntos. Este fragmento de entrevista de Marcela, muestra que cuando las mujeres no se comportan conforme al estereotipo emocional de ser celosas, resulta llamativo para el varón, desata cuestionamientos y lo "descontrola":

> Él me dice: "Es que tú no sientes celos de todo lo que yo te platico, que viajé a tal y que conocí a esta chica". Pero yo le decía: "Es que a mí no me dan celos. Te quiero mucho, confío en ti y yo no puedo estar como detrás de ti" … Y era como una parte que yo veía de descontrol y de desconfianza; que a lo mejor [para] él era como la manera de estar controlando esa parte (Marcela, 34 años, académica, casada, Guadalajara).

Desde aquí podríamos interpretar que, al menos algunos hombres, cuando no son celados por sus mujeres, acuden a la estrategia de propiciar celos (incitarlos) para reestablecer un orden normativo emocional: el hombre lleva su vida con libertad, ella se entera y la mujer reacciona "naturalmente" con celos. Creo que, en este caso, el deseo de que su

pareja sea celosa es distinto al caso de las mujeres que desean alguna dosis de celos de sus parejas como signos de amor e interés. Aquí el reclamo está dirigido a restituir un orden emocional dominante que se ve amenazado cuando las mujeres renuncian por convicción propia al papel de celosas.

De manera paradójica, en otros casos, los celos femeninos tienden a ser poco tolerados por los varones. Son considerados como un motivo para ponderar una separación de manera más o menos inmediata. Sus reacciones anteponen la disposición a la separación si estos continúan, interpelaciones con burlas y exageraciones para intentar mostrar que son irracionales, con exigencias de "aguante" o "superación". Como vimos antes, algunas mujeres entrevistadas también ponderaron la separación ante escenas masculinas de celos, pero de manera emergente más que asentada fuertemente en la cultura emocional imperante.

Las reacciones masculinas hacia los celos femeninos se convierten en una especie de juego de violencia simbólica. En el siguiente relato, Sergio, ante los celos de su pareja que juzga infundados, le sigue el juego de incitarle celos (que se irá con otra mujer) apelando a creencias sexistas y estereotipos de género: las mujeres se les ofrecen a los hombres, los hombres no se le pueden "rajar" a una mujer:

> [Oiga y ahora que estaba platicando de eso, ¿usted nunca llegó a pegarle a su mujer?] No, no. Nunca, no, no, no. "No me digas nada" ... porque sí, muy celosa. Yo vendiendo churros, ella pasaba por allá. "Esa mujer te estaba invitando al hotel". "Ah, pues, ¿y qué quieres que haga?, ¿que me le raje? No", dije. "A almorzar pa' ir con ella allá al hotel". "Mira, que sinvergüenza" [risa]. Pues tú dices. "Ahí sígueme de lejos a ver dónde me meto con ella" [risa]. ¿Qué me voy a meter? (Sergio, retirado, 90 años, viudo, Guadalajara).

Si bien, es usual que tanto las mujeres como los hombres celosos comiencen interrogatorios, las reacciones de los destinatarios de los

celos pueden ser distintas. En particular, los jóvenes parecen reaccionar con disposición al diálogo ante las solicitudes de transparencia de sus parejas mujeres. Por ejemplo, a Juan, le interesa discutir las razones de la desconfianza, aunque no detalla el contenido de la conversación (a diferencia de las mujeres que, como se verá más adelante, si lo hacen):

> [¿Cuál fue tu estrategia para abordar esa problemática o situación difícil con tu pareja?] Pues platicar con ella, dialogar y ver la raíz de los celos o de los comentarios que tenía ella o las ideas que tenía ella, aclararle situaciones. El diálogo, siempre ha sido el diálogo … Sí la comunicación y el día a día. Demostrar día a día este… que las cosas son como uno realmente las está planteando (Juan, 33 años, abogado, casado, Guadalajara).

Los celos femeninos, propios o atribuidos, muestran que las mujeres tienden a estar excluidas de la serenidad o tranquilidad que dan las certezas de la pareja, incluso, en múltiples situaciones de la vida cotidiana que no representan amenazas. Se asumen como muy celosas, y así mismo, las perciben sus parejas. Sus relaciones están marcadas por ambivalencias emocionales, sobre todo en los momentos de crisis o de reflexividad, pero incluso también en los momentos de relativa seguridad. Sin embargo, el acceso al trabajo remunerado, el reconocimiento creciente del derecho al placer femenino, la mayor recepción femenina de discursos que cuestionan la posesión del ser amado, son elementos que les han permitido liberarse de los celos. Las mujeres no celosas son una consecuencia de mujeres más seguras de sí mismas, más autónomas, menos dependientes del amor como fuente de satisfacción personal, menos temerosas de la soledad y menos vulnerables a las rupturas amorosas. Las reacciones de los hombres a los celos de sus mujeres, por otra parte, están pasando de exigirles aguantar o superar los celos, a aceptar el diálogo, transparentar sus actividades y discutir la desconfianza que los produce, en algunos casos.

Los celos masculinos: defensa del matrimonio, condena de la infidelidad y justificación de la violencia

Los hombres que mencionaron experiencias de celos en nuestro corpus de entrevistas, no se asignaron a sí mismos la etiqueta de celosos, más bien situaron sus celos en momentos específicos del desarrollo de su relación, como antes de casarse, o cuando eran "jóvenes", "inseguros" e "inmaduros". La mayor parte de los relatos de celos masculinos fueron narrados por mujeres, como veremos más adelante.

En los relatos de experiencias propias, los celos masculinos están ligados a la defensa implícita del matrimonio como forma de organizar la vida y garantizar derechos. Esta institución les adjudica derechos de propiedad sobre sus parejas. En general, en la cultura mexicana, los hombres tienden a desestimar el casamiento porque significa pérdida de libertad (ver Rodríguez, 2001). No obstante, en algunos casos, el matrimonio o la unión también es una estrategia masculina para formalizar los derechos de propiedad sobre su pareja, para hacerla "suya":

> [¿Hay alguna razón en particular por la que hayas decidido unirte?] No sé, a lo mejor lo celoso que era, ¿no? A lo mejor –quiero pensar– que no quería dejar lo que yo sentía que era mío, y pues no sé, que quería estar con ella (Servando, 54 años, trabajador independiente, casado, Guadalajara).

En este mismo sentido, Augusto admite haber celado a su pareja cuando eran jóvenes y antes de casarse. Lo que lo hizo experimentar celos fue que su pareja tenía amistades con el sexo opuesto cuando eran novios, mismas que mantuvo después de casarse. En este caso, el matrimonio, fue lo que le dio seguridad al varón y lo que hizo que disminuyeran sus celos:

> [¿Y al revés, que tú a ella la hayas celado?] La verdad es que poco antes sí me sentía, pero pues yo creo que era tema de la edad. Me sentía un poquito como inseguro o celoso de ciertas amistades que tenía porque se llevaba muy bien con ellos, relaciones que ha mantenido ya una vez que nos

casamos. Entonces es cuando empiezas a entender que no estaba tan mal realmente. Sí era un tema de una amistad muy fuerte que tenía con personas del otro sexo; que a veces cuesta trabajo entenderlo más cuando eres novio y estás más chavo. Entonces yo creo que eso ha sido con ella lo más fuertecito (Augusto, 32 años, empresario, casado, Colima).

Las relaciones de amistad de las mujeres con el sexo opuesto son, con frecuencia, motivo de inseguridades masculinas. Los amigos parecen ser rivales más claros cuando los varones están solteros que cuando ya se casaron.

Los celos masculinos también se asocian con la infidelidad, sea como un temor a una situación futura que emerge de la coquetería femenina o como la consecuencia de darse cuenta que efectivamente su pareja tiene una relación paralela. En este testimonio, Pedro plantea que el cuidado de su pareja (en situaciones complicadas como en una enfermedad) es incompatible con los celos y la infidelidad. Estos dos últimos aspectos serían una limitante para aceptar dar cuidados a su mujer. La vivencia de los celos se califica como "terrible" y se asume como una experiencia vivida que espera no se repita. Se sugiere que aparecieron por una posible infidelidad, aunque finalmente desestima ofrecer detalles en su relato:

[¿Qué emociones te podrían limitar que tu quisieras cuidar a tu pareja?] …Pues fíjate que tocaste un punto, bueno... no sé si eso tenga que ver. Pero en cuestión de infidelidad y eso, siento que yo como viví esos celos que nunca los quería experimentar, que son terribles los celos. O sea, es algo que te imposibilita de muchas cosas. Este, no sé, te imposibilita de muchas cosas; siento que, a lo mejor, no lo estoy viviendo ahorita. No pasa, ni nada. Pero sí una cuestión de infidelidad o celos, sí me pudiera limitar de, a lo mejor de algo, pues algo más, yo creo (Pedro, 36 años, profesionista, Guadalajara).

De acuerdo con los relatos de hombres de celos propios, se puede afirmar que tienden a responder más a una preocupación imaginada por no tener garantías de propiedad y exclusividad sexual o emocional, más que a amenazas concretas. En gran parte de estos relatos, no suele haber detalles, discurso directo, ni recuerdos precisos. Se revela que las amistades del sexo opuesto de sus parejas están entre los detonantes más concretos de los celos masculinos; que el matrimonio es una condición que disminuye los celos y que la infidelidad femenina (y los celos que produce) dañan el amor y el cuidado íntimo. Los celos son "terribles" porque "hacen imposible" o "limitan" la intimidad de pareja como una manifestación de amor.

Los relatos femeninos sobre los celos de los varones con los que se han relacionado muestran conflictos de intensidades variables, pero que amenazan la continuidad de la relación de pareja y que con frecuencia implican distintos tipos de violencia. Estos relatos muestran tanto los detonantes de los celos masculinos como las expresiones o reacciones que los acompañan, así como las distintas reacciones de las mujeres frente a vivencias particulares, como frente a los hombres celosos.

La etiqueta de hombre celoso es negativa. Ser consciente de los celos masculinos es una condición para evaluar a la persona, el avance de la relación de pareja o la separación. Desata reflexiones como la que expresa Otilia con respecto a una de sus relaciones cuando estaba en sus veinte años. En sus reflexiones descubre que un hombre celoso y una mujer libre no son una buena combinación, sobre todo cuando se valora la opción de vivir juntos:

> Yo tenía veintidós años más o menos, veintidós, veintitrés años. Se fue a vivir conmigo. Vivimos juntos como un año, eh, ya no hubo… no hubo este, más permanencia en la relación porque él era muy celoso, muy aprehensivo. Yo era una mujer muy libre, siempre he sido una mujer muy libre y entonces empezamos a chocar. Cuando éramos noviecitos muy bien, pero ya en una convivencia en común, ya compartiendo casa, espacio y demás, la relación

no se tornó tan agradable, y finalmente nos separamos (Otilia, psicóloga, 65 años, unida por tercera vez, Colima).

En otros casos, las advertencias sobre lo malo de emparejarse con un hombre celoso vienen de familiares cercanos. Los padres pueden oponerse a que su hija se case con un hombre con tal característica que lo hace un hombre que no es conveniente para un ser querido:

¡Dí mi primer beso! Imagínate, yo en mi vida. Y bueno, pues ahí empezó. Pero era una persona muy, pues él era muy inseguro, muy celoso; pero aún así, yo estaba muy ilusionada, me quería casar con él. Le decía a mi mamá: "¿Si vas a ir a mi boda?", porque su pareja no quería. Él siempre se oponía, como que yo… "Es que no le conviene, es muy celoso". O sea, siempre como que tomaba partido él y quería decidir, ¡y decidían!, en mi vida. Tuve esos problemas, fíjate, porque era muy niña buena, muy obedientita […] Primero todo bien, hasta a la casa entraba y todo. Pero luego ya el esposo de mi mamá, que era su pareja, como que veía que era celoso y como que me cuidaba, como que… ¿cómo se podría decir? De esos hombres así inseguros que hasta volteaba a ver si estaba alguien, así como inseguros, que son inseguros. Y a lo mejor no hubiera sido yo ni feliz. Imagínate una persona de esas (Laura, 74 años, jubilada, separada, Guadalajara).

Los celos masculinos, desde la interpretación externa de los espectadores de la relación, expresan sobre todo una gran inseguridad, por lo que alertan o advierten sobre la necesidad de cuidarse de los hombres celosos y posesivos. Nótese que, en la etiquetación de estos hombres, no es suficiente el atributo de celosos, suele ir acompañado de un segundo calificativo, generalmente "posesivos", pero también "aprehensivos" o "violentos" o de marcadores de intensidad como "celosísimo" o "súper celoso". Descubrir esta emoción y comportamiento en una pareja activa las alertas de la familia, pero también propias. Se cuestiona que los hombres celosos/posesivos puedan hacer feliz a una mujer. Algunos hombres, por otra parte, en algún momento

pueden sentir que son buenas parejas potenciales justamente porque no expresan una tendencia a celar o a desconfiar de su mujer. Oscar, por ejemplo, tuvo una relación en la que "ella no se animaba a dar el paso más importante", aunque él quería "vivir con ella el resto de su vida". Ella no aceptó y esto generó confusión porque "honestamente él nunca dudó de ella, pues nunca, nunca, nunca hubo un tema de celos o de desconfianza" (Oscar, 36 años, artista, separado, Guadalajara). En su razonamiento, no celar y no desconfiar de su pareja, era un punto clave para ser aceptado como pareja estable, aunque no ocurrió. No ser un hombre celoso, en su razonamiento, es una cualidad que debería haber sido mejor valorada.

La disposición a la ruptura

Desde la posición de los varones, sentir celos es equivalente a tener que decir adiós en una relación, algo que en las mujeres, está menos generalizado. Entre los entrevistados queda muy claro que "sentirse respetado y único" es una condición necesaria para permanecer en una relación, aun cuando la pareja pueda mantener relación con exnovios o amigos. Saúl parte de considerar estar solo como una experiencia agradable. Esta disposición a la soledad es lo que le da la certeza de que de no cumplirse estas condiciones de respeto y exclusividad, la relación se acabaría:

> [¿Y tú que esperarías de tu pareja en cuanto a las atenciones y cuidados?] En cuanto a las atenciones yo creo que es lo mismo, no cambia nada… Si yo me siento respetado y me siento único. Digo, yo tengo una pareja joven ahorita; la pareja joven sabe que yo…, pero no me meto con ella. Yo sé que los viernes ella sale con un ex novio y otro amigo y una amiga… Es una de seguridad porque también me interesa mucho eso, que estemos seguros, que yo sepa que estoy en entornos seguros. Y a veces los mismos amigos: "Oye ¿no te pones celoso que salgamos?" y yo "No, ¿por qué?". O sea, yo creo en ella, me da la confianza para saber que puede salir con quien quiera. Yo no me voy a estar rebanando los sesos en la casa. El día que eso me pasa yo digo adiós. Yo no voy a estar sufriendo con otra persona otra vez. Prefiero

> estar solo; me gusta estar solo, mucho, más que acompañado, entonces es como eso, la seguridad, la seguridad es lo que aquí o mañana, ahora o mañana, y en cualquier lugar nos puede hacer sentir felices y nos puede hacer sentir bien. Yo busco una pareja para eso, para ser una pareja (Saúl, 59 años, divorciado/unión libre, académico, Colima).

No temer a la soledad es un recurso práctico y simbólico para enfrentar la desconfianza en la pareja. Lo mismo expresa Daniel, quien acepta haber sido celoso cuando era muy joven, pero con los años se ha relajado al respecto, pues hay disposición a culminar una relación en la que perciba que algo no está funcionando:

> Yo no tengo ese tipo de celos. Yo nunca he sido celoso con mis parejas. Nunca de verdad. Nada más si acaso en la licenciatura. No, más bien como en el bachillerato, como que sí llegué a sentir celos ahí en alguna situación, pero después de eso no. Soy muy relajado, pero si noto que algo no está funcionando bien, entonces pues "bye": se acabó, no hay vuelta atrás (Daniel, 45 años, casado, académico, Colima).

En lo general, los hombres tienden a limitar sus experiencias de sentirse celosos a pocas veces en su vida, sea un periodo o momento de su juventud, y sobre todo antes de casarse. Los celos advierten de que algo no está funcionando, de que hace falta seguridad o confianza en la relación. Sin embargo, cuando se sienten vulnerables están dispuestos a quedarse solos, pues pueden disfrutar de la soledad. Esto me parece especialmente importante puesto que uno de los componentes más importantes de los modelos culturales de vida deseable es vivir acompañado (Rodríguez, 2009) y por la impronta del mandato de vivir en pareja como una condición para la felicidad. Deslindarse de estos esquemas culturales, parece ser clave para dejar de sentir celos.

Los celos masculinos (según los relatos de las mujeres entrevistadas) se expresan sobre todo con cuestionamientos más o menos violentos sobre las interacciones que mantienen con amigos o compañeros de

trabajo. Las narraciones ponen de manifiesto que son circunstanciales. La experiencia de Saidi así lo indica. Después de quejarse de que su pareja no le expresaba celos, recuerda una excepción. Su relato destaca que platicar con un hombre en el escenario laboral y revelárselo a su pareja, fueron los detonantes de un cuestionamiento asociado con celos:

> Bueno, una vez, nada más. Pero no me lo hizo, sino que yo trabajaba con una muchacha en lo de las malteadas, y su esposo, platicaba yo mucho con él, pues pasaba mucho tiempo con él. Y, entonces, yo platicaba mucho con Celso de él: "Fíjate que Simón esto. Fíjate que Simón aquello. Y fíjate que esto". Y, entonces, un día, en la noche, me dice: "Oye, ¿no se te hace como que hablas mucho de Simón? Y yo: "No"; "Pues a ver si ya te vas saliendo de ahí, porque al parecer te interesa Simón. Y yo: "No, no me interesa Simón". Fue la única vez que yo lo sentí celoso (Saidi, 38 años, empleada doméstica, casada, Guadalajara).

Los interrogatorios son la forma principal a partir de la cual los celosos pretenden descubrir si alguien representa o no una amenaza para la relación y están dispuestos a aislar a sus mujeres de las amenazas, aunque eso implique que renuncien a su empleo, por ejemplo. Las personas celadas recurren al diálogo como una forma de combatir los celos en la pareja. Como hemos visto, algunos hombres y mujeres responden a las solicitudes de explicación (propiciadas por celos) aceptando transparentar sus relaciones con terceros y ofreciendo argumentos para demostrar que su relación con tal o cual persona no es amenazante. Sin embargo, dar explicaciones amplias y detalladas parece más una reacción femenina.

Las mujeres reaccionan con múltiples intentos de restituir su imagen como personas confiables y sobre todo como mujeres virtuosas (es decir, como mujeres que "no son coquetas" o que no son de la calle), aunque también con disposición a la separación. En su relato, Citlali explica el tipo de problemas y pláticas que ha tenido con su novio, y ahora esposo,

sobre los celos. En particular, sobresale, su insistencia en no confundir ser sociable y platicadora, con ser coqueta y fácil:

> De hecho cuando anduvimos de novios yo lo corté a los seis meses porque era muy celoso y él me prometió que, me llevó mariachi, llevó todo el montón de amigos, iba bien pedo; …me llevó un ramo de rosas, un mariachazo. Me dijo: "Perdóname, regresa conmigo"; "¿Vas a cambiar?"; "Sí". Obviamente que no, obviamente que no –en eso no–, es celoso. Pero sí trabajé yo mucho, en pláticas mucho con él: me sentaba con él y decía: "Bueno, ok, ¿de dónde me sacaste, de un burdel o qué?"; "No, no, no"; "Me sacaste de mi casa, me conociste como yo era. O sea, yo así soy y no voy a cambiar, es como si yo te quiero hacer bailar, no vas a bailar. Yo así soy muy platicadora, muy sociable, y no por eso quiere decir que estoy coqueteando con la gente. ¡Por favor no confundas!" (Citlali, 52 años, negocio propio, casada, Guadalajara).

En contraste, los hombres en algunos relatos son representados rechazando abiertamente los interrogatorios femeninos, independientemente de que estén o no asociados con una escena de celos. Romina narra la molestia de su pareja ante sus preguntas, contrastando con su propia disposición a hacerlo, así como argumentando sobre lo "peligroso" que es para su relación que cada quien actúe por su cuenta sin dar explicaciones, aunque también abierta a "dejar de preguntar":

> Claro que le tenía que preguntar, pero le molestaba muchísimo, no me decía. Y entonces yo le decía: "a mí me gustaría que me preguntaras a dónde fui, sí, porque yo te puedo contestar. No, no quiero ya que cada quien estemos haciendo una vida como cada quien, por su lado. Porque nos está haciendo que cada uno estemos por nuestro lado y eso –para mí–, no se me hace que estemos construyendo; es muy peligroso." Yo le dije muchas veces: "Es muy peligroso lo que estamos haciendo. No, no me parece que cada uno hagamos [lo que cada quien quiere], nos lleve a que esto dure"… Si ya no quiere que le pregunte a dónde fue, pues seguramente

no le preguntaré, pero, pues, o sea, digamos, tratando de acomodar esas partes que cada vez estaban más rotas… (Romina, 52 años, empresaria, en proceso de divorcio, Guadalajara).

Lo mismo podemos observar en este fragmento en el que Lena recupera un diálogo en discurso directo con su pareja, en la que ella pregunta y la respuesta que obtiene es muy vaga:

Pero sí ha habido momentos que digo: "A ver compadre ¿dónde andas?" Entonces: "Por ahí" (Lena, 38 años, psicóloga, casada, Guadalajara).

El hacer y contestar preguntas sobre los lugares y horarios de llegada cuando se está fuera del hogar, sin embargo, también pueden ser considerados como una concesión o una cortesía hacia la pareja. La condición es que sea recíproco, que ambos tengan el derecho de preguntar y la obligación de responder, y que la forma de preguntar no sea violenta:

[Y tú como siendo feminista, saliéndote de la norma ¿te sentiste alguna vez intimidada o vigilada por tu pareja?] No, al contrario, porque era más yo que él, entre comillas. No jamás, no nunca, nunca. Yo podía ir y venir a donde quisiera, como decía él, "Nada más dime, para saber en dónde andas; porque me dicen: ¿Y tú mujer? Pues quién sabe y quedo mal... quedo mal" (risas). Pero no como diciendo en dónde estaba yo. Es más lo decía en broma "el quedo mal". Él también me decía a dónde iba, porque es una cortesía elemental. No es vigilancia, es cortesía. Entonces pues yo decía: "Voy a Colima" y "¿A qué horas vienes?"; "Depende, mi intención es volver a tal hora". Pero eran acuerdos, no vigilancia, no una imposición, si no acuerdos lógicos entre personas que están viviendo juntas. No de celos, no de chantaje, no de nada (Raquel, 82 años, jubilada, casada, Colima).

Las diferentes respuestas a los interrogatorios por celos muestran una mayor disposición de las mujeres a transparentar sus actividades y sus relaciones. En lo general, sus reacciones son a favor de explicar

y dar detalles para eliminar las sospechas de sus parejas. Sin embargo, las mujeres, cuando interrogan, no siempre obtienen una respuesta de los varones, o cuando las obtienen, no son detalladas. En otras parejas, las notificaciones sobre lugares, horarios y actividades fuera de casa son una manera de cuidarse mutuamente.

Los celos posesivos y violentos

Los celos masculinos están comúnmente ligados a la violencia. En las violencias extremas, como en los feminicidios, los celos suelen aparecer como parte de narrativas justificadoras.[16] Algo similar ocurre en la vida cotidiana de las mujeres, los celos también están asociados a violencias, con intensidades y frecuencias distintas, como el control, el menosprecio, la vigilancia, el aislamiento, entre otras. Mica, por ejemplo, definió así a su pareja: "…ya le conté que es violento, es súper celoso" (Mica, 60 años, pareja sin corresidencia, empleada, Guadalajara). En estos relatos el atributo de celoso se acompaña de otros que marcan la sujeción de manera tajante: "violento" o "posesivo". Dicha conexión está en la base de ponderaciones negativas sobre la vida en común con un hombre celoso.

En este sentido se puede decir que los celos masculinos se usan como pretexto (más o menos legitimados) para limitar la acción de las mujeres en sus contextos presenciales como en los virtuales. La experiencia de las mujeres aisladas a partir de creencias sexistas muestra

[16] Los perpetradores de feminicidios, en diversas partes del mundo, recurren a narrativas de defensa en las que declaran que asesinaron a sus parejas femeninas porque los abandonaron o planeaban abandonarlos, los traicionaron o les fueron infieles. En los casos de adulterio femenino, los hombres usualmente no matan al hombre, sino a la mujer. Por otra parte, el asesinato no ocurre cuando la infidelidad es descubierta en vivo, sino como se ha vuelto común, cuando se accede a su página de Facebook o stalkeando sus actividades en redes una vez que se ha abandonado la relación (Howe, 2017, p. 146). Morales (2020) señala que entre los motivos mentados destacan los celos en el caso de perpretadores de feminicidos en México.

cómo los celos intensos, el control y la violencia están mutuamente relacionados con un componente del imaginario romántico: el ser amado es un objeto propio. El sentimiento de propiedad va acompañado de múltiples acciones de aislamiento de otros entornos distintos al doméstico (por ejemplo, prohibir que la mujer trabaje o que conviva con familiares hombres) y de otras relaciones distintas a la de pareja, así como de amenazas, reproches, que performan violencias psicológicas, de control o físicas.

La visión sexista expresa desigualdades emocionales. Los hombres tienen todo el derecho a sospechar de sus mujeres, habitualmente menospreciadas por los estereotipos de que son coquetas, que su belleza, su arreglo personal, su trabajo y sus relaciones con otros representan riesgos, o dicho de otra manera, por un discurso de menosprecio que considera que todas las mujeres tienden a ser putas (la principal acusación/agresión simbólica que reciben las mujeres cuando se cuestiona su comportamiento). Este tipo de menosprecio generalizado hacia la condición femenina está detrás de gran parte de los celos violentos, y de alguna manera, de los celos románticos masculinos.

Los celos no se expresan independientemente de otros tipos de violencia psicológica, de control o física. Las experiencias de estos celos indican que estos constituyen más una consecuencia de la violencia que su causa. Su emergencia va acompañada de otras agresiones simbólicas y físicas. Algunos hombres han encontrado en los celos un gran pretexto sociocultural para instaurar demandas desiguales de obediencia y control de las mujeres con las que se relacionan. Si ellas no cumplen con lo que les solicitan, esto se usa como justificantes de la violencia que ejercen hacia ellas.

El binomio violencia-celos es común en relatos de mujeres, pero no de hombres. Los celos violentos fueron atribuidos exclusivamente a varones en la muestra estudiada y fueron narrados más bien por las mujeres que los sufrieron. Así en el caso de Paula:

[¿Cómo te sentías tú (ante episodios de problemas y violencia)?] No, pues me sentía bien mal, bien frustrada, me daba mucho miedo… En lo personal siento que no me dejó avanzar en mi proyecto de cocina, en mi proyecto de trabajo, en todos los proyectos que yo tenía. Porque yo quería trabajar para empoderarme, tener dinero, pero como él nunca me dejó. [¿Hacerte más independiente?] Ajá, sí, eso precisamente, porque él decía: "No, la mujer es para la casa", o sea, bien celosísimo. Entonces perdí mucho tiempo ahí yo. Yo empecé a trabajar ya cuando mis hijos crecieron, se casaron, es cuando yo empecé a trabajar. [Me habías dicho que trabajaste en un banco ¿no?] En un banco, pero de ahí me sacó de las greñas, como había muchos hombres. Era muy celoso (Paula, 53 años, cocinera, en proceso de divorcio, Colima).

Los celos, son una emoción o experiencia, que las entrevistadas evocaron en asociación con la violencia masculina (sobre todo verbal y de control) y también con el divorcio. La desconfianza y los celos se convierten en un asunto límite que obliga a pensar si se debe o no seguir con la pareja:

[¿Alguna vez valoraste el separarte, divorciarte?] Sí, claro que sí, sí, sí, sí, … por los celos de él. Te digo, yo piqué mucha piedra porque sí era muy celoso. A los siete años de casados ya nos andábamos separando [en una boda en la que fueron padrinos]. Tengo un primo hermano mío [a quien su pareja] le tenía muchos celos... Entonces ese primo fue a la fiesta porque pues lo conoce muy bien –a mi ahijado– y te digo que es vecino de ahí de donde vivíamos siempre. Y llegó con una muchachita y todo, y, este, dije: "Si me saca a bailar, mi marido se va a infartar". Pero ya cuando él empezó con actitudes, yo ya estaba hasta acá. Digo, yo estaba picando mucha piedra: "Mira hay que salir, mira, este, que si no me tienes la confianza, ya te dije que tú por tu lado y yo por el mío". Bueno, todos los rollos, y ese día dije: "No, ya, a la chingada todo" [entrevistada se disculpa por el lenguaje]. Pero dije: "No, ya si este no me tiene la confianza". Yo le estaba dice y dice, pero …su mamá era machista, machista, pero la más machista del mundo –su mamá que en paz descanse–. Y diario le decía que las mujeres éramos una

pe, u, te, a [deletrea la palabra puta]; les tenía bien grabado a ellos. Entonces, estaban súper [convencidos], aunque no quieran sí los tenía bien convencidos inconsciente o conscientemente ¿no? (Citlali, 52 años, negocio propio, casada, Guadalajara).

La acusación que se usa para justificar las reacciones de celos-violencia es la de "andar de coqueta" y la reacción que acompaña estas expresiones masculinas es la del miedo femenino:

Lo que pasa que él era como celosísimo, celoso, celoso. De esas personas empedernidas. Recuerdo bien que me celó con mis primos, con mis hermanos. O sea, con todo el hombre que se acercaba a mí, decía que yo andaba con él. Pero era su inseguridad de él por lo que vivió con su mamá. Cuando una vez estaba yo platicando con un primo entonces yo lo veo a él que viene, y yo me meto ahí con mi mamá. Mi primo estaba ahí con mi mamá y yo prácticamente tenía un cuarto donde yo dormía con él [su expareja]. Teníamos al niño apenas y me decía el señor [su ex]: "Ah, ya te vi, andas de coqueta con tu primo"; "¿Para qué te metes?". Y pues mal interpretaba porque me metía, pero yo le tenía miedo. Yo ya sabía que no le gustaba, decía: "Eres mía, solamente mía" y yo [ríe]: "¿Cuándo me compraste?". Pero fíjate que en los grupos yo aprendí. Es que había grupos de enseñanza de puras mujeres y ahí fue donde yo aprendí que yo no era un objeto, ni tampoco era algo que me hayan vendido, una propiedad de él, no. Éramos compañeros. Entonces yo no podía seguir esa vida, porque yo me sentía mal, me sentía frustrada, me daba mucho miedo. O sea, pensaba muchas cosas. Yo decía: "¿Pero por qué?", "¿Por qué así?". Y pues él actuaba así porque era su inseguridad, su manera de la educación que le dieron y pues las enseñanzas que recibió, que no fueron buenas (Paula, 53 años, cocinera, en proceso de divorcio, Colima).

En este relato, se observa también que cuestionar que una pareja sea una propiedad de alguien es el primer paso para contrarrestar los comportamientos de violencia y control asociados a los celos. En este caso, el discurso de grupos de autoayuda, probablemente, con recursos

del feminismo ayudaron a Paula a decidir una separación. Malestar, frustración, miedo, confusión, son emociones que acompañan a las mujeres celadas y que advierten de la necesidad de relacionarse bajo otras reglas. El miedo, sin embargo, parece predominar. Se temen las sospechas injustificadas que pueden surgir si las descubren hablando con otro hombre, pero sobre todo las reacciones de control, confrontación y violencia que acompañan a dichas sospechas.

Las mujeres reaccionan a los celos de su pareja con disposición a explicar, a resistir la desconfianza, a combatir el estereotipo machista de que todas las mujeres son putas, pero también con cansancio y disposición a abandonar la relación ante la desconfianza. Cuando esto ocurre, están más cerca de las reacciones típicas de los varones. Esta disposición a abandonar la relación denotaría una mayor equidad en la pareja.

Los celos intensos acompañados de múltiples actividades de control parecen manifestarse con más fuerza durante las primeras etapas de la relación en las que hay más incertidumbres.[17] No obstante, los celos y las conductas de control se pueden limitar en una relación si la mujer se niega a aceptar esas condiciones, cuestionando su supuesta normalidad, reconociéndolas como violencia psicológica o emocional y mostrando su malestar y su disposición a terminar la relación definitivamente si eso continúa. Así en el relato de Fabiola:

> [¿Y en tu relación de pareja has vivido situaciones de violencia en algún momento?] Física nunca he tenido, de violencia a lo mejor psicológica o emocional que pudiera ser, creo que sí. Pudiera ser que de un principio en que mi marido en algún momento fue muy posesivo, celoso. Ese fue uno de los motivos o el único motivo como para decir: "Ya no quiero estar contigo". Era cuando teníamos como 16 años, estábamos ya en la prepa y él era súper, súper celoso y muy posesivo en el sentido que "No quiero que

[17] Sanchez (citado por Martínez-León et al., 2017) ha señalado que las etapas del amor obsesivo y del amor desesperado son las más proclives para que las personas experimenten celos.

te pongas falda", "No quiero, este, que salgas y te maquilles, no quiero". En un principio dije: "Bueno, pues es parte de lo normal", pero ya en el momento en el que me empezó a estresar, este, simplemente que tenía que salir a la tienda y tenía que avisarle: "Oye voy a ir a la tienda", "Oye voy a ir con mi abuelita (que vivía enfrente de la casa)"; entonces "Voy a ir con mi abuelita, no me tardo". Esa dinámica para mí fue como molesta, en el que ya me generaba angustia el salir: "¡Ay, no le avisé que iba salir!" porque era hablarle por teléfono. Entonces platiqué con él y le dije: "No, ¿sabes qué? así yo no quiero estar contigo"; "No estoy a gusto y me está generando estrés. O sea, no puedo salir o hacer algo o ponerme la ropa que yo quiero porque tú te pones celoso". Entonces le dije: "Yo así no quiero estar contigo y para". Lloramos allí los dos. Digamos que fue como una o dos horas o no sé en el que terminamos pero ninguno se levanta de la banca y allí, entonces, entre que chillando, que: "Te acompaño a la casa porque no quiero que te vayas sola"; "No. Yo me puedo ir sola". Y él: "Quiero estar aquí". Al final, este, pues me paré, me fui a mi casa. Él en el ratito me alcanzó: "Es que "voy a cambiar". Y así fue como terminamos tres horas [risas] y de regreso . Y de verdad que sí nunca más me volvió a imponer y este ni a celar. Le costó mucho trabajo, pero nunca más. En el momento en que me decía… como que esa parte si la trabajó, se acostumbró o entendió que no tenían que ser así las relaciones y nunca más me volvió a decir: "Oye esto no me gusta que te lo pongas, no te maquilles". No, nunca (Fabiola, 37 años, funcionaria, casada, Colima).

En el caso de Mirna, podemos ver que también un matrimonio a corta edad estuvo cargado de celos y violencia psicológica. La seguridad que da el trabajo permite a las mujeres jóvenes poner límites a sus parejas:

[¿Has vivido violencia en tus relaciones?] Bueno la emocional, este, fue mucha, creo que mucho tiempo. Porque pues yo me casé siendo una niña, de catorce años, y él aunque no era muy mayor, pues él ya había vivido más. Entonces yo era muy ingenua, muy ¡mmm!, pues sí esa es la palabra, ingenua, y él era, él estaba ya como con otra mentalidad ¿no? Entonces fue

> muy celoso, muy posesivo, este, mucha violencia psicológica, hasta que ya empecé yo a trabajar y como a tener más seguridad, más confianza, a poner mis límites, mis barreras, ¿no? Por ejemplo, la violencia económica ahorita ya no la hay pues, pero hubo un tiempo que sí la ejerció, o sea, que: "No te voy a dar dinero para esto"; "No te voy a dar dinero para lo otro" (Mirna, 61 años, funcionaria, casada, Colima).

La seguridad y la confianza que requieren las mujeres para poner límites a sus parejas no está dada por sentada como en el caso de los varones. Implica un cambio de "mentalidad", independencia económica, así como procesos reflexivos incentivados por esquemas feministas (aunque sea en su versión divulgada).

En algunos casos, el noviazgo fue la mejor etapa de la relación, siendo el matrimonio el que instauró dinámicas de violencia verbal y psicológica asociadas a celos. Los celos, no obstante, no se narran de manera precisa, más bien lo que se detalla es la habituación a una violencia verbal y simbólica, que menosprecia a la mujer al integrarla en la categoría de "piruja". En uno de los relatos, el incidente más grave de violencia se configura a partir de estar borracho, y se considera atípico, porque frente a las agresiones verbales normalizadas, los golpes se consideran como algo excepcional:

> Pues entonces porque había un poco de, pues había amor y comunicación y todo. Yo de hecho cuando me casé al civil yo lo quería mucho, no había las faltas de respeto. Entonces él de novios fue pues una persona agradable, respetuosa en todos los sentidos, este por eso, por eso nos casamos . Este y después, ya la boda religiosa ya fue prácticamente pues por darle gusto a mi papá que pues era católico y quería que nos casáramos. Fue todo, pero nada mejoró. Las faltas de respeto, igual. De hecho, ese mismo día de la boda religiosa, él se pasó de grosero faltándome el respeto ya cuando había acabado todo y ya veníamos a la casa: celoso y grosero. Entonces pues yo dije: "Ni para qué". Todavía mi papá me había dicho: "Es que a lo mejor casándose por la iglesia a lo mejor cambia, a lo mejor lo que les digan en la

iglesia lo va a hacer cambiar, entrar en razón", pero no, todo lo contrario. Él siguió igual, igual de grosero, igual de celoso, igual de irrespetuoso, igual siempre… Esa fue la única vez que me jaló del pelo pero nunca, nunca me golpeó, nunca así que se agarrara a golpearme como otras personas que a puñetazos y a patadas, no nunca; solamente verbal, tratándome de lo peor. Siempre decía que, pues yo no lo respetaba, que yo era piruja, que yo era esto, que yo era, pero golpes nunca, nunca. A lo mejor porque yo le dije: "El día que tú me golpees, que me pongas la mano encima, asegúrame bien porque si yo me levanto, yo no te voy a dar con la mano, yo te voy a dar con lo primero que encuentre y te voy a asegurar en varias ocasiones". Yo le dije eso, por eso, lo hizo contenerse y no golpearme, pero nunca. Nunca tuvo el valor de ponerme la mano encima. Esa fue la única vez que luchamos así feo, feo y que pues prácticamente se llegó a los golpes porque yo si lo golpeé, yo si lo golpeé porque yo me lo quería quitar. (Minerva, 58 años, ama de casa, divorciada después de 30 años de matrimonio, Colima).

La limitación de la libertad de la mujer por parte de la pareja se interpreta a partir de los celos y la posesión. La mujer, como deja entrever este relato, vive los celos de su pareja, con enojo, llanto y silencio; mientras el varón, en su actuar como hombre "celoso" y "posesivo", actúa con enojo intenso y violencia verbal:

[¿O sea tenían siempre que ir juntos?] Si, era muy celoso, muy posesivo. Yo me enojaba mucho, yo me ponía a llorar y él se enojaba mucho. Yo lloraba de impotencia siempre o cuando él se enojaba, era muy violento: yo me quedaba callada. Un suponer si él me decía: "Chinga tu madre", yo decía: "Ah está bien". Pero yo siempre creí que si yo no contestaba no se iba a hacer grande; porque si contestaba se iba a hacer, muy grande el mitote y yo siempre pensando en que quería …tapar el sol con un dedo, para que mis hijos no se enteraran, que había violencia (Ana, empleada doméstica, 48 años, separada, Guadalajara).

Las mujeres, en situaciones en que no expresan los celos y otras emociones que los acompañan (p. ej. en el caso de Mónica y Lucía), pero sobre todo cuando enfrentan celos violentos de sus parejas (p. ej. en el caso de Ana), trabajan emocionalmente hacia lo que Scribano (2007) denomina la des-afección.[18] Sus esfuerzos se encaminan a ignorar ("tapar el sol con un dedo"), minimizar sus emociones (celos, enojo, tristeza, miedo, etc.), comportándose pasivamente (sin confrontar, sin pedir explicaciones, sin reaccionar ante las agresiones, habituándose al malestar emocional), bajo la impronta de la impotencia o la resignación. La des-afección es un sentimiento que emerge ante los celos violentos o posesivos e implica la insensibilidad que, como ha planteado Hochschild (2003, pp. 172-174), permite a las personas estar en situaciones peligrosas o no placenteras, e incluso negar los sentimientos propios.

Las narraciones sobre celos masculinos muestran un espectro amplio de experiencias y emociones asociadas. En algunos casos los celos tienden a ser tolerados o justificados, mientras en otros son confrontados abiertamente. Las mujeres pueden reaccionar frente a los celos masculinos con tolerancia (pues se les asocia con muestras de interés y amor), con estrés y miedo ante las reglas de control que les imponen los varones para no reaccionar celosamente, con aguante (impotencia y resignación) ante situaciones que son inevitables, con vigilancia y reproches (que no necesariamente van acompañados de control sobre el comportamiento del otro) o también con culpa cuando por sus acciones afectan la confianza de sus parejas. Este último punto merece un desarrollo más amplio.

[18] La "des-afección", según Adrian Scribano es una manera de "naturalizar" las fuentes de dolor que se han vuelto cotidianas, aumentando la "tolerancia al malestar" y generando un "estado de aguante" (2007, p. 131). Recordemos que algunos varones piden a sus parejas "aguantarse" los celos (p. ej. en el relato de Sergio).

La confianza[19] en el otro se concibe como un logro personal o de pareja que libera de los celos y las emociones negativas que los acompañan. Es el antídoto de los celos, sin embargo, como hemos visto antes, las mujeres tienen socioculturalmente más insumos para desconfiar de sus parejas: estereotipos de género como que los hombres tienen más necesidades sexuales que las mujeres o son "naturalmente" infieles, y por supuesto, al hecho que los hombres son quienes históricamente han tenido más libertades y oportunidades para ejercer su sexualidad. No obstante, la desconfianza femenina hacia los varones y su propensión a los celos, pueden ser fácilmente invalidadas como irracionales o exageradas.

En contraste, las mujeres reaccionan a los celos masculinos pretendiendo que tienen alguna razón de ser y merecen explicaciones. La disminución de la confianza en las mujeres, por alguna circunstancia, se interpreta como un antecedente que justifica o legítima un cambio negativo de la pareja, aunque no se admita ninguna responsabilidad. Los celos masculinos tienden a ser justificados por las mujeres porque sus actos, intencionales o no, llevaron a sus parejas a poner en cuestión la confianza que les habían brindado. Este tipo de celos tienden a ser tolerados y justificados tanto por quien cela como por quien es celado. En nuestros datos, fueron mujeres quienes relataron experiencias de este tipo. Si bien los hombres celosos no son considerados como parejas potencialmente buenas, en algunos momentos los celos masculinos son justificados y tolerados por las mujeres. Así en el relato de Isadora:

> [¿Y eso crees que ha cambiado con el tiempo? ¿es menos o es más? ¿qué dirías?] Al principio. Bueno, creo que Pedro tuvo una vez ese matiz de celos

[19] Estos datos convergen con los resultados de Nuñez, Cantó-Mila y Seebach (2015) con respecto al papel protagónico que ha adquirido la confianza en los discursos contemporáneos sobre la pareja: "se muestra como la principal colaboradora del amor; es un elemento esencial, junto al amor, para mantener unida a la pareja y poder actuar en el presente anticipando un futuro a la vez esperable y esperado" (p. 119).

por un problema que tuve por eso se volvió así. Pero él me tenía toda la confianza del mundo, todas, todas, pero a causa de ese problemita [¿Entre ustedes o de él con alguien más?] Bueno, una tercera persona. Bueno es alguien que me causó problemas… Es un ex compañero que me empezó a hostigar y yo lo veía con ojos como de mi compañero, pero él me veía con ojos de otra forma y hubo un conflicto por ahí que afectó mi matrimonio. Y la conducta de Pedro cambió hace como 6 o 7 años: me tenía como muy vigilada, me observaba mucho entonces. Creo que todavía estoy arrastrando un poquito de eso, pero él no era así; para nada. Ya se le está quitando. Pero él me tenía toda la confianza del mundo, yo podía hacer y deshacer y no pasaba nada, pero a causa de este problema pasó todo (Isadora, 47 años, empresaria, casada, Colima).

La mujer puede sentirse responsable y justificar consecuencias relacionales como una mayor vigilancia por parte de su pareja por el comportamiento de un pretendiente que la acosaba. La vigilancia en la pareja se tiende a justificar si hay algún antecedente que se considera propiciatorio. El paso de confiar a desconfiar, de no ser celoso a serlo, implica circunstancias que las mujeres asumen con culpa o responsabilidad. Los celos, la vigilancia y el control serían, algo así, como el castigo merecido. Este resultado converge con lo observado por Reyes Munguía (citado por Reidl-Martínez, 2021, p. 192), en una investigación sobre celos en México: las mujeres tienden a sentirse responsables por generarlos en sus parejas. Este sentimiento de responsabilidad o culpa puede explicar que las reacciones femeninas frente a los celos masculinos suelen ser las de acceder a las medidas de control impuestas, aunque en algún momento pueden cuestionarlas y propiciar una separación.

Los celos digitales masculinos y femeninos

En prácticamente todas las etapas de las relaciones de pareja contemporáneas, se han incorporado el uso de tecnologías de comunicación para la expresión emocional y otras experiencias significativas. Estas interacciones mediadas por tecnologías han creado un clima emocional

complejo en que emergen nuevas expectativas y normas en las parejas. Esto es particularmente importante en el caso de los celos románticos. La investigación sobre los celos digitales ha demostrado que las redes sociales crean un clima emocional proclive para los celos, por el creciente tamaño e influencia que han adquirido, por la información que se hace visible, el carácter visual de gran parte de la comunicación electrónica, y la naturaleza ambigua y libre de contexto de las redes sociales (Bevan, 2015).

La comunicación electrónica en la pareja es un escenario que crea nuevos códigos, normas o criterios para identificar los comportamientos que generan dudas, incertidumbres, como los que generan confianza y compromiso en la vida cotidiana (Rodríguez, 2018).

En las secciones anteriores, focalicé la atención principalmente en las experiencias de celos sin importar si involucraban comunicación electrónica. Aquí este aspecto será lo central.

Los relatos analizados muestran cómo, al menos, para los adultos jóvenes y de edad media, las tecnologías están siendo apropiadas de modos que afectan la experiencia de sentir celos, en ambos géneros. El potencial para relacionarse con personas del pasado que tiene la comunicación electrónica es un elemento que afecta los celos. La posibilidad de que un miembro de la pareja se encuentre por internet, o incluso con tecnologías más antiguas, con sus relaciones del pasado son altas, por lo que los involucrados están discutiendo si esto conviene o no y cómo esto les afecta en términos de confianza-celos.

La relación que hombres y mujeres mantienen con sus exnovias o exparejas son un aspecto común implicado en las situaciones de celos. Descubrir que mantienen comunicación mediada por tecnologías puede ser un detonante de conflicto (aun si se trata de tecnologías antiguas), como en el caso de Mónica, quien recuerda una experiencia fuerte de celos con su pareja:

> Bueno, de recién casados, yo me casé como en abril, sí y en octubre era su cumpleaños y entonces vi [que mantenía contacto con su ex]. Tenía en la

facultad, pues tenía muchas amigas, ¿verdad? Y bueno. Pero una había sido su novia hace mucho. Entonces que le veo yo en su portafolios –algo así pasó– un telegrama de felicitación de ella que le había llegado con su mamá, "¿Por qué sabía el teléfono de su...?" dije yo. Entonces creo que sí, esa vez sí tuvimos una discusión fuerte. Le dije: "¿Por qué te llega?", que sabe qué. "No, que no. Que mira, que no sé cuánto". Entonces yo lo que hice, me acuerdo que me salí y me fui con un tío de visita, una tía, y estuve ahí como a las, eran las 10 de la noche, yo ya dije: "Ya me tengo que ir". Nomás para que se molestara. Lo hice como para que se molestara y ya después me fui. Dije: "Pues me va a andar buscando y no va a saber ni qué". Porque antes ni celulares había, ¿verdad? Entonces esa fue la molestia (Mónica, 69 años, funcionaria, casada, Guadalajara).

La comunicación escrita, desde antes de la incorporación de los medios digitales en prácticamente todas las áreas de la vida cotidiana, ya estaba implicada en situaciones de celos. Un telegrama fue la señal de que había todavía comunicación con su exnovia, y la reacción de la recién esposa, fue de molestia y de advertencia de que podría no volver.

Los celos asociados a un tercero con quien la pareja interactúa en contextos presenciales se acentúan al saber que hay también comunicación a través de mensajes en WhatsApp o Facebook. Estos celos, sin embargo, no conllevan el sentimiento de estar siendo engañados:

[¿Lo considerarías infidelidad eso? Si tú supieras que él está chateando con alguien más o siguiendo a determinada persona muy de cerca en las redes] Ah, no. No, pero, por ejemplo, sentí celos [risas] de una chica con la que hemos trabajado que dice: "Ay, pues está muy guapa" Y entonces él es el contacto, porque tenemos luego proyectos con ella... Se comunican por WhatsApp o por Facebook o así, pero sí, como que celitos, pero no así que "Ay, me está engañando", no. O que alguien en las redes sociales que le guste mucho y que la siga, no, tampoco. Él no es tanto, no (Aurora, 43 años, consultora, casada, Colima).

La comunicación electrónica con posibles rivales incrementa el sentimiento de vulnerabilidad asociado con los celos. Las mujeres tienden a celar más, pero los hombres a controlar de maneras prácticas. Esto se muestra de manera fehaciente en los relatos que involucran celos asociados a la comunicación electrónica. De manera que si bien los hombres entrevistados no se etiquetaron a sí mismos como celosos, si aceptaron tener comportamientos de control frente al uso de tecnologías, como solicitar la eliminación de amigos en redes sociales. La interacción por medios digitales con exnovios o exnovias es algo que tiende a limitarse por el otro miembro de la pareja:

> [¿Por ejemplo hay a otras personas que les molesta incluso que le den like a fotos de otras personas? ¿A ustedes les ha pasado?] No, pero ahorita me hiciste acordar que entre mi esposa y yo tenemos un acuerdo de no tener en redes sociales ni a exnovios ni a exnovias, eso sí, ya me acordé que es un acuerdo que tenemos. [¿Cómo lo llegaron a acordar?] Pues cuando empezamos nuestra relación, de que: "¿A ver tienes alguien ahí que haya sido tu pareja?". "Ah, pues este". "De preferencia elimínalo" y fue eliminado. Esa es la única condición en cuanto a redes sociales [¿Y si ella llegara a tener o reagregara a algún exnovio sí sería…?]. Una transgresión a nuestro acuerdo. [¿A ti te molestaría?] La verdad es que no me molestaría porque no tengo ese tipo de celos. Conozco a un par de sus exnovios y cuando nos encontramos y se saludan yo me burlo de: "¡Eh tú no!" [risas]… No me molesta en lo más mínimo. No soy celoso con eso, no tengo problemas de autoestima con competencias de alguien más (Daniel, 45 años, académico, casado, Colima).

Este comportamiento de control muestra que los exnovios se conciben como amenazantes en una relación de pareja dada, a pesar de que en otros momentos discursivos sea negado. De aquí que surja la necesidad de "llegar a un acuerdo". En este caso, Daniel niega ser celoso, pero instaura un "acuerdo" de limitar la libertad de su pareja para decidir con quien se relaciona en redes sociales.

No obstante, en este aspecto, el varón se asume con más confianza frente a la amenaza que pudieran representar los exnovios en la socialidad presencial o digital, mientras que las mujeres son quienes participan más abiertamente de los celos digitales:

> [Después de afirmar que a él no le molesta que su pareja interactúe con exnovios o se reúna con ellos] Pero a ella si le molestaría. Una vez pasó que una compañera de trabajo puso en mi face un comentario; no era de: "Ay qué guapo, que bien te ves", era como muy confianzudo el comentario, como: "No cabe duda que estás bien loco", algo así y eso a ella le molestó. Me dijo: "Esta muchacha ¿qué onda? ¿por qué te pone ese mensaje?". Y le dije: "No sé, pregúntale a ella, te paso su teléfono, márcale". Ella sabía quién era ella y le dije: "Márcale tú y pregúntale por qué lo puso" y ella de que: "No está bien que diga ese tipo de comentarios, se escucha como muy confianzuda" y ya le dije: "Bueno en alguna oportunidad le preguntas" y quedó zanjado el asunto, pero no le agradó (Daniel, 45 años, académico, casado, Colima).

La interacción en medios digitales con desconocidos de la pareja puede generar celos y reacciones de cuestionamiento frente al otro. Esto fue reportado también por varones, que como hemos visto, suelen estar menos predispuestos a los celos (porque dicen confíar en su pareja, se sienten mejores que sus competidores o están dispuestos a abandonar una relación que no les da seguridad). Los celos digitales fueron experimentados por Demián, cuando veía con su pareja quienes eran sus amistades en Facebook:

> [¿Ha habido alguna otra situación que resulte molesto con el uso de las tecnologías del celular o el uso de Facebook?] No, hasta ahorita no. De lo que sí de recién cuando ella empezó a usarlo y que me enseñaba algunas cosas ahí que yo no tenía... pues –yo creo– que lo clásico celoso de uno, ¿no? De que: "¿Y este fulano quién es?". Y ya pues me explicaba que amigos y que conocido de allá y conocido de acá, pues ya hasta ahí y por comenta-

> rios que veía yo, porque me mostraba pues su Facebook, lo veía ahí junto con ella a veces y eran pues comentarios insignificantes. No era cuestión de pleito ni de nada, nada más te digo, como lo celoso que se puede poner un hombre o una mujer; porque igual ella, ya después me llegó a decir a mí –porque ella ya veía los comentarios que me hacían en Facebook– y así, nada malo, pero sí de repente también igual me preguntaba: "¿Y esa quién es?". O cosas así, pero no, pues no pasaba de… (Demián, 35 años, trabajador manual, unión libre, Colima).

Este comportamiento, en el relato de Demián, también fue atribuido a su esposa, quien de igual manera, le cuestionaba sobre quién era alguien que le había comentado en Facebook. En ambos casos, no había nada que ocultar, no había ningún secreto que proteger, y sin embargo, surgía alguna duda que desataba celos en el sentido de sentirse amenazado por la presencia de terceros desconocidos para uno de los miembros de la pareja. En la misma dirección está el relato de Viviana:

> [¿Han tenido problemas por redes sociales o mensajes de texto?] Una vez por un mensaje de un amigo, pero nada malo… Es un poco celoso. Yo le digo que ve moros con tranchete, porque yo le digo pues: "No pasa nada", "Es un amigo, es fulano de tal; ya lo conoces y no pasa nada". Es una simple pregunta o un comentario y yo lo tomo como tal (Viviana, 45 años, secretaria ejecutiva, casada, Colima).

En concordancia, el relato de Citlali muestra cómo los dispositivos móviles permiten gestionar una mayor privacidad en la comunicación textual (trasladándose al lugar más privado del hogar para chatear). Escribir por chat genera desconfianza y sucesivos interrogatorios sobre con quién se está chateando y por qué en un espacio privado:

> [¿Hay desventajas en usar las redes sociales?] ¿En la pareja? Mmm, pues es eso, que a veces está con la desconfianza: "¿Con quién estás chateando?". Ya ves en la noche ahí te metes al baño, pues: "¿Con quién estás?". "Ay"

–le digo– bueno, si me meto al baño y me lo llevo es porque a veces está uno más a gusto" (risas). Digo: "No es por nada, ahí está abierto". Sí eso, esa es la desconfianza (Citlali, 52 años, negocio propio, casada, Guadalajara).

La comunicación electrónica, sobre todo los mensajes de texto, generan desconfianza en la pareja y, en consecuencia, celos. Estos celos se enfrentan con los mismos recursos que los celos no digitales: transparentando que no hay nada de que preocuparse y revelando detalles de quién es. La normalización de los interrogatorios y de los intentos femeninos de demostrar con transparencia que son confiables, está también a la orden cuando se cuestionan sus interacciones digitales. Esto claramente muestra las grandes continuidades o fluidez que hay entre lo que ocurre offline y online.

Las mujeres, por otra parte, también reportan que los hombres reaccionan con celos y actitudes controladoras cuando por alguna razón no contestaron una llamada o un mensaje de sus parejas. El testimonio de Viviana muestra la clase de conflictos que emergen ante la falta de respuesta en la comunicación por celular:

[¿Y alguna vez han tenido algún conflicto por eso? Que no se pueden comunicar, de que, pues, que no le contestas, cosas así] (pensativa) Sí... de repente una vez así como que: "Es que nunca contestas que no sé qué", "¿Dónde estabas?" [dice su esposo]. Como cuestión, así como de celos. Y yo pues [cara de extrañada]: "Estaba en tal y tal y tal lugar, de ahí me fui a tal lugar y me fui a hacer esto" y ya como que se le pasó, o sea, no pasó a mayores. Bueno, y en otra ocasión sí se molestó porque le puse contraseña al celular (Viviana, 45 años, secretaria ejecutiva, casada, Colima).

Las sospechas masculinas emergen ante la no respuesta inmediata y ante las restricciones de acceso al decidir poner una contraseña. En la continuación del relato de Viviana se observa cómo el poner contraseñas en los dispositivos de comunicación personales activa en la pareja la sensación de que se tiene algo que ocultar. La reacción femenina en

este caso es la de transparentar los lugares que visitó, pero también de mostrar que no oculta nada, quitando la contraseña a su celular. En este relato, podemos ver que la confrontación masculina por celos supone acciones de control que no son cuestionadas por la mujer:

> Yo entré a tomar clases de computación y el maestro de computación nos enseñó a ponerle clave a nuestro celular. Entonces él se dio cuenta que yo le puse clave y como que lo vio mal o lo tomó a mal, y me dijo: "Ay, pero ¿por qué le pones clave?, o sea, "¿tratas de ocultar algo?". Y yo: "No, simplemente me enseñaron y pues ahí lo pusimos en práctica en el salón y se lo puse. Pero pues no pasa nada, se lo quito" (Viviana, 45 años, secretaria ejecutiva, casada, Colima).

En la relación diádica, el poner contraseñas tiende a ser interpretado en el sentido de que se está tratando de ocultar algo. La manera de contrarrestar esta sospecha es quitarlas o compartirlas con el otro. Implícitamente se asume que entre las parejas no debe haber secretos.

Las inscripciones digitales que generan celos son aquellas que generan incertidumbre (porque se desconocían los hechos), pero también las que públicamente establecen un sentido de aprobación, como los emojis de corazón y los likes. Estos celos digitales, también son atribuidos por un varón a su pareja mujer, en los que se asume que ella reacciona de maneras más emocionales que él mismo ante los mismos comportamientos:

> [¿Han tenido problemas por sus usos de redes sociales?] O sea, muchas veces deriva de cosas mucho más fuertes por el hecho de uno interpretar incorrecto. Ya no digamos que mal o bien, pero de interpretar incorrecto ese tipo de cuestiones. Un ejemplo estúpido: Mi corazoncito. O sea, poner un corazoncito puede significar muchas cosas: "Me gusta tu publicación"; "Me gustas tú"; "Me interesas"; o, simplemente, es, pues, este… nada. Entonces, este… desde ahí, partiendo de ahí… [¿Sí han tenido conflictos por eso?] Ya no. O sea, como de dos o tres meses para acá, ya ese tema como que sí

> lo resolvimos así, cada quien lo suyo. [Pero, antes de llegar a ese acuerdo, ¿sí tenían celos?] Un poco, sí. Ella no lo reconoce, pues, pero, por ejemplo, el tema ese, que se dio con la amiga que porque yo le daba likes o no sé qué… "Oye tú también lo haces y lo haces con ese chavo". O sea, yo prefiero pensar… Y ahora sí, como que tenemos el valor de decirlo: "A ver, dímelo de frente: ¿Estás saliendo con él o quieres salir con él?". "No, que no. Es que tú…". "No, no, no creo. Te lo estoy preguntando". O sea, claro que se me queda la duda, pero antes nos equivocábamos en no hablarlo. Ahora, ya: "De tu boca, dímelo. Si hay algo, prefiero saberlo, y no voy a, este… volverme loco ni nada". Ya sé que puede pasar, ya sé que sobrevivimos a cualquier situación, pero prefiero como afrontarlo, ser autocrítico y ver si hay algo mal (Juan, 33 años, abogado, casado, Guadalajara).

Las señales ambiguas de posible interés por algún tercero que se manifiestan en inscripciones digitales, independientemente de que esté sucediendo algo o no, activan en la pareja conversaciones sobre la posibilidad de que alguno de los miembros de la pareja pueda salir con alguien más, su deseo de enterarse y una mayor conciencia de que en la red y fuera de la red puede ocurrir que nuestra pareja se interese por alguien más.

Los comportamientos intrusivos (derivados de un sentimiento de desconfianza) ante una oportunidad de acceder al contenido almacenado en los dispositivos son atribuidos sobre todo a las mujeres y pueden generar una discusión. El punto nodal de tales situaciones es que se desconocía a esa persona o se desconocía que se mantenían en relación. Esto revela la importancia que tienen los ideales de transparencia total (o ausencia de secretos) en la pareja:

> Pues digo, como todos, creo, a veces damos pie a que tu pareja desconfíe un poquito. Y en algunas ocasiones, pues sí, de pronto que toma mi celular. Nunca le ha dado por revisar y yo nunca le he revisado su celular, pero de pronto cae la buena suerte de que agarra tu teléfono y llega un mensaje. Entonces de pronto sí como: "¿Qué onda con esto". Y de pronto, yo creo que

> ha sido más como en el sentido de: "Ah no sabía que te escribías con esta persona" o "Ah no sabía que conocías a esta persona y que se comunicaban tan bien". Yo creo que ese ha sido como el tema que más (Augusto, 32 años, empresario, casado, Colima).

La expresión de desagrado o disgusto frente a comentarios de un tercero del sexo opuesto se atribuye sobre todo a las mujeres. No obstante, bajo determinadas circunstancias, los hombres también expresan celos y echan a andar estrategias de control. Cuando una relación de pareja es una relación a distancia, el uso de medios digitales es la base de la comunicación, pero también del monitoreo y la vigilancia. Marcela narra, como en su relación a distancia la comunicación electrónica tuvo una fuerte connotación de vigilancia y control:

> Era como la parte que hablaba bastante a mi casa o sí principalmente era… y: "¿Dónde estás?", "¿Con quién estás?" y "¿A dónde vas?". Y como que esa parte de tanto control, de no sentir… sentirme vigilada era la cuestión como: "¡Oye espérame!". Era algo que también brincaba, pero sí hacía uso [de tecnologías de comunicación]... Hasta esta parte de las camaritas me acuerdo. Pero sí recuerdo principalmente eso que sí teníamos comunicación y buscábamos coincidir por vía, principalmente el Skype [¿Y qué desventajas piensas que representó usar estas tecnologías?] Lo que yo veo es como la parte del control. La parte del querer controlar todo el tiempo o en dónde estaba (Marcela, 34 años, académica, casada, Guadalajara).

Las incertidumbres que crea la distancia sobre la relación de pareja son causas de celos. En el corpus de entrevistas, son celos atribuidos al varón que expresan desconfianza y un afán de controlar a la otra a través de preguntas constantes sobre acciones, lugares y personas. Curiosamente, aquí es el varón quien recrimina la ausencia de celos en su pareja, a pesar de que le platica experiencias incitando la emergencia de dicha emoción. Cuando las mujeres jóvenes adquieren la capacidad

de no ser celosas, de confiar en su pareja, tienden a rechazar el control y la vigilancia de manera contundente.

La comunicación por chat con otros/as del sexo opuesto es algo que genera complicaciones en las relaciones, sobre todo si tienen el estatus de exparejas. Es algo que ocurre de manera casual, ante el envío o la recepción de mensajes, la aceptación de amigos en redes sociales, que permiten interacciones cotidianas que pueden ir de un saludo hasta conversaciones profundas. Ambos miembros de la pareja, sin embargo, cuando hay celos asociados a los mensajes de chats, pueden limitar su comunicación como una prevención para evitar ser descubiertos (si algo se oculta) o para evitar sospechas (infundadas) de parejas celosas. Estos chats con exparejas se mantienen en secreto, se ocultan, para evitar problemas con la pareja actual. No obstante, ante circunstancias específicas, deben revelarse para evitar conflictos mayores. En el siguiente relato, podemos ver, estos elementos: una esposa celosa que increpa a otra mujer casada (exnovia de su marido) con la cual su esposo chatea; esta última mujer debe revelar a su propio esposo que tiene un chat con su exnovio del cual la esposa está celosa y explicar sus razones en su propia relación para mantener dicha comunicación:

> [¿Has tenido secretos con tu pareja?] Pues cuando me estaba mensajeando con el ex novio; ese que me habló su esposa, sí, de México. Ese fue, pues sí mi máximo secreto y que le conté... Dije: "Va a hablar la mujer" y de hecho sí volvió a hablar, eso no te lo dije. Volvió a hablar un día a las seis de la mañana, la vieja loca. Este, nomás porque le decía: "Ay, es que me acuerdo que tenías unos ojos bien bonitos", cosas de ese tipo, hazme el favor, o sea, no, no, no. Y ya, este, él vio [una llamada] y dijo: "Valentín (pseudónimo), aquí está tu Valentín, mira, habló". Ella le hablaba del teléfono de él. Entonces yo le tenía que mandar whatsapp's a él. Le digo: "¿Sabes qué? Mejor hasta aquí le dejamos porque tu esposa nomás no quita el dedo del renglón y ni estamos haciendo nada ni nada, o sea, tú y yo llevamos una, una relación padre". Le digo: "Y yo, a [la Ciudad de] México sabe dios cuándo vuelva a ir y ni al caso, o sea, que tu esposa tenga esa situación de celos, y a mí sí

me está provocando problemas". Digo: "Ya te provoqué problemas o nos los provocamos pues y este, y también ya me los provocaste". Eso fue de alguna manera porque pues, él me dijo: "A ver, volvió a hablar" y que no sé qué. Y lo bueno es que ya le había contado, pero sí, fue lo único, ajá, sí, sí, te digo, yo soy muy, pues todo lo demuestro; es lo malo. No sé si sea bueno o malo pues […] (Citlali, 52 años, negocio propio, casada, Guadalajara).

Los celos emergen aunque las relaciones que la pareja mantenga con un tercero sean exclusivamente a través de la comunicación electrónica y desde la distancia geográfica. Algunas mujeres interpelan a sus rivales, imaginarios o reales. En este caso un chat privado, secreto, tuvo que ser revelado para evitar malentendidos a raíz de la intervención de una esposa celosa. La amenaza de ser descubierta en un chat con un amigo del sexo opuesto desencadena cuestionamientos propios y preocupaciones por lo que pueda hacer la mujer celosa, calificada como "vieja loca".

La noción de "celos irracionales" se usa para deslegitimar los celos que se consideran no aceptables. Recordemos que los celos, como cualquier otra emoción, están sujetos a normas emocionales (Hochschild, 1979) que establecen cuándo es justificada y cuándo no. En esa categoría entran los celos por los likes a personas del sexo opuesto, de acuerdo con Fabiola:

De repente que oigo, que dicen: "Ay es que se enojó porque le di like a una muchacha". Creo que esa parte a lo mejor ya la superamos como pareja: el sentir celos de manera irracional. Somos, este, o entendemos esa parte que yo no puedo ser la única mujer que le gusta, ni él puede ser el único hombre que me gusta. …Después –a lo mejor– de leer ciertos libros, ver dinámicas, él con sus amigos o compañeros de trabajo, es que, pues no entiendo por qué hacen eso, …que no entiendo que tienen que ocultarle a la mujer ciertas cuestiones. "Es que son bien celosas", pues sí. Pero sí ustedes también entendieran la parte femenina; que lo mismo que ustedes ven también nosotros vemos, a lo mejor con otro, no con el morbo que ellos,

pero al final de cuentas también, la mujer siente y ve (Fabiola, 37 años, funcionaria, casada, Colima).

Los celos cuestionados se reconocen más bien como actuados por otros, que por el sí mismo. El relato de Daniel se deslinda de los celos digitales, aunque reconoce los comportamientos intrusivos en los que incurren otras personas caracterizadas como muy "celosas":

[¿Las tecnologías se han vuelto molestas entre ustedes dos como relación?] No, nunca y a veces que voy manejando y ella va en el celular contestando cosas. No me molesta. Puedo escuchar música, voy pensando en mis temas y cosas también y regularmente a veces estamos muy ocupados y tenemos que contestar muchas llamadas o muchos mensajes. Ya lo entendimos. A lo mejor en otras parejas sí tienen alguna duda con relación a su pareja, tienen celos, a lo mejor eso les molesta… Y hay personas que les gusta hacerse celosos. Entonces yo creo que cuando hay personas que son así muy celosos, pues sí te revisan tus celulares, tus correos o así. Sí conozco casos de cuates que se han metido en broncas por eso. La culpa la tienen ellos por andar de pillos (Daniel, 45 años, académico, casado, Colima).

Las molestias por el uso del celular, en el relato de Daniel, son atribuidas a otras parejas que tienen celos. Estos celos son naturalizados como parte de la personalidad de las personas que "son así, muy celosos" y los conflictos por la intromisión en los dispositivos de comunicación son explicados porque tienen culpa de "andar de pillos".

Los celos en la era de internet responden a la misma clase de detonantes de los celos en interacciones presenciales. En ambos tipos de celos se hacen ponderaciones sobre los comportamientos sospechosos, amenazantes, a partir de expectativas normativas sobre lo permitido o prohibido en las interacciones con terceros cuando se tiene pareja. Los fragmentos analizados muestran apreciaciones sobre la belleza y el carisma (con piropos, likes o comentarios adulatorios en copresencia o a través de medios sociales), el contacto frecuente con amigos/as

(mediado o no por tecnologías), el flirteo (con miradas, palabras, likes, solicitud o aceptación de amigos/as en redes, conversaciones casuales, etc.), el encuentro sexual no monógamo y la infidelidad (gestionados o no con tecnologías, descubiertos o no a través de inscripciones digitales) constituyen situaciones amenazantes para la relación de pareja. Desde estos marcos, nuestros entrevistados sancionaron negativamente el coqueteo, los piropos, las miradas o las muestras de aprobación/cariño (que suele confundirse con el trato amable, alegre o amistoso con terceros), el contacto y la comunicación frecuente sea en copresencia o a través de las redes virtuales, las relaciones con las o los ex (presenciales o digitales), entre otras menos significativas. Los celos digitales se incorporan a los escenarios complejos en que actualmente se viven los celos. Si bien comienzan a cuestionarse ciertos motivos de celos como los likes en medios sociales asociándolos con lo irracional o lo cuestionable, las tecnologías permiten un acceso inusitado al mundo del otro que incrementan el número de posibilidades para sentir celos, aunque probablemente con actitudes más flexibles acordes con avances en la equidad de género.

Los hombres y mujeres ocultan sus interacciones con otros para evitar conflictos. Este ocultamiento refleja una norma que establece que las mujeres y hombres casados/unidos no pueden tener contacto voluntario o lúdico con personas del sexo opuesto, ni siquiera bajo la figura de amigos y ni siquiera cuando solo ocurre a través de mediaciones tecnológicas (como en las relaciones que se tienen con personas lejanas geográficamente). No obstante, la aplicación de la norma es más severa para las relaciones de las mujeres con hombres, dado que si sus comportamientos se interpretan en la lógica de la sospecha tienden a generar consecuencias negativas graves para ellas o su relación. No solo sus relaciones con otros hombres en sus contextos de vida son cuestionadas, sino también aquellas que mantienen a través de las tecnologías. Son relaciones que deben mantener en secreto, pues si se descubren, pueden ser detonantes de conflicto, aunque no signifiquen una amenaza real para la relación.

Las desigualdades emocionales dentro de la pareja muestran, que la felicidad y el sufrimiento responden a diferencias de género. Los recursos emocionales de la confianza, la seguridad, la tranquilidad con respecto a la pareja, lo alcanzan más fácilmente los hombres. Las mujeres, en contraste, acceden con mayor frecuencia a los recursos emocionales de los celos (que implican desconfianza, inseguridad y miedo, entre otras), obligándose en ocasiones a fingirlos. Por otra parte, las mujeres tienden a ser más controladas a través de los comportamientos que instigan los varones cuando sienten celos. Están más dispuestas a dar explicaciones detalladas, a transparentar sus relaciones, actividades, a renunciar a sus amigos o prácticas problemáticas, y a tolerar la desconfianza asociada con los celos (sobre todo si se sienten responsables o culpables).

Conclusiones

Los relatos de hombres y mujeres con respecto a los celos muestran que hay diversidades afectivas de género y que tales diferencias implican desigualdades emocionales. Estas desigualdades parten de desbalances de poder en el ámbito de las parejas y de disposiciones socioculturales fuertemente arraigadas. Las mujeres son quienes pagan mayores costos ante una separación, quienes tienden a depender más de sus parejas en términos económicos o de reconocimiento personal, y en consecuencia, son quienes con más frecuencias viven el amor desde la obsesión, la desesperación o la ceguera. Estos tres aspectos comúnmente relacionados con los celos (Martínez-León et al., 2017). Los hombres responden con odio ante la ofensa ("falta de respeto") que implica un comportamiento femenino que genera celos, mientras las mujeres responden con enojo, decepción o tristeza. La diferencia entre odio y enojo es crucial. Ben-Ze'ev (2010) plantea que a diferencia del enojo, que emerge como una respuesta a una ofensa específica, que se juzga inmerecida, dañina o degradante para quien la recibe, el odio no proviene de un acto específico realizado por alguien sino se materializa en una generalización no limitada a circunstancias específicas, sino a las características intrínsecas que se atribuyen al grupo al que pertenece quien nos ofende. Creo que

no es erróneo pensar que las violencias masculinas asociadas a los celos parten de un odio a las mujeres por su aparente propensión a ser putas o fáciles (esta generalización acentúa las reacciones negativas frente al comportamiento del otro), mientras que el enojo de las mujeres va dirigido a acciones y destinatarios específicos que han fallado en cumplir sus expectativas de comportamiento en torno a ellas. El enojo genera una respuesta breve y relativamente moderada, mientras que el odio produce respuestas violentas que pueden escalar. En algunos casos de mujeres, ni siquiera hay enojo, solo tristeza y decepción asociadas a una especie de conformidad o reacción pasiva frente a lo que les ha hecho daño.

Las mujeres son evaluadas como más celosas que los hombres. Esto es así tanto en la visión femenina como en la masculina. La autoimagen masculina es la de no ser celoso, que es equivalente a no ser inseguros, tener la autoestima alta y confiar en la pareja (porque no oculta nada, es transparente, no exhibe comportamientos de riesgo o porque se asume que tiene libertad de hacer lo que quiera). En contraste, la autoimagen femenina es la de ser celosas que es equivalente a reaccionar emocionalmente frente a las interacciones de su pareja con otras mujeres, aunque con escasa eficacia en el control de los comportamientos de los varones que los generan. Las otras mujeres son amenazas sobre todo porque la cultura patriarcal establece que el valor de las mujeres está en su belleza. De modo que las mujeres atractivas, más jóvenes, tienen a concebirse como amenazas a la propia relación cuando entran en contacto con sus parejas.

Las mujeres han transitado de la obligación de aguantar los celos, a la posibilidad de expresarlos e intentar un cambio en las situaciones o comportamientos que los generan. No obstante, parecen tener poco éxito en el sentido de regular o limitar el comportamiento de los varones con los que están relacionadas. Los hombres, por su parte, han transitado de la normalización al enrarecimiento de los celos masculinos como manifestaciones de inseguridad, desconfianza o baja autoestima. Las parejas heterosexuales también están discutiendo sobre el derecho

a sentir celos y a reaccionar ante las amenazas, como una derivación de la norma de exclusividad sexual y emocional, o en su caso, el derecho a una relación libre, en la que las personas pueden decidir continuar o no, en las que la libertad es una meta relacional superior a la del control.

Los celos más justificados por nuestros entrevistados fueron aquellos que se consideran expresiones de amor, que son moderados, que tienen o tuvieron una justificación (por una situación real) o que no son irracionales. Los celos más cuestionados fueron los violentos, los irracionales o los sospechosos que involucran más odio hacia las mujeres, o más imaginación que realidad. Los celos irracionales, de acuerdo con algunos testimonios, se "superan" conforme la relación avanza y en la medida en que se acepta que aunque se esté casado/a, a cada quien todavía le pueden "gustar" otros hombres o mujeres.

Los celos más intensos y violentos emergen por interpretaciones sustantivas sobre lo que implica el comportamiento del otro. Cuando un comportamiento transgresor se interpreta afectando principios morales, como el supuesto derecho a la exclusividad sexual y emocional que otorga el matrimonio o la formalización de una unión, el aparente deber de las mujeres de ser puras y ejercer una sexualidad limitada al matrimonio y la reproducción, o el supuesto mandato de las mujeres de obedecer/rendir homenaje a un solo hombre, entonces podemos decir que los celos emergen como causa o como consecuencia de un orden de género desigual (patriarcal) y un odio generalizado hacia las mujeres.

En los celos irracionales o sospechosos, cabrían, por otra parte, formas particulares de los celos digitales que implican acciones intrusivas, dudas sobre amigos en redes sociales, pero también celos que tradicionalmente han sido normalizados, como los que emergen por las miradas de la pareja a una persona atractiva cuando están juntos (en algunos casos, miradas en fotos de perfiles de redes sociales). Se trata de celos cada vez menos aceptados o más cuestionados por hombres y mujeres. Mirar a personas atractivas se está normalizando como una experiencia que no justifica los celos. En los medios digitales, por ejemplo, se cuestionan los celos por likes y los celos por miradas

fortuitas. Como vimos, entrevistados de ambos géneros aludieron a que no se puede controlar la mirada hacia otros/as y que esas miradas no significan una amenaza a la relación. No obstante, la comunicación electrónica ha creado nuevos desencadenantes de celos que gozan de aceptación en los adultos jóvenes y medios entrevistados, como la interacción con exnovios/as o con personas del sexo opuesto en redes sociales, entre los cuales destacan los chats que se mantienen en secreto y pueden ser motivos de conflictos.

Los celos masculinos son interpretados como una condición que perfila al varón como una pareja con la que no se podrá ser feliz o que, tarde o temprano, será violenta. Los relatos de los entrevistados más jóvenes, indican, por otra parte, que hombres y mujeres han adquirido conciencia sobre lo problemático de los celos y sobre la necesidad de autocontrolarlos o de no sentirlos. No obstante, las mujeres están todavía marcadas por el estereotipo emocional que establece que ellas son las celosas, aunque hemos visto excepciones en los tres grupos de edad. Por otra parte, tienen menos recursos para expresar sus celos o para reaccionar frente a los celos masculinos, sobre todo si son violentos (aquí se impone la des-afección).

3. Las infidelidades onlife: sospechas, descubrimientos y tipos de relaciones

En este capítulo se exploran un conjunto de posiciones y experiencias en torno a la extraconyugalidad, enfatizando casos de infidelidad onlife (esto es en la fluidez de lo que ocurre con mediaciones tecnológicas y lo que ocurre en el cara a cara) desde que inician, avanzan y se descubren o terminan, cuando es el caso. En primer lugar, se aborda el asunto de cómo las tecnologías de comunicación hacen emerger tentaciones de relacionarse con terceros, de maneras imprevistas y transitando con relativa facilidad de interacciones cotidianas a conversaciones eróticas o amorosas. En segundo término, se muestra el papel protagónico que tienen los usos de tecnologías en la apertura y desarrollo de relaciones extraconyugales, facilitando las interacciones y la fluidez de lo presencial a lo digital y viceversa, mostrando cómo esto afecta las emociones y la toma de decisiones. En tercer lugar, se demuestra la participación de las inscripciones digitales (huellas o registros de interacciones a través de plataformas de internet) en las sospechas y los descubrimientos de infidelidades, sobre todo en adultos medios y jóvenes, así como sus repercusiones en la pareja.

Las tentaciones onlife de relacionarse con terceros: entre la aceptación y el rechazo

La comunicación mediada por tecnologías, sean las analógicas o las digitales, han estado vinculadas con la ampliación, diversificación de

los mercados románticos, y la gestión a la distancia de encuentros románticos y sexuales. Esto es así tanto para las búsquedas de relaciones normalizadas, a través del cortejo y los mecanismos legítimos de la seducción, como a aquellas que se salen de las normas y se desarrollan en secrecía. Las llamadas por teléfonos fijos y, actualmente, por toda la gama de teléfonos celulares y otros dispositivos han favorecido la posibilidad de contactar a otros y otras, de seducir y encontrarse sexual o emocionalmente con otros, de iniciar una relación, hacerla avanzar en diversas modalidades normativas o contranormativas (desde aventuras sexuales hasta relaciones paralelas). La comunicación a distancia, cada vez más privada y discreta, también ha facilitado las gestiones prácticas de cuándo, dónde y a qué horas verse, hablarse o mensajearse.

En general los resultados que aquí se muestran, detallan muchos episodios de vida personal en los que la comunicación mediada afecta las relaciones íntimas, como las de pareja, sea por su potencial para la conexión permanente, la redefinición de lo privado y lo público, la geolocalización o la desinhibición. La digitalización de la vida cotidiana está revolucionando desde el cortejo, el establecimiento de la relación, hasta las rupturas y las infidelidades (ver Rodríguez, 2019). En este último punto, las tecnologías, sobre todo las móviles, participan fuertemente en las redefiniciones de expectativas, las confrontaciones y las negociaciones de pareja, así como en la emergencia de formas de contacto y relación, silenciosas y discretas.

Una de las consecuencias relacionales asociadas con la ampliación de los mercados románticos es justamente el incremento de la infidelidad, anticipada por diversos teóricos del amor online (Ben Z'eev, 2004; Kaufmann, 2010). Los vínculos de pareja se expresan y refuerzan a través de mediaciones tecnológicas y contribuyen a hacerlos más flexibles y cambiantes. La literatura científica sobre Facebook y parejas ha encontrado que esta red social es un escenario propicio para el cortejo y para el romance. Es un lugar en el que se inician y se desarrollan relaciones románticas y sexuales, como también ocurre con otras redes sociales o aplicaciones de citas, dentro de las cuales destaca actualmente, el Whats-

App y Tinder (para el caso de relaciones heterosexuales) (ver Rodríguez, 2018; 2019).

En las parejas establecidas, la comunicación por medios sociales tiende a ser menospreciada por los usuarios, con algunas excepciones en que las mujeres desean reciprocidad en el posteo de fotos familiares o el envío de mensajes tiernos o amorosos. Sin embargo, este desapego por las redes sociales en las dinámicas diarias de los matrimonios y las uniones contrasta con el papel protagónico que tienen en las experiencias de extraconyugalidad, o incluso, en segundas rondas de cortejo y emparejamientos después de una ruptura o separación, sea con la misma pareja o con parejas potenciales nuevas. En estas experiencias, Facebook emerge como un escenario clave para el reencuentro con personas del pasado o para vincularse con desconocidos afectiva o sexualmente, al igual que los teléfonos celulares, la mensajería instantánea (Messenger o WhatsApp) y las aplicaciones de citas.

La infidelidad está sujeta a una diversidad de posiciones y definiciones que contemplan actos muy variados, entre los que comienzan a adquirir protagonismo actividades digitales en conjunto con los actos típicamente considerados como infieles. Las mujeres jóvenes observaron como indicadores de infidelidad "mensajearse mucho", todo lo que tenga que "ver con sexo, con tener relaciones, con piropos, chuleo", el deseo y la imaginación sexual, aunque no se "materialice", intercambiar "imágenes de desnudos" con alguien más, el buscar a las o los ex y comenzar a platicar de nuevo a través de redes sociodigitales. Los varones jóvenes, también señalaron aspectos del mismo tipo como, "ocultar cosas", "platicar de una manera personal", tener "interés de conocer y salir con esa persona", "tener sexting", "hacer una videollamada sexual", y uno de ellos, enfatizó que "todo es potencialmente infidelidad, desde el coqueteo hasta la fantasía". En lo general, los entrevistados más jóvenes convergen en definiciones extensas, omniabarcantes, aunque tienen conciencia de que algunos actos son más graves que otros. Ambos géneros convergen en que hay grados distintos de infidelidad y de afectación a la relación primaria. Los más graves son

los que involucran sexo y sobre todo contacto corporal, los intermedios los que implican sexo pero sin copresencia, y los de menor gravedad, los que suponen interacciones con otros dignas de ocultarse y no implican contacto corporal. En el ámbito de lo digital, para calibrar si algo puede o no considerarse infidelidad, se pondera la frecuencia del acto, las intenciones, el contenido de los mensajes, y las acciones/reacciones frente a las interacciones digitales de otros/as.

Los adultos medios y mayores, no enfatizan tanto como los jóvenes las actividades digitales en sus percepciones sobre la infidelidad, aunque como veremos más adelante, las nombran y en general participan de su impacto generalizado en el establecimiento de relaciones extraconyugales, y sobre todo, en su descubrimiento. En estos grupos, de acuerdo con los hombres serían actos de infidelidad el "coqueteo", "tratar de cambiar (de mujer)", "todo lo que me llegara a afectar a mi o a mi pareja", las "videollamadas" sexuales, "el ocultar cosas", y para las mujeres, "coquetear", "quedarte de ver", "tener relaciones sexuales", el sexting. En lo general convergen en que el coqueteo es menos infidelidad que encontrarse con alguien y tener sexo, aunque juzgan igual de negativo el sexo por internet y el de la copresencia.

Los varones en sus percepciones recurren a estereotipos de género que minimizan el asunto de tener sexo ocasional y tienden a justificar la infidelidad masculina con frases hechas: "no hay hombre fiel", "hay más mujeres fieles que hombres", aunque también hay quien piensa, que las mujeres son infieles igual que los hombres, pero "guardan mejor el secreto". Para estos hombres no es infidelidad "ir con una prostituta", "acostarse con otra persona nada más", o asumen que "mientras las dos personas no se toquen no hay infidelidad". También podemos ver que en estas definiciones de la infidelidad se incluye prácticamente cualquier cosa que se oculta o se mantiene en secreto, cualquier acto que implique deseo y placer sexual (sea a través de la imaginación, mediante interacciones digitales o en copresencia) con otros/as, o en su caso, que afecte emocionalmente a uno mismo o al otro/a; o muestre disposición a cambiar de pareja. En estas percepciones, lo más importante no son

los actos en sí, sino sobre todo las intenciones y las consecuencias de dichos actos.

Los agravantes en las infidelidades digitales son que involucren interacciones sexuales con otro/as (aunque no impliquen contacto corporal o físico) y que se oculten o mantengan en secreto (aunque no conlleven sexo). La gran atenuante de las infidelidades digitales es que la relación no transite al encuentro presencial. En contraste, en las infidelidades de la copresencia, los agravantes son que los encuentros con otros/as sean recurrentes, de carácter sexual, que afecten a la pareja oficial y tengan una intención de sustitución, así como también que sean descubiertos en flagrancia. En estos casos, lo que opera como atenuantes, es el silencio sistemático sobre lo ocurrido (sobre todo de los varones) y el cumplimiento de las obligaciones en el hogar.

No obstante, como veremos más adelante, esta distinción entre infidelidades digitales y presenciales es solamente analítica, porque en la práctica interactúan imbricadas unas con otras. Equivaldrían a infidelidades onlife (ver capítulo 1), esto es, que se gestan y se desarrollan tanto en la copresencia como a través de mediaciones tecnológicas propiciando cadenas hibridas de acciones que refuerzan el inicio y avance de la extraconyugalidad.

Un repaso rápido por las formas nativas de nombrar asuntos de infidelidad permite visualizar aspectos centrales de los marcos de referencia implícitos en las narraciones de nuestros entrevistados y su carácter dramático. Entre las formas femeninas de nombrar a las personas con quienes fueron engañadas destacaron "su querubín", "la muchacha", "la otra", "la individua", "vieja loca" y en las masculinas, hay una tendencia a desdibujarlos, a no nombrarlos y solo aludirlos como parte de una "relación por su lado", "a escondidas", "la otra relación". Estas diferentes formas de aludir a los que ocupan la posición de amantes de sus parejas muestran ya diferencias de género. En el caso de las mujeres tienden a canalizar el enojo no solo hacia los hombres que les son infieles, sino sobre todo a las mujeres que ocupan la posición de amantes. Las mujeres reprochan a otras mujeres un comportamiento desleal en la

competencia por un hombre que aparentemente ya no estaba en el mercado relacional (en tanto estaba comprometido, casado o unido), al mismo tiempo que reclaman a sus parejas por sus engaños. En el caso de los relatos de varones, pareciera que esto no ocurre así, el reclamo y el reproche se dirige exclusivamente hacia la esposa/mujer que fue infiel, sin mostrar interés por contactar a los esposos para contarles que son los amantes de sus mujeres o para incitar un conflicto o ruptura.

Los actos de infidelidad, por su parte, fueron mencionados por los afectados (fueran hombres o mujeres a quienes engañaron) como "poner el cuerno", "salir con alguien", "tener a alguien", "fechorías", "traiciones", "engaños", "manchas", "burlas", "irregularidades", "fantasmas" y calificados como "imperdonables". Desde la perspectiva de quienes fueron infieles se aluden como "errores" ("la regué", "pendejadas de hombre"), "equivocaciones", "momentos", "actos irreversibles", "venganzas"; etiquetas que en lo general, tienden a mostrar una ponderación moral negativa, con excepción de momentos. Los hombres infieles fueron referidos como "don juanes", "ojo alegres", "coquetos" y las reacciones de no reconocer las infidelidades como "hacerse la loca", "hacerse guey", o "hacerse guajes". También se detectaron categorías nativas para designar formas de infidelidad que se distinguen de la física, corporal o manifiesta: infidelidad "de pensamiento", "no materializada" y "por intención". Esas categorías refieren el deseo y la imaginación de estar con otro/a, pero no se concretan en el contacto corporal. La vida de pareja después de la infidelidad, en algunos casos, es vivida como el "infierno" o la "guerra".

El mero vocabulario que se usa para nombrar distintos componentes de las historias de infidelidad muestra que son experimentados como dramas sociales. Como podrá constatarse más adelante, con el acceso a relatos de hombres y mujeres que han sido infieles o les han sido infieles, hay conflicto por quiebres normativos, crisis, pretensiones de desagravio, reintegración o rupturas, momentos que integran los dramas sociales (Turner, 1974). El conflicto comienza con los sentimientos de amenaza, las vigilancias y los miedos que se desatan ante

las sospechas y los primeros indicios de que algo está ocurriendo. Esto correspondería al momento de "quiebra" de normas establecidas entre personas o grupos en un sistema de relaciones sociales (Turner, 1974) que en los relatos equivale a los momentos en que hombres y mujeres incursionan en relaciones con terceros, en múltiples formas, emocionales o sexuales, presenciales, digitales o mixtas (onlife). La crisis, como "uno de esos puntos decisivos o un momento de peligro y suspenso en el que se revela el estado de las cosas, en el que es menos fácil usar máscaras o pretender que no hay nada podrido en la aldea" (Turner, 1974, p. 15). En la extraconyugalidad esta crisis se desata con los descubrimientos, pero también con la forma de descubrirlo y se expresa con confrontaciones al otro/a o con luchas internas sobre cómo sentir y reaccionar. En las infidelidades, las acciones de desagravio como "mecanismos de ajuste y reparación" involucran las venganzas, los reproches, el menosprecio, la pérdida de estatus, que con el tiempo pueden superarse, o si prevalecen, conducen a la reconciliación, aparente o real, o al fin de la relación. Estos últimos resultados serían la fase final del drama social que "consiste ya sea de una reintegración del grupo social perturbado o del reconocimiento social y la legitimación de un cisma irreparable entre las partes en disputa" (Turner, 1974, p. 17). No obstante, que las fases del drama social nos sirven para pensar las infidelidades, podemos pensar que no todas las experiencias de este tipo completan el ciclo, en algunos casos la crisis se olvida o se minimiza a tal grado que no se desarrolla el drama iniciado. Otra posibilidad es que la fase del desagravio se mantenga constante, sin avanzar hacia una resolución.

La obtención de relatos más o menos detallados de casos reales sobre infidelidades, de hombres y mujeres de distintas edades, constituye una oportunidad para estudiar sus particularidades y sus conexiones con las mediaciones tecnológicas poco frecuente en la investigación empírica. Generalmente, las infidelidades digitales se han investigado a través de escenarios hipotéticos y con muestras de sujetos de investigación que pudieron o no haber vivido estas experiencias (ver Rodríguez, 2020). En este capítulo recuperamos narrativas experienciales de una parte de

nuestros entrevistados, con el propósito de analizar la participación de tecnologías afectivas en la extraconyugalidad y lo que significa la infidelidad para hombres y mujeres que la han experimentado, sea en la posición de quien es infiel, le han sido infiel, o ambas.

Como campo de observación, los relatos sobre tentaciones, sospechas, relaciones y descubrimientos de infidelidades tienen una enorme riqueza empírica para desentrañar cómo las tecnologías afectivas (término de Lasén, 2009) operan en la vida cotidiana no solo de jóvenes, sino también de adultos, en la gestión de encuentros sexuales, amorosos o emocionalmente íntimos fuera de la pareja oficial.

En las entrevistas realizadas aparecen diversos momentos que se califican como tentaciones. En lo general, tales momentos están relacionadas con actividades que se antojan intensas emocionalmente y entre ellos destaca la de relacionarse con terceros sea para tener sexo o intimidad emocional. En los relatos sobre tentaciones, algunas narran cómo se cuidaron para resistirlas y otros cómo cayeron en ellas, así como algunos se refieren a interacciones presenciales y otros involucran relaciones mediadas tecnológicamente. En algunos relatos no apareció directamente el término de tentaciones, sin embargo, si evocaron asuntos tales como el surgimiento de posibilidades de relación, el peligro que representan las redes sociales para las relaciones de pareja o lo fácil que puede resultar iniciar nuevos vínculos a través de ellas.

La conciencia de la gran cantidad de tentaciones que abren las redes y otros medios digitales hace que la fidelidad cobre mayor relevancia asociada con el respeto, el compromiso y la congruencia. La fidelidad y el respeto serían dos elementos claves para mantener la relación. En este caso, la conciencia sobre el potencial de las "pinches redes sociales" para exponer a las personas a "situaciones" complicadas es parte de su propia experiencia:

> Para empezar las pinches redes sociales. Ahí hay temas que están muy sexualizados. Te expones a muchas cosas y, obviamente, sí existen situaciones y demás, pero sí existe la fidelidad yo creo que basta y sobra para

mantenerse constante. Entonces yo creo que la fidelidad para mí es otro de los pilares de la relación (Augusto, 32 años, casado, empresario, Colima).

Jonás por su parte asume que virtualmente "es súper fácil" iniciar nuevas relaciones, tanto para las mujeres como para los hombres. En su opinión, lo más difícil en las redes sociales es justamente detenerse de no abrirse a nuevos vínculos y eso se logra con valores morales como la congruencia y la integridad que se traducen en compromiso personal:

[¿Tú crees que, ahora, con estas nuevas posibilidades tecnológicas, ella pudiera… ¿O tú, tal vez lo tengas, alguna relación afectiva virtual?] Sí, definitivamente, de que se puede, se puede. O sea, es súper fácil. De hecho, creo que es más fácil tenerla que no tenerla, si a esas vamos. Y de los dos lados, pues. O sea, ni siquiera que ella conmigo. A lo único que uno se atiene es al compromiso personal, ni siquiera al de pareja. O sea, el decir: "A ver, güey, vamos siendo congruentes". Insisto, si algo me ha enseñado vivir 41 años, es que, pues, hay que ser congruentes, hay que ser íntegros (Jonás, 41 años, separado, abogado, Guadalajara).

Por otra parte, los viajes sin la pareja, comúnmente, están implicados en la posibilidad de relacionarse con terceros de una manera que no es posible cuando se está en el hogar o se viaja con pareja y familia. Es una situación que implica tentaciones en el sentido que abre posibilidades para intimar con otros/as emocional o sexualmente. María José, desde el plano de las interacciones presenciales, destaca tentaciones asociadas con los viajes y las relaciones con el sexo opuesto:

Yo, haz de cuenta, todo el tiempo que viajé: súper respetuosa, límites clarísimos con mis compañeros de trabajo. O sea, yo viajaba con hombres y yo así: cuidarme yo; cuidar la tentación. O sea, siempre, haz de cuenta, como muy clara en eso. O sea, yo veo a compañeros que me tiraban la onda y yo: "¡Ay espérate! Oye estoy casada. O sea, yo no te estoy dando pie". O sea,

límites. Y así: "Ya no me manden con él por favor". O sea, no. Yo me doy mi lugar y también le digo a Marco [su esposo] (María José, 52 años, casada, casada, Guadalajara).

En este caso, las oportunidades de relacionarse con alguien que no es su marido, ni siquiera representaron una tentación. María José tenía oportunidades para una relación con un tercero, pero realmente nunca estuvo entre sus deseos hacerlo. La expresión que justifica su rechazo a cualquier posibilidad es "yo me doy mi lugar". Aquí podemos ver cómo opera en la valoración de sí misma, la interiorización del lugar social de esposa fiel. Este lugar social, como revela el testimonio, supone no solo rechazar los acercamientos de otros hombres, sino también saber "establecer límites" y "decirle" al esposo. También vemos que enunciar el estado civil de casada, es estratégico para comunicar desinterés y rechazar los coqueteos o insinuaciones masculinas.

Otras mujeres también rechazan relacionarse con un tercero, a pesar de que sí lo desean y que dicho deseo ocurrió a partir de interacciones asociadas con el trabajo que se intensificaron con salidas y conversaciones que crearon cercanía con un tercero. Es el caso de Mónica, que, a lo largo de su matrimonio, solamente en una ocasión ponderó la posibilidad de relacionarse con alguien que no era su esposo. Su relato deja muy claro la impronta que tiene el ideal de la monogamia en su forma de relacionarse en pareja. A pesar de desearlo, para ella era imposible estar con dos personas al mismo tiempo. Sus convicciones sobre la pareja monógama fueron claves para renunciar a la oportunidad de una nueva relación:

[Cuando se sintió atraída por alguien que no era su esposo] Nos entendíamos bastante bien, pero ya de ahí pasar a otra cosa, ya no. Yo no. Decidí no dar el paso porque no, pues yo no puedo. Dije: "No puedo estar con dos personas a la vez". Dije: "Tengo que decidir". [¿Pero te lo propuso? ¿Te sentiste en la disyuntiva?] No, no fue una propuesta verbal, pero fue algo físico, nada más. O sea, una atracción física de pronto, que surge en el

momento, o sea, de momento, pero, este, que no llega más allá, ¿verdad? Es, digamos, es una atracción física, pero emocional y [dubitación], digamos, bella, pero nada más. O sea, después dices, lo que sigue, pues ya no voy a dar ese paso porque lo pensé. Dije: "Pues no, no me haría tan feliz a mí. Estaría yo en conflicto. Tampoco quiero estar en conflicto". Para mí él, o sea, siempre razono y digo: "No, esto me va a provocar más problemas de lo que yo puedo. De que yo no quiero estar en esa situación" (Mónica, 69 años, casada, funcionaria, Guadalajara).

Lo vivido por Mónica, junto con muchas mujeres –y probablemente menos hombres– que renunciaron a la posibilidad de relacionarse con terceros a pesar de desearlo y tener la oportunidad a la mano, es una muestra, en la escala micro, de lo que planteó Michel Foucault (1986) con respecto a la fidelidad y la infidelidad:

…se puede afincar lo esencial de la práctica de fidelidad en el estricto respeto a las prohibiciones y obligaciones en los actos mismos que uno realiza. Pero igualmente se puede hacer consistir lo esencial de la infidelidad en el dominio de los deseos, en el combate encarnizado que dirige contra ellas, en la fuerza con la que sabe resistir las tentaciones (p. 27).

En este sentido, resistir las tentaciones de la extraconyugalidad, no solo supone respetar prohibiciones y obligaciones, sino también dominar los deseos, autovigilancia y luchas internas. Esto último presente sobre todo en las narrativas femeninas, pero también en nuevas narrativas masculinas en las que el compromiso y la integridad cobran relevancia.

En ambos géneros, las tentaciones de relacionarse con terceros, emergen de condiciones relacionales que si bien pueden no ser conflictivas, ya no son tan satisfactorias como en los primeros años. Las tentaciones se han expandido a las interacciones virtuales en las que las personas conectadas participan cotidianamente. Relacionarse con conocidos y desconocidos sin la necesidad de viajar (o aislarse del entorno familiar) está al alcance de un clic (aceptar una solicitud de amistad

en redes sociales o enviar un mensaje de texto), probablemente con menores reticencias (porque se perciben menos riesgos) que cuando la tentación de contactar con terceros es presencial.

El relato de María ilustra que la comunicación electrónica es excitante y tentadora en tanto es posible pasar de una conversación casual a una romántica o sexual (en convergencia con lo observado por Carter, 2016, en otro contexto geográfico):

> Para mí es como una tentación, siempre. Para mí Facebook es como un catálogo de personas que tú eliges, o sea, se escucha fuerte pero así creo que lo es. O sea, tú estás viendo las fotos y "ah me gusta", lo agrego y empiezo a platicar. Y desgraciadamente, o desafortunadamente, así conocí a la persona con la que salgo. O sea, me mandó una solicitud, entonces yo dije: "Lo voy a aceptar" porque pues parece un tipo decente. Estoy muy relacionada con el mundo de las letras, la poesía y de todo eso. Entonces teníamos muchos amigos en común de ese mundo literario y yo dije: "Ah pues lo voy a aceptar" ... Nunca lo acepté como porque me gusta, o sea, no soy del tipo de personas que agrega personas porque me gusta su foto ¿no?, sino porque tenemos algo en común. Entonces lo acepté y después de dos años de tenernos en contacto empezamos a hablar, y ya, a salir. Pero sí considero que es como, pues una tentación porque, pues son personas que suben sus fotografías, o su manera de pensar, y ah, tú estás viendo como coincidencias. No sé, es para mí es una tentación (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

En virtud del potencial que tienen las redes sociales para relacionarse con desconocidos, para acceder a sus fotos, a información personal sobre quiénes son y qué hacen, María acepta contactarse con otros a partir de intereses comunes. Ella misma describe su participación en Facebook como una "tentación" para coincidir con otros e iniciar nuevos vínculos. Después de dos años de estar dentro de sus contactos, comienzan a hablarse y a salir con lo que hoy es una relación paralela. Contrariamente, a la tentación presencial de relacionarse

con terceros, que supondría aceptar una intimidad rápida, la tentación en redes sociales admite un ritmo de intimidad más lento, que se va intensificando día a día (para una discusión sobre ritmos de intimidad ver Rodríguez, 2018).

De igual manera Romina recuperó la interacción con un conocido después de muchos años de estar solo como amigos en Facebook, pero sin interactuar, una vez que decidió abrirse a nuevas relaciones:

> …coincidimos en un campamento una vez y él insistió como que ser luego mi amigo en Facebook y me mandaba mensajitos y cosas, así como muy buena onda, ¿verdad? Así, amigos, yo lo bateaba y así; sí porque eso fue hace muchos años y hasta que un día no, no lo bateé, simplemente contesté. Y entonces, este, contesté y empezamos a chatear otra vez muy divertido, muy padre porque sabe hacer preguntas muy padres en donde, a mí lo que me gusta es que me pregunten. Entonces yo expresé y a mí que me sirva de terapia [risa], a mí que me sirva y ya hablo (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

En estos relatos de María y Romina vemos la importancia del "estar ahí" en una red social, conectados a pesar de no tener interacciones recurrentes o incluso sin interactuar, hasta que surge el momento o situación que favorece la apertura a relaciones eróticas o sentimentales. Esa habituación a la presencia (digital) silenciosa de otros/as, resulta una condición potencial para el desarrollo de nuevos vínculos al crear sensaciones de menos amenaza frente a los desconocidos o pocos conocidos. Los contactos en redes sociales, para las mujeres casadas, constituyen relaciones potenciales a partir de un "estar ahí" que facilita la interacción una vez que se abren a nuevas posibilidades relacionales.

Las redes sociales también implican la posibilidad de que mujeres casadas o separadas acepten la amistad de desconocidos con fines relacionales. Una solicitud de amistad de un desconocido "guapo" en un momento de vulnerabilidad es una tentación. Comenzar una interacción por mensajes de textos en Facebook en el caso de Romina, fue el

acto necesario para iniciar una nueva relación que avanzó a través de la intimidad emocional por chat [aunque terminó en bloqueo]:

> Fue una cosa increíble que un día recibí una invitación en Facebook de amistad y pues veo la foto: "¡Está bien guapo!" …Entonces simplemente le escribí un mensaje: "Oye, dime de dónde nos conocemos, ¿no?". Sabiendo que no nos conocíamos. Bueno, yo no lo conocía y ya me dice: "No, no, no, no nos conocemos". Y además conocía creo que a mis hermanas o, bueno, así 30 gentes de amigos en común, entonces le digo: "Tenemos un montón de amigos en común". Dime: "¿De dónde nos hemos visto?" porque yo pues, como que: ¿Por qué quieres ser mi amigo? El caso es que a partir de ese momento empezamos a chatear de una manera intensísima. Yo recién separada, tenía una semana de separación de Ernesto y entonces ha sido como mi Pepe Grillo, pues. Porque todo le puedo, todo platico, así y él ha dicho cosas así como muy claves que me han sido muy útiles, han sido muy muy útiles, entonces (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

Obviamente no solo las mujeres experimentan tentaciones en sus interacciones virtuales, también los hombres. Para ellos la interacción electrónica representa también una oportunidad de coquetear, interesarse en alguien más, incluso cierta conciencia de que su pareja también enfrenta estas tentaciones:

> El interés de coquetear con alguien claro que sí. De ella no lo sé, quizás también. Nunca checo sus conversaciones o lo que sea, pero siempre sientes la tentación porque es que, así somos todos los hombres [risas] (Tobías, 38 años, casado, academico, Colima).

Los estereotipos sexistas son recursos socioculturales que los actores sociales utilizan para justificar sus formas de actuar acordes con lo que "todos" hacen. En este caso, coquetear se asume como una tentación

constante para los "todos los hombres" en las relaciones virtuales, aunque vislumbra la posibilidad de que con las mujeres pueda ser igual.

A partir de su propia experiencia, Augusto narra como poco a poco van surgiendo afectos en interacciones digitales que no tenían una intención amorosa o sexual:

> Encuentras a ciertas personas, no sé, que por x o y coinciden; que mandas un mensaje o contestas una historia y lo que sea y empiezas a interactuar. Y de pronto quizás una persona, que en mi caso es una persona que no llegué a conocer en su momento tanto; …la empecé a conocer una vez que empiezas a compartir cosas en las redes, que te hace como que te llama la atención y te hace como pensar: "No sabía que eras así". Entonces te llama un poquito más la atención o buscas como querer conocer un poco más y es donde quizá empiezas a tener un mayor afecto por esa persona [en esta historia] (Augusto, 32 años, casado, empresario, Colima).

No obstante, para algunos hombres, como Pablo, las tentaciones virtuales son en extremo riesgosas para la reputación profesional:

> Pues yo creo que es una posibilidad que siempre está ahí para todo el mundo, ¿no? O sea, creo que, por más seguros que estemos en algo, siempre puede ocurrir. O sea, nadie estamos exentos de que pase alguien que nos mueva el tapete más allá de lo sexual. [O a través de las redes sociales, ¿no?] … Sí, aunque también creo que es muy engañosa. Por lo menos a mí, las redes sociales, para esos temas, me la llevo con mucha distancia, porque, en el rol que yo juego, a mí me llegan cantidad de mensajes de chicas que me proponen cosas, ¿no? Y lo digo… pues ni siquiera lo digo con tanto orgullo. O sea, si yo cayera en esas provocaciones… o sea, la verdad es que… o sea… No sé. No me quisiera ver en escándalos así, porque, ahorita, cualquier cosa puede ser un motivo para evidenciarte, para echarte a perder lo mucho o poco que hayas hecho en tu carrera (Pablo, 37 años, unión libre, psicólogo, Guadalajara).

Pablo, en su testimonio, deja en claro que, en su jerarquía de prioridades, lo más importante es su carrera, que está por encima de cualquier búsqueda amorosa o sexual secundaria. Su distanciamiento de la posibilidad de la infidelidad es la afectación potencial a su carrera, no el compromiso con su relación primaria. El orden de prioridades masculinas aquí se revela nítidamente.

Las tentaciones digitales, por otra parte, se suman a aquellas que son habituales en los contextos de copresencia, como en los contactos ocasionales con mujeres atractivas que parecen dar señales de apertura. Nuestros entrevistados también contaron episodios de cortejo y seducción en copresencia:

> De repente llega alguien que te llama la atención y "Ay cabrón ¡qué guapa está!" y qué bien se ve y que te hacen ojitos. Aquí en el restaurante de repente hay muchas tentaciones y pues si te mueve el tapete tantito, pero, eso no (Mauricio, 55 años, casado, empresario, Colima).

Las tentaciones para relacionarse con terceros se han ampliado con la comunicación digital. Estas tentaciones están asociadas a la atracción física por alguien a quien se ha visto en vivo o en fotografía, avanzan de la presencia silenciosa o de las interacciones instrumentales a las emocionales, sea en la convivencia en espacios de copresencia como en redes sociodigitales, o lo que es más común, en ambos.

Los vínculos del pasado: los ex

Las interacciones por internet, por otra parte, representan tentaciones por su capacidad para la reconexión con personas del pasado. Los medios sociales, según Hampton (2016), tienen capacidades para la persistencia relacional y la conciencia duradera o pervasiva que se asemejan a la estructura de afiliación propia de la comunidad preindustrial. La primera de estas capacidades ha hecho posible que los lazos que antes se perdían con el curso de la vida, ahora se pueden mantener

o recuperar a través de las tecnologías de la comunicación que permiten articular la asociación a lo largo del tiempo.

Las vidas de los ex pueden permanecer conectadas a pesar de que cada uno establezca o formalice nuevas relaciones o de las múltiples circunstancias que los hicieron separarse. Los medios sociales han abierto la posibilidad de contactar a personas con las que tuvimos vínculos en el pasado, incluso si han transcurrido décadas. La comunicación electrónica con personas del pasado se ha vuelto más frecuente, sean amigos del barrio, compañeros de los distintos niveles escolares o de entornos laborales, exparejas o pretendientes. Los ex (exnovios, excompañeros, examigos) representan relaciones en las que hubo grados de intimidad emocional o sexual, que suponen en algunos casos, recuerdos positivos y curiosidad por saber sobre su situación actual. Las redes sociales, en este sentido, facilitan el deseo y la reactivación de vínculos con los ex.

De todos los conocidos que se pueden reencontrar en las redes sociales, destacan los exnovios por su potencial para instaurar tentaciones y generar tensiones con la pareja actual. Aurora, por ejemplo, en su relato tiene claro que buscar, contactar, hablar con un exnovio representan una tentación, que genera debates morales internos:

> Entonces dije: "Ay, sí es", ¿no? y he querido como decirle "hola", pero no me atrevo, ni siquiera el hola, ¿no? … Esta parte que no le he dicho que quiero hacerlo [de hablar con su exnovio]. No me animo como a decirle: "Oye". No creo que él se moleste [su marido]. Él me va a decir: "Como tú quieras", o sea, eso me va a decir, pero no creo que sea infidelidad. Pero como que sí curiosidad, ¿no? Y de saber cómo está la otra persona… (Aurora, 43 años, casada, consultora, Colima).

En su testimonio Aurora es consciente de su deseo de contactar a su ex, pero no se atreve a revelar dicho deseo a su pareja actual ni se atreve a hacerlo sin que este se entere. Se limita a reflexionar con ambigüedad que no es algo que pueda revelar a su marido, aunque imagina que él le daría libertad de decidir, justo porque cree que eso no es infidelidad.

Este relato pone de manifiesto que los criterios sobre lo qué es correcto hacer o no hacer en redes sociales cuando se está en pareja no están del todo definidos; tienden a ser ambiguos, inciertos, y a incitar una alta reflexividad.

Las personas se inmiscuyen en relaciones virtuales con desconocidos o vínculos del pasado sin saber bien a bien si se trata de un comportamiento riesgoso o no para la relación de pareja primaria, sin saber si puede o no ser un detonante de conflicto. No obstante, estas dudas, más que conducir a una conversación profunda con la pareja, conllevan al ocultamiento de tales relaciones virtuales. El secreto u ocultamiento, por otra parte, cuando es descubierto se vuelve un agravante de la situación; la no revelación oportuna de dicha relación se convierte en un detonante de mayores sospechas.

A través de plataformas de internet, Citlali volvió a encontrar a un novio que tuvo. De manera muy natural, lo vio [en una red social], pidió amistad y comenzaron a chatear, a pesar de vivir en ciudades diferentes. Inicialmente Citlali lo mantuvo en secreto, pero tuvo que revelarlo ante la amenaza de la esposa de su exnovio:

> Tuve un novio y sí ahí, tú sabes que ahí [en redes sociales] vuelve uno a encontrar a gente y entonces sí … Pero nomás me chatea una que otra cosa porque la esposa es súper celosa. Un día me habló la esposa a mí… y de hecho "Le voy a contar a mi marido". Dije: "No vaya a ser que vuelva a hablar esta vieja loca otra vez". Y ya dije: "Mira, pasó así y asado" y sí se molestó, sí se molestó. Me dijo: "¿Para qué tenías que estar chateando con él?". "Se dio que lo vi, le pedí amistad, y ya empezamos a tener amistad, de que me saludaba y todo, vive en otra ciudad" (Citlali, 52 años, negocio propio, casada, Guadalajara).

El contacto con los exnovios se vuelve sospechoso y la explicación femenina apela a que solo son amigos y no se ven porque viven en ciudades distantes. Aquí también vemos a una esposa celosa llamando

a su rival imaginario (a la mujer de quien sospecha está iniciando una relación con su marido por redes digitales).

En otros casos, como en el de Romina, el contacto con un exnovio a través de Facebook fue otra manera de abrirse a nuevas relaciones, sin comprometer la autoestima y de manera más o menos ambigua:

> [Hablando de la separación con un novio antes de casarse con otro] Ni modo, ni modo. Adiós, adiós. Fue lindo la terminada… pues triste que no hemos podido volver a ser amigos. Últimamente, apenas hace, deveras tres meses, me atreví a pedirle amistad en Facebook y me la aceptó (risas). [¿Y ya están platicando?] No, o sea, le comento alguna cosita de sus fotos y él de las mías y ya. Pero el muy, él no se quiere involucrar para nada conmigo, ni yo con él. No, para nada (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

Los secretos en la relación de pareja tienden a ser estigmatizados, aunque realmente formen parte de todas las relaciones sociales. Justamente la pareja conforma una clase de relación, que requiere mayores revelaciones para crear intimidad, pero también su permanencia obliga a ocultamientos. Smart (citado por van Hoof, 2017, p. 8) plantea que "el disgusto cultural moderno por los secretos" contribuye a la creciente intolerancia hacia los affairs. Por otra parte, creer que entre los miembros de la pareja no caben los secretos ni la privacidad potencian los celos, el espionaje o la vigilancia cotidiana (Gregg, 2013).

En este contexto, las tensiones entre qué revelar y ocultar cobran relevancia también con respecto a las actividades que se realizan por internet. Lo que incita a la revelación o al secreto son las previsiones sobre cómo serán tomadas las cosas por el otro o la otra. Estas previsiones tienden a ser muy reflexivas, a ponderar las posibles reacciones e interpretaciones del otro/a. En las parejas, sobre todo, el contacto con los o las ex suele ser un asunto problemático, aunque algunas personas pueden permitirlo.

En las parejas de adultos medios y jóvenes, las fronteras de la amistad se han vuelto más difusas y complejas. Los relatos de nuestros entrevistados se refieren a los amigos/as de sus parejas con ambivalencia, por un lado, afirman sus derechos a relacionarse con otros/as, pero al mismo tiempo, son las relaciones más cuestionadas, sobre todo si alguna de estas relaciones actuales fueron exnovios/as. Las normas de pareja admiten las relaciones con amigos/as del sexo opuesto, aunque también son estas relaciones los principales detonantes de celos, tentaciones o los inicios de una relación extramarital. Las parejas más consolidadas están dispuestas a correr estos riesgos, a cambio de la confianza, la transparencia y los acuerdos de libertad recíprocos.

En algunos momentos, al ponderar sus deseos y posibilidades de aceptar relacionarse con un tercero, las mujeres realizan trabajo emocional para resistir estas tentaciones. Este trabajo emocional ocurre tanto cuando las mujeres deciden contenerse en aras de proteger su imagen frente a sus hijos o para no incurrir en el riesgo de perder a su familia, como cuando las mujeres aceptan involucrarse en una relación extraconyugal. En esta última circunstancia también realizan trabajo emocional para reducir la culpa, para combatir la nostalgia de la pérdida de la vida familiar, vencer miedos o para justificar su inmersión en lo extraconyugal a través de una mayor conciencia de las carencias afectivas o sexuales con su pareja primaria.

Las tecnologías y el comienzo de relaciones extramaritales o segundas relaciones

Las relaciones extraconyugales, extradiádicas, o infieles son condenadas moralmente y construidas a partir de atributos negativos, aun en contextos contemporáneos de apertura, flexibilidad y permisividad sexual. Esto es así en la vida cotidiana, en los medios de comunicación y en la investigación psicológica. Este tipo de relaciones van acompañadas de una ponderación negativa, de traición, engaño, burla, y están asociadas a consecuencias relacionales negativas, como la desconfianza, la ruptura, el divorcio, o incluso el mal llamado crimen pasional.

Podríamos también afirmar que se encuentran entre las relaciones que ocupan las posiciones más bajas en las jerarquías socioculturales de las parejas heterosexuales (en la jerarquía más alta están los matrimonios heterosexuales, monógamos, fieles y con hijos). En lo general son relaciones que gozan de muy baja aceptación, aunque se entablan con más frecuencia de lo que nos imaginamos bajo el secreto y la complicidad de otros (Rodríguez, 2020).

La infidelidad, remite a formas de emparejamiento basadas en normas –implícitas o explícitas– de fidelidad o exclusividad sexual y amorosa que han sido transgredidas. En otros tipos de relaciones extraconyugales, como las poliamorosas o las relaciones abiertas, esta figura no es pertinente. Por otra parte, se trata de un asunto que revela intensidades y complejidades emocionales. Invoca tanto emociones anticipatorias como el miedo (de que no le sean a uno infiel) o la esperanza (de que le sean a uno fiel), así como fuertes emociones de dolor, resentimiento, deseos de venganza ante quien ha sido infiel y de alegría, entusiasmo o gozo, en el transcurso de la infidelidad, y probablemente de culpa o vergüenza cuando esta ha sido descubierta o ha concluido en aras de proteger el vínculo primario.

Como veremos en esta sección, pequeños actos tecnológicos, como aceptar una solicitud de amistad, bajar una aplicación de citas y crear un perfil en la misma, dar el número de celular en un encuentro casual, son "actos de apertura"[20] a las relaciones con desconocidos o conocidos con los que se vislumbran posibilidades eróticas o románticas. Estos actos de apertura, en hombres y mujeres que han vivido separaciones, divorcios o que viven bajo relaciones que no les satisfacen del todo, son símbolos de liberación, de disposición al cambio y a reinventar sus

[20] La noción de "acto de apertura" la retomo de un comentario de Rossana Sánchez en un video sobre relaciones de pareja en el canal de youtube, Rotos y descosidos. La usó para explicar lo que implicó en su vida bajar Tinder y usar la aplicación después de separarse de una pareja de muchos años. https://www.youtube.com/watch?v=daaBtrj0z1M

experiencias amorosas o sexuales. Generalmente, van acompañados, de una creciente reflexividad sobre sus relaciones y ellos mismos.

Los relatos autobiográficos que obtuvimos sobre aventuras sexuales o relaciones paralelas reconocen aquello que identificó Carter (2016) con respecto al carácter seductor de Facebook dada la ausencia de corporalidad que facilita que las interacciones entre hombres y mujeres fluyan y se vuelvan difusos los límites entre chatear y flirtear. Estos relatos provienen principalmente de adultos mayores y adultos medios, como veremos enseguida.

Los primeros matrimonios o uniones de estos grupos de edad no fueron impactados por la comunicación electrónica ni los medios sociales, sea porque no existían o no se habían popularizado. En estos casos, los relatos de cortejo y avance de la relación remiten a otras tecnologías, como las cartas de amor, las llamadas por teléfonos fijos, los telegramas, entre otras. No obstante, cuando esas mismas personas, narran relaciones subsecuentes sean segundos matrimonio o uniones, o relaciones extraconyugales, la comunicación mediada adquirió relevancia.

Facebook y WhatsApp se convirtieron en canales prioritarios para interactuar en dichas relaciones: con el uso de estas plataformas alcanzaron intimidad emocional y sexual, se coordinaron para encontrarse físicamente, o para manifestarse sus sentimientos a la distancia. Esto es así tanto en hombres como en mujeres que han tenido experiencias de infidelidad, sea en la modalidad de aventuras sexuales o relaciones paralelas. No obstante, considerando que el género femenino, históricamente no ha gozado de grandes libertades para la infidelidad, la comunicación por internet ha significado un incremento de oportunidades especialmente para las mujeres (quienes solían tenerlas muy restringidas dado el aislamiento doméstico o la extenuación de las dobles jornadas).

Martín, un hombre de 60 años en un matrimonio de más de 20 años, inició una relación extraconyugal con una mujer más joven, a través de la aceptación de una invitación por mensaje de texto para salir, que ella supuestamente acepta por error:

> [Recibió el mensaje] "Nos vemos en el Club a las 2:30". Entonces, ella puso "Ok". Y ya, después, me dice… me marca y dice: "Perdón, te confundí. Lo siento. Este… estoy súper apenadísima. Este… perdón. Este… no, no, no. No, es que es un amigo que le aposté y que la madre". Le dije: "No me tienes que dar explicaciones. Este… yo ya estoy aquí. O sea, ¿puedes o no?" Y dice: "Ay, es que me da pena. Ahí voy". Y, por pena, va… Y empezamos a platicar y yo empiezo a ver… ¡Me encanta! Canta ópera y, aparte de cantar ópera, canta lo que sea. Todo. Todo. O sea, es artista de danza y… bueno yo le llevo como 25 años (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Las relaciones extraconyugales si bien son una fuente de renovación de energía emocional y sexual, también son consideradas peligrosas en tanto amenazan la estabilidad de la vida lograda con los años, así como la permanencia de los vínculos con la esposa, las y los hijos:

> [Su esposa] Es que ella tiene un sexto sentido cabronsísimo. Tenía un sexto sentido bien cabrón y, de repente, me dice: "¿Qué traes?". O sea: "Es que no es normal. Algo tienes, no sé". Y yo decía: "Pues ¿qué necesidad tengo…?". Aunque lo disfrutaba al máximo, yo sabía que era peligroso, y la diferencia había sido tan grande, que dije: "No. O sea, este… No, pues voy a perder a mis hijas y mi vida" (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Las relaciones extramaritales, en el caso de Martín y de otros de nuestros entrevistados (como se verá más adelante), fueron posibles gracias a la interacción que tenían por Facebook y WhatsApp. El primero lo señala de modo enfático:

> Por eso te digo, el Facebook es vital para tener relaciones extramaritales. Si no hubiera Facebook, está cabrón. Imagínate yo, en mi tiempo, mandando recaditos o acordeones para decir algo y ahorita, eliminas los mensajes, los destierras… (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Aquí Martín admite que Facebook permite avanzar en la relación a través de mensajes privados, sin requerir demasiado tiempo y con la posibilidad de borrarlos simplemente. Por otra parte, también está la posibilidad de cerrar el canal de interacción a través del bloqueo, como le ocurrió con su primera amante, aunque la posibilidad de reactivar el vínculo puede seguir latente.

Las tentaciones digitales coexisten con las tentaciones de las interacciones cotidianas en espacios de copresencia. La segunda relación extraconyugal de Martín ocurrió más bien por la iniciativa femenina de una mujer divorciada que de manera directa lo invitó a relacionarse:

> Total, así pasó, pero, en el ínter, yo estudié programación neurolingüística y me hice de una muchacha güera muy bonita, que yo no sabía. De esas que dices: ¡Qué bonita mujer!, pero nada más. Pero un día [risas] me habla y me dice: "Oye, te invito a comer". Me invita a comer… [¿Una chava del lugar donde estudiaste?] Sí, vamos a comer y me dice: "Te voy a decir al chingadazo". Dice: "Conociéndote... Yo soy divorciada, me encantas y quiero que me hagas el favor". "¡Ay, cabrón!" Le dije: "No". Pues yo, así, mira, con el corazón así [agitado o palpitando]. Entonces… "Y menos en la ciudad, cabrón" [se decía a sí mismo]. Total… Este… Y, aparte, pues un mujeronón. O sea, una güera así, alteña, de ojo azul, verde. Buenísima. Bonita y todo el pedo. Y digo: "¡Ay, cabrón! Pues, ¿qué hago? Me voy a ver muy joto". … Y me dice: "Güey, sin pedos. Yo sé que estás casado" (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

El estar casado, ni para Martín ni para su segunda amante, fue un obstáculo para iniciar una relación que partía de un acuerdo distinto, donde ella no representaba una amenaza para su matrimonio. En su razonamiento, Martín recurre al estereotipo de que los hombres verdaderos nunca pueden negarse a tener sexo, porque eso es más bien de "jotos".

La telefonía celular, junto con las redes sociales y la mensajería instantánea han sido elementos claves para que algunos entrevistados

se inmiscuyan en relaciones con terceros. La comunicación celular, es portátil, privada, con conexión permanente, y estas cualidades, son fundamentales para establecer y mantener relaciones clandestinas. Martín cuenta que en prácticamente todas sus relaciones extramaritales ha estado involucrada la comunicación por celular, aunque con algunas parejas, justamente este fue el detonante de la primera cita y el instrumento para coordinar sus encuentros:

> [¿Qué papel ha jugado, en estos ires y venires y todo esto, el celular?] Todo. Todo. Si no hubiera sido por eso, no la conozco... la manera de comunicarse secretamente es a través del celular. Antes, no se puede (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

En lo general, los hombres creen que sus mujeres enfrentan menos tentaciones que ellos, sea de manera presencial o a través de mediaciones tecnológicas. Martín, por ejemplo, quien ha tenido diversas aventuras sexuales, algunas relaciones paralelas, a lo largo de su matrimonio, se siente confiado en que su mujer no podría serle infiel. Sus certezas provienen de que la conoce, de que ella le permite contestar su celular, de que los grupos de WhatsApp en que participa son religiosos, que su vestimenta es conservadora y sus fotos no son provocativas, así como que no tiene Facebook:

> [¿Y tú crees que tenga alguna otra relación o algún otro enamoramiento?] No, yo la conozco. [¿Por internet?] No tiene Facebook… No le gusta. Lo único que ve es WhatsApp y todo te puede mandar. O sea, yo, a veces, que veo su celular, me dice: "Contesta". Yo también le contesto, pero todos sus grupos son grupos de oración, grupos de Espíritu Santo, grupos de la Santísima Trinidad, grupos de esto… No, su vestimenta es muy… Nada que ver (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Curiosamente en la confianza que Martín tiene hacia su pareja juega un papel importante que no está conectada digitalmente en redes so-

ciales amplias como Facebook y que le permita contestar su celular. Justamente lo que para él ha significado la oportunidad de relacionarse con sus amantes. Este mismo entrevistado ha tomado medidas técnicas (poner contraseñas y encriptar fotos) para almacenar en su celular fotos con sus amantes, sin mostrar preocupación por ser descubierto. Esta confianza en que su dispositivo es privado y no será objeto de intromisiones, se alcanza a partir de un acuerdo tácito de los esposos de "no verse sus celulares":

> O sea, te enseño las fotos de mi vieja y es otro rollo. Este… Las fotos de esta morra, pues imagínate [la amante], ¿no? [Pero ¿tienes fotos de esta morra? –con quien tiene una relación extraconyugal–] ¡Claro! [¡Mira, qué confiado! ¿Y si ven tu celular?] ¡Todas las tengo! ¡Claro! … Porque no tiene la clave para entrar a las fotos [Ah, ok] Las tengo encriptadas… sí, todas, las tengo... Las de acá… De hecho, sí tengo fotos, pero normales. De todos modos, nunca toca mi celular. Yo se lo dejo. O sea, puede ver lo que quiera, y ni yo veo el de ella, ni ella ve el mío. Nunca. Jamás. Ella, nunca (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Desde la experiencia femenina, también Facebook ha sido una plataforma decisiva para entablar relaciones fuera del matrimonio. El testimonio de María, quien se casó a los 14 años y actualmente tiene una relación extramarital, es ilustrativo:

> [¿Qué tan importantes han sido las redes sociales, la comunicación por celular, en las distintas etapas de la relación de pareja?] Han sido importantes y decisivos, porque, por ejemplo, yo tengo una relación extramarital y lo conocí por Facebook. Y entonces el que yo esté, no sé, conectada, platicando con él me ha causado muchos problemas con el papá de mis hijos, o sea, es importante y ha sido como decisiva ¿no?… (María, 32 años, casada, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

En los casos de María y de Martín podemos ver que la molestia/rabia de sus parejas por un uso excesivo del celular revela sus sospechas, aunque no permite tener certezas. Las reacciones de los afectados van en el sentido de querer limitar la frecuencia o los momentos en que sus parejas usan el celular:

> [¿Has vivido situaciones en donde los usos de tecnología resulten molestos, para ti, o para tu pareja?] Sí, bastante. Pues es que [en] la relación extramarital que yo tengo, pues mi medio de comunicación es WhatsApp. Entonces gran parte del día estoy mensajeándome con él, y pues, le molesta al papá de mis hijos que esté en el teléfono ¿no? (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

> [Platícame eso. O sea, para Rosy (esposa), ¿no está claro que, a través del celular, tú tienes otra relación?] Por ejemplo, Rosy ve que agarro el celular y siente que se le mete el demonio. Que se le metió el demonio a ella. De hecho, tenemos un acuerdo de que, cuando estamos reunidos… Yo, en la casa, no contesto el celular y tenemos cierto tiempo… Ella me dice: "Media hora, tú; y yo, media hora para rezar, cabrón". Entonces, yo me meto en mi celular media hora, y ella se pone a orar y, después de eso, nadie agarramos el celular. [Y ¿cómo llegaron a ese acuerdo? ¿Sí tuvieron conflictos por eso?] Es que a ella le molestaba que yo estuviera en el celular. Estábamos viendo una película y yo, acá, en el celular; estábamos haciendo algo y yo en el celular. Y más, cuando tenía más trabajo, siempre traía el celular y hasta dos celulares y hasta tres celulares. Pero es determinante, para mi infidelidad, el celular. Si no hubiera celular, ¿quién más? (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Los usos excesivos del celular son molestos en las relaciones de pareja a causa de las interrupciones que acarrean en la convivencia. Sin embargo, también pueden ser molestos porque activan las sospechas de que a través del celular se mantienen relaciones con terceros. Si bien, en los casos citados de María y Martín, ninguna de sus parejas sabe

con certeza que ahí se desarrollan una relación paralela o se gestionan aventuras sexuales. La forma de calmar esa molestia, en el caso del varón, es aceptar acuerdos que limitan el uso del celular y aprovechar los momentos en que su esposa está ocupada para comunicarse con su amante en turno. En el caso de ella, el uso del celular es una barrera para evadir el trato íntimo o afectivo con su esposo. Lo usa justo cuando están juntos.

Las relaciones extramaritales se benefician fuertemente de las posibilidades de la comunicación por el celular, porque es más discreta, privada, móvil, pero también porque es multimedia. María, por ejemplo, narra que una práctica que nunca realizó con su esposo, sí es frecuente con su nuevo vínculo sexual y amoroso que se ha desarrollado sobre todo a través de medios sociales. Con su nueva pareja, explora el envío de imágenes eróticas de sí misma:

> [¿En tu vida sexual has utilizado internet o redes sociales?] ¿En el sentido de nudes y todo ese tipo de cosas? Sí sí, pero yo he sido la que las he enviado, o sea, yo no pido, pero sí he enviado… [¿De qué manera? ¿Solo por WhatsApp?] Sí, por WhatsApp y por Messenger, de Facebook. [¿con tu pareja?] Con el papá de mis hijos no, pero con la persona que estoy saliendo sí [su amante] (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

En consonancia, estas relaciones extramaritales, en el caso de María, significaron un mayor disfrute de su sexualidad:

> Pues han sido más satisfactorias que en las relaciones que tenía con el papá de mis hijos, porque pues no tenían ese problema ¿no?, de eyaculación precoz. Entonces, como que yo empecé a disfrutar más mi sexualidad, a conocerme más, a disfrutarlo más (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

La infidelidad femenina también ocurre incorporando momentos presenciales en los que se inicia el coqueteo, pero que se avanza a través de la comunicación por el celular, en el que los mensajes de texto ocupan un lugar relevante. Lo que apenas se asoma en copresencia se puede avanzar por los canales de la comunicación digital. Así lo podemos observar en el caso de Romina quien relató su primera experiencia extraconyugal:

> [Cuando atendió a un cliente con quien conversó y le dio su teléfono] El caso es que se lo di, se lo di mi teléfono, por primera vez. Entonces, este, inmediatamente, o sea, a vuelta de pasillo me empieza a chatear y, este, y me empieza a chulear, que no sé cuánto y que no sé qué. Estuvo al día siguiente: "Vámonos a tomar una cerveza"… Platicamos [sobre] él, su familia, su vida, su no sé qué y yo la mía, mis hermanas [sonidos indistintos ta, ta, ta]. Pero es de esos coquetos profesionales que inmediatamente empieza a meter mano y yo: "Sácate, no sé qué, este" y otra vez. Coquetísimo y yo dejándome, yo dejándome, yo dejándome (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

Es importante notar que en esta interacción, fue clave el acceder a dar su número de celular a un desconocido para que la historia pudiera avanzar. Al igual que en las experiencias de infidelidad emocional de Saidi, dar el número de celular inauguró un intercambio de llamadas estratégicamente concertadas para que no se enterara su marido:

> Ya hasta después, que ya le di mi número de teléfono, entonces ya me marcaba: "¿A qué hora sales de tu casa?". "No, pues a tales horas". "Ah, bueno, entonces, ya te puedo marcar". Ah, pues sí y durábamos horas hablando por teléfono. Yo me cuelgo los auriculares y el celular en el mandil, y trabajando y hablando por teléfono… (Saidi, 38 años, casada, empleada doméstica, Guadalajara).

El carácter portable o móvil del celular favoreció que Saidi pudiera tener llamadas románticas con un hombre casado, sin descuidar sus actividades y sin poner en riesgo la estabilidad y la seguridad alcanzada en su matrimonio. Esta comunicación frecuente por celular fue la base de una intimidad emocional que lo asemejaba a "su psicólogo" y que le otorgaba satisfacciones, pero se asumía como temporal.

Los actos de pedir y dar el teléfono celular fueron claves en el inicio de nuevas relaciones. Estos actos conllevan riesgos e intensidad emocional, tanto si es obtenido como no. Laurier señala que obtener el número de celular es "un momento de cuidadosa negociación" (2001, p. 500). Este tipo de momentos relacionales nos recuerda que el flirteo presencial casi siempre va acompañado de peticiones y concesiones a dar el número telefónico, sea del teléfono fijo o celular. Este es un asunto crucial para que la interacción pueda fluir, como ocurrió en los casos de Romina y Saidi, independientemente de si las primeras interacciones fueron cara a cara o a través de mediaciones tecnológicas. Las interacciones por el celular permitieron que un contacto presencial ocasional pudiera fluir e intensificarse a través de mensajes de texto y llamadas. De otra manera, ese flirteo emergente no hubiera podido avanzar.

Por otra parte, el relato de Romina muestra que para las mujeres ser infiel por primera vez va acompañado de dolor/ansiedad y llanto. Estos sentimientos expresan la ambivalencia frente a la posibilidad de concretar el encuentro sexual, que se desea y se teme a la vez:

> Fuimos a Tlaquepaque a platicar [risas]. Fuimos a Tlaquepaque a platicar rumbo al aeropuerto y lo dejo; entonces no me dio un beso ni nada. Se baja del coche y [grito/sorpresa], empecé a llorar y llorar y llorar. "¿Qué pasó?, ¿qué pasó?, ¿qué pasó?" (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

Algunas relaciones con terceros comienzan como relaciones textuales, aunque sea por un periodo corto o más largo en los casos de relaciones a distancia. En los intercambios textuales, por ejemplo, hay más

desinhibición que en la copresencia, al menos al inicio de la relación y se facilita la intimidad emocional, pero también el deseo y la expresión sexual.

El sexting, en el caso de Romina, fue la forma de iniciarse sexualmente con un tercero. Mientras el sexting con los esposos es casi nulo, con los amantes adquiere relevancia en el caso de las infidelidades femeninas. Representa una forma segura, progresiva, de relacionarse sexualmente con un tercero que permite vencer los miedos:

> [Después de no darse ni un beso en su primera cita a comer juntos] A partir de ese momento ya cambiamos el chateo a un sexting impresionante, impresionante, este, donde él súper hábil, súper, palabras maravillosas. Me llevaban a la estratósfera, este, sí (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

El sexting en las relaciones extraconyugales parece ocupar un lugar importante para que la relación avance. Permite vencer miedos femeninos (cuando los hay) y experimentar el deseo y el placer sexual con terceros con menos culpa. También es probable que un sexting exitoso facilite la posibilidad de transitar de los textos y las imágenes sexuales al encuentro corporal, y sea una condición necesaria, para aceptar transgredir las normas de fidelidad, una vez que el deseo sexual y las promesas de placer se intensificaron digitalmente.

En la entrevista a Romina, podemos encontrar un interesante relato, de cómo las mujeres, pueden descubrir que sí se puede tener una relación extraconyugal, a partir de lo que hace una amiga de mayor edad. Aquí podemos ver el poder de las amigas en la apertura hacia nuevas opciones relacionales:

> [Hablando sobre una amiga de mayor edad que ella] Y entonces, este, ella, una vez fuimos a México, por ejemplo, juntas, y estábamos en un restaurante y me dijo: "Vamos al restaurante de mi amigo tal", "Ah, órale". Y ya, de repente llega el amigo a sentarse con nosotros a la mesa y, ah, pues, ya lo

> conocí yo, y pues, muy bien. Me paro al baño y de repente salgo del baño y ya no están [sorpresa/risas]. Y entonces ya me cuenta que tiene una relación con este señor. Este, ella y su marido son nuestros amigos acá, pero tiene una relación con este señor. Entonces me empieza a abrir la posibilidad de que se puede y de que ella se la pasa maravillosamente con uno y entonces, este, me empieza a meter una, una semillita. Y yo [curiosidad], okey [risas], okey (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

Las desigualdades que experimentan las mujeres en el mercado romántico y sexual (ver Illouz, 2012) son importantes tanto en las primeras relaciones, como en las segundas, así como en las relaciones o uniones formales como en las extraconyugales o extradiádicas. Los varones tienen más oportunidades para relacionarse sin menoscabo de su edad, su apariencia física o su estado civil. Las mujeres, al contrario, tienen menos oportunidades relacionales conforme avanzan en edad, así como también son más perseguidas y estigmatizadas si deciden abrirse a la extraconyugalidad. Por otra parte, las mujeres están más ligadas a ideales de feminidad y creencias socioculturales sobre la monogamia, los lugares sociales de esposas, madres o mujeres decentes. Esto supone un freno, en algunas mujeres, mientras en otras, hace que la experiencia extraconyugal empiece con mucho dolor y miedo o se limite más tiempo a las interacciones digitales. En el caso, de los varones, sus infidelidades se justifican más fácilmente apelando a valores ligados a la masculinidad, como el "no ser joto", tener más necesidades sexuales que sus mujeres, o el ser libre para tener sexo cuando quieran y con quien quieran (siempre y cuando cumplan con su rol de proveedores y se cuiden de no poner en riesgo su relación primaria).

Las inscripciones digitales en las sospechas y descubrimientos de infidelidades

Hasta ahora hemos mostrado cómo las tecnologías de la comunicación convergen con otros factores para facilitar las incursiones en la extraconyugalidad de hombres y mujeres, aunque con un mayor impacto en

estas últimas que incrementaron con plataformas de internet exponencialmente sus oportunidades para relacionarse con terceros. Antes de pasar a analizar lo que implican los actos de infidelidad emocionalmente para los involucrados, así como mostrar las diferencias de género que hemos encontrado en las formas de experimentar y significar las relaciones extraconyugales, analizaremos cómo las tecnologías de internet están presentes también en las sospechas y los descubrimientos de las infidelidades en prácticamente todos los grupos de edad.

Una parte de nuestros entrevistados está consciente de que las interacciones por internet implican tentaciones y oportunidades de coqueteo, cortejo, emparejamiento, sea que se trate de una relación primaria, aventuras sexuales o relaciones paralelas. En este sentido, las sospechas, dudas e incertidumbres sobre las actividades en internet de su pareja son frecuentes, aun en casos en los que los participantes afirman confiar en su pareja o no tener motivos fuertes para desconfiar. La cultura digital ha instaurado una lógica de la sospecha frente a las actividades en internet. Se considera un espacio relativamente autónomo que permite mantener comportamientos o relaciones en secreto, desde la privacidad de un dispositivo personal, móvil, de difícil acceso al otro, y que permite desde interacciones muy discretas como pueden ser las textuales, hasta las más vividas como pueden ser los audios o las videollamadas.

Los cambios en los patrones de uso del celular de la pareja están insertos en las narrativas de sospechas de que algo no está bien en la relación: llaman la atención y advierten de que algo "raro" está pasando. Estos cambios se manifiestan como nuevas necesidades de proteger la privacidad de sus dispositivos, limitando estrictamente el acceso de la pareja con contraseñas, cuidado excesivo y aislamiento en su uso. Pero también se pueden descubrir advertencias cuando se accede a los registros del celular y se descubren inconsistencias.

En el testimonio de Berenice el signo que la alertó de que algo "raro" estaba pasando en su relación fue que "de repente no soltaba el celular ni siquiera para ir al baño", aunados a otros signos que tienen que ver

con inscripciones digitales. En este último punto descubrió que en los contactos de su esposo, ella estaba registrada con un nombre de varón:

> Una vez lo andaba buscando él [su celular] y me dijo: "¿Me marcas?". Le marqué y me tenía en la agenda, en vez de Bere, Beto. O sea, me puso un nombre de hombre y yo así de ¡¿qué?! Se me hizo raro, pues, dije: ¿Por qué? Y fue cuando empecé a sospechar. Le dije: ¿Por qué, por qué me pones así? «No, porque si me marcas, así no piensen que ando ligando y con la novia». Y yo así de: "¡Ay!". Fue cuando dije: "No, esto ya está muy raro" (Berenice, 42 años, divorciada/unida por segunda vez, negocio propio, Guadalajara).

Esta táctica de cambiar nombres femeninos por masculinos en los contactos, también la usaba el esposo de Armida:

> Él me engañaba hasta con eso. Él ponía mismas amistades, ponía números de conocidas, con números de hombre… era falso, me engañaba (Armida, 40 años, divorciada, empleada, Colima).

Los hombres también sospechan de sus parejas y las descubren en actos ambivalentes o infieles. Así en el caso de Saidi, quien tenía una relación íntima de amistad con otro hombre a través de llamadas por celular, y que fue descubierta porque no borró los mensajes. No obstante, esos mensajes no eran comprometedores y pudo solventar el problema, terminando dicha relación extradiádica:

> No borré los mensajes y fue que Celso los vio. O sea, ni siquiera era algo malo. Entonces, de ahí se agarró y empezó y empezó, y yo, a veces, lo noto como que no me cree, como que no me cree, porque le dije: "Terminó. O sea, terminó la amistad, terminó la amistad". Y sí, o sea, él entendió y pues dice "Yo no quiero broncas ni para ti ni… O sea, no, no queremos broncas" (Saidi, 38 años, casada, empleada doméstica, Guadalajara).

Las inscripciones digitales, como las listas de contactos, los mensajes no borrados, los chats archivados o las fotos, son protagonistas de las sospechas, fundadas e infundadas, así como del descubrimiento de infidelidades. Estas se suman a las típicas señales de infidelidad, como fotos impresas encontradas entre las pertenencias de la pareja, las llegadas tarde, los cambios en los usos habituales en el celular, los encuentros imprevistos en la calle o espacios públicos, entre muchas otras.

Las sospechas de que la pareja puede estar relacionándose con alguien más activan los deseos de vigilancia. Así, en el caso de la esposa de Javier, quien ante indicios de que salía con una amiga, comenzó a vigilarlo:

> Cuando empecé a tener esa otra amistad que te platico, me empezó a querer como vigilar ¿no? Yo me imagino que finalmente ella debe de saber que salgo con otra persona, pero también ha sido muy prudente. Entonces en cuanto me empezó pues a como a querer saber en dónde estaba en cualquier momento, pues yo inmediatamente le dije: "¿Sabes qué? Yo no te busco, tú no me busques… en alguna urgencia, bueno. Pues en una urgencia nos comunicamos, pero si no hay urgencia, ni yo me comunico contigo ni tú te comunicas conmigo" (Javier, 63 años, casado, académico, Guadalajara).

La forma de resolver esta incipiente vigilancia fue imponer acuerdos de no comunicación ni búsqueda, a menos que se tratara de una urgencia. Esta imposición pudo prosperar porque fue dispuesta por el varón. Si las mujeres pretendieran hacer lo mismo, lo más probable es que no tendrían éxito.

Las sospechas de la pareja, sin embargo, no siempre se revelan y no necesariamente implican stalkeos o vigilancia entre pares por medios digitales. En el caso de Romina, su pareja había preguntado a una de sus mejores amigas, sobre si ella tenía una relación con alguien más:

[¿Y nunca sospechó que podías tú estar entusiasmada, emocionada con alguien a través de la tecnología?] Bueno, le preguntó a una amiga mía. Es posible que sí. Sí, es posible que sí. [¿Pero a ti nunca te confrontó, nunca te preguntó?] No, no, no, nunca. Ahorita, o sea, sí él me dijo ahora, este, tú, yo siento, ahora que estamos separados, "yo siento que tú traes ahí un nuevo romance". Yo le dije que no (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

El relato de Romina plantea también que su esposo sospechó de sus relaciones extramaritales porque ella no podía contener su sonrisa, siendo un tema que pudieron abordar después de la separación:

Ernesto me cachó yo creo que varias veces. Sabía que algo estaba pasando porque yo traía una sonrisa, no podía más. Le preguntaba a esta otra amiga mía: "¿Qué tiene Romina?". Le preguntó directamente: "¿Anda con alguien?". "Claro que no, yo que sepa no"… Fue un tema que directamente se pudo abordar con la separación (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

Por otra parte, Romina descubrió la infidelidad de su esposo a través de una ventana abierta que dejó en una computadora. Ahí encontró un conjunto de inscripciones digitales que le demostraron que ahí había una relación en ciernes con planes de encuentros futuros:

La descubrí porque dejó abierto su Skype en la computadora y entré. Yo percibía que estaba muy, muy raro. Yo percibía y curiosamente abrí la computadora y ahí está y le piqué. Y entonces empiezo a ver pláticas entre ellos donde él está hiper coqueto, y entonces: "Sí, pues qué tal si nos vamos así". "Sí". O sea, "¿A dónde se iban a ir?", y yo: "¡¿qué?!". En ese momento estábamos solos en la casa de campo. [Le dije] "Pues lamentablemente acabo de ver esto". "Pero, ¿por qué abres mis cosas?". Pues "Tienes razón, pero ya lo hice" … Estaba furiosísima, furiosísima, ahorita te estoy

platicando, imagínate, estaba furiosisisisisísima [respira profundo] porque, pues sí. "A mí me parece injusto que uno, que estés así como que, ni aquí, ni allá, ni acullá, hablemos de las cosas. Si ya te has de ir, pues ya vete, pero de una vez vete y ya, así. Y así, entonces así, fue muy desagradable". [Después de esto su esposo se enfermó, no pudo viajar a reunirse con su nuevo vínculo y Romina fue su cuidadora. Más adelante iniciaron el proceso de divorcio] (Romina, 52 años, en proceso de divorcio, empresaria, Guadalajara).

La furia de Romina, su disposición a confrontar a su esposo de manera inmediata, muestran que algunas mujeres están siendo más exigentes en sus demandas relacionales. No se conforman con lo que les toque, sino que pueden confrontar, pedir explicaciones, incitar la ruptura, aunque finalmente también estén dispuestas a perdonar. En otros casos, las mujeres no exigen, confrontan ni demandan a sus parejas explicaciones de sus comportamientos, simplemente los asumieron como algo irremediable o que toleraron con desafección o insensibilidad aprendida ante la transgresión.

Los mensajes de texto inscritos en los dispositivos tecnológicos son otra vía destacada que se reconoce anticipadamente para descubrir infidelidades. En el relato de Minerva se destacan criterios para identificar mensajes comprometedores: que sean frecuentes, que ocurran con la misma mujer, que hagan insinuaciones románticas o sexuales:

[Hablando sobre qué considera infidelidad] Pos (pues) a lo mejor que yo le encontrara mensajes y está medio difícil… que le encontrara mensajes, así como que comprometedores. Pues no sé, algunos mensajes repetidos a la misma persona, a la misma mujer. Este, que yo viera que están muy insinuantes o cosas así, a lo mejor eso me parecería infidelidad. Pero, de hecho, está medio difícil porque la mayoría de trabajos que él hace son con mujeres, con números de teléfono de mujeres y este, que no me parece extraño que tenga mensajes a mujeres o mensajes de mujeres hacia él porque muchí-

simos –casi la mayoría de sus trabajos– son mujeres las que los piden, que me vengas a arreglar una puerta, que me vengas a este a arreglar no se la mesa, las sillas, equis cosa porque eso es a lo que él se dedica: reparaciones. …Para mi está un poquito difícil ver si hay alguna infidelidad. Solamente que yo le viera a él palabras insinuantes en los mensajes y, de hecho, no tengo yo la costumbre también. Eso es lo que comenté con él al principio, ni de andarle sacando su celular ni de que él cheque el mío, es un respeto que debemos de tener mutuo... (Minerva, 58 años, divorciada, ama de casa, Colima).

Los medios digitales, la comunicación por texto, permite a otros/as revelar una infidelidad masculina. A través del WhatsApp, las personas pueden ser más propensas a revelar los actos infieles de los maridos a sus esposas:

Pero fíjate, después descubrí que era otra y otra, o sea, no nada más era una, ya ves que nos quedamos ahí. Descubrí que eran 2 más con hijos, o sea, y Paula todo el tiempo, todo ese tiempo no se dio cuenta de nada. No me di cuenta hasta después, así como que me llegaron los mensajes por WhatsApp ¿no? Personas que: "Ah tu marido allá lo vi en tal lado y traía un niño así y así". Y resulta que son tres hijos que están, o sea, que no estuvo conmigo, que los tuvo con alguien más y diferente mujer. Y ahora que nos separamos bien, bien, que ya él –creo que la mamá le prestó una casa ahí en frente de con mi mamá– resulta que llevaba una mujer y luego otra, y luego otra y dije: "Wow, o sea que tú nunca vas a cambiar", dije yo entre mí (Paula, 53 años, en proceso de divorcio, cocinera, Colima).

En los modos de descubrimiento de infidelidades encontramos que participan con frecuencia los medios sociales y los dispositivos tecnológicos, entre los que destaca el teléfono celular. En algunos casos, esos medios de comunicación son usados para advertir a la pareja, o a alguno de sus familiares, de que está siendo engañada bajo una figura anónima:

Sí, bueno, es que hace como un año, yo descubrí, bueno, ni siquiera descubrí, a mí me llegó un mensaje por, a mi hermano le llegó un mensaje por Facebook, de un perfil anónimo. Le dijeron que mi esposo estaba saliendo con alguien del trabajo. Y entonces yo, pues yo le pregunté a él y hubo un conflicto, pero entonces ahí me dí cuenta que él también utilizaba las redes para, para hablar con esa persona (María, 32 años, casada, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

El compartir el dispositivo del celular con los hijos también supone un riesgo de que ellos accedan a mensajes que revelan que su mamá o su papá están en una relación extramarital:

[¿Has descubierto algo que no sabías, en general de tu pareja, a través de actividades de internet?] Mmm sí, pues eso, que estaba saliendo con una chica del trabajo… Ah y también descubrí, o sea, es que son dos chicas. Esta última vez, hace como de un año, que estaba saliendo con esa chica, y hace como dos tres años, una propuesta que él le hacía a una compañera de trabajo, que si salían a no sé dónde, o sea, nada más esas dos veces. [¿Y él de ti?] Y él de mí, no. Él no, pero mis hijos sí. Hace como tres años que yo salía con otra persona, les presté mi celular a los niños y me metí a bañar. Entonces, yo creyéndolos muy ingenuos, pero ellos se dieron cuenta que yo tenía otra relación, porque esta persona me estaba mandando mensajes y los niños los leyeron. Entonces los niños se dieron cuenta (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

Las interacciones por Facebook de mujeres casadas tienen potencial para iniciar relaciones fuera del matrimonio. No obstante, en el caso de María, explica la forma en que se previno para que su pareja no se diera cuenta:

[Hablando sobre que su pareja no ha descubierto nada comprometedor de sus actividades en internet] No, no, o sea, creo que yo he sido lo bastante

cuidadosa en ese sentido. [¿Cuidadosa?] Sí… es que, por ejemplo, no acepto a cualquier persona en Facebook, o sea, siempre estoy viendo que sea una persona real, una persona que no tenga que ver con él; por ejemplo, con su trabajo, su familia (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

También Jonás cuenta que su pareja descubrió una infidelidad a través de revisar su celular y encontrar mensajes cariñosos con alguien más:

[¿Quién fue infiel primero?] Yo. [¿Preferiste ocultarlo o se lo planteaste?] No, este… lo oculté y pues ya, ella así, como que se dio cuenta, pues [¿Cómo?] … En ese momento, yo estaba trabajando en Vallarta y, este… ella revisó el teléfono y decía algo así como… Un mensaje como cariñoso. No me acuerdo del detalle, pero lo vio y pues, ahí ya (Jonás, 41 años, separado, abogado, Guadalajara).

Si bien los descubrimientos de infidelidades a través de inscripciones digitales están al alza, otras formas incidentales siguen estando presentes. Así en el relato de Sofía, quien comenzó a notar cosas típicamente raras, como manchas en la ropa, además de pruebas físicas, como una fotografía con una nota romántica:

Yo empecé a ver cosas raras. Sí, siempre ves, claro, pinturita que por el cuello; que, por acá, manchitas raras. Y yo empecé a decir: "Esto no está bien. No está nada bien". Y ya traía como la sospecha, ¿no? La sospecha, la sospecha… Entonces, lo abro [su maletín para buscar su pasaporte] y lo primero que veo, una foto de la mujer. Y la veo y, luego, luego, lo instintivo, ¿verdad? Voltearla. No, no, no, no. Toda la miel. Toda la miel. "No me vayas a olvidar, mi amor". Miel, miel, miel, miel, miel. Y se estaba bañando él, mientras yo estaba arreglando todo. [Suspiro] Me dio una rabia… Pero una rabia… (Sofía, 61años, divorciada, académica, Guadalajara).

Esto también aparece en el relato de Berenice, quien descubre a su pareja con otra mujer en un restaurante. Él defiende que es solo una amiga, pero después del divorcio, se casó con ella:

> Un domingo fui con mis amigas a comer y me lo encontré con otra. Así, en un restaurante. [¿Y en plan romántico?] Sí. [¿Y qué hiciste?] Llegué, lo enfrenté. Me acuerdo que ni le vi la cara a la vieja [risa]. No la vi. Y luego dije: "Voy a salirme para que salga". Nada más vi que se fue a su camioneta. [¿Y qué ocurrió después?] (llanto) Ya me buscó diciendo que, que nada más era una amiga, que a la que le contaba todo, pero ahorita ya se casó con ella [risa] (Berenice, 42 años, divorciada/unida por segunda vez, negocio propio, Guadalajara).

Los relatos y testimonios muestran con claridad que los encuentros casuales siguen siendo una manera de descubrir infidelidades, pero también que las inscripciones digitales son protagonistas de manera creciente en las experiencias de sospechas y descubrimientos. Estos registros digitales sirven como pruebas de que algo está ocurriendo con un tercero y se suman a otras señales más clásicas de infidelidades. El acceso a los dispositivos ajenos, de manera incidental o intencional, sin embargo, parece ser el medio más importante a través del cual se constata que alguien está en una relación extraconyugal.

Conclusiones

La extraconyugalidad y las infidelidades han sido potenciadas prácticamente por la posibilidad de interactuar con otros de manera íntima a través de dispositivos móviles. Hemos visto como las interacciones presenciales y digitales se traslapan creando momentos especiales para la comunicación emocional y la seducción en la emergencia de relaciones con terceros. Relaciones presenciales momentáneas e instrumentales pudieron intensificarse a partir del acto de compartirse el número del celular; momentos de copresencia casuales pudieron transitar a relaciones extraconyugales o infieles a partir de un coqueteo o

seducción digital, pero también interacciones digitales estimularon el deseo de encontrarse físicamente, transitaron de lo textual al encuentro físico. La desinhibición sexual y la intimidad emocional avanzaron más rápidamente a través de los mensajes de textos y las llamadas telefónicas, y esto, sobre todo ha sido más importante para las mujeres, históricamente aisladas de la vida pública.

Cuando las personas se abren a segundos emparejamientos, sea porque se han separado o divorciado o porque han aceptado transgredir el principio de la monogamia, sus usos de tecnologías afectivas se rejuvenecen o revitalizan adoptando prácticas asociadas principalmente con los adolescentes y jóvenes (flirtean por redes sociales, se mensajean incesantemente con sus nuevos vínculos, se vuelven adictas al celular, incursionan en el sexting, cuidan más la privacidad de sus dispositivos, aceptan relacionarse con desconocidos por redes sociales o dar el número de teléfono celular a prospectos de relación, usan aplicaciones de citas, por ejemplo). En este sentido, lo que estaría determinando los usos, no serían las edades, sino las situaciones en las que se está inmerso y las metas que ahí emergen.

El acceso a la gestión de encuentros sexuales y amorosos que crean las plataformas de internet permite que las mujeres incrementen sus oportunidades para ejercer su derecho al placer, aunque con fuertes conflictos internos entre sus metas relacionales y la maternidad (cuando hay hijos). También les abren oportunidades para intimar emocionalmente con otros a través de mensajes de textos, llamadas o videollamadas. Internet representa para las mujeres no solo un espacio adicional para el cortejo y el establecimiento de nuevos vínculos, sino también oportunidades para salir de relaciones abusivas. En lo general, nuestros resultados convergen con los hallazgos de Yañez y Rocha (2014) y su conclusión de que la infidelidad femenina es "un acto de resistencia que se asocia con los procesos de transgresión y cambio que representan nuevas posibilidades de vivirse social y subjetivamente, distanciándose en muchos casos del ideal de mujer, esposa o madre y posicionándose como sujeto de deseo" (p. 32). Esto es clave para resignificar la identidad

propia, resistir ideales de pareja sexistas o practicar una sexualidad más libre. En mi opinión, esto aplica tanto a las mujeres que incursionan en la extraconyugalidad para sobreponerse a las carencias relacionales, salir de relaciones abusivas, pero también para quienes después del matrimonio, la separación o el divorcio, se adscriben a formas relacionales no formalizadas, que les demandan menos tiempo y compromiso, pero les proporcionan cierta estabilidad emocional y sexual, como lo son las relaciones con hombres casados. Esta sería una de las múltiples formas relacionales que no implican corresidencia, convivencia continua ni roles tradicionales. No obstante, estas relaciones alternativas ocurren con hombres casados, en varios casos, porque ellos nunca salen del mercado de relaciones ante una doble moral que normaliza la extraconyugalidad masculina y estigmatiza la femenina.

Finalmente, todos los relatos sobre infidelidades muestran la gran importancia que tienen actualmente las inscripciones digitales para el descubrimiento. Los cambios en los usos habituales del celular, el poner contraseñas, las limitaciones de acceso a la pareja, el usar el celular como una barrera para la interacción no deseada, son los principales detonantes de sospechas de infidelidad, y a la postre, de su descubrimiento. Hoy por hoy, las huellas digitales de nuestras actividades en internet representan la mejor manera de constatar infidelidades; una manera, que ya no admite con tanta facilidad, la estrategia de negar y negar hasta que se olvide.

4. La extraconyugalidad y el género, entre lo unilateral y lo mutuo

Después de haber mostrado un conjunto de narraciones que muestran la centralidad que tienen las mediaciones tecnológicas en las prácticas sexo-afectivas en los escenarios de tentaciones, sospechas, incursiones en la extraconyugalidad y descubrimientos, en este capítulo se coloca como central el asunto del poder en las relaciones de pareja. Aquí se analiza desde la micropolítica de la pareja, el carácter unilateral o mutuo de las infidelidades, para identificar las diferencias de género en el desarrollo, mantenimiento, diversificación o ruptura de relaciones extraconyugales. Se analiza la impronta de desigualdades emocionales y de la dominación masculina. Y finalmente, la última parte discute, a partir de las propias reflexiones y experiencias de nuestros entrevistados, como las infidelidades permiten transitar hacia posiciones críticas y acuerdos prácticos que cuestionan al sistema de la monogamia.

Las ambivalencias emocionales y la doble moral en las infidelidades

Las infidelidades en la práctica son un terreno lleno de ambivalencias emocionales y posiciones ambiguas frente a lo que se puede considerar una transgresión a una norma o acuerdo de pareja. Por esta razón se pueden ignorar, aunque sean molestas; se pueden perdonar pero no olvidar; proporcionan beneficios, pero tienen riesgos; son dolorosas, pero también pueden animar a relajar las normas de exclusividad sexual o

emocional que enriquecen la vida personal o impulsar separaciones necesarias en matrimonios semifelices (término de Pamela Haag, 2013) o relaciones abusivas, entre otros aspectos que denotan complejidad. Si bien hombres y mujeres se molestan ante las infidelidades de sus parejas, algunas mujeres se habituaron a ellas sin dejar que les afectara emocionalmente, mientras otras se sintieron destrozadas por estos actos, tuvieron que trabajar en sus emociones para superar la separación por este motivo y lo lograron gestionando nuevos vínculos satisfactorios. Otras optaron por pagar con la misma moneda recuperando su autoestima y abriéndose a nuevas posibilidades relacionales. Por otro lado, algunos hombres naturalizaron o normalizaron sus actos de infidelidad: los desearon, gestionaron y disfrutaron, pero también los temieron porque representaban amenazas a la relación primaria y a la familia si eran descubiertos. Otros hombres apostaron por quedarse con la esposa y con la amante, en la forma de relaciones paralelas, corriendo el riesgo de ser descubiertos. Cuando eran descubiertos dejaban la decisión de continuar con ellos a las esposas, algunas de ellas optaron por mantener el vínculo, mientras otras por la ruptura.

Las infidelidades reveladas por quienes las ejecutaron fueron las más proclives a la ruptura con la pareja oficial, siendo sobre todo mujeres, aunque no exclusivamente en nuestro corpus de relatos autobiográficos. Por otra parte, las infidelidades no comprobadas o las negadas sistemáticamente fueron actuadas por hombres. En estas se dejan abiertas las posibilidades del olvido, como si no hubiesen ocurrido. Y finalmente, las infidelidades descubiertas por las víctimas o reveladas por terceros, están llenas de ambivalencias emocionales y dilemas de acción en ambos géneros. En todos los casos, podemos ver, que las reglas de la fidelidad son más elásticas de lo que solemos pensar.

Bajo una doble moral, los varones que normalizaron sus infidelidades se sintieron amenazados por la posibilidad de que sus mujeres les fueran infieles, afectaran su reputación social poniéndolos en el lugar social de los "cornudos" o los hicieran sufrir lo "imperdonable". Cuando fue el caso, una parte de ellos optó por la separación inmediata,

mientras otros varones, como ha sido frecuente por parte de las mujeres, perdonaron infidelidades en aras del amor, pero sobre todo, por el afán de mantener la convivencia con los hijos. Y finalmente, encontramos mujeres y varones que fueron infieles como una respuesta a las infidelidades de sus parejas y esto implicó cambios en la organización, aunque también rupturas.

El pluralismo sociocultural que permea las relaciones contemporáneas es un factor importante para explicar la diversidad de experiencias y emociones asociadas con las infidelidades. Si bien encontramos entrevistados que asumían posiciones estrictas y univocas frente a la infidelidad (si me es infiel se acabó todo), estas fueron expresadas sobre todo como parte de un discurso ético general sobre lo que significa la honestidad, la lealtad o la confianza en las relaciones de pareja, más que como una cuestión práctica. En contraste, quienes relataron episodios de haber sido infieles o de que les hubieran sido infieles, sus posiciones tendieron a ser más flexibles y reflexivas, con algunas excepciones. En lo general, pude observar que las infidelidades generan ambivalencias emocionales y cognitivas que tornan difíciles las decisiones de continuar o no con la relación primaria, o con la relación secundaria, y de qué manera. De ahí que puedan pasar meses, o incluso años, desde el primer descubrimiento hasta la ruptura o la renegociación de los acuerdos de pareja.

En lo general, las infidelidades suelen activar reflexiones sobre lo que implican para los hombres y las mujeres, sobre los valores ideales que deberían sustentar las uniones (la honestidad, la lealtad, la confianza), balances sobre qué importa más en la relación (si la fidelidad o la proveeduría, la libertad, el respeto, entre otras), así como la discusión de formas alternativas de organización de la pareja bajo formas no monógamas.

En los relatos expuestos vimos transitar a las mujeres de una relativa aceptación de la infidelidad masculina o de vivirla como irremediable a un creciente rechazo, así como intentos de prevenirla con acuerdos de comunicación y no secrecía. Este tránsito se revela en las emociones,

las mujeres mayores si bien se molestaban, lo minimizaban o no tendían a expresarlo (con algunas excepciones), mientras que las de edades medias y las jóvenes reportaban decepción, tristeza, enojo frente al engaño y otras más bien rabia y furia acompañadas de confrontaciones verbales y reclamos. Las mujeres que reaccionaron con rabia y con furia en los tres grupos de edad fueron más contundentes, sea en propiciar la separación definitiva, ahuyentar a las rivales o abrirse ellas a nuevas relaciones sin importar que estuvieran casadas.

Cuando las mujeres se volvieron más exigentes en sus demandas de fidelidad, reaccionaron con mayor intensidad emocional y disposición a la ruptura. Esto supuso un cambio de las cualidades más valoradas en la pareja. El valorar principalmente a los hombres a partir de su capacidad de ser proveedores en las generaciones mayores, ha sido reemplazado por una valoración de su capacidad de fidelidad y de ser confiables como manifestaciones de respeto y aprecio hacia sus esposas o mujeres en las nuevas generaciones. Las mujeres que claman por fidelidad tienden a ser más independientes, están dispuestas a luchar por ser respetadas, y se niegan a ocupar el papel subordinado de víctimas.

Por otra parte, las mujeres que participan de actos de infidelidad, en la práctica, están desafiando áreas de dominación masculina, rechazan la posición de víctimas, y se asumen como agentes capaces de gestionar fuera lo que no tienen con sus maridos, sea sexo, conversación, o intimidad emocional. Como pudimos ver, la mayoría de entrevistadas que incursionaron en la extraconyugalidad lo hicieron a través de interacciones digitales (conexiones eróticas y emocionales con otros) que, en algunos casos, no avanzaron hacia algo más, mientras que en otros, la relación transcendió al plano del encuentro físico y la relación paralela.

Dentro del conjunto de entrevistados encontramos una diversidad de experiencias con respecto a la infidelidad de pareja, bajo las modalidades de aventuras sexuales principalmente, aunque también de relaciones paralelas. Estas últimas podían estar fincadas en recompensas emocionales o sexuales a partir de relaciones extramaritales que podían implicar copresencia o comunicación mediada. En prácticamente todos

los grupos de edad encontramos mujeres y hombres que relataron infidelidades de sus esposo/a o parejas, así como hombres y mujeres que revelaron sus propias infidelidades. En primer lugar, observamos infidelidades unilaterales (de uno de los miembros de la pareja, aunque generalmente de hombres) que fueron perdonadas, toleradas, o no tuvieron repercusiones graves en la relación primaria (sobre todo en adultos mayores). En segundo lugar, sobresalieron infidelidades también unilaterales, dolorosas, vividas como engaños y traiciones imperdonables, que condujeron a rupturas o separaciones (sobre todo en adultos jóvenes y medios). Y, en tercer lugar, infidelidades mutuas en las que ambos miembros de la pareja fueron infieles en momentos distintos de la vida en común y que, en algunos casos, han conducido a la ruptura, mientras en otros a una revaloración de arreglos de pareja no convencionales.

Una vez que la fidelidad se convirtió en una meta más importante que la proveeduría, las mujeres y los hombres se sumaron a promover una ética de pareja basada en la confianza, la honestidad, la ausencia de secretos, engaños o traiciones. Antes de casarse se advertía sobre la importancia de no engañarse mutuamente como un acuerdo interpersonal. No obstante, los acuerdos de pareja de fidelidad y de comunicación ante la emergencia de un nuevo vinculo, no siempre fueron respetados. En estos casos, la infidelidad genera emociones de tristeza y decepción más grandes, pues no solo se transgredió la exclusividad, sino un acuerdo o pacto de pareja de transparencia y comunicación. Aquí la infidelidad no solo es un engaño, sino también una traición. Así en el caso de Sofía, quien, en medio de la narración de lo sucedido con las infidelidades de su marido, remarca:

> Y eso lo hablamos desde novios, que esto no se iba a permitir, así que no se va a permitir [risas]. Me dijo [Su marido] "Ay, Sofía, pues es que… Pues ya, ¿qué te puedo decir? Ya te disté cuenta" (Sofía, 61 años, divorciada, académica, Guadalajara).

La posibilidad de establecer acuerdos previos de fidelidad y de comunicación mutua para evitar el engañar o el ser engañado denota que ha crecido la capacidad de negociación de las mujeres. En estos casos, el pacto de fidelidad va acompañado de promesas de respeto y comunicación que pueden o no cumplirse, pero que acrecientan la indignación de las mujeres y la disposición a la ruptura.

Infidelidades masculinas unilaterales

La infidelidad masculina es una constante, ocurre en la forma de aventuras sexuales y relaciones paralelas, y ha implicado diversas reacciones emocionales y comportamentales por parte de las mujeres. Lo más frecuente fueron relatos femeninos sobre infidelidades unilaterales masculinas (14 de 46 entrevistadas) como en los casos de Fabiola (37 años), Berenice (42), Aurora (43), Lucía (46), Rosa (52), Paula (53), Yolanda (58), Sofía (61), Fátima (65), Mónica (69), Laura (74), Mariana (78), Eunice (82), en detrimento de testimonios masculinos sobre experiencias propias de haber sido infiel (6 de 35 entrevistados) como fueron Arturo (36), Pablo (37), Martín (54) y Mauricio (55), Julián (73) y Misael (74). Con respecto a las infidelidades unilaterales femeninas narradas por mujeres no encontramos ninguna, aunque si relatos de hombres entrevistados que relataron infidelidades de sus mujeres.

Estos resultados nos muestran que prácticamente en los tres grupos de edad considerados en la investigación encontramos mujeres que relataron infidelidades cometidas por sus maridos, novios o parejas, sin que ellas hubieran sido también infieles. En contraste, los hombres que aceptaron haber sido infieles y contaron directamente sus historias, fueron realmente pocos. Lo que nos permite aventurar la hipótesis de que aun en un contexto de entrevistas íntimas, las infidelidades se viven en secreto y deben ser negadas siempre en aras de proteger la imagen propia y la de la familia. Todos estos casos corresponden a lo que he llamado infidelidades masculinas unilaterales, que se distinguen de las infidelidades mutuas, donde ambos miembros de la pareja incursionaron en la extraconyugalidad.

Las aventuras sexuales son minimizadas por los varones que incurren en ellas, considerándolas como solo "momentos" que se dieron casualmente. Así en el relato de Arturo:

> En estos quince años de casado con ella he estado con otras tres personas. No de manera recurrente. No he tenido parejas, este, alternas, por así decirlo, pero, tampoco me he enganchado con otras personas… No es que quiera tener una doble vida pues, digo, no, la verdad. Han sido como momentos donde se han dado simplemente, y listo y ya, no pasa nada. Por lo menos hasta ahorita no ha involucrado sentimientos… (Arturo, 35 años, casado, trabajador independiente, Guadalajara).

Las experiencias de infidelidad masculina son apreciadas por los hombres sobre todo como un complemento a su relación primaria. No desean abandonar a sus esposas, sino explorar su sexualidad, aunque en ocasiones eso se prolonga más de lo inicialmente planeado:

> Pues sí, emocionalmente, claro que sí la pasaba bien pues, y la pasaba bien porque también a veces pues acá no la pasaba, no tenía opción de repente. Entonces como te dije, fue como un complemento, ¿no? Pero sí, ya te lo había dicho, y literalmente, por ejemplo, siempre yo pensé una frase que me dijo un compadre: "No hay mujer alguna que valga la pena para que deshaga tu matrimonio" y eso pues siempre lo tuve bien presente. Vas a decir: "Ni tan presente cabrón, que anduviste ahí ¿no?" … Aquí se dio por experimentar, y después se dio por tonto o porque continué, o por equis, no sé, pero ya, ya ahí se acabó (Andrés, 55 años, separado, comerciante, Guadalajara).

Las relaciones con amantes ofrecen novedad y entusiasmo emocional y sexual. Martín expresa muy vívidamente lo que significaba el sexo con una de sus amantes, lo califica de impresionante:

> Es impresionante cómo me seduce, es impresionante. ¿Cuál es la situación? es una calenturota gigante. No es amor… Es que es una locura padrísima.

O sea, es erótica. No es… no es una cochinada, vamos. O sea, son fantasías impresionantes (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Por otra parte, la entrevista a Martín nos demuestra que las oportunidades para la infidelidad masculina son mayores. A lo largo de la entrevista relató múltiples episodios de aventuras sexuales o sexo recurrente, algunas más exitosas que otras, pero variadas:

[Después de aceptar tener sexo con una mujer divorciada que se lo propone] Pues total que ahí voy. Y ya, fui una vez y sí, fue padrísimo, pero no me llenó. No me llenó. O sea, y me veré muy joto, pero ella, al contrario, después de eso, me dice: "¡No manches, cabrón!". Me dice: "Vamos, y vamos a donde tú quieras. ¿No quieres tener problemas? Yo te invito. Vamos a México; vamos a Monterrey; a donde quieras". Y, ahora, ahí el joto soy yo. Y no es que sea joto; la verdad que estaba hermosa, buenísima, todo, pero… Y así pasó y, de repente, otras (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

Por otra parte, el esposo de Mariana retoma creencias sexistas sobre el talante infiel de los hombres. Su relato recupera un diálogo en el que él pretende normalizar las aventuras sexuales para su género:

Yo una vez le pregunté a él por qué le gustaba pues andar afuera de la casa. Me dijo: "Pues es que así es uno de hombre". "Ah –le digo– bueno. Yo pensaba que porque no me querías" [dice riendo]. Dice: "No, es que uno así es, y si le sale por ahí una, ahí anda". Pues eran de las mismas que trabajaban ahí con él o algo, pero no pasó de ahí, no pasó de ahí. Me daba cuenta yo por ahí del año, por eso casi nunca nos enojamos… (Mariana, 78 años, viuda, ama de casa, Guadalajara).

La reacción de Mariana no fue de confrontación, ni de enojo, sino más bien de tolerancia y resignación ante algo que no podía controlar y que no había tenido consecuencias de peso. Es el caso también de otras mujeres mayores que nos relataron que sabían de infidelidades

de sus maridos, pero no le daban mucha importancia. Como parte de la generación de adultos mayores, su posición frente a la infidelidad masculina es de aceptación ante algo sobre lo que tienen escaso control o influencia.

Con respecto a las infidelidades masculinas podemos ver que hombres y mujeres coinciden en sus relatos. Las esposas de mayor edad no demandaban fidelidad sexual, asumían las aventuras sexuales masculinas como irremediables, al igual que los hombres las vivían de esa manera. En estas percepciones notamos la fuerza simbólica de creencias sexistas sobre las grandes necesidades sexuales masculinas y su vocación por ser "don juanes" y "ojo alegres". No obstante, también observamos que la cualidad más valorada por las mujeres no era la fidelidad, sino la capacidad de proveeduría y el que fueran cumplidos con sus obligaciones en el hogar. Esta última condición era clave para que las infidelidades no causaran estragos en la relación:

> Fue un Juan Tenorio… Me acuerdo de todas, pero no, ¿cómo te diría? ¡Ay, yo fui la mártir! No, no, tampoco. Porque dentro de todo eso fue un hombre muy responsable, muy obligado… Da coraje de todos modos: "Tú lo vas a pasar" [le advierte riendo a la entrevistadora]. Pero no, si son bien obligados y todo. [Mi marido] te digo que era ojo alegre, pos (pues) el día que descansaba… (Eunice, 82 años, viuda, jubilada, Guadalajara).

> Hay mucha tentación, mucha provocación, pero yo siempre llegué con mi esposa. Que yo sí conviví con mujeres así, relajándose o en el relajo, pero hasta ahí. Yo nunca olvidé a mi señora, yo siempre llegaba el mismo, si tú quieres, como tú dices, pues hace uno a un lado lo que le pasaba o hizo, pero yo a mi casa llegué siendo el mismo. Esas situaciones son, dicen por ahí, de paso. Sin ningún amor, ni cariño, simplemente porque se presentan los casos, o te digo eso porque yo nunca, nunca hice a un lado a mi familia. Yo siempre fui cumplido en todo, en todo. Yo nunca pensé en otra mujer (Julián, 73 años, casado, jubilado, Colima).

El relato de Paula, por otra parte, narra episodios de infidelidad masculina revelados por su misma pareja, pero no acordados. Su reacción frente a estos actos, era negarse a tener sexo y activar las dudas de su esposo sobre posibles infidelidades de ella, aunque estas no ocurrieran. En concreto, su "venganza" era hacerlo enojar al incitar la imaginación de que ella podía serle infiel:

> Bueno, anteriormente sí, como a los 29, 30 años, 28, sí. Recuerdo que tuvimos muchos problemas porque él decía: que él necesitaba una mujer y le decía: "Necesitas a una mujer, no a tu esposa ni a tu compañera, ¿verdad?". Pero bueno, y yo a veces, como te digo que él se iba y no volvía en dos, tres días. Yo mi venganza era no tener sexo y él se enojaba mucho porque decía que ya tenía otro yo. O sea, ve la inseguridad de ambos, porque era de ambos. Yo el que se fuera él: "Ah no, pues ahora no" y él al revés, o sea, decir que yo tenía a alguien más, cuando yo nunca. Yo dije: "Si supieras que no he andado con nadie"…pero ya no siento coraje, ya no siento así, yo sentía mucho apego a él, yo decía: "No es posible que voy a dejar a mi marido, el padre de mis hijos". O sea, toda una vida ahí metida 30 y tantos años, 30 años, 30 años te dije ¿verdad? (Paula, 53 años, en proceso de divorcio, cocinera, Colima).

Este relato deja claro que la infidelidad propia y la ajena, así como la infidelidad masculina y la femenina, implican dobles estándares. Mientras las primeras se pueden justificar como algo pasajero o como una necesidad del sexo masculino, las segundas tienden a generar molestias y condenas más intensas.

Las infidelidades más difíciles de aceptar, que generaron más enojo, fueron las que se descubrían in situ. Así en el caso de Lucía que encontró casualmente a su esposo con la mujer de quien ella sospechaba mantenía una relación con él. Este fue su relato de sospecha:

> [Me] dice mi hija: "Ma (mamá), pasó fulanito, el hijo de la muchacha, de la señora". Le dije: "Ah, pues han de estar buscando a su madre"… "Ha

de andar de libertina". Yo dije: "Vamos llegando a la esquina". La veo que viene de frente muy guapa, sentí un coraje, una intuición. Seguí mi camino. Cuando doy vuelta a la cuadra, viene la camioneta de mi marido y le dije: "A hijo de la madre". Yo sentí que se bajaba y con ganas de ir a correr y corretear a la vieja y sacudirle la cabeza…Y dije, bueno. Así quedó. Ya mi hijo se sube a la camioneta con su papá; y mi hija y yo nos fuimos al pan (Lucía, 46 años, casada, empleada doméstica, Guadalajara).

En el caso de Lucía podemos ver que la mujer que coquetea y se relaciona con un hombre casado estando ella misma casada se considera "libertina". Es una mujer que hace algo que no debe y suele considerarse lo más importante para que la infidelidad avance. En esta parte del relato el reproche se canaliza hacia la posible amante, aunque como veremos, en otro testimonio hay también reproche y reclamo al varón. Este relato se suma a otros que muestran que las mujeres en la posición de esposas y amantes se relacionan desde la competencia y la rivalidad.

De manera más contundente, Eunice, a quien ya citamos normalizando la infidelidad masculina aunque sintiendo coraje por ellas, narró un episodio de agresión física a una de las amantes de su esposo. Aquí vemos que el coraje y la agresión fueron canalizados a la otra mujer (quien representaba su competencia):

En una ocasión, yo me di cuenta dónde tenía mi señor su querubín… [Descubrió que se verían casi enfrente de su casa, pero él se da cuenta y mejor se regresa. Ella se armó con lo que encontró para ir a confrontarlos] Agarré pistola, una cadena vieja grande que tenía él… Pero yo bien enojada le dije: … "¿Por qué no llegaste, a dónde ibas a ir?". "¡¿A dónde iba a ir?!" [le respondió]. "Pues a donde te vi". Alegamos y le dije: "Hasta huevos te hacen falta pa' (para) llegar, pero yo sí los traigo y ahorita voy a llegar y va a pasar esto". Y sí, me regresé y le llegué a la muchacha; y la golpeé a ella y a una hermana que se metió, y un perro que ya me tragaba. También con la cadena lo contenté. Mira, en ese aspecto, cuando yo le descubría sus fechorías con otras, pos (pues) te digo que yo soy, fui más rencorosa. Este,

> yo no consentía ni que me dirigiera la palabra, menos que me tocara ¿edá (verdad)? Y él lo sabía. Cuando no me daba cuenta, pues, aunque hubiera querido hacer algo, porque no avisa, uno los cacha a cada rato (Eunice, 82 años, viuda, jubilada, Guadalajara).

Las mujeres mayores parecían lidiar sin grandes problemas con las infidelidades masculinas, aunque lo hacían con ambivalencias emocionales y canalizando el coraje, y la violencia física como en el caso de Eunice, hacia la mujer con la que habían tenido aventuras sexuales sus maridos. En este caso, la mujer se adjudicó el poder de la agresión física dirigida hacia la otra. Según su relato, su marido reconoció su falta, "no le pegó ni nada" por la agresión a su amante, e incluso, le tramitó y le pagó el amparo. En este relato, podemos ver, que la peor parte la llevó la amante, quien recibió la agresión física de la esposa sin ser ni siquiera defendida o apoyada por el hombre. Si bien no tenemos más información de la historia de esta mujer agredida, si podemos suponer que, al estar enrolada con un hombre casado, era una relación que estaba obligada a ocultar, en la que seguramente había sexo, pero no un vínculo afectivo fuerte.

En otros casos en que la infidelidad fue considerada cercana a lo imperdonable, por el agravió en términos de "respeto" y por no corresponder a la fidelidad que se le ofrecía, el balance de la relación no fue desfavorable. Así lo narra Laura:

> La infidelidad no se la pude perdonar… No era que no pudiera perdonarlo, es que no sé cómo expresarlo. Es que como que siento que es una falta de respeto. No tanto como que nadie, pos (pues) todo el mundo lo es. [¿Lo sentiste como una traición?] Exacto. Me dolió mucho. ¿Y sabes por qué? Porque yo era muy fiel con él. O sea, le daba sus hijos, lo respetaba. A pesar de que no estábamos diario en el sexo y eso, pero había un respeto. Le di un lugar en mi vida muy importante. Y pues, me dio dos hijos maravillosos y donde quiera que esté, Dios lo bendiga ¿verdad?... Bueno, mi marido no te digo que era el mejor, pero me dejó ser siempre yo. O sea,

> no me tocó ni un pelo, me puso el cuerno, ¿verdad?, al final; pero hubo, pues, lo quiero a lo mejor justificar yo, ¿verdad? (Laura, 74 años, separada, jubilada, Guadalajara).

Los hombres, aun en los casos en que la infidelidad propició la separación, pueden ser valorados por otras cualidades, como el no ser violentos o dar libertad a la mujer. Estos aspectos ocuparon una mayor jerarquía que la fidelidad, al igual que la proveeduría en la valoración de los maridos. No obstante, con el caso de Laura, vemos un caso de mujeres mayores que comenzaron a demandar más que fidelidad, respeto, trato justo y reciprocidad.

De hecho, algunos varones mostraron conciencia que sus infidelidades podían ser perdonadas si ellos no golpeaban, eran buenos proveedores y tenían hijos. Gilberto narra cómo es que se imagina que su esposa "práctica e inteligente" razona sobre permanecer con él (un esposo infiel):

> Voy a desintegrar mi familia, le voy a privar a mis hijos de que estén el 100% con su padre, y este al menos me pone el cuerno, pero no me golpea, no me pasa hambres, no esto, no tengo problemas de esto y lo otro, y el otro quién sabe (Gilberto, 67 años, unión libre, empresario, Colima).

Por otra parte, Gilberto se definió a sí mismo como alguien que "nunca ha sido fiel" y ante la pregunta sobre si su esposa sabía o no, responde citando un meme, aludiendo a que la mujer lo eligió sabiendo cómo es:

> Ora (Ahora) sí que llegó a decir: "Así lo conocí". Como los memes que mandan: "Oye cabrón no me sacaste de una rifa ¿eda? (¿verdad?) Que la mujer es brava" y quién sabe qué. A ver: "¿Cuándo me conociste o me sacaste de una rifa cabrón?", pues así, ¿eda? (Gilberto, 67 años, unión libre, empresario, Colima).

Lo curioso es que el mensaje del meme citado va orientado a aceptar comportamientos aparentemente transgresivos de las mujeres, como el ser brava, no los masculinos. Gilberto transformó la cita del meme para justificarse a sí mismo, aludiendo a un razonamiento de este tipo: si me conoció infiel, me aceptó infiel. Este testimonio ilustra uno de los muchos recursos con los que cuentan los varones para justificar la infidelidad masculina y la resignación femenina. La apelación a la decisión libre es una estrategia para minimizar su responsabilidad con respecto a la otra parte. Ella siempre estará obligada a aceptar lo que él haga porque así lo conoció y así lo eligió. Pero ¿qué significa elegir en este contexto? ¿qué significa apelar a que la pareja fue resultado de una elección y no de un juego de azar como una rifa? Esta apelación a la elección es una forma de ocultar inequidad relacional, como bien han señalado Carter y Arocha (2020, p. 28): invocar la elección es una manera de callar una discusión y de silenciar un debate.

Las infidelidades masculinas tienden a ser con frecuencia negadas, a pesar de las evidencias o de sospechas fundadas. En múltiples ocasiones convencen a sus parejas de que no ocurrieron, mientras en otras muy frecuentes las dejan con dudas. El silencio masculino (García, 2021), la negación de los hechos y la nula disposición a hablar del asunto, son estrategias frecuentes para que la crisis no avance. En algunos casos, incluso, los maridos llegan a la violencia física para intentar salir de la situación:

> Total de que yo los veo. Cuando llego del pan, le reclamo a él de qué andaba haciendo con ella y dice: "Yo no estaba haciendo nada". Y como él estaba seguro que no lo había visto, no se retractó. Él de: "No, no, no, no y no y no", pero pues yo sabía todas esas cosas. Yo dije: "Es que no me engañas, aunque no te vea, yo sé que estabas con ella". "No y no y no". "Bueno". Total de que le empecé a reclamar cosas; se va muy enfurecido a donde yo estaba, me quiso dar una patada, entonces yo le puse la mano. Haga de cuenta que me quiso dar la patada, en la forma de decir como que asustarme. Le pongo la mano y me pega aquí (muestra su mano). No le miento, señora,

> señorita, en ese momento llega mi hijo con un coraje, porque estaba jugando él carritos, agarra un cuchillo y se lo quería encajar a mi marido porque vio que me pegó (Lucía, 46 años, casada, empleada doméstica, Guadalajara).

Lucía no obtuvo una respuesta satisfactoria a sus dudas o sospechas, solamente la negación de los hechos y la agresión física como respuesta a sus reclamos, y la incursión de uno de sus hijos en el conflicto. Aquí vemos con claridad que el silencio de los hombres expresa lo que García (2021) llama la dominación masculina.

En las experiencias de Mónica, por otra parte, aparece el celular ligado a sospechas de infidelidad, aunque su pareja siempre lo negó. En este caso fueron los registros de llamadas de una mujer de la que Mónica ya sospechaba que tenía algo con su esposo. El deseo de divorcio rondó su mente, pero nunca lo expresó abiertamente:

> Me acuerdo que fuimos a una tienda en esa época y estuvimos a gusto porque nunca sonó su celular, ¿verdad? Y ya que llegué a la casa, me dijo mi hija: "Ay, mamá, tienes razón" [en sospechar]. Dice: "Mi papá dejó su celular y como cinco llamadas de esta persona en el celular". Entonces yo le contesté una vez: "Sí, dígame". "Y ya colgó y no contestó nada", dice… Le comenté a él todo y sí, muy triste. Yo muy molesta, muy sentida y claro que: "Ay, no". No, pues negó todo. Todo negaba. Que no, que no era cierto, que no sé cuánto. Y entonces, recuerdo, pues yo estaba tan dolida, que dije: "Yo mejor me divorcio"… pero nunca quería concretar eso, porque pensé, no, pues ya se va a casar Lucero, mi otra hija, ¿verdad? Dije: "¿Para qué hago estos teatros antes de que se case y yo vaya a obstaculizar todo, verdad?". Y pues no, no. Ya no pasó y claro que ya no la frecuentó a ella, yo creo, porque ya todo se fue normalizando. Y pasó el tiempo y todo y, pues, pues ni siquiera... nunca planteamos el problema de divorcio ni nada, casi todo es en mi mente, ¿verdad? Casi todo (Mónica, 69 años, casada, funcionaria, Guadalajara).

Cabe destacar que aquí el deseo femenino de divorciarse como respuesta a la infidelidad ni siquiera llegó a expresarse en aras de no hacer "teatros" que pudieran afectar a su hija. La rutina de pareja recobró la normalidad y el asunto quedó resuelto. En este relato, podemos ver, que Mónica, como probablemente muchas mujeres, recurrió a estrategias de desafección o de adormecimiento del enojo ante las sospechas de infidelidad.

Armida, también tuvo fuertes sospechas de infidelidad de su marido en dos ocasiones, que la llevaron a "salirse" de su casa. No obstante, cuenta que se convenció que no pasó nada y por eso regresó:

> … Yo no le pasaría, que me pusiera el cuerno y que no me dijera antes… que fuera infiel a lo cínico. No, no le paso… ya una cosa así no se la perdono… [¿Tú tenías sospechas de que te había sido infiel y por eso lo dejaste?] Ajá. Las dos veces fue por eso… yo por eso me salí. [¿Pero no lo comprobaste? ¿O solo se quedó en sospecha?] Se quedó en sospecha, pero me dijeron que no pasó… todo, por eso regresé. Pero así, si yo supiera que él lo hace consciente y a su gusto, has de cuenta que para mí ya, no se va a burlar de mí. Y si se burla, pues ya se burló, pero yo no lo voy a perdonar… ¡Se acaba la relación! (Armida, 40 años, divorciada, empleada, Colima).

El "dejar" a su marido ante las sospechas de una relación con otra, muestra que Armida es una mujer que está adquiriendo mayor control en la relación. Está dispuesta a no perdonar si como ella dice, él se "burla" de ella. De aquí la importancia de que los maridos aun cuando sean descubiertos, tienden a negar y a negar sus actos, relaciones y hasta hijos fuera de la unión conyugal.

Las reacciones masculinas frente a sus propias infidelidades pusieron en juego los mitos culturales que Pittman y Wagers (2005) han identificado (en otro contexto geográfico): ante una infidelidad lo mejor es "negar, negar, negar" o normalizar la infidelidad en el sentido de que "todo mundo lo hace", entre otros. Solo que a estos autores les faltó

subrayar que sobre todo esto ocurre en los engaños de hombres, más hábiles que las mujeres para negarlos y normalizarlos.

Durante su matrimonio, el esposo de Ana, estuvo involucrado en fuertes sospechas de infidelidad, aunque siempre lo negó, ella se quedó con dudas, y prefirió olvidarlo:

> En alguna ocasión me enteré que fue infiel. Mi propia madre me lo dijo. Habló conmigo él; se me hincó, que no era cierto, y quise olvidarlo. "Ok" –dije– está bien" … Me quedó la dudita [pero] … me gusta evadir ciertas cosas o ciertos temas que no me gusta recordar o que ya pasaron, ya no tiene caso (Ana, 48 años, separada, empleada doméstica, Guadalajara).

Curiosamente, en este caso, lo que determina la separación después de 28 años de relación (aunque solo alrededor de 10 años vivieron juntos porque el resto estuvo preso) no fue la infidelidad, sino un conjunto de vivencias de falta de libertad, violencia (su marido la golpeó por primera vez a los tres meses de casados), incomunicación, desamor que permearon su vida conyugal. Ana logró vencer el miedo a las amenazas de su expareja de quitarle a sus hijos de la mano de una psicóloga quien la apoyó para la separación, que califica como lo "mejor que le ha pasado en su vida". En este escenario, las infidelidades no eran lo realmente importante para evaluar negativamente su relación, representaban, en todo caso, una forma más de la violencia cotidiana que vivía.

Las sospechas de infidelidad y las infidelidades constatadas de hombres van acompañadas de ambivalencias emocionales. Sin embargo, el enojo y la indignación afloran cuando las mujeres han logrado más libertades y autonomía económica, por lo que las metas de exclusividad sexual y emocional cobran relevancia. Algunas mujeres, sin embargo, tienden a reaccionar ocultando sus emociones, mostrándose menos molestas de lo que realmente se sienten y trabajando sobre sus emociones para que no sean dolorosas las aventuras o relaciones paralelas de sus maridos. Por ejemplo, es el caso de Patricia, una mujer adulta joven de escasos recursos que está en una relación que ya no le satisface,

en la que vive episodios ocasionales de violencias (física y psicológica) e infidelidades de su marido descubiertas por inscripciones digitales en el celular. Su relato expone el descubrimiento de mensajes y su sentir frente a eso, aunque también que no suele expresarlo:

> Pues que ha dicho [en sus comunicaciones por celular] que es separado, mensajitos de que se van a ver y que le piden las chicas algún regalito... este... mensajes de fotografías, cosas que le mandan... es lo que me he encontrado… [¿Qué no le perdonarías a tu pareja?] Muchas cosas no le perdono [risas] eso que te comento, o sea lo que él platica y lo que le he encontrado no se lo perdono. Que a lo mejor él piensa que ya se me olvidó, que ya lo perdoné, pero no. [¿Por qué no se las perdonas?] Porque no, o sea, no, pienso yo que no debe de haber eso en una relación. Aparte yo no soy de esa clase de mujeres que habla –como quien dices tú– con otras personas, no me gusta eso. Nada de eso, o sea, el respeto. Yo como le digo: "No te prohíbo que tengas amigas". Aparte, por su trabajo tiene que conversar con muchachas … nomás que sí le reprochaba eso. Pero fuera de eso… le doy la libertad (Patricia, 48 años, unión libre, empleada doméstica, Guadalajara).

En conjunto, observamos que las mujeres reaccionan cada vez más con indignación y enojo ante las infidelidades masculinas, incluso aquellas de nivel socioeconómico bajo que tienen menores recursos para expresar este tipo de sentimientos. Sin embargo, todavía una parte de ellas lo ha vivido en silencio. La indignación femenina se fortalece y puede expresarse solo cuando hay más recursos para la confrontación y la negociación, como mayor escolaridad y autonomía económica.

En los casos de mujeres que reaccionan con enojo, sobre todo de generaciones de adultos jóvenes y adultos medios, la indignación se canaliza hacia los maridos, y con frecuencia, también hacia las amantes como en las experiencias de mujeres mayores. Conllevan a decisiones más drásticas incitadas por ellas, aunque cabe la posibilidad de un arreglo posterior. Así en el relato de Sofía, a quien la misma amante de su marido le avisa que estuvo besándolo en el metro. Su primera reac-

ción fue de negación, aunque con la insistencia de las llamadas, Sofía confronta a su marido con un interrogatorio que termina con la revelación de la infidelidad:

> Y ya le dije: "Me están llamando, me están diciendo esto y lo otro" … Lo primero que hizo, fue aceptarlo. "Sí. Sí, Sofía, no te voy a decir que no. La regué, la regué, la regué". No creas que mi respuesta fue: "Ay, mira ¡Pobrecito!". No, le dije: "Pues agarra tus tilichitos y te me vas, porque yo no quiero saber de ti". Y: "No, espérate, Sofía. Pero es que, mira, estoy muy arrepentido". "Me vale madres". No, no fue una relación seria. Pudo cortar, pudo arreglar las cosas y ya. No, no fue una relación seria, pero a mí me dolió muchísimo (Sofía, 61 años, divorciada, académica, Guadalajara).

La reacción de Sofía es inicialmente ruda, a pesar del dolor que sentía, e implicó disposición a la ruptura, a pesar de que su padre y otros parientes trataban de convencerla de que "todos los hombres lo hacían" y que "los engaños ocurrían siempre en todas las parejas". No obstante, su relación superó este episodio de infidelidad, pero no los siguientes como veremos más adelante.

Las infidelidades masculinas parecen ser más dolorosas para las generaciones medias y jóvenes, así como incitar reacciones de confrontación más severas. Los acuerdos de monogamia dejaron de ser tácitos para ser negociados en las generaciones de adultos jóvenes y medios. De aquí que impliquen mayores decepciones para las mujeres que habían llegado a acuerdos de no traición. Yolanda narra así el impacto de las aventuras sexuales de su pareja sobre sus emociones:

> Eran con muchas parejas diferentes y no tenían un peso, así como que se vaya a vivir con una mujer o dejar a la familia por irse con otra. No, no era eso y más bien era el hecho mismo que para mí la parte de presión, por llamarle de esa manera: "¿Por qué no me dijiste?, ¿por qué no tuviste los huevos suficientes para decirme en mi cara? Ya no puedo más con esta rela-

ción, ya no puedo seguir en pareja contigo. Y me hiciste llorar sin salir de mi vida". Eso es el reclamo mío, porque ese fue el acuerdo que se rompió, que él no pudo, él no pudo llevar a cabo... El acuerdo había sido nunca llegar a traicionarnos o a no confrontar una situación en la que tú estás. Por eso fue cuando yo decidí: "Yo ya no voy a estar con él". Porque me di cuenta que el acuerdo ya había sido roto desde hacía mucho tiempo, pero yo ni lo había visto o no lo había querido ver y me hice, o sea, me hice, como dicen, "guey" (Yolanda, 58 años, divorciada, empresaria, Colima).

El perdonar una infidelidad para este grupo de mujeres de edad media supone mayores exigencias, entre las que están, algún grado de humillación masculina como muestra de que efectivamente se valora la relación matrimonial. Benito narra cómo consiguió el perdón de su esposa:

… Y así y así: "Yo te pido perdón, te pido de que lo hice". Y yo no me sentía a gusto, estaba a ocultas de que nadie lo supiera. "Si quieres perdonarme o me voy de la casa, si no yo me quedo". Y ya me dijo: "Sí te perdono, vente", y llegué a la casa y me dijo "Pídeme perdón hincado" y pues me hinqué, le pedí perdón y le dije por qué y por qué y por qué… (Benito, 58 años, casado, jubilado, Colima).

Desde la perspectiva masculina, las amantes se disfrutan con intensidad, pero cuando representan una amenaza para la estabilidad de la pareja formal y la vida familiar se convierten en un estorbo del que hay que deshacerse. Para las amantes, el comportamiento de su hombre casado puede ser un enigma e implicar las ansiedades de un abandono que se vive como repentino. Esto lo podemos deducir del relato de Martín sobre cómo terminó su relación con una de sus amantes. Su estrategia para poner fin a la relación fue el bloquearla de todos lados, negarse a recibir mensajes, contestar llamadas, atender recados, etc.:

> Y así pasó el tiempo. Pasó el tiempo y yo tomé la decisión y la bloqueé de todos lados. Me marcaba y me decía la señorita secretaria: "Ingeniero, le marcan" –yo trabajaba en la empresa, todavía–… Me buscó mil veces. O sea, así, porque yo me daba cuenta. Me daba cuenta cuando los recados que me dejan… Ella se llama Lulú. Entonces, que me llama Lulú, porque me dan los nombres, los apellidos y la madre. Dejaba sus teléfonos y todo. Siempre los hice a un lado (Martín, 54 años, casado, empresario, Guadalajara).

De acuerdo con este relato, podemos presuponer que una gran parte de las aventuras sexuales extraconyugales, habituales en los hombres comprometidos y novedosas en las mujeres, tienen las características que Bauman (2003) identifica con el amor líquido. Son relaciones de consumo, basadas en el anhelo de explorarlas por "ganas", equivalentes a un juego con riesgos o a una compra momentánea, y por supuesto, desechables fácilmente.

Si bien las aventuras sexuales tendieron a ser toleradas por los tres grupos de edad, con sus diferencias de grado y con ambivalencias emocionales, no ocurrió lo mismo cuando se trataba de relaciones paralelas o de amantes de mayor largo plazo, al menos en algunas mujeres que anhelaban respeto y fidelidad. Ahí el balance es más negativo en términos de afectaciones emocionales y consecuencias relacionales, aunque también susceptible de ser negado y olvidarse, a pesar de las evidencias. En estas relaciones extraconyugales, hay un contacto continuo, años de relación, puede haber hijos con una o más mujeres. Para García (2021) las "dobles vidas" o las relaciones extraconyugales de larga plazo "Son un campo de observación particularmente relevante de las modalidades de producción del género en la medida en que se trata de diadas amorosas forjadas al margen de la institución conyugal". Su hipótesis es que la "igualdad de género se debilita en estas configuraciones".

El silencio masculino y las confrontaciones femeninas

Las relaciones paralelas si bien son vínculos más estables, que las aventuras, algunas veces afectan a la pareja oficial de manera profunda. Pueden pasar varios años, antes de que las mujeres o los hombres se enteren y suponen una disminución de la confianza y la expresión amorosa. El relato de Fátima narra que sospechó de una infidelidad cuando contestó el celular de su marido y la conversación supuso revelaciones, que no alcanzó a comprender del todo, pero le generaron dudas y preguntas hacia su marido que él evadió con varios "no sé":

> Hace mucho yo contesté su celular y me contestó una señora: "¿Se encuentra fulanito?" "Sí, permítame". Se lo pasé: "Te hablan". "No, pues no sé señora, que lo lleve al doctor, ahorita le llamo". "Ah es que fíjese que el hijo de mi hija". O sea, la señora quería que yo supiera, pues no sé si andaba con ella. Yo me imagino que sí, porque le habló para decirle que su hijo estaba enfermo. "¿Qué que hacía?"… Él se molestó y le dijo: "Pues yo no sé señora, pues es su nieto, llévelo". A caray le dije: "¿Aquí de qué se trata o cómo?". "No, no, no sé. No sé ni por qué me habló". "Ay bueno –le dije– Genaro ¿tú me ves la cara o qué? Si te habló para eso es porque hay una cercanía, tan cercana que te dijo que qué hacía, o a lo mejor necesitaba dinero para llevar al niño al doctor". "Pues no sé por qué me habló" y no lo saqué de ahí, ya ni me quise desgastar. "Nomás te digo que no estoy de acuerdo, para que tus cuentas saques, punto" (Fátima, 65 años, casada, abogada, Colima).

En otra historia, contada por Saidi, vemos que la relación paralela es revelada incidentalmente porque se cae del portarretratos y se salen dos fotos, una foto con miembros de la familia oficial y la otra de la familia secundaria, ocultada por la primera. No obstante la evidencia, la confrontación, el varón con una "doble vida" se negó a abordar el asunto de manera definitiva, pretendiendo que no sabía quienes eran las de la foto oculta ni cómo es que había llegado a su portaretrato. Su esposa, por otra parte, finalmente tampoco insistió en el tema:

> Cuando él se fue a Estados Unidos, regresó y, en un portarretrato … tenía a mis hijas y a mí; se cayó el portarretrato y salió una foto de una muchacha con una niña. Yo le pregunté a él: "¿Quién es?". "No sé". Le dije: "¿Quién es? Está en el portarretrato en que tienes a tus hijas". "No sé. No sé". Y, de ahí, no lo saqué nunca. Y hasta la fecha, no sé, y él tema pues ya quedó, pero él, nunca. Y yo, así: "¿Cómo no vas a saber quién es?" Tú lo debiste de haber puesto. "No sé, no sé, no sé", y, de ahí, no lo saqué (Saidi, 38 años, casada, empleada doméstica, Guadalajara).

Este tipo de reacciones masculinas entran en la categoría de lo que García (2021) denomina como el "silencio de los hombres" que sigue siendo "…doloroso, indescifrable y ansioso para las mujeres" (p. 58). Este silencio se impone con las amantes como ha encontrado García (2021), pero también con las esposas, como hemos visto en los relatos de Fátima y Saidi.

Las relaciones paralelas son más difíciles de soportar que las aventuras sexuales. En algunos casos se mantienen, pero con consecuencias relacionales negativas, mientras en otros conllevan a la ruptura definitiva. Descubrirlas lleva tiempo, pero cuando se conoce que es algo más que una aventura, las posiciones femeninas se endurecen y se activa la disposición a la ruptura como el único camino para recobrar la dignidad. Así en el caso de Sofía quien descubrió en más de dos ocasiones que su marido se veía o tenía una relación con alguien más. La primera a partir de una llamada de la amante, la segunda a partir de una foto que encontró entre sus cosas y la tercera porque descubre que mantiene una relación con la vecina (esta última es la que genera la ruptura). En este testimonio narra su reacción ante el segundo descubrimiento:

> Me dio una rabia… Pero una rabia… Y voy y le abro la puerta del baño, y le digo: "Y esto, ¿qué es?" Ya sabes, al otro se le frunció todo, hasta arriba y, luego: "Sofía, es que…" Y yo: [suspiro]. Y yo, así de: "¡No te lo voy a perdonar! ¡Es que ya no te voy a perdonar! ¡Te lo dije la última vez!". Porque la vez anterior le dije: "Esta es la primera y la última que te voy a aguantar.

Yo no soy para aguantar. No soy. No puedo, no está en mí. No puedo" (Sofía, 61 años, divorciada, académica, Guadalajara).

Estos episodios de infidelidad masculina, a pesar de haber generado reacciones de confrontación y de advertencia por parte de Sofía, no culminaron con la ruptura de pareja. Fue necesario un tercer episodio en el que, podemos presumir que nuestra entrevistada se da cuenta que no se trata de una aventura sexual sino de una relación con mayor alcance, lo que aquí nombramos relación paralela. Este episodio ocurre en los meses posteriores al descubrimiento de la foto. El relato muestra que Sofía instaba a su marido a parar la otra relación, advirtiéndole que no lo perdonaría ni lo aguantaría, aunque abría la posibilidad de continuar si él aceptaba concluir la otra relación. Al ver a su marido despedir a su amante, notar que habían visitado su departamento cuando ella estuvo fuera de casa por vacaciones, comprendió que esa relación no iba a terminar y decidió cerrar las puertas de su casa para su marido y no dejarle entrar más, ni siquiera a sacar sus cosas:

Un día que lo vi que lo estaban despidiendo abajo, fui y le puse cerrojo a la puerta [risas], y me tocó y me tocó, y no le abrí. Y ya me habló por teléfono y le dije: "Sí, efectivamente, no te abrí porque ya no quiero que estés conmigo. Te vi que te despidieron abajo"… Le decía yo: "Es que arregla tu situación. O sea, está bien, podemos seguir juntos, pero arregla tu situación". "No puedo. No puedo dejarla, Sofía. No puedo". Haz de cuenta que… pues que yo me di cuenta de eso, como noviembre, diciembre y, entonces, en abril, todavía estábamos juntos… [Después de unos días de vacaciones] cuando regresé, me di cuenta que tenía las visitas al departamento. Y, entonces, yo, así: "No, no, no, no, no, no". O sea, todo iba así, como de mal en peor … Y le dije: "No. Yo ya, de verdad, no estoy para aguantar estas cosas"… Me sentía muy enojada, muy denigrada; me sentía horrible; me sentía desplazada, totalmente. O sea, después de que sabes que eres el centro, el centro, el centro, el centro y, después, así como que nada, no pintas… Y aparte con un cinismo… Un cinismo que dices tú: "¡¿Qué onda?!" …Entonces hasta

que ya dije: "Ya. Sabes que ahí muere". "Ya, bye. Ya, ya no te quiero aquí. Ya". Me dijo: "Sí, está bien. Nada más, déjame sacar mis cosas". Y yo: "Ah, sí." Y ni siquiera lo dejé pasar, ¡eh! O sea, le agarré sus cosas, se las metí en maletas, porta trajes, le dije a la chica que nos ayudaba: "Va a venir el señor tal día, a tal hora". Ahí en la puerta déjale todo. Si quiere que le ayudes, lo ayudas a bajar y ya, no quiero verlo (Sofía, 61 años, divorciada, académica, Guadalajara).

La riqueza y vivacidad del relato de Sofía nos permite comprender la complejidad emocional que implican las infidelidades masculinas cuando la fidelidad se asume como una meta relacional y se acuerda de modo explícito. Pasó por lo menos por tres episodios de sospecha/descubrimiento de la infidelidad de su marido, los dos primeros, interpretados inicialmente como aventuras, y el tercero que constata una relación instalada. En estos episodios ella pasa por momentos de duda, de negación, de rabia, de confrontación y advertencia, de súplica para que él terminara su relación, de disposición a arreglar las cosas, hasta que decide la separación y la actúa de manera contundente.

Aquí vemos las tensiones entre metas relacionales de fidelidad vs metas de permanencia (aunque eso signifique aguantar o perdonar) que avivan el sufrimiento y son incentivadas también por otros actores sociales que se pronuncia al respecto (el padre que quería convencerla que la infidelidad ocurre en todos los matrimonios). También calibramos la rabia que se genera no solo frente a los actos de infidelidad en sí, sino ante la denigración, la pérdida de una posición "central" o prioritaria, el desplazamiento que implicaba a su persona, y por el cinismo con el que actuaba su marido (pretendiendo quedarse con las dos).

En mi opinión, Sofía representa el tránsito femenino hacia nuevas metas relacionales, en las que la permanencia no es lo esencial, sino más bien el respeto hacia su lugar social como esposa, lo que implica fidelidad. Muestra también la emergencia de una ética más estricta impulsada por las mujeres, en la que los acuerdos de fidelidad se explicitan y si no se cumplen, ellas actúan de manera decidida hacia la separación.

El marido de Sofía, por lo que se puede observar en los diálogos que cita o reconstruye la entrevistada, estaba buscando un acuerdo relacional distinto, donde todas las ventajas las tendría él, pues pretendía quedarse con la esposa y con la amante, sin importar el caos emocional que estaba viviendo la primera.

Cuando las mujeres otorgan mayor importancia y valor a la fidelidad, como muestra de respeto, confianza y prioridad, los varones tienen que ser más hábiles para mantener sus relaciones extramaritales en secreto y concluirlas si es que se anticipa que amenazarán a la relación primaria. En este escenario, las amantes que más se desean, no solo son las más atractivas, sino sobre todo las más discretas, las que no pretenden disputar el lugar de la esposa.

Infidelidades femeninas unilaterales y mutuas

Algunas mujeres en los tres grupos de edad (adultos jóvenes, medios y mayores) también han sido infieles a sus maridos, sobre todo, en el formato de aventuras sexuales, aunque con escasa frecuencia. En el corpus de entrevistas solamente encontramos dos casos posibles de infidelidades femeninas unilaterales contados directamente por ellas, aunque un análisis más detallado muestra que más bien implicaron un ejercicio de libertades sexuales que sitúan sus relaciones extradiádicas como algo diferente a la infidelidad: Ana (48 años) y Otilia (65). También identifiqué solo un caso de infidelidad unilateral femenina durante el noviazgo contada por uno de nuestros entrevistados y que implicó la ruptura de la relación (Héctor, 36 años). De modo, que podemos decir, que la unilateralidad de las infidelidades masculinas fue muy frecuente, pero no así en las femeninas.

Las infidelidades de las mujeres más frecuentes fueron las que ocurrieron en matrimonios o uniones en las que estos actos fueron mutuos, sea que hubiesen sido iniciados por los varones o las mujeres. Son casos de infidelidades mutuas, en los que uno de ellos fue infiel, y en venganza o correspondencia, o simplemente como coincidencia, el

otro también lo fue. Este tipo de infidelidades recíprocas fueron las más frecuentes después de las infidelidades masculinas unilaterales.

Las infidelidades femeninas unilaterales, en nuestro corpus de entrevistas, no fueron frecuentes. De hecho, los dos casos que identifiqué (Ana y Otilia) no son claramente de infidelidad. En el caso de Ana porque la aparente infidelidad ocurre frente a un hombre casado que obviamente no tiene con ella un pacto de exclusividad (al menos en los hechos) y que ella define como alguien con quien "está saliendo, pero nada serio", aunque efectivamente ella se relaciona de manera sexual a través de textos e imágenes con otro hombre que no es su amante. Y el de Otilia cuyas relaciones fuera de la unión conyugal ocurrieron bajo un acuerdo tácito de libertad sexual, a pesar de ser una entrevistada del grupo de adultos mayores:

> Te digo, no es que nos hayamos dicho: "Nuestra relación es abierta ¿eh?". No lo hemos dicho, ¿sí?, pero hay principios … Si estamos juntos es porque hay mucho más que un acostón de uno o de otro fuera de la relación. No sé si me explico. Sí tuve alguna vez. De él no puedo hablar... De mí sí, alguna vez, alguna vez sí hubo, hubo alguien ahí que, que nos vimos mucho más de una vez ¿no? Y sí había como un cierto atractivo ¿no? Posteriormente hubo otra situación, pero no hubo una relación sexual, fue una relación emocional. Yo me enamoro de los intelectuales, de la gente fregona. Entonces mutuamente nos gustamos muchísimo, pero era una conexión intelectual muy padre, muy bonita, y duró un buen rato, pero no relación sexual ahí, es de esas conexiones que se dan, ¿no? (Otilia, 65 años, unión libre, psicóloga, Colima).

Estos casos, como en otros que veremos más adelante, convergen con la observación de Natalia Tenorio de que "no todas las relaciones extramaritales son consideradas como infidelidad" (2012, p. 47), aunque no es común que sea un tema de conversación abierto y amplio entre las parejas.

Como hemos visto, una multiplicidad de relaciones extra ocurre a través de mediaciones tecnológicas, sea el teléfono de casa, el celular o los mensajes de texto, aunque ya estén unidas, casadas o en parejas clandestinas. Esto ha sido clave especialmente para las mujeres. En el caso de Ana, su incursión en una relación extradiádica fue exclusivamente digital y ocurrió hasta que pudo salir de un matrimonio violento y durante una relación clandestina con un hombre casado. Con "vergüenza" admite haberse "divertido" con alguien más a través de textos e imágenes eróticas, aunque tiende a quitarle importancia acusando que los hombres también lo hacen:

> Tuve un pretendiente que era puro Messenger… Somos adultos hasta me enseñó su miembro: "¡Ah! –y yo así– ¿queeeeé? ¿eso de quién es?". "Mío". Y si te soy honesta o sea los hombres –yo siento– que al mismo tiempo chatean con muchas chicas y, pues, yo en su momento también. O sea me da vergüenza decirlo, pero también me divertía, pero pues igual fue algo así (Ana, 48 años, separada, empleada doméstica, Guadalajara).

Implícitamente Ana reconoce haber incurrido en actos de seducción digital con un hombre que no es su pareja actual [un hombre casado], demandando tímidamente derechos sexuales similares a los de los varones. Con estas incursiones digitales en el sexting las mujeres pueden escapar al control social del deseo y el placer femenino, siempre limitado normativamente a una relación diádica y a exigencias de virtuosidad (sexo en el matrimonio o unión; o sexo con amor). La meta de "divertirse" con un chat erótico tal y como hacen los hombres implica la apertura femenina hacia una sexualidad lúdica, pero no aceptada/legitimada por otros. Por esta razón se trató de una práctica secreta:

> [Dime ¿tienes secretos con tu pareja?] Actualmente, lógico. Uno que otro como ese que estaba en Messenger con el otro. Pero pues, o sea, nada grave, nada más (Ana, 48 años, separada, en relación informal, empleada doméstica, Guadalajara).

Sin embargo, la posición de Ana frente a estos actos es ambivalente, pues está entre que le avergüenza decirlo y lo califica como algo sin importancia. Su propia definición de infidelidad muestra que serían actos incipientes de la misma, aunque su relación actual no es una relación formalizada (su pareja tiene a su esposa y a ella):

> Pues que implique ser infiel estar con una persona y tener otra. Tener dos al mismo tiempo. Desde una llamada, que le están coqueteando y que le estás cerrando el ojo. Para mí desde ahí empieza la infidelidad (Ana, 48 años, separada, empleada doméstica, Guadalajara).

Los varones también relataron descubrir que sus mujeres no fueron honestas y entablaron una relación con terceros, aunque solo en un caso fue unilateral. Así en el caso de Héctor, quien mantuvo una relación a distancia con una novia que se fue a estudiar al extranjero. El reaccionó con decepción y coraje, aunque vivió su duelo y decidió una separación definitiva:

> Se fue a España e intentaba yo comunicarme con ella y no tenía tiempo, no podía y así fue hasta que me enteré que ya estaba saliendo con alguien más. [A través de las redes sociales, ¿cierto?] Sí… Me sentí defraudado y la verdad con mucho coraje ya al final. Sí me molestó mucho la forma en que lo hizo, porque sí regresó y hablamos, pero para ese entonces yo también ya había pasado por un duelo completo y ya tenía mi decisión tomada (Héctor, 36 años, unión libre, empleado, Guadalajara).

La reacción de Héctor ilustra la mayor disposición de los hombres a la ruptura de pareja frente a sospechas de infidelidad o infidelidades constatadas, si bien hay que tomar en cuenta que su relato fue con respecto a una relación de noviazgo.

Las infidelidades mutuas y los matrimonios semifelices

Pamela Haag (2013) ha inventariado diferentes tipos de matrimonios en la sociedad estadounidense, algunos de los cuales podemos reconocer también en México (ver Cacho, 2014). Los tipos más proclives a la infidelidad serían justamente los matrimonios semifelices, que contrastan con los felices y los desdichados. Se trata de matrimonios en los que las cosas no están tan mal como para anhelar la separación a toda costa, pero tampoco están bien en términos de satisfacción personal. Este tipo de matrimonios son el caldo de cultivo de las infidelidades sexuales y emocionales, sobre todo femeninas, en conjunto con el aumento de oportunidades para relacionarse con terceros a través de medios de comunicación analógicos o digitales. En nuestros relatos, en las infidelidades femeninas también cobra importancia la experiencia de haber sido engañadas, lo que las autoriza y anima moralmente a incursionar en la extraconyugalidad.

En este sentido, Rosa, interpreta la infidelidad de su marido y su incipiente interés por otro hombre, como evidencia de que algo no iba bien en su matrimonio. Así su relato:

> Y vamos siendo francos, llegó un momento cuando estábamos casados [que] me interesé con alguien, que no pasó nada, pero pues sí me movió el tapete pues. Y eso a mí me da a entender que sí estábamos los dos como muy fuera del matrimonio. Lo que más me dolió es que no me dijera, como la mentira. Esa es la parte que a mí me dolió porque no me gustó enterarme por otras terceras personas (Rosa, 52 años, separada/volvió con el marido, psicóloga, Guadalajara).

Este relato también deja entrever que es más dolorosa la transgresión al anhelo de honestidad que de exclusividad sexual. Esto como veremos después está cobrando más importancia en las ponderaciones de las infidelidades.

En los siguientes relatos, veremos casos de mujeres y hombres que fueron infieles, como respuesta a las infidelidades de sus parejas. Cabe

destacar que observamos diferencias en los modos de narrar la infidelidad propia y de la pareja entre mujeres y hombres. Las mujeres que a lo largo de la entrevista narraron infidelidades mutuas (de ellas y sus maridos), destacaron en sus relatos sus experiencias como ejecutoras de actos de infidelidad más que como víctimas de los mismos. Los hombres, en cambio, narraron con un énfasis inverso. La mayor riqueza y vivacidad de sus relatos corresponden a los que los sitúan en posición de víctimas en aras de justificar venganzas, reproches o su incapacidad de perdonar.

En su matrimonio, María no se ha sentido plena con su marido, ni sexual ni emocionalmente. Esta insatisfacción, aunada a la facilidad de contactar a otros por medios sociales, fueron factores claves para su incursión en la extraconyugalidad. Ella ha tenido dos experiencias extraconyugales estando casada con un hombre, a quien actualmente se refiere solo como el "padre de sus hijos" aunque siguen viviendo juntos. También tuvo noticias de infidelidades de su marido que fueron descubiertas por la revelación de terceros. Contrariamente al actuar masculino típico, en su primera experiencia María se fue de la casa conyugal para estar con su nuevo enamorado, aunque finalmente regresó por sus hijos pequeños y reveló su relación extramarital. Pudo continuar con su matrimonio. En la segunda ocasión, la que vive en el momento de la entrevista, ha sugerido a su esposo que tiene a alguien más de modo implícito, a través de negarse a tener sexo, ser fría y distante, activando las sospechas de su esposo, pero sin darle la certeza:

> [¿Han tenido alguna plática respecto a pactar relaciones abiertas?] Sí, sí yo –en el dos mil catorce, no, en el dos mil quince– conocí a una persona, me enamoré de ella, de un hombre, de un amigo. Y entonces, este yo, yo iba a dejar la casa, porque ya no quería estar con él y a final de cuentas me regresé y no pasó nada. Entonces él me preguntó que qué había pasado, y yo le dije: "La verdad es que me enamoré de alguien", pero pues, me quedé por los niños, o sea, él se enteró. Y ahorita, pues, yo sin querer, involuntariamente he dado muchos indicios, pues no tenemos sexo, soy muy fría con él,

> distante, entonces, yo creo que él tiene muchas sospechas, pero no lo sabe, o sea, no tiene la certeza (María, 32 años, casada con relación extramarital, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

En esta segunda ocasión María ha decidido llevar su relación extraconyugal sin dejar a su familia, aunque comunicando rechazo al marido. Curiosamente, en el caso de María, sus posibilidades para la extraconyugalidad no han estado limitadas por el esposo, quien de alguna manera las ha tolerado, sino más bien por los hijos.

Si bien en la entrevista de María, su relato destaca sobre todo su propia incursión en este tipo de actos y relaciones, también narró haber descubierto que su marido "andaba con alguien más" a través de un mensaje de Facebook que le enviaron a su hermano. Este descubrimiento afectó su relación hasta en los rituales de despedida cotidianos:

> Yo a él, desde que descubrí que andaba con una chica del trabajo ya no le digo te amo. O sea, cuando hablamos por teléfono antes: "Ay, adiós, te amo". Y desde esa vez ya no. O sea, yo lo agarré de pretexto para no decirle te amo ya, pero pues. [¿Eso quiere decir que le decías "te amo" pero no lo sentías en realidad?] Sí, no lo sentía, entonces, después de que yo me enteré de eso y que él supo que yo me enteré, pues ya no le digo y ya no siento el compromiso de tener que decirle "te amo" ¿no? Pero ¿ahorita fingidos?, pues no. O sea, no me siento obligada a ser cariñosa porque en realidad no lo soy, entonces no (María, 32 años, casada, ama de casa, estudiante, Guadalajara).

En los relatos de nuestras entrevistadas, lo más próximo a una relación paralela lo encontramos en Jimena, quien durante varios años de casada y después de divorciada, se relacionaba intermitentemente con una pareja extraconyugal con quien tenía amistad y sexo ocasional. Este vínculo perduró más que el matrimonio. Su relato es el siguiente:

> Sirvió mucho porque nos encontrábamos así, en los momentos que queremos, que podemos, y estamos únicamente para platicar… a distancia. Y no cambia, porque es así, como las grandes amigas, ¿no? Que puedes dejar de verlas, no sé, un año, cosas así, y hablas o la encuentras… Fueron muchos años, porque yo lo conocí a los 29 años y me divorcié como a los 45, aproximadamente. Entonces, teníamos, digamos, una relación continua, frecuente y, posteriormente [a su divorcio], pues también, ¿no? (Jimena, 65 años, divorciada, académica, Guadalajara).

La relación extraconyugal de Jimena era a distancia. Vivían en ciudades diferentes y fueron, como ella dice, "siempre una pareja clandestina":

> Buscábamos momentos de encuentro, lugares intermedios, me avisaba: "Voy a estar en tal lugar". Conforme fue pasando el tiempo, lo tomamos los dos con más tranquilidad, y fue ese otro estilo de relación que yo creo que sirvió mucho, ¿no? (Jimena, 65 años, divorciada, académica, Guadalajara)

Después de su divorcio, Jimena mantuvo esta relación, ocupando ahora el papel de la amante de un hombre casado. Su relato marca que se trata de una relación de compromiso, pero no tradicional. Así lo detalla:

> Porque te comprometes en esa relación, pero no es un compromiso tradicional, ¿no? Y yo no me veo en una relación tradicional. Es decir, para mí, a estas alturas, yo estoy bien consciente que me sería muy difícil una convivencia de 24 horas, ¿sí? En otro momento eres como mucho más maleable, más adaptable. En este momento, para mí, estas son las relaciones ideales. Es decir, tú, tu espacio… Y, en este sentido, también es el acuerdo con él. "Ni yo voy a dejar mi familia, mi país, mi trabajo, mi casa y todo; ni tú vas a dejar lo tuyo", ¿no? (Jimena, 65 años, divorciada, académica, Guadalajara).

Como puede verse, este tipo de relación paralela tiene un sentido distinto, menos invasivo, amenazante, a la relación oficial, aunque su relato no aborda si esta fue descubierta o tuvo algo que ver con su divorcio.

Otro tipo de relaciones íntimas emocionalmente, la encontramos con Saidi, cuyo caso cité anteriormente. Ella durante un periodo de su vida mantuvo una relación telefónica con otro hombre que disfrutaba por la conversación y la intimidad emocional alcanzada, aunque fue descubierta por algunos mensajes de texto que vio su marido. A raíz de eso, ella terminó su contacto, principalmente telefónico, con la otra persona. Nótese que en este caso, como en el de Ana, la extraconyugalidad sobre todo implicó interacciones mediadas, como fueron llamadas por celular y mensajes de texto, y en el caso de Jimena, de manera similar, aunque con encuentros presenciales más o menos periódicos.

Los relatos de varones sobre las infidelidades femeninas, sobre todo de adultos medios, muestran que en el género masculino la meta de obtener la fidelidad femenina es muy importante para su autoestima, su reputación pública, y el balance de su relación en términos de costos y beneficios. En lo general, podemos ver que las vivieron con mucho dolor, con sentimientos de incredulidad o injusticia porque se sentían buenos proveedores, y bajo la incapacidad de perdonar y olvidar; predominaron el enojo, el resentimiento y la venganza, aun y cuando aceptaran continuar con la relación. Estos aspectos podemos notarlos con claridad en el testimonio de Javier:

> Ella me engañó con otra persona y pues me dolió mucho. O sea, me dolió muchísimo porque siempre lo veía en esa valoración del sacrificio ¿no?; de no haber terminado, o no haber hecho bien mi licenciatura… habiéndome quedado a trabajar en un lugar que no me gustaba, mi obligación de mantener a la familia, y de que vi muchas de mis expectativas truncadas. Entonces cuando eso pasó, pues yo me sentí muy mal pagado. Fue muy feo, me dolió mucho, …no lo olvido ¡eh!, no lo olvido, fue un parteaguas, muy, muy, fue terrible… Me sigue doliendo mucho, no creas que ha sido supe-

rado, me molesta, y a la primera provocación lo saco… porque no se me olvida. Yo a veces creo que ella también no se decidió [a irse] por la cuestión familiar y regresó. Ella dice que valoró y terminó concluyendo que se había equivocado, y que a quien realmente quiere es a mí. Ella lo confiesa. Dice: "Es que a quien quiero es a ti, y a quien siempre he querido es a ti. Lamento mucho haberte hecho daño, pero pues ya lo hice, o sea, es algo que no puedo revertir. Ya lo hice y pues te llevé entre las patas y te hice mucho daño y me sentí mal, pero nunca te dejé de querer" (Javier, 63 años, casado, académico, Guadalajara).

Como se puede observar, a pesar del dolor de sentirse "mal pagado", finalmente él aceptó volver con ella, aunque eso implicó que ella ratificará su preferencia por él y aceptara que ante cualquier conflicto él podría continuar reprochándole su "engaño" y, por supuesto, engañarla también. Actualmente Javier tiene una relación paralela desde hace cinco años donde lo más importante es la compañía y el apoyo que recibe de su amante, más que el sexo. No obstante, ante la disyuntiva de continuar con su matrimonio sin amor (o quizá semifeliz), pero estable, o irse a vivir con su amiga/amante, él pondera quien de ellas le podría garantizar cuidados y apuesta por su esposa:

[Explicando el por qué no quiso irse a vivir con su amante] Le dije: "No… discúlpame, pero no". "¿Por qué no?". Le digo: "porque yo traje un equipaje muy grande y estoy enfermo y no está bien… ¿qué garantía tengo yo de que me enferme y tú me vayas a cuidar?". Sin embargo, con… la mamá de mis hijas pues sí siento esa confianza (Javier, 63 años, casado, académico, Guadalajara).

En la comparación entre su esposa y su amiga/amante está también la cuestión sexual. Javier narra que el sexo con su esposa es mejor que con su amiga, quien se resiste a tenerlo con él. En su relación, la amiga/amante le anima a irse a vivir con ella con la promesa de que habrá sexo:

> Me dice: "No, es que, si vivimos juntos, te cumplo todo" [sexualmente hablando]. ¡Qué curioso! ¿no? Dije: "No, pues no, mejor no me cumplas nada, viva la paz" (Javier, 63 años, casado, académico, Guadalajara).

La posición implícita de la amante/amiga de Javier es de rechazo a una posibilidad relacional sin compromisos, en la que el sexo se intercambia sin mayores reparos, y más bien, clama por una relación en la que el sexo forma parte de una negociación difícil que implicaría el compromiso de una vida común. De parte de Javier, su razonamiento muestra que teme perder lo invertido en su esposa para garantizarle cuidados en el futuro.

El valor de la relación extraconyugal de Javier está en la compañía, la conversación, el apoyo emocional y el ánimo que le ha brindado para lograr metas propias como "bajar de peso", "dejar de beber" en grandes cantidades, "cuidar su salud" y "hacer ejercicio". Pero, como pudimos observar, no está dispuesto a dejar su relación marital por la promesa implícita de que será cuidado si su enfermedad se agrava.

El perdón masculino, en contraste con el femenino, no es tan fácil de conseguir para las mujeres que han sido infieles. Algunos hombres ven amenazada su autoestima, su reputación, por lo que mejor optan por la "guerra" si la relación continúa (como veremos después en el caso de Joel) o por la separación como narra Benito, aunque realmente solo tenga indicios menores. En este último caso, su mujer se reencontró con el padre de sus dos primeras hijas, propiciando que él manifestara su disposición a separarse (lo cual finalmente no hizo):

> El señor con el que tuvo las dos niñas primero, regresó de Estados Unidos que porque su esposa se le había muerto … Vino y [mi esposa] empezó a verse con él a escondidas. Cuando yo los descubrí que se veían a escondidas dije: "Bueno a lo que veo, no más la relación. Estás joven, estás guapa, te sobran quien te hable, te sobraría quien anduviera contigo. ¿Qué te parece si mejor nos dejamos? Porque no aguantaría yo que me digan que este ¡allí va el cornudo en la esquina!, que me griten o algo. La gente lo va a saber".

> Entonces: "Ahorita que ya vi que te bajaste de la camioneta de él, pues lo mejor es que busque un abogado y nos divorcie" (Benito, 58 años, casado, jubilado, Colima).

Lo curioso es que Benito había sido infiel a su esposa con anterioridad, había sido perdonado sin grandes afectaciones relacionales, pero según su propio relato, estaba dispuesto a concluir su matrimonio en aras de no ser estigmatizado como cornudo. En realidad, su relato no explicita si el reencuentro de su esposa con el padre de sus hijos avanzó hacia algo más. Pareciera que no.

Los relatos de infidelidades propias de Jonás y de su pareja muestran cómo estos episodios van marcando la relación, minando la confianza entre la pareja, así como paulatinamente el miembro engañado inicialmente se siente autorizado para también relacionarse con terceros. En sus historias podemos ver que él fue quien inicialmente fue infiel a su pareja, fue descubierto por mensajes cariñosos en su celular a los que accedió su pareja. Ese descubrimiento minó la confianza de su mujer y le dio motivos de recriminación durante años. Jonás expresa ambivalencia ante la actitud de su mujer posterior a la infidelidad:

> "Güey, pues aguanta vara. La neta es que yo lo provoqué. Aguanta vara". [Cuando él mismo]… se portaba mejor, también decía: "No, es que ¡qué pesadilla andar aguantando esto!" (Jonás, 41 años, separado, abogado, Guadalajara).

Según el relato de Jonás, se mantuvieron juntos por los "ratos buenos" aunque para él seguía el "fantasma de esa situación" y asumió la estrategia de seguir "saliendo con amigos y amigas", contándole a su mujer "verdades a medias" a pesar de que [ella] no le estaba siendo infiel todavía.

Otro episodio de infidelidad de Jonás comienza con el coqueteo con una mujer casada, "una chava muy guapa" que le "tiraba la onda" y a él "no le desagradaba". Esta mujer casada incita a que se conozcan

su marido y la esposa de Jonás, quienes después del encuentro inicial comienzan a relacionarse entre sí:

> ¡Tenga, la venganza!, pues, porque ellos se empezaron a conocer y pasaron unos… no sé, cuatro meses, cinco, y ya se daba el tema este de que yo ya tenía broncas con el tema del dinero. Entonces, entre que eso… se conocieron y ella me dijo: "¿Sabes qué? La verdad es que pues, contigo, no me siento chido". Nunca me dijo por qué. Medio yo suponía, pues, pero ya dije: "Bueno, pues ya". Ella se fue, se fue a vivir a casa de su mamá, yo me quedé solo en el departamento que rentábamos … pues ya, ella experimentó esa relación, por ahí, este… estuvo un rato con esa persona… [¿Y él se separó de su chava?] Como que le decía, pero tampoco se aventaba el tiro. Ella misma le dijo: "¿Sabes qué? Pues si no lo vas a hacer, pues tampoco a mí me interesa tanto". Y ya, pues pasaron, este… meses, yo creo, y cuando ella, este… pues como que me hablaba, pero ya, como con otro tipo de interés, cuando yo ya estaba un poquito más desconectado de eso. Al principio, sí me dolió, así como: "Chale". Ya, después, este… como que dije… Pues yo ya estaba a gusto, pues, como [risas] disfrutando, ahora sí, de la soltería. Pues ya, así, me di vuelo, o sea, con una, con otra y dije: "También está chido esto, ya no estar con ella, pues" (Jonás, 41 años, separado, abogado, Guadalajara).

En el relato de Jonás, también encontramos que él pudo constatar la infidelidad de su esposa por un chat que descubrió su hija y se lo compartió. De esa manera él pudo confirmar lo que ya intuía sobre su separación:

> No sé cómo me enteré, no estoy seguro. Creo que mi hija como que me compartió… Como que tenían un teléfono y su mamá se lo enseñó y mi hija vio unos chats con alguien, con esta persona, y me dijo: "Papi, esto pasa". Y dije: "Chale". Le dije: "Morra, la neta, nunca fuiste muy honesta, esto y esto otro". Y hasta entonces, me lo reconoció. O sea, pero nunca me lo dijo de frente. Yo suponía, pero nunca me lo reconoció (Jonás, 41 años, separado, abogado, Guadalajara).

En los episodios de infidelidades mutuas narrados por Jonás podemos ver cómo la infidelidad masculina es tolerada, más no perdonada por su esposa (se la reprochaba cada vez que podía). La relación pudo continuar, aunque con conflictos de confianza. Más adelante, cuando Irma, su esposa tiene una oportunidad de relacionarse con un tercero, es infiel unos meses y decide separarse aunque no explica el motivo. No obstante, la relación extraconyungal de Irma era con un hombre casado que finalmente no se separó, y eso contribuyó a la ruptura de la incipiente relación. Jonás, si bien sufrió la separación, rápidamente mejoró su ánimo al recuperar su soltería y la libertad sexual que la acompaña, sin perder el contacto con sus hijos que se quedaron con ella.

La incursión en la extraconyugalidad supone un conflicto entre metas de pareja (irse a vivir con el o la amante) y metas familiares (continuar con la familia y los hijos). En el caso de las mujeres casadas o unidas con amantes igualmente comprometidos, ellas tendieron a optar inicialmente por la separación o el divorcio con la esperanza de iniciar una nueva relación, pero ellos más bien decidieron quedarse con las esposas y los hijos. Así fue en el caso de la esposa de Jonás, quien apostó por separarse esperando correspondencia de su amante, pero esto no ocurrió; su amante prefirió continuar con su familia oficial y ella decidió mejor quedarse sola (aunque también pretendió regresar con Jonás, pero él no aceptó). Lo mismo ocurrió con la esposa de Javier, quien lo abandonó por seguir a su amante, pero finalmente volvió pidiendo perdón y diciendo que a quién en realidad quería era a su esposo. Javier, por otra parte, después de su infidelidad, ya no le fue tampoco fiel e incursionó en una relación paralela que ya lleva cinco años. Y finalmente, en el primer caso que expuse de infidelidad mutua, el de María, vemos que enfrentó un dilema similar y decidió abandonar su hogar en aras de seguir sus metas relacionales, pero finalmente volvió por sus hijos, aunque no narra si en esa decisión también importó alguna decepción con su amante. En un segundo episodio de infidelidad, María decidió continuar con su marido y familia, aunque con mucha distancia emocional y con una constante amenaza de su parte de que el fin de su

matrimonio o unión está cerca. Cabe destacar que las infidelidades de María fueron respuestas a un matrimonio desigual que comenzó siendo ella una niña, a los 14 años con un hombre 8 años mayor que ella, y que lleva más de 15 años sin sentirse satisfecha.

El análisis de estos relatos converge con lo observado por García (2021) en personas en relaciones extraconyugales en Francia de que las mujeres aprecian más el amor conyugal que el amor por la familia (al menos inicialmente) a diferencia de los hombres que es a la inversa. Con nuestros datos, podemos aventurar que esto es así porque la familia –que incluye a la esposa y los hijos— les ofrece a los varones más garantías, en términos de metas de permanencia (acompañadas de promesas de cuidados ante la enfermedad o la vejez).

Las infidelidades mutuas en matrimonios conflictivos incrementan las tensiones, las venganzas mutuas, y tienen consecuencias relacionales negativas. Joel narra el balance de su relación aludiendo a "equivocaciones y errores irreversibles" que "mancharon" su relación y propiciaron la ruptura definitiva. Como puede verse, aquí, las infidelidades se aluden de manera genérica y se narran en la voz del nosotros:

> Ya nos habíamos equivocado y esos errores fueron totalmente irreversibles, no se pudo hacer nada. Decíamos, si pudiéramos borrar eso, viviríamos hasta el final juntos. Porque no había manera de cambiar lo que nosotros vivíamos como pareja. No lo logramos tener nunca más (Joel, 57 años, divorciado, negocio propio, Guadalajara).

Más adelante Joel manifiesta su incapacidad para "superar" y "perdonar" la infidelidad de su mujer cuando eran novios. En su balance, sus sacrificios para casarse con ella fueron mal correspondidos:

> Yo traté de evitar pensar en los defectos y siempre me sentí muy bien con mi pareja. La quería muchísimo porque yo veía todo lo bueno que tenía, pero no podía superar la infidelidad. Nunca pude y hasta la fecha no lo perdono. Me voy a ir a la tumba sin perdonar. Me decía que la perdonara

pero no podía…yo me eché todo encima [con su familia y especialmente con su padre] para que al final me traicionara. Entonces eso nunca lo pude superar, definitivamente. Había una mancha, y esa mancha fue más fuerte que cualquier cosa (Joel, 57 años, divorciado, negocio propio, Guadalajara).

También deja claro que por más que su pareja intentara explicar lo sucedido, para él "… es una traición y punto". Se niega a hablar y a escuchar. La infidelidad de su pareja marcó la convivencia diaria que transcurría felizmente hasta que aparecían los fantasmas (del pasado y el engaño, podemos presuponer):

Esos fantasmas normalmente provocaban que empezara la guerra. O sea, en muchas ocasiones nuestros viernes de convivencia terminaban en guerra porque había algún detallito que sacaba una chispita y se incendiaba, con cualquier detallito que surgiera ¿no?, en ambos lados (Joel, 57 años, divorciado, negocio propio, Guadalajara).

De igual manera, ese episodio del pasado afectó la seguridad y la confianza de Joel, desatando un ambiente de desconfianza y acciones de venganza con infidelidades propias que contribuyeron al "infierno":

En un principio yo me cegué realmente porque yo estaba demasiado afectado por lo que le llaman amor ¿no?... Desgraciadamente la relación inició en un ambiente de, pues de inseguridad ¿no?, de desconfianza porque ya había habido una acción, este, de infidelidad. Entonces ya no se pudo lograr una buena relación, y ya esto … nació con una enfermedad. Entonces ya, realmente, aunque hubo momentos muy gratos, casi siempre se convirtió en un infierno por la falta de confianza del otro. Porque a raíz de eso yo también consideré que tenía que actuar en consecuencia. Tontamente, que uno siempre piensa en la venganza y fue un estarse vengando, vengando todo el tiempo ¿no? […] Entonces ya ahí se echó a perder totalmente la relación. Sin embargo, se mantenía. Ninguno de los dos daba el [paso], tuvimos tres separaciones intermedias …en cinco años, pero volvíamos. De hecho,

después de divorciados, este, volvimos todavía, porque teníamos la intención, porque era tan agradable cuando estábamos bien que creíamos que se podía rescatar. Desgraciadamente ya no se podía, porque nunca se pudo recuperar la confianza de ninguna de las dos partes (Joel, 57 años, divorciado, negocio propio, Guadalajara).

Las infidelidades por venganza, según cuenta Joel, fueron también correspondidas por su pareja. Metafóricamente narra como ambos se enfrascaron en un juego de infidelidades mutuas como actos de venganza recíprocos:

Llegó el momento que yo tenía la necesidad, en la estupidez humana de vengarme, hacer algo similar… para quedar empatados. Pero luego llega el desempate, luego vino el empate otra vez y ya era un partido muy parejo en ese aspecto (Joel, 57 años, divorciado, negocio propio, Guadalajara).

Cabe destacar que en este caso, el tener una hija deseada, se volvió una razón para mantener una relación con mutuas infidelidades y conflictiva (lo que podemos deducir de la expresión "en medio de la guerra"). Las infidelidades para Joel son "irregularidades" que se manifiestan a pesar de que las mujeres las lleven a cabo con mayor discreción que los hombres:

[Y en este toma y daca ¿se repitió muchas ocasiones la infidelidad?] Sí, yo me enteré hasta mucho después ¿no? Pero yo traté de mantener cierta fidelidad, pero yo me daba cuenta que no había, este, no había seriedad; que se estaban dando situaciones irregulares, por la forma en cómo se comportan las mujeres, aunque son más discretas que los hombres también te dan la muestra de que tienen algo, este, irregular (Joel, 57 años, divorciado, negocio propio, Guadalajara).

Finalmente, encontramos otro tipo de infidelidades mutuas, que emergen de acuerdos tácitos de libertad sexual que se volvieron proble-

máticos porque se hicieron públicos y afectaron a los hijos. El problema, según el relato de Tenzín, no fueron las relaciones que cada uno tenía "por su lado", sino que su esposa en particular no tuvo cuidado en mantenerla oculta:

> Ella tenía otra relación por su lado y yo tenía; y nos hacíamos guajes los dos. Pero hizo crisis eso, porque, obviamente, en algún momento determinado esto se salió de control y quienes estuvieron enfrentando el golpeteo de nuestras decisiones equivocadas o, más bien, nuestras decisiones no comunicadas, nuestras decisiones no acordadas, pues fueron los hijos porque, pues en un momento determinado se dieron cuenta. Pues empezó [ella] a tener menos, menos cuidado de la confidencialidad con que se tenían que manejar ese tipo de manejo de la relación… Entonces, pues lo que decidimos fue: "¿Sabes qué? Pues ahí le paramos, mejor" (Tenzin, 61 años, segunda unión, trabajador independiente, Guadalajara).

La negociación de nuevos términos relacionales fue incitada por su esposa quien, según relata Tenzín, enfrentaba el dilema entre "seguir con su familia" o tener espacios profesionales y de pareja extraconyugal [aunque en este fragmento se omite el dato]. Para abrir esos espacios Tenzín tuvo que enfrentar críticas y hacerse cargo de los hijos en los periodos que su pareja estaba fuera:

> Y entonces: "Pues es que yo quiero seguir con mi familia, quiero seguir así, pero también quiero, de manera eventual, pues seguir con este tipo de espacios. Entonces, si estás de acuerdo, pues hay que seguirle". Y sí estuve de acuerdo [titubeo] por varias razones: una, no me parecía en lo absoluto ningún tipo de cosa descabellada. Obviamente a lo más que me enfrentaba, pues era a las críticas del entorno, de la misma familia, de su misma familia que decía que estaba loca y que cómo hacía eso (Tenzin, 61 años, segunda unión, trabajador independiente, Guadalajara).

La relación termina a causa de la revelación ante otros de la relación extramarital de su esposa, aceptada tácitamente por su esposo. No obstante, después de un tiempo, volvieron bajo un arreglo relacional cerrado.

Los relatos de varones, víctimas de infidelidades femeninas, muestran que estos eventos los desequilibran emocionalmente y les causan sufrimientos. No obstante, sus oportunidades para emparejarse son más amplias si es que deciden divorciarse o separarse; cuando deciden continuar, lo hacen con resentimientos, reproches, venganzas y exigiendo a sus mujeres una subordinación mayor que antes de la infidelidad. Lo que más les afecta es su "reputación pública", la pérdida del control relacional, y cuando optan por perdonar u olvidar, valoran que pueden recuperar reputación y control si es que aceptan continuar la relación a pesar de la infidelidad. En lo general, solamente las infidelidades que conllevan a una resignificación de las exigencias de exclusividad como en los casos de Tenzín, y de Lorena que retomaré más adelante, se libran del "infierno" o la "guerra" que suelen desatarse en las parejas con infidelidades mutuas que permanecen juntas (como fue el caso de las historias de Jonás y Joel).

Cada tipo de infidelidades consideradas en esta sección implica cuestiones distintas. Las infidelidades masculinas reflejan los privilegios de los hombres para relacionarse extraconyugalmente, incluso, con la tolerancia, aguante o perdón de sus parejas sobre todo si ocurrían bajo la forma de aventuras y no comprometían el sustento del hogar. En estas relaciones los hombres podían explorar su sexualidad sin ataduras y bajo creencias que sitúan sus necesidades de sexo como más grandes que las de las mujeres.

Frente a estas infidelidades, las mujeres han transitado de considerar que son irremediables y no les toca más que aceptarlas, a exigir fidelidad, respeto y prioridad en sus relaciones y a reaccionar con furia y rabia cuando estas metas no se cumplen. Las relaciones extraconyugales femeninas, por otra parte, en algunos casos, ocurrieron por arreglos prácticos –no hablados– de apertura relacional en el que las libertades

sexuales fueron mutuas y se vivieron fuera de acuerdos de exclusividad. La incursión de las mujeres en la extraconyugalidad supuso asumir el derecho a explorar su sexualidad con mayor libertad, así como enriquecer otras áreas de su vida personal. En otros casos fue un recurso para enfrentar carencias relacionales con su pareja oficial (matrimonios semifelices, probablemente, aunque también desdichados), obteniendo en la relación con un tercero lo que no tenían en sus relaciones oficiales.

Las posiciones de los varones frente a la infidelidad femenina están transitando de la estigmatización absoluta hacia una mayor aceptación como posibilidad. En este sentido Andrés, manifiesta una posición más relajada frente a la infidelidad femenina, a partir de que él mismo ha sido infiel. Se puede decir que representa el tránsito de los varones a considerar la extraconyugalidad de las mujeres bajo el mismo estándar que la propia. Con esto se alejan de posiciones masculinas estereotipadas y violentas:

> [A la infidelidad] No la considero normal, no la considero buena, podría así pues considerarlo. En este caso, por ejemplo, como yo ya fui infiel pues obviamente no tengo derecho a satanizarlo, o a otra persona o a alguien. En este caso si mi mujer, yo me diera cuenta de que también ella me fue infiel, no, no tengo por qué juzgarla cuando yo también ya hice eso. No sé si me explique. No soy como los machos, de que: "No, si me es infiel la mato, o la mando a la chingada", como dicen todos ¿verdad? (Andrés, 55 años, separado, trabajador independiente, Guadalajara).

El testimonio de Andrés revela el paulatino abandono de los estándares sexistas en la ponderación de las infidelidades.

En términos de prácticas, hemos visto que las parejas, han incursionado en la extraconyugalidad con costos y beneficios distintos, más altos los primeros para las mujeres y más frecuentes los segundos para los varones (porque suelen ocupar el lugar de quien controla la relación y el lugar de quien prácticamente ha tenido derecho a la infidelidad a lo largo de la historia). Sin embargo, también observamos algunos cambios

en los discursos y prácticas de las relaciones extramaritales que avanzan hacia ideales de pareja y formas relacionales más abiertas, sujetas a la negociación y el acuerdo mutuo.

De las infidelidades mutuas al cuestionamiento de la monogamia

Las infidelidades, como hemos visto, pueden ser el detonante de arreglos de pareja en el que ambos miembros se relacionan con terceros. Los afectados responden con la misma moneda y se involucran también en relaciones extraconyugales a manera de reacción o venganza. El deseo de venganza, explícitamente mencionado, pero también sin nombrarlo como tal, está detrás de varios casos de infidelidades mutuas. Uno de los dos cónyuges inició con una relación extramarital y, el otro para vengarse o no quedar como víctima, también se involucra en una relación de este tipo. La relación de fuerzas entre los miembros de la pareja, en estos casos, es más balanceada. Barbalet (1998, p. 125), siguiendo a Barrington Moore, plantea que entre las reacciones probables a la subordinación o al trato injusto, están la evasión o la huida y la venganza. Esta última es una represalia que sirve para reafirmar la dignidad después de haber recibido una lesión o un daño, es un recurso para restaurar un lugar o posición social que le ha sido despojada por alguien (Barbalet, 1998).

Recordemos los testimonios citados anteriormente en los que Javier, Jonás y Joel, hablaron de venganzas propias o de sus parejas. En algunos casos las venganzas femeninas fueron sutiles y simbólicas, y en otros, significó implicarse rápidamente en una nueva relación. En el caso de Paula, su venganza se limitaba a hacer pensar o imaginar a su marido que ella también tenía a otra pareja. Después del divorcio, Armida, con el afán de vengarse de su pareja anterior, acepta emparejarse en una segunda relación a pesar de la "mala fama" de su pretendiente:

> [¿Cómo se dio esta segunda relación?] Pues, yo le pedí a Dios, así como te lo voy a decir, que me mandara a una persona como él, pero nunca pensé que

iba a ser así porque yo me sentía mal por algo que pasó… y yo quedé como un tipo venganza [llanto] y por eso le seguí hablando. [¿O sea en un primer momento no te interesó como pareja?] No. [… ¿tú querías como, como buscar algo para sacarte ese sentimiento que tenías? ¿o cómo dirías que fue ese proceso?] Para que me ayudara a hacer algo, y lo fui conociendo y le dije y él como que sí se interesó y yo le dije: "Mira, si quieres tú algo serio con alguien, pues búscale porque yo no, no me interesa". Y ahí estuvo insistiendo e insistiendo… y así, así se fue dando, me lo hice de novio, primero así como amigos ¿verdad? Porque le dije que no era su novia [risas] que era su amiga y así, se fue portando bien, a pesar de que yo sabía la mala fama de ese muchacho ¿verdad? [risa] [La mala fama de él ¿a qué te refieres?] Que era muy mujeriego, tenía hijos por donde quiera, así… toda una mala fama [risas] y aun así, le entré con él [risas]… Pero créeme que el hombre tiene una forma de querer o así que siento que, dentro de él, es sincero en sus sentimientos. Porque del otro [su expareja], eran las mentiras y todo eso, y yo sé que hay personas mejores, pero me gustaron sus sentimientos. [¿Te gustaron los sentimientos de tu actual pareja?] Para conmigo, aunque yo supiera todo lo malo ¿verdad? (Armida, 40 años, divorciada, empleada, Colima).

Bajo una lógica distinta a la de la represalia, en algunas parejas la infidelidad es el pretexto para reflexionar críticamente sobre la monogamia y las exigencias de exclusividad. Lorena, por ejemplo rechazó la posición de mujer engañada, decidió también iniciar una relación con un tercero como reacción a la infidelidad de su esposo, pero sobre todo porque se enamoró. Ambos sabían de sus infidelidades, pero pudieron seguir juntos bajo un modelo relacional en el que el sexo ya no fue esencial:

Yo creo que fue muy importante que abrimos nuestra relación, no porque el libro decía [*Matrimonio abierto*, un libro que su esposo le regaló], sino porque cuando yo vi que él tenía sus cuestiones, yo dije: "Ah, con permiso que yo también las tengo", como si lo necesitara. La verdad es que yo

también me enamoré y él se daba cuenta y llegaba yo tarde, o, ni una palabra, nada. Seguimos viviendo juntos pero cada quien con su hebra ¿no? Y ya pues, nos hemos hecho muy amiguitos, mucha cercanía, mucho apapacho, pero ya estos últimos años que él sabe que yo no tengo a nadie y que él no tiene a nadie. Como compañeros de vida, exactamente, porque finalmente a estas alturas uno no va a hacer nada (Lorena, 72 años, casada, jubilada, Guadalajara).

En los casos de infidelidades mutuas, tanto algunos hombres como mujeres, rechazaron ocupar el lugar social de víctima o el lugar emocional del sufrimiento a partir de actos propios de infidelidad. Las personas que fueron inicialmente víctimas trataron de recuperar su valía demostrando que también podían relacionarse con terceros sea por venganza o por amor. Por otra parte, estas parejas, ilustran que la extraconyugalidad no necesariamente supone la ruptura de la relación, sino su "apertura" a modelos relacionales ad hoc, configurados a partir de sus propias necesidades, como compañeros de vida o relaciones abiertas, incluso, con separaciones que se acompañan de un cuestionamiento de la importancia de la fidelidad.

Las infidelidades, sobre todo cuando se vuelven mutuas, hacen que se puedan reflexionar críticamente los arreglos monógamos, con mayores o menores ambigüedades. En el relato de Joel podemos ver las tensiones entre los ideales regulatorios del matrimonio y los arreglos tácitos de mayor libertad. Ahí podemos observar que renuncia al papel de "víctima" y decide participar en el "juego", aunque tiene reflexiones sobre lo que hubiese sido más sano hacer, pero también cuestionamientos a la monogamia y la exigencia de exclusividad:

[¿Tú fuiste infiel en otra ocasión?] Por supuesto, porque yo me daba cuenta que seguía en las relaciones por fuera del matrimonio, de mi pareja. Entonces yo dije: "Bueno, si ese es el juego, así jugamos". Yo acepté el juego porque no quería dejarla, pero tampoco quería ser la víctima, entonces dije: "Tengo que ser yo parte también del juego, si no voy a estar muy afectado".

Es una estupidez, ahora que lo pienso, porque lo sano hubiera sido desde la primera traición haberla dejado, y se hubiera acabado todo, hubiera hecho mi vida de otra manera. No pasaba nada, una mala experiencia y se acabó. Pero no. No porque me aferré, yo soñaba con una hija, ni siquiera un varón, no, una hija, se da; yo estaba encantadísimo, yo no voy a permitir que ande de un lado a otro. Entonces, yo sacrifiqué hasta cierto punto, de una manera muy femenina, porque la mujer es la que hace normalmente eso, una cierta felicidad por estar con alguien que no, en quien no crees pero que te va a dar la, la regularidad de un matrimonio para que los hijos tengan sus padres ¿no?, aunque sea en medio de la guerra (Joel, 57 años, divorciado, propietario de negocio, Guadalajara).

Las experiencias de Joel lo han hecho reflexionar críticamente sobre la obligación de ser exclusivos y sobre cómo las relaciones de pareja podrían ser más estables si se normalizaran las relaciones extraconyugales. Aquí su relato:

[En este sentido ¿para ti qué significado tiene la fidelidad?] Ahora ninguno, ahora que lo pienso bien no tenemos por qué buscar exclusividad ¿no? es una manera de pensar muy arcaica. Ahora yo pienso que, si hubiéramos pensado de una manera diferente, hubiéramos sido más libres y no hubiera pasado nada. El problema es que nos afectó porque así es como está, dicen los cánones ¿no?, la sociedad y las familias, que tiene uno que respetar y no infidelidades, estar con tu pareja y nada más estar con tu pareja y nadie más. Es un absurdo porque en realidad daría más estabilidad que las parejas tuvieran sus relaciones extras para fortalecerlas mejor, si hubiera una conciencia, si hubiera una madurez como para eso. Pero ya, ahora realmente que lo pienso, de hecho, no volví a cometer ninguna infidelidad con las parejas nuevas, porque para empezar ya, cuando pasas cierta edad ya no, ya no sientes como que sea, como que buscarte la novedad o una situación, no la hay. Es un absurdo, entonces. Yo ya no me preocupaba que me fueran a engañar, ya no me interesaba, yo decía: "Pues si quieren estar, y si hacen algo, pues allá ellas ¿no?". Ya se había terminado toda esa fijación,

> o esa obsesión, porque tienes que ser exclusivo, sabes que si ya tienes una novia a los cuarenta años pues esa mujer ya se acostó con ochenta personas, y si te pones a pensar en eso pues no vas a poder tener a nadie (Joel, 57 años, divorciado, propietario de negocio, Guadalajara).

Las experiencias de infidelidades mutuas en la pareja permiten crear conciencia sobre la necesidad de mantener relaciones más libres, maduras, donde la infidelidad no conduzca al conflicto y al sufrimiento. Algunos entrevistados han puntualizado la necesidad de una ética de pareja más flexible, susceptible de llegar a acuerdos de no exclusividad sexual o emocional, que les permitan continuar como pareja/compañeros pero sin tener que sacrificar sus deseos. Esta forma alternativa de ver las relaciones conduce también a serenar a los miembros de la pareja frente a la posibilidad del engaño y a dejar de "obsesionarse" con ser los únicos. Estas reflexiones, no obstante, las hacen sobre todo los adultos medios y mayores que han enfrentado relaciones de mayor duración que los jóvenes. Es el caso de Lorena quien implícitamente llevó una relación abierta con su marido:

> Fíjate yo siento que nos anticipamos mucho a las relaciones posteriores, porque me parece que eso debe ser muy común ahora, o bueno más común el divorcio, ahora la gente se divorcia y ya. Es que se dio lugar a una forma de relación que se adaptó de las dos partes y pues ahí estamos y no, no hubo confrontación. Hubo ciertos acuerdos, algunos implícitos, todos implícitos, todos, fíjate, ahora son más explícitos. Porque ahora yo voy a ir a desayunar con fulanito. Y: "¿A dónde vas?" más por el pendiente de en dónde estoy, si me voy a tardar, si hay problema de estacionamiento. "No, vamos a tal lugar está cerquita, no hay problema, unas dos horas". "Ah perfecto", tranquilo él. Regreso: "¿Cómo estás?, ¿qué hiciste? ¿y cómo está el señor?". "Ah bien, fíjate que su mamá murió que no sé qué". O sea, eso ya es mucho más explícito que lo que nunca fue. Superamos todo lo que era el conflicto, la confrontación, que hasta se matan, oye, eso… No, fue una cuestión muy civilizada de las dos partes. Ahora, tienes que saber que a este hombre lo

> he admirado mucho y lo sigo admirando porque es un hombre muy bueno, es un hombre muy inteligente, con muchas limitaciones con eso de que no habla de su persona, pero es un hombre interesante. Entonces a la mejor eso me hizo que permaneciera, pues ahí estamos, la verdad es que ahí estamos, sobrevivimos (Lorena, 72 años, casada, jubilada, Guadalajara).

Si bien las infidelidades mutuas son una experiencia que permite transitar hacia acuerdos relacionales abiertos, lo cierto es que no es un proceso fácil ni inmediato. Las infidelidades mutuas de Javier y su esposa también lo han llevado a ponderar crítica y moralmente sus actitudes y las de su pareja frente a la infidelidad. Esta narración nos permite ver las ambivalencias emocionales y cognitivas que detona la extraconyugalidad. En el relato de Javier se puede observar que si bien las infidelidades mutuas son dolorosas, se ocultan y no se hablan, también abren la reflexión:

> [¿Ha tenido secretos con su pareja?] ¿Secretos? Sí, este, este que estoy viviendo ahorita. [¿Su pareja no sabe de esta relación?] No sabe, al menos no abiertamente, igual, lo he pensado muy seriamente y si en algún momento dado llega a cuestionarme tendré que ser honesto y decirle que sí tengo una relación, pero por el momento pues no lo hemos hablado directamente… Ahí sí hemos sido muy falsos, muy hipócritas, escondiendo eso bajo la alfombra. [¿Y entonces ha sido por los dos, tanto por ella como por usted?] Sí, sí, en ese aspecto, sí, como que somos pues de doble moral. De hecho, hay muy poca gente que sabe lo que me pasó ¿verdad? Tú has de ser la tercer persona que lo sabe, porque lo he ocultado, o sea, me avergüenza, me hace sentir muy mal (Javier, 63 años, casado, académico, Guadalajara).

Para Javier ser infiel es algo vergonzoso. Esta consideración, sin embargo, más que obligar a no serlo, lo que obliga es a su ocultamiento a la pareja y al mundo en general. En casos como este, las infidelidades suponen secrecía, aunque con cierta apertura a la posibilidad de hablar el tema si es que estas son descubiertas. Esto supone un cambio con

respecto al silencio absoluto que impone la dominación masculina ante evidencias contundentes de infidelidad (como pudimos ver en los relatos de Saidi y Fátima, por ejemplo).

El sufrimiento en la extraconyugalidad y la emergencia de nuevos ideales

La extraconyugalidad implica emociones encontradas, aunque es inevitable que genere sufrimientos de diversos grados. Esto es así porque este tipo de relaciones ponen en tensión metas relacionales como las de permanencia vs las de exclusividad, las de compañerismo vs las de sexualidad, las de felicidad vs las de estabilidad, las de pareja vs las familiares, entre otras. No obstante, este sufrimiento es distinto en función del género. El lugar de quien sufre más en este tipo de relaciones parece estar ocupado sobre todo por las mujeres, sean las esposas o las amantes, sobre todo si es que estas relaciones operan bajo lo que García (2021) señala como la dominación masculina.

Los lugares de esposas y amantes en la extraconyugalidad son lugares de sufrimiento emocional y moral. Las primeras sufren porque les han faltado al respeto, porque no se han cumplido expectativas o pactos alcanzados comunicativamente, porque ven amenazadas su identidad y su prestigio de parejas exclusivas, sus certezas sobre un futuro en común, además por los nuevos comportamientos de sus maridos que se ven obligadas a aceptar (renunciar a viajes, no hacer preguntas, no quejarse por las ausencias sin explicación, silencios o negativas a hablar del tema, entre muchas otras). Las amantes en la modalidad de aventuras sexuales, son vínculos frágiles, desechables, para los varones que sin dar mayores explicaciones pueden finiquitar la relación. Esto por supuesto puede implicar sufrimiento en las mujeres que ocupan la posición de amantes, sobre todo, si sus expectativas eran más formales. En la modalidad de relaciones paralelas, las amantes sufren porque les toca ser la pareja secundaria, la que goza de menos tiempo de su pareja para ella y para sus hijos, y quien está en constante competencia con la esposa.

No obstante, no siempre es así. Para algunas mujeres, la extraconyugalidad puede ser un "refugio emocional" (término de Reddy, 2001) que les permite no estar solas, tener sexo y algún nivel de solidaridad de sus parejas extra. La comunicación digital es una instancia de ayuda para que las personas se recuperen de relaciones y experiencias, y de manera particular, para encontrar una salida a los conflictos maritales, la violencia o los abusos de pareja. Ana, después de su separación de un matrimonio de casi treinta años, tuvo un "pretendiente por Messenger" y se emparejó con un hombre casado bajo un modelo relacional de visitas recurrentes cada quince días o "cuando pueden". Esta relación pudo avanzar a través de mediaciones tecnológicas:

> Pues ahora sí, que estamos hablando en mensajitos, que el videíto, que pues la foto y pues más que nada en esta ocasión sí se usa mucho [¿Qué ventajas le ves para esta relación a las redes y la tecnología?] Pues en este caso está bien porque estoy comunicada con él diario, diario, diario de todos los días; todos los días, todos los días. Este ya igual si quiero verlo ponemos videollamada, nos vemos platicamos y pues es una forma como decir ya estuvimos hoy (Ana, 48 años, separada, empleada doméstica, Guadalajara).

Las desventajas que asocia con la comunicación digital es que como su relación es "algo clandestino" debe "tener muchas precauciones" para que cuando sus hijos tomen su celular no descubran nada. Por otra parte, Ana valora esa relación oculta en función de sus necesidades de conversación y sexo, y sobre todo porque ya no desea casarse ni vivir con nadie (cuando lo hizo no le fue bien):

> Desgraciadamente él es casado, yo necesito a veces platicar con alguien, fisiológicamente más que nada por ahí voy. Te soy honesta, me trata súper bien, me trata como una reina. Es pobre, pero me atiende súper bien. Y yo te soy honesta yo siempre he pensado: "Yo no quiero alguien para casarme ni para vivir con nadie". Para mí, está bien. Es lo que yo busco, quiero. Trato

de no estar tan enganchada porque esto es pasajero. Mientras dure lo voy a disfrutar (Ana, 48 años, separada, empleada doméstica, Guadalajara).

En otros casos, las mujeres, después de años de matrimonio, cuando ya se han separado o divorciado se atreven a experimentar otro tipo de relaciones, más libres y negociadas en términos propios. Así lo narra Yolanda:

En todo este tiempo de divorciada nada más he tenido una pareja, una relación que nunca iba a llegar a ser una relación estrictamente formal o era muy difícil que llegara a serlo, porque éramos personas a final de cuentas muy diferentes. Pero si nos enganchamos un tiempo, un año. No vivimos juntos ni nada, éramos estrictamente amantes, ni casarse, no había compatibilidad para que eso sucediera.… Tú ya no puedes pensar en una relación a los 55 años como si tuvieras 25. En una relación adulta no estás esperando ni encontrarte un hombre que te dé cierta formalidad o que [sea] el amor de tu vida, o el padre de tus hijos, o con el que quieres pasar todo tu futuro (Yolanda, 58 años, divorciada, empresaria, Colima).

Es el caso también de Mica, quien ha cambiado también sus metas relacionales y se ha abierto a las posibilidades de tener una pareja sexual que no tiene mayores exigencias que el buen sexo:

Lo vi dos o tres años, pero eso sí era estrictamente físico. Coger y ya, nomás para eso nos veíamos. Con trabajos sabía cómo se llamaba [risas]. Sí. Eso sí, semanal [risas]. De fines de semana. Entonces, era padre, padre, padre. Rico, rico. Por mucho, te digo, si se trata de sexo, era mejor que el otro. Y éste era bien a gusto. Por mucho tiempo y muy padre, con él. Creo que ha sido el sexo que más he gozado, sí. Puro sexo. [¿Por qué se acabó?] Ay, pues puro sexo, no queda nada. No, tienes que tener una historia, yo digo (Mica, 60 años, viuda, empleada, Guadalajara).

En otras ocasiones, los lazos extraconyugales –construidos sobre todo como relaciones textuales o telefónicas– fueron una manera de "ahogar el silencio con mensajes", en un ir y venir de mensajes sin que importe el contenido, sino "mantener vivo el chateo", como muy bien expresan estas frases de Bauman (2003) a propósito de las nuevas formas de expresión afectiva. En el caso de Ana, es una relación clandestina que tiene visitas una o dos veces al mes y el resto del tiempo la interacción es por textos, llamadas o videollamadas. Saidi, por otra parte, recordemos que tenía una relación extraconyugal íntima emocionalmente a través de llamadas al celular, aunque sin compartir momentos de copresencia ni de sexo.

Las relaciones con hombres casados también constituyen para las mujeres lazos frágiles, que no obstante, valoran como modelo relacional. Bauman (2003) caracteriza así este tipo de relaciones:

> Se trata de parejas de tiempo parcial. Aborrecen la idea de compartir la casa y prefieren conservar separadas las viviendas, las cuentas bancarias y los círculos de amigos, y compartir su tiempo y espacio cuando tienen ganas, pero no en caso contrario. Así como el viejo empleo se ha dividido actualmente en una sucesión de tiempos flexibles, empleos variados o proyectos a corto plazo, y el viejo estilo de comprar o alquilar propiedades tiende a ser reemplazado por el sistema de "tiempo compartido" y los paquetes turísticos, el viejo estilo del matrimonio "hasta que la muerte nos separe" –ya desplazado por la reconocidamente temprana cohabitación del tipo "veremos como funciona"– es reemplazado ahora por una "reunión" de tiempo parcial y flexible (p. 57).

Las mujeres amantes de hombres casados también han aprendido a valorar este tipo de relaciones por la ausencia de compromisos fuertes y vida en común. No todas, están deseando que se separen de sus esposas, como pudo ocurrir en décadas anteriores, ni están buscando confrontarlas en aras de que sepan de su presencia y de los engaños del marido.

La separación o divorcio, por otra parte, después de años de relación abre nuevas oportunidades de emparejamiento, una vez que las mujeres se informan, acuden a grupos de ayuda y se liberan del sufrimiento. Así mismo se liberan de la supuesta obligación de tener una pareja a toda costa:

> Ya no me dolía, o sea, ya no sentía yo nada porque yo ya no siento nada por él. Pero digo [reflexionando con satisfacción sobre sus decisiones]: "Mira nomás. O sea, si yo siguiera con él, si yo no busqué información, si yo no busqué ayuda, si yo no me decida", porque también puedes encontrar la información. He visto muchas mujeres que tienen información, que van a grupos como yo, hay mujeres que no se deciden, no toman esa decisión de decir: "¿Sabes qué no, ya". Es mucho apego al hombre, es lo que yo he visto, o sea, lo ven como su Dios, como su todo y pues deciden quedarse ahí, pero yo digo no. Yo qué bueno que di el siguiente paso porque la verdad me siento muy contenta; satisfecha conmigo como mujer y como persona porque soy una mujer con un valor. Lo que yo decida voy a hacer. Lo que yo decida, o sea, si yo quiero ser una mujer bien, lo voy a ser. Si quiero ser una mujer, digo bien en el sentido de que no quien sea va a venir a ofrecerme, a decirme o que por dinero me vaya a ir con él. Porque ya te platiqué que hubo personas y sigue habiendo personas así, que me echan el ojo y me tiran el anzuelo, pero la verdad no me llena el ojo a mí, o sea, como para decir: "Ah, sí", porque van mal (Paula, 53 años, en proceso de divorcio, cocinera, Colima).

De hecho, podría decirse que este modelo relacional sin corresidencia y encuentros periódicos no necesariamente debería ocurrir con hombres casados. Podría ocurrir también con hombres divorciados o separados. El problema está en que los hombres casados, a diferencia de las mujeres, nunca salen del mercado romántico y sexual. Con mucha frecuencia siguen abiertos a nuevas relaciones, aunque bajo el esquema de la dominación masculina. De aquí se derivan una buena parte de las

desigualdades emocionales de género con respecto a la extraconyugalidad y el impulso de las mujeres para defender a sus hombres de las rivales, sean esposas o amantes. En este escenario algunas tecnologías como la mensajería de textos, las redes sociales, y las aplicaciones de citas, son un recurso para que las mujeres puedan expandir sus posibilidades de relacionarse con otros. Romina, por ejemplo, a quien hemos citado como alguien que se encontraba en proceso de divorcio en el momento de la entrevista, nos compartió en una interacción posterior a la entrevista formal, que bajó Tinder, tuvo varios encuentros desafortunados y otros mejores, pero que finalmente pudo encontrar lo que buscaba. Actualmente Romina tiene una nueva relación de pareja establecida, con corresidencia, la cual gestionó inicialmente a través de una aplicación de citas.

La rivalidad, la competencia y el contacto entre esposas y amantes

La rivalidad, la competencia y el contacto entre esposas y amantes aparece con frecuencia en los relatos. Sin embargo, en los casos analizados, no encontramos este tipo de relaciones entre los varones que fueron víctimas de infidelidad femenina. Los esfuerzos de los hombres por descubrir, mantener o concluir su relación oficial implicaron sobre todo interacciones directas con sus esposas, no con los amantes de ellas. Esta diferencia denota desigualdades de género. Las mujeres, a pesar de estar casadas o unidas, siguen compitiendo con otras mujeres en el mercado romántico o sexual, pues como comenté antes, los hombres siguen activos en dicho mercado sin importar su estado civil.

Las esposas increpan a las amantes en aras de reclamarles, agredirlas o hacer pública su condición y afectar su reputación. En estos casos, las esposas afectadas asumen el derecho de reclamar públicamente a la amante (sin importar que ella también esté casada y con hijos):

> Y ella [la esposa del entrevistado] tenía una relación con una persona casada que se dio cuenta … Y entonces empezó a hacer manifestaciones de protesta,

incluso afuera de la casa con mantas y no sé, un montón de cosas (Tenzin, 61 años, segunda unión, trabajador independiente, Guadalajara).

En estos casos vemos como el objeto de la indignación se traslada del marido a la amante, como si esta última fuera la culpable y no el marido infiel. Así ocurrió también en la historia de agresión de Eunice a la amante de su marido, a quien tundió a golpes con nulo reproche del esposo. Estas agresiones a las amantes ocurrieron en interacciones presenciales, pero actualmente es muy frecuente que el contacto sea a través de mediaciones tecnológicas.

Las amantes también contactan a las esposas en aras de infringirles sufrimiento emocional, propiciar su indignación con el propósito de que se separen o divorcien. En este tipo de relatos, observamos que las amantes se aprovechan de ciertos canales de comunicación para hostigar a las esposas, o en su caso, para revelarles la infidelidad de sus maridos. Destacan entre estos canales de comunicación el teléfono, fijo o móvil, y las redes sociodigitales.

Los hombres con estas dobles relaciones, por su parte, están en medio, en algunos momentos protegiendo a la esposa, y en otros, juzgando a favor de la amante. Curiosamente, la posición del hombre generalmente es a favor de las esposas a partir de ideas sobre la importancia de la familia, y especialmente, de los hijos, si se ven obligados a decidir. En estos casos, el margen de maniobra de las mujeres, sean las amantes o las esposas, es exclusivamente el de la separación, pues los términos de la relación les son impuestos por los varones que aspiran a mantener una doble vida. Este tipo de imposición revela la persistencia de desigualdades de género y la dominación masculina, de acuerdo con García (2021).

El contacto entre esposas y amantes ha sido facilitado por las mediaciones tecnológicas, sean analógicas o digitales. La mediación telefónica, aunque no fuera todavía móvil, ha estado involucrada en la posibilidad de que las amantes contacten a las esposas, como una estrategia para generar confrontación en la pareja primaria e incitar una separación:

A mí lo que me molestó fue que la muchacha me hablaba por teléfono. Y entonces yo hablé con ella y le dije: "¡No me estés molestando!, ¡Ya te dije que no me molestes!". Y más porque no sé qué tantas cosas le dijeron a mi hija, y mi hija se soltó llorando. Ahí fue cuando a él le cayó el veinte, porque él dudaba que me hablaba y yo hablé con esa muchacha y le dije: "No me hables". ¡Me hablaba 10 o 15 veces al día! No tenía identificador, hasta que tuve identificador. Y entonces yo contestaba y era ella, y era ella, hasta que me molesté y le dije: "Tú me vuelves a hablar por teléfono y entonces yo te voy a evidenciar de que andas con mi marido. No estamos casados y no se ha ido porque no quiere. Yo ya le dije que se fuera, pero no quiere". [¿Y consideró terminar la relación?] Por eso, porque me molestaba mucho. No porque él tuviera la relación (Fátima, 65 años, casada, abogada, Colima).

El relato de Fátima muestra que lo más problemático de la infidelidad de su pareja no fue dicho acto, sino el acoso de la amante hacia ella y a su hija a través de llamadas telefónicas. Las tecnologías han facilitado este contacto, marcado por las tensiones de la competencia y la confrontación entre mujeres. Aquí Fátima trata de dejar claro a la amante, que su pareja no se ha ido porque no ha querido. Seguramente, este dato, podemos especular es distinto al que la amante había recibido del hombre en cuestión. Esas llamadas, y el acto mismo de la infidelidad, por otra parte, minaron la confianza y el afecto que tenía hacia su pareja:

Él no creía que fuera ella la que llamaba a la casa, pero no dudó de la palabra de ella. De mí sí dudaba, pero de ella no. [Y a partir de ahí] Pues sí, sí hubo un cambio, porque yo ya no le volví a tener confianza... Entonces sí me afectó, porque dejé de ser completamente afectiva con él, totalmente, a partir de entonces (Fátima, 65 años, casada, abogada, Colima).

De igual manera, Sofía, como vimos en un fragmento citado anteriormente, fue llamada de manera insistente por la amante de su marido para avisarle que andaba con él. Contactarla fue una estrategia de la

amante para fracturar la relación primaria, para intentar ganar en la competencia por un hombre.

La relación entre esposas y amantes del mismo hombre, e incluso como categorías genéricas, es de rivalidad y competencia. Para las esposas, las amantes representan una amenaza de perdida de estatus y privilegios cuando los hay, y cuando no, prácticamente solo representan un abuso más (menos importante que la carencia de libertades o las violencias de cualquier tipo). Mientras que para las amantes, las esposas representan el obstáculo a vencer para alcanzar el amor y la pareja legítima, para abandonar el lugar de quien debe esconderse, negar su relación, limitarla a los momentos que dispone el varón, y aceptar una comunicación reducida o limitada en horarios o canales de comunicación. En todo caso, lo que observamos, son desigualdades relacionales y emocionales de género. Mientras los hombres pueden sentirse más seguros de sus parejas cuando se unen y se casan, las mujeres deben permanecer alertas y continuar en la competencia con otras mujeres sin importar que estén unidas o casadas. Esto las excluye en muchos momentos de su vida de la tranquilidad de no sentirse en riesgo o bajo amenaza de ser abandonadas por alguien más.

Conclusiones

La infidelidad se vive como un engaño, traición o daño que amerita la ruptura, la venganza, el perdón o la negociación de nuevos arreglos relacionales. En las páginas anteriores, hemos visto cómo los hombres optan por la ruptura ante las infidelidades femeninas, pero también por la venganza y el conflicto constante. Las mujeres, en contraste, se alejan cada vez más de la opción de la indiferencia o el perdón de las mujeres de mayor edad y en las nuevas generaciones prefieren también la ruptura a partir de la sobrevaloración de la ausencia de secretos y mentiras. En los casos en que la relación continúa, algunos hombres y mujeres lo hacen bajo el "infierno" o la "guerra", mientras que en otros, bajo la negociación y la flexibilización de las normas de exclusividad.

Las infidelidades son complejas emocionalmente, porque implican situaciones y consecuencias diversas, y se viven, bajo un imaginario romántico que tiende a cuestionarlas, sin considerar que muchos de sus impactos negativos dependen de honrar irreflexivamente a la monogamia; lo que impide la posibilidad de imaginar relaciones más libres y abiertas. De hecho, no todas las relaciones extraconyugales son infidelidad; algunas ocurren más bien bajo acuerdos de libertad sexual tácitos que en pocas ocasiones se discuten verbalmente.

Las infidelidades masculinas estuvieron normalizadas en las viejas generaciones y no eran lo más importante a la hora de juzgar la relación propia. Las mujeres mayores, como pudimos ver, enfrentaron durante gran parte de su vida inequidades de género muy pronunciadas. Su lucha no era por fidelidad, sino por libertad. Todas sus fuerzas se concentraban en adquirir libertades para trabajar, para salir con sus familiares o amigos; libertades que todavía no estaban conquistadas, y que incluso, actualmente sobre todo mujeres de escasos recursos, sin importar la edad, continúan sin tener garantizadas. En este escenario tan desigual, los balances sobre los esposos eran más bien por las cualidades de no ser violentos, de dejarlas hacer y convivir con quien quisieran, y por supuesto, de cumplir con sus obligaciones como proveedores del hogar. Si eran o no fieles no era una cuestión tan importante, a menos, que hubiera amenazas al cumplimiento de sus obligaciones –sobre todo económicas– en el hogar.

No obstante, cuando las mujeres comienzan a demandar fidelidad, como muestra de respeto y honestidad hacia ellas, los sentimientos de agravio, indignación y coraje aparecen con mucha frecuencia generando afectaciones en la relación. En algunos casos, las mujeres optan por mantener la relación, aunque con desafección y cambios en la expresión cotidiana de afectos o de concesión de sexo, y quizá, esperando un mejor momento para separarse. Esto implica un cambio de no sentirse afectadas a serlo, en contraste con algunos casos de mujeres mayores que preferían buenos proveedores que maridos fieles. Así mismo,

algunas mujeres optaron por la venganza e incursionaron en relaciones con terceros como represalia hacia sus maridos, al igual, que lo hicieron los hombres cuando descubrieron engaños de sus esposas.

Conclusiones: la micropolítica de los lugares sociales y emocionales

En este apartado de conclusiones ofrezco un conjunto de reflexiones sobre los lugares sociales y emocionales que ocupan hombres y mujeres en sus relaciones de pareja, recuperando algunos de los hallazgos mostrados a lo largo del libro. Mi interés es destacarlos e integrarlos en una explicación más amplia sobre lo que revelan las expectativas, usos y juicios sobre los usos de tecnologías afectivas en el ámbito de la intimidad. Comenzaré reiterando lo que se ha observado teórica y empíricamente, que al igual que otras relaciones sociales, las de pareja están permeadas por la reciprocidad y el intercambio, aunque están sujetas a desigualdades y jerarquías. Cuando uno entra en ellas, se asumen expectativas, se adquieren obligaciones y se reciben beneficios, pero generalmente hay desequilibrios o francas desigualdades.

Las parejas estables, sean en matrimonio o uniones consensuadas, en la práctica, siguen escondiendo numerosos problemas e insatisfacciones, que ponen en entredicho, sus idealizaciones provenientes del imaginario romántico, los mandatos de género y la publicidad mediática, iniciada desde los años 50's, según la rica historia de Coontz (2006), con referencias de Estados Unidos y Europa. A lo largo del libro notamos que la apreciación de ciertas cualidades como valiosas en la pareja masculina y femenina están cambiando. El ideal del hombre proveedor tiende a ser sustituido por el del hombre fiel, el ideal de mujer dedicada al hogar es sustituido por el de la supermujer (que ayuda a su pareja,

aceptando la doble jornada, más que por el afán de distribución equitativa), y quizá, por el de la mujer autónoma e independiente económica y emocionalmente, que no es celosa y tiene recursos para la separación si la relación ya no es satisfactoria. También pudimos observar el cambio de actitud de las mujeres: pasaron de la resignación a lo que toque en términos de intimidad emocional y sexual a la búsqueda de afectos y placer fuera del matrimonio, sea después de una separación o a través de relaciones extraconyugales. Las parejas están pasando también de reglas claras, definidas desde las instituciones religiosas y seculares, a reglas difusas, abiertas al acuerdo y la negociación entre pares, y propiciadoras de conflictos de pareja, pero también de atenuación de las desigualdades emocionales.

Nuestros resultados convergen con lo que identificaron Kolehmainen y Juvonen (2018, p. 6) en su introducción a una obra colectiva: "los afectos tienen la capacidad de sedimentar los desequilibrios de poder y las asimetrías ya existentes, así como de proporcionar experiencias de empoderamiento o allanar el camino para el cambio". De modo que tanto pueden alentar como detener el cambio (p. 6). Hemos visto relatos en los que nuestros informantes vencen el miedo, se entusiasman con nuevos vínculos y corren riesgos en aras de recuperar las alegrías del sexo o de obtener cercanía emocional, aunque bajo la impronta del género. Los varones lo hacen desde lo que Illouz (2012) llama la dominación emocional y las mujeres desde la subordinación y el riesgo. Los riesgos de ser descubiertos son más altos para las mujeres que para los hombres, pues estos últimos perdonan con mayores dificultades la infidelidad, mientras que las mujeres, sobre todo en los grupos de mayor edad, tienden a aceptarlas habituándose al sufrimiento silencioso que conllevan las humillaciones, el resentimiento y las carencias relacionales que implican las aventuras sexuales o las relaciones paralelas de carácter unilateral.

Las desigualdades emocionales en función del género que pudimos descubrir con respecto a los celos y las emociones que los acompañan, generan también diferencias y brechas en términos de bienestar emo-

cional. Las desigualdades en el bienestar emocional (Bericat, 2018) son palpables. Las mujeres sufren cuando sienten celos, tienen menores recursos de poder para conseguir que los hombres acepten cambiar en el sentido deseado por ellas (el que les otorga seguridad y confianza), así como suelen ocupar posiciones de dependencia emocional, social y económica en la estructura de pareja; los hombres cuando sienten celos las violentan en diversos grados, tienen más recursos de poder (simbólicos, físicos, etc.) para ejercer control sobre las mujeres y suelen depender menos de ellas en términos de afectos, capital social y sustento económico. A estas desigualdades, se le suman, las que provienen del ejercicio de la maternidad. El miedo es una emoción que marca gran parte de la vida de las mujeres en distintos ámbitos de vida. En la pareja, cuando siente celos se imponen el miedo a estar/quedarse sola, el miedo a ser engañada, el miedo a ser reemplazada por otra (más atractiva, joven o delgada), etc. Cuando son celadas temen a la desconfianza de los varones, las sospechas infundadas, a las reacciones de control y violencia, así como a la habituación al sufrimiento o al maltrato. Estos miedos estructurales están detrás de su mayor propensión a los celos, aunque sobre todo las mujeres con trabajo remunerado, escolaridad alta, y disposición a vivir sin pareja, están generando cambios importantes. En el futuro las mujeres serán menos celosas, y quizá, en un afán de restituir un orden normativo del pasado, los hombres sean entonces quienes les demanden sentir celos como muestra de interés.

Los celos y la desconfianza como manifestaciones de desigualdad emocional

Hemos visto que las preocupaciones y los sufrimientos por las amenazas potenciales de que la pareja se relacione con terceros son más comunes en el caso de las mujeres; ellas son las que celan más, como respuestas a una especie de conciencia práctica de que los hombres, aunque estén casados, siguen estando presentes en los mercados románticos. Mientras es común que los varones dejen de ser celosos cuando se casan (al menos, cuando los celos no son el pretexto para la violencia y el control);

las mujeres que se dicen celosas, lo siguen siendo a pesar de estar casadas y de no experimentar amenazas más o menos reales.

Los hombres, en lo general, nunca se detienen en sus búsquedas amorosas y sexuales, y, en la práctica, tienen más oportunidades para relacionarse con otras mujeres (a través de mediaciones tecnológicas o sin ellas) y más recursos para decidir una ruptura de pareja. De aquí que las mujeres de manera justificada sienten desconfianza hacia los compromisos de los varones que, como hemos visto, son gestionados por ellos con mayor control. En este sentido, podemos decir que las mujeres están excluidas del bienestar que otorga la confianza en las relaciones íntimas. Sea porque han aprendido que los hombres tienden a no ser confiables, o porque, asumen que es su responsabilidad cuidar y garantizar que sus parejas permanezcan con ellas. Cuidar su relación, involucra también ahuyentar a posibles rivales, no solo en la etapa del noviazgo, sino también en el matrimonio o la unión consensual.

Los celos violentos masculinos, por otra parte, también están estimulados por un imaginario sociocultural patriarcal que cuestiona a las mujeres que mantienen cualquier contacto o relación con hombres que no son su pareja, que asume que las mujeres valiosas son las que se aíslan de estos vínculos y centran su atención en el hogar y la familia exclusivamente. Lo que estimula estos celos es el afán de control más que una amenaza real de terceros.

El derecho a sentirse ofendido/a: una interpretación a partir de los celos

La desigualdad emocional también se manifiesta en las expectativas que tienen los varones y las mujeres con respecto a la expresión de celos. Se desea una dosis mínima como signo de amor, se espera que las mujeres lo expresen más, pero de maneras controladas. Se espera que ambos miembros de la pareja se otorguen estatus mutuamente, aunque sobre todo, los hombres claman una alta deferencia emocional de sus mujeres. Los celos tanto de mujeres como de hombres son vistos como motivos de preocupación dentro de la pareja, pero en el primer caso, por el temor a

la emergencia de la violencia; y en el segundo, por el temor a sus dramatizaciones que no siempre conducen al fin de la relación. Si las relaciones heterosexuales fueran más igualitarias, las expectativas serían que ambos géneros respondan a los reclamos de celos con empatía. En relaciones desiguales, las reglas del sentir son asimétricas: quien tiene más estatus es quien tiene mayor posibilidad de exigir recompensas emocionales (Hochschild citada por Branaman, 2003, p. 99). La indignación, por celos o por otros motivos, es una perrogativa masculina. Esto denota que los varones tienen el privilegio de la indignación, mientras la obligación del subordinado es comprender. Esta desigualdad relacional se expresa como una desigualdad emocional en diversas situaciones de celos de pareja.

En este sentido, podemos afirmar que el mayor rechazo o la mayor aceptación de los celos femeninos en relaciones heterosexuales son un indicador de la estratificación del derecho a sentirse ofendido. Cuando los hombres exigen a sus esposas no celar o las amenazan en que si son celosas las van a dejar (p. ej. en testimonios de adultos jóvenes), están limitando, mediante actos de poder e influencia, el derecho de las mujeres a sentirse ofendidas por sus actos. Cuando los celos femeninos son más aceptados, los hombres están reconociendo en sus mujeres ese derecho a sentirse ofendidas y a reaccionar, aunque en la mayoría de los casos, los varones tratan de minimizar el asunto recurriendo a los estereotipos de las mujeres celosas y dramáticas. Algunas mujeres, por su parte, en todas las generaciones consideradas han luchado por librarse de los celos propios (han hecho navegación o gestión emocional), alcanzando una mayor independencia económica y emocional que les permite asumir con menores costos el fin de una relación. En este sentido, los celos femeninos comienzan también a ser juzgados como vergonzantes para quien los siente, como inseguridades o necesidades emocionales que deben superarse. Justo lo que ha sido habitual en el caso de los celos masculinos.

El fuerte descrédito que tienen socialmente los celos femeninos está incentivado por desigualdades emocionales en virtud de un estatus

bajo que se acompaña de desacreditación y falta de credibilidad. En contraste, el rechazo de los celos masculinos por parte de las mujeres indica un asunto distinto. Los celos masculinos son sentimientos que si bien los varones tienden a negar en sus historias propias, son reportados en las historias femeninas. En estas narrativas los celos masculinos implican actos de control como interrogatorios, limitación de las relaciones o de las actividades de sus parejas (p. ej. negarles permisos para salir de casa o para trabajar), amenazas y violencias constantes, sobre todo ante el abandono o separación por iniciativa femenina. Las mujeres están dispuestas a reaccionar ante los celos masculinos con transparencia y aceptación de limitar su propia libertad, aunque algunas de ellas han logrado negociar acuerdos más equitativos en contra de los celos y el control antes de casarse o unirse.

Los lugares emocionales de los hombres celosos y las mujeres celosas son distintos. Las mujeres celan desde la impotencia de no ser reconocidas en su derecho a ofenderse por actos masculinos (miradas, coqueteos, interacciones presenciales, digitales o mixtas, flirteos onlife, infidelidades) y suelen tener escasa influencia para lograr que los varones se comporten como desean. En contraste, los varones suelen celar desde el control y el poder. Muestran mayor capacidad de influencia para que sus mujeres acepten transparentar sus rutinas, limitar sus relaciones o actividades con otros, o en su caso, para imponer violentamente la permanencia en una relación que ya no es correspondida.

En la percepción femenina y de sus aliados (sus padres, otros familiares, terapeutas) los celos masculinos intensos son una alerta de sufrimiento asociado con la violencia de control y la física. Los celos masculinos de menor intensidad y no amenazantes de la libertad o de la integridad física, por otra parte, constituyen un anhelo de parte de las mujeres para sentirse queridas. Esta clase de celos, sin embargo, son rechazados por los varones como muestra de inseguridad o desconfianza (sentimientos que parecen incompatibles con su alto estatus) o como detonantes de conflictos innecesarios en la pareja.

El lugar emocional de quienes anhelan o controlan el compromiso relacional

Illouz (2012) traza algunas rutas en las que podemos observar desigualdades emocionales y dominación emocional en las relaciones de pareja en función del género. Uno de los ámbitos que participa de estas desigualdades y que instaura condiciones para la dominación emocional masculina es el del compromiso. Las mujeres ocupan el lugar emocional de quienes más desean o anhelan la exclusividad amorosa y sexual, quienes procuran alcanzar compromisos con sus parejas a través de impulsar la formalización de la unión. Mientras que los hombres ocupan el lugar emocional de quienes se resisten, demoran, reniegan del compromiso en las relaciones de pareja.

Los hombres, como he destacado a partir de algunos relatos, siguen ocupando el lugar social y emocional de quienes controlan el compromiso en la pareja: lo prometen, lo postergan, lo aceptan o lo rechazan como acto, o incluso, como tema de conservación, de manera unilateral. Las mujeres, bajo este control, no tienen recursos en la negociación, como si con el compromiso o la formalización de la unión las únicas que ganaran fueran ellas y los únicos que perdieran fueran ellos. Sobra decir que el rechazo masculino al matrimonio tiene una fuerte presencia en el imaginario social que se pone de manifiesto en el humor (chistes, parodias) y la sabiduría popular (dichos, consignas) sobre parejas.

Una gran parte del poder masculino en las relaciones de parejas es justamente el control del compromiso. Cuando los varones pierden dicho control, y por ende, la decisión sobre la continuación de una relación, suelen experimentar dolor y rabia ante la pérdida. Lo que más parece afectarles emocionalmente, no es el fin de la relación, sino la pérdida del control de la decisión de continuar o romper. Las separaciones incitadas por los hombres no suelen implicarles grandes incomodidades emocionales (asumen que cuando quieran podrán regresar con su pareja). Sin embargo, sus emociones se desbordan cuando sienten que, aunque ellos quisieran volver con su pareja, no podrán porque ellas han tomado una decisión definitiva de ruptura. En estos casos,

lo que más suele alterar emocionalmente a los varones es la pérdida del control del compromiso relacional: sentirse forzados a separarse o divorciarse, como ha ocurrido tradicionalmente con su sensación de ser forzados a casarse o unirse. Las rupturas incitadas por las mujeres son más dolorosas para ellos porque no solo afectan sus rutinas de vida, sus expectativas relacionales, sino sobre todo sus privilegios en el control del compromiso y la relación. Otra cuestión que demuestra esto, más allá de lo observado en esta investigación, es que una gran parte de los casos de violencias extremas, como los feminicidios, ocurren cuando la mujer ha abandonado la relación o planea hacerlo.

La agencia femenina hacia relaciones más equitativas y en contra del lugar de quien sufre más en la pareja

Las amenazas femeninas de separación, las separaciones temporales o definitivas, propiciadas por las mujeres son manifestaciones concretas de un poder de resistencia mayor ante las desigualdades de género en el ámbito de la pareja. Muestran una mayor valoración de sí mismas, mayor seguridad y disposición a vivir con autonomía. Esto es así tanto cuando enfrentan violencias físicas o psicológicas instaladas, como cuando advierten las primeras señales de alarma como celos posesivos o comportamientos controladores o se niegan a perdonar infidelidades.

Las mujeres que logran desligarse de la obligación de aguantar una relación que es o se anuncia como abusiva avanzan hacia una mayor igualdad emocional dentro de la pareja. Por el contrario, las mujeres que se conforman con las relaciones abusivas, muchas veces en silencio, ponen de manifiesto la impronta que tienen en las parejas las desigualdades de género para el acceso a la independencia económica. Las mujeres terminan culpándose de las relaciones conflictivas (con hombres celosos o infieles, por ejemplo) porque fueron libremente elegidas, al mismo tiempo que son recriminadas por otros por sus malas decisiones. De hecho, algunos hombres, por su parte, rechazan la posi-

bilidad de que su pareja les reclame algo, porque así los conocieron y así los eligieron.

El feminismo y la psicoterapia han hecho que las mujeres puedan cambiar de metas con más "libertad emocional". Esa libertad que, según Reddy (2001), es clave para las experiencias de conversión y para cambiar el curso de la vida. Las mujeres, jóvenes, de edad media y mayores, en múltiples momentos de su vida han luchado y siguen haciéndolo, para resistir los lugares sociales y emocionales que implican un menor estatus y jerarquía dentro de la relación de pareja. Y esto ha implicado cambios en sus metas o prioridades de vida, trabajo o gestión emocional para vencer sus miedos, así como crear sus refugios emocionales. En los cambios de metas relacionales vemos que las metas de permanencia ya no son absolutas y han sido sustituidas por metas de fidelidad y respeto. En estos cambios han ocupado un papel importante las tecnologías afectivas al ampliar sus oportunidades para relacionarse afectivamente con otros, para explorar su sexualidad con menos exigencias de virtuosidad, así como para acceder a mundos de información que las alejan de sus roles tradicionales como madres y esposas.

Las mujeres heterosexuales tienden a vivir sus relaciones de pareja con muchos miedos, entre los que destacan, el miedo a no ser elegidas, el miedo a que sus parejas no se comprometan, el miedo a ser engañadas o abandonadas, a ser violentadas por sus parejas, a quedarse solas, entre muchos otros. No obstante, las mujeres son agentes que también resisten esos miedos y participan de nuevas prácticas que las hacen menos vulnerables en el amor. Es el caso de las mujeres que deciden no celar a sus parejas, que están dispuestas a quedarse solas, que asumen un papel activo en el cortejo, que incursionan en "actos de apertura" relacionales como dar el teléfono o agregar en redes sociales a desconocidos, o crear perfiles en aplicaciones de citas. También están las mujeres que reclaman un trato igualitario en diversas áreas de su vida, que tienen iniciativas para enriquecer su vida sexual, que exigen el sexo seguro, que se animan a establecer relaciones extraconyugales o no monógamas, que concluyen relaciones o que detienen el avance de la

relación si hay renuencias al compromiso. Se trata de mujeres que han aprendido a reconocer inequidades y violencias. Así mismo ahí están las mujeres que con la psicoterapia y el feminismo han resignificado momentos y situaciones pasadas, logrando escapar de mandatos de género y de relaciones que no les satisfacen; que ante situaciones específicas, en ocasiones después de años de sufrimiento, logran alejarse de los lugares emocionales de quien cela más, de quien sufre por no alcanzar el compromiso y la exclusividad emocional y sexual, y de quien tiene miedo de quedarse sola. En el abandono de estos lugares, cobra importancia la posibilidad de relacionarse con menor apego, con menor dependencia, y con mayor conciencia de que las relaciones no son para siempre. Por otra parte, también vimos que las mujeres se alejan de su estatus inferior en la pareja cuando actúan dando prioridad a su trabajo, a sus deseos, sobre las exigencias de pareja de trato prioritario, deferencial y de disponibilidad permanente a través de mediaciones tecnológicas o en copresencia. También gestionan mayor reconocimiento cuando hacen uso de su derecho a indignarse y son capaces de confrontar a sus parejas por no respetar su lugar social, aunque se corra el riesgo de un conflicto mayor o de la ruptura definitiva. Con esto comienzan a dar mayor importancia a sus propias definiciones de la realidad, sus preferencias y gustos, y a ponerlas en la negociación de pareja con mayor equidad.

Branaman (2010) ha señalado que el reconocimiento de los subordinados ocurre solo cuando limitan sus demandas (no son exigentes): "quienes son menos respetables a ojos de otros pueden esperar valoración social … sólo si se cuidan de no demandar demasiado" (p. 248). Nuestros hallazgos, muestran, que los hombres demandan a sus parejas justamente mesura en sus demandas o en sus expresiones emocionales. De acuerdo, con muchos episodios relatados, las mujeres no exigentes serían las que no son celosas o lo son solo un poco, las que no hacen reclamos o lo hacen débilmente u ocasionalmente ante la infidelidad masculina, las que se acostumbran a la desatención personal, la desacreditación de sus opiniones o prácticas, las faltas de respeto a su persona

y a su lugar social, a las intromisiones a la privacidad, en diversos ámbitos, aunque a lo largo del libro se destacaron los dominios de los celos y la infidelidad.

Las mujeres también demandan mesura a sus parejas, pero no para regular una gama amplia de comportamientos sino para evitar las violencias física, emocional y de control (si bien estas últimas son menos reconocidas y más toleradas). La forma de enfrentar el sufrimiento, como vimos en varios relatos femeninos, consiste en volverse insensibles ante lo que no pueden cambiar. Esta forma de "insensibilidad permite a las personas estar en situaciones peligrosas o no placenteras" (Hochschild, 2003, pp. 172-174). El lugar de quien es insensible ante el dolor propio es una posición de desafección aprendida para lidiar con los problemas o circunstancias que les parecen irremediables. Tienen la connotación de un refugio emocional (Reddy, 2001).

Cabe destacar, que los actos transgresivos de las mujeres tienen el potencial de poner en entredicho el rol dominante de los varones. Uno de los ejemplos de Goffman (1989, pp. 89 y 90) para explicar cómo se establecen las dependencias entre roles subordinados y dominantes, es el de las relaciones entre esposos: "Cuando la esposa asume un rol respetuoso da lugar a que el marido pueda asumir un rol dominante, y cuando cada miembro del equipo desempeña su rol específico, la unidad conyugal, como unidad, puede sustentar la impresión que las audiencias nuevas esperan de ella (Goffman, 1989, pp. 89-90). Siguiendo el razonamiento inverso, podemos decir que los actos irrespetuosos o transgresivos de las mujeres tienen el poder de desbaratar la imagen del varón como quien tiene el rol dominante. En este sentido, las infidelidades femeninas onlife, o las rupturas de pareja incitadas por mujeres, desestabilizan las emociones de los varones fuertemente porque afectan la impresión que puedan tener los familiares, amigos, conocidos o incluso desconocidos, sobre ellos. Ponen en duda su rol dominante en el ámbito de su relación íntima.

Sin embargo, no ocurre lo mismo con los actos transgresivos de los hombres. Estos actos también tienen el poder de afectar la imagen pú-

blica de la mujer, aunque en este caso, solo la hacen continuar o permanecer en el rol subordinado de siempre (si bien esto puede implicar incrementar el sufrimiento). Con estos razonamientos, podemos observar que si bien hombres y mujeres pueden ser infieles, lo que implican tales actos son distintos para quienes resultan afectados. No obstante, puede ocurrir que haya mujeres que tienen el rol dominante; maridos que aceptan e incluso perdonan infidelidades femeninas en aras de proteger a los hijos o conservar la convivencia con ellos. En algunos relatos, hemos visto a varones, que aceptan continuar en una relación en la que no los respetan ni quieren, a cambio de continuar viendo crecer a los hijos. Esto sería un botón de muestra que las relaciones de fuerza entre los géneros están cambiando drásticamente sobre todo cuando hay independencia económica de las mujeres y son más exigentes en términos de lo que quieren para su vida amorosa y sexual. En otros casos, vimos que las infidelidades femeninas no son perdonadas por los varones y son de inmediato consideradas como traiciones, conduciendo a relaciones abusivas o problemáticas, o a la ruptura. En estas relaciones, las infidelidades femeninas son el detonante de mayores desigualdades en la relación de pareja oficial, pues los hombres se sienten con el derecho de reprochar constantemente, de desconfiar y vigilar con menos reparos, y de vengarse con las propias infidelidades. En los casos de infidelidades masculinas, encontramos reacciones similares de las mujeres, sin embargo, estas se performan con menor eficacia simbólica y práctica en términos de control de la relación.

Los desequilibrios emocionales más comunes en el caso de los varones ocurren sobre todo cuando han perdido el control de la relación de pareja, cuando ya no son ellos quienes exclusivamente deciden si se comprometen o no, si se mantienen unidos o no, si engañan o no, o si regresan o no después de una ruptura. Esto es cuando su rol dominante en la relación es cuestionado a partir de las decisiones femeninas.

No obstante, también hay momentos en que los hombres son vulnerables frente a las mujeres con que se relacionan. Por ejemplo, cuando se involucran en nuevas formas de paternidad y el cuidado o la convi-

vencia emocional con los hijos se vuelve una meta prioritaria, comienzan a relativizar el dominio en la relación de pareja. Están dispuestos a hacer concesiones económicas, pero también de poder y de imagen pública en aras de conservarlos. Si bien es evidente que los hombres sufren también ante el desamor, el engaño, los celos o los intentos de control femenino, lo que los hace más vulnerables en la pareja, es el menor poder que pueden tener ante una disputa por la custodia de los hijos y frente a imaginarios fuertemente asentados que idealizan la maternidad. Por esta razón, no es descabellado pensar que el nuevo apego de los varones hacia los hijos estará contribuyendo a un mayor equilibrio en las relaciones de pareja, en tanto conlleva una mayor participación en el cuidado de los hijos (liberando a la mujer de la exclusividad en esta responsabilidad), así como generando una clase de afectos que puede incentivar renuncias a sus posibilidades de dominación emocional en la pareja. De igual manera habrá que destacar que la paternidad desapegada e irresponsable, como sabemos, incrementa la vulnerabilidad y el sufrimiento de las mujeres, quienes no pueden –ni quieren– rechazar las exigencias de la maternidad y se ven obligadas a hacerse cargo de la crianza y del sustento económico al cien por ciento. La conciencia de esta obligación en un contexto de inequidades de género, y de mayor precariedad laboral de las mujeres, está detrás de la postergación de separaciones o divorcios ante relaciones abusivas.

La forma en que las mujeres se liberan de las desigualdades relacionales comienza con la disposición a la ruptura y a dirigir su vida de manera autónoma. Esto es una condición para que puedan demandar o exigir a sus parejas cualquier cosa. No obstante, el margen de maniobra de romper con una relación abusiva no está garantizado en sociedades en las que no se establecen condiciones de apoyo para las mujeres en los periodos de cambio y de mayor vulnerabilidad económica. Liberarse de las metas de permanencia, del miedo al divorcio y a la separación, son cuestiones fundamentales para que las mujeres puedan negociar con mayor equidad en la vida diaria, así como superar la necesidad de celar, vigilar o controlar a sus parejas.

Anexo I. Entrevistas semiestructuradas, narrativas y emociones

El corpus de entrevistas al que se alude a lo largo del libro proviene de un proyecto colectivo ambicioso y amplio sobre la intimidad en el México contemporáneo. Este proyecto tuvo una fase cualitativa de entrevistas semiestructuradas y otra cuantitativa realizada a partir de una encuesta en dos ciudades, Guadalajara y Colima, localizadas en la región occidente de México. Este libro solamente recupera el corpus de 81 entrevistas semiestructuradas en las que se obtuvieron narrativas autobiográficas de distintas etapas y momentos a lo largo de las relaciones de pareja de los entrevistados. De este corpus, solamente se seleccionaron los fragmentos que evocaron experiencias de celos o infidelidades que emergieron en preguntas generales sobre conflictos o secretos en la relación de pareja, con excepción del tema de la infidelidad que si formó parte de la guía de entrevista de manera directa.

Las entrevistas semiestructuradas sirvieron para estimular a nuestros entrevistados a contar historias breves o micro narraciones sobre acontecimientos o episodios importantes de sus relaciones de pareja y vidas íntimas. En estas narrativas los participantes en la investigación no solo describieron secuencias iniciales, medias y finales asociadas con determinados episodios, sino también hicieron evaluaciones morales prácticas sobre sí mismos y sobre otros agentes participantes. Estas evaluaciones son prácticas, porque no necesariamente se expresan discursivamente

y de manera directa y llana, sino a través de las emociones que están implicadas, las atribuciones de responsabilidades o merecimientos y las lecciones tácitas propias de los finales de sus historias.

Los testimonios recabados en las entrevistas semiestructuradas fueron la fuente principal para ponderar cómo las vivencias personales están marcadas por interpretaciones socioculturales y por procesos sociales más amplios. En ellos, se pudo observar la impronta de formas institucionalizadas de narrar el amor y sus vicisitudes, de ideales y anti-ideales de pareja, de normas de comportamiento y emocionales, así como fenómenos de desigualdades emocionales (p. ej. en torno al dolor, los celos y el placer sexual), refugios, disidencias, disonancias que expresan posiciones morales. Estas posiciones contribuyen a establecer responsabilidades o merecimientos y a justificar o criticar lo vivido. Así mismo nos permiten acceder a lo declarable o a lo que no se puede decir/contar, lo justificable o lo criticable, lo permitido o lo prohibido, de la vida en pareja, en narraciones cotidianas.

Las emociones son rutas claves para acceder a la jerarquía de significados en torno a objetos sociales, así como para descubrir inequidades o desigualdades. Son indicadores de relevancia o de implicación personal frente a significados y experiencias (Rodríguez, 2008), así como de jerarquías en los espacios sociales y las interacciones cotidianas (Clark, 1990). Por otra parte, una de las variables más importantes para comprender las emociones en las relaciones de pareja es el género. Ser hombre o mujer afecta las normas emocionales que legitiman lo que se puede sentir y expresar. En este sentido, las emociones hacen patentes las relaciones de poder en la vida cotidiana, las oposiciones y resistencias que contribuyen a los cambios en las parejas en la escala microsocial con efectos en el largo plazo en las escalas macrosociales.

Lo anterior se sustenta en una visión teórica que conecta narraciones, emociones y moral cotidiana. Como ha planteado Riessman, en la investigación de narrativas se puede observar cómo los informantes imponen orden al flujo de la experiencia para dar sentido a los eventos y acciones en sus vidas (1993, p. 2). Sin embargo, la narración de historias

personales pone en juego recursos lingüísticos y culturales en aras de ponderar moralmente a los actores implicados, individuales y colectivos. De modo que las narraciones más que describir "lo realmente vivido" implican "interpretaciones culturalmente modeladas" que resultan de interacciones complejas entre las vivencias reales y las formas culturales disponibles para reconstruir el pasado, hablar sobre el presente y el futuro. Las historias, como sucede en múltiples situaciones de la vida cotidiana, son susceptibles de ser contadas, adaptadas y transformadas para construir una imagen de sí mismo que permita dar coherencia a las discontinuidades o anomalías de vida (Bruner, Bruner y Weisser, McAdams, Bourdieu, citados por Rodríguez, 2009. p. 85).

Las narraciones en general, incluyendo las episódicas y autobiográficas, cumplen funciones morales más o menos explícitas. Según Gergen (1996) las autonarraciones, "son instrumentos lingüísticos empleados en las relaciones para sostener, intensificar o impedir ciertas formas de acción", son recursos culturales que cumplen con propósitos sociales como la "autoidentificación", la "autocrítica" y la "solidificación social" (p. 234). Por esta razón, analizar narraciones equivale no solo a observar qué ha ocurrido sino también su ponderación moral.

De acuerdo con Rosenwalg y Ochberg (citados por Gergen, 1996): "El modo en que los individuos recuentan sus historias, aquello que recalcan u omiten, su posición como protagonistas o víctimas, la relación que el relato establece entre el que cuenta y el público, todo ello moldea lo que los individuos pueden declarar de sus propias vidas".

En este sentido, las narraciones no son neutrales ni carentes de intencionalidad. Se realizan desde una posición personal, con propósitos concretos y bajo interacciones sociales específicas. De aquí que lo planteado por Jerome Bruner (1990, p. 65) es fundamental para comprender el estatus de estas narrativas:

> las historias tienen inevitablemente una voz narrativa: los acontecimientos se contemplan a través de un conjunto peculiar de prismas personales. Y, sobre todo, cuando las historias adoptan la forma, como sucede tan a

> menudo (…), de justificaciones o "excusas ", su tono retórico es evidente. (…) Las historias, por consiguiente, son instrumentos especialmente indicados para la negociación social. Y su *status*, aun cuando se consideren historias "veraces", permanece siempre en un terreno a medio camino entre lo real y lo imaginario.

Las micronarraciones que hemos obtenido dentro de las entrevistas, en consecuencia, deben entenderse como algo que solo pudo surgir en la interacción entre entrevistado y entrevistador y bajo los prismas personales, con interés en la defensa del yo, y bajo acervos culturales en conflicto sobre lo que significan el amor, el dolor o sufrimiento, el sexo, los celos, los engaños, las rupturas y muchos otros tópicos en las relaciones de pareja.

Anexo II. La muestra cualitativa

La muestra cualitativa estuvo integrada por hombres y mujeres adultas heterosexuales con experiencia actual o pasada en historias de pareja establecidas. Se consideraron tres grupos de edad, adultos jóvenes (32-49 años), medios (50-64 años) y mayores (65 años y más), y tres niveles socioeconómicos, nivel bajo, nivel medio y nivel medio alto. En la Tabla 1, se observa cómo se distribuyeron las y los entrevistados en función de las variables centrales del proyecto, nivel socioeconómico, generación y sexo, detallando el número de informantes de cada subgrupo e incluyendo el pseudónimo de los entrevistados:

Tabla 1. Distribución de la muestra cualitativa de entrevistados según sexo, niveles socioeconómicos y grupos de edad

NSE/Sexo		Grupos de edad			Total
		50-64 años	65 años y más	32-49 años	
Bajo	Mujer	7 (Armida, Celia, Ana, Lucía, Marcela, Patricia, Saidi)	5 (Minerva, Paula, Andrea, Lourdes, Mica)	5 (Leonor, Teresa, Eunice, Laura Mariana)	17
	Hombre	5 (Demián, Rogelio, Arturo, Oscar, Pedro)	4 (Benito, Octavio, Andrés, Servando)	3 (Fabián, Félix, Sergio)	12
	Total	12	9	8	29
Medio	Mujer	4 (Aurora, Fabiola, Lena, María)	4 (Yolanda, Citlali, Marina, Sofía)	6 (Fátima, Luisa, Otilia,Fernanda, Jimena, Lorena)	14
	Hombre	4 (Daniel, Tobías, Ariel, Héctor)	4 (Braulio, Saúl, Javier, Joel)	4 (Julián, Sixto, Misael, Artemio)	12
	Total	9	8	10	26
Medio Alto	Mujer	5 (Isadora, Viviana, Alejandra, Berenice, Carolina)	4 (Mirna, María José, Romina, Rosa)	6 (Delia, Raquel, Lilia, Magdalena, Mónica, Olivia)	15
	Hombre	4 (Augusto, Jonás, Juan. Pablo)	5 (Gamaliel, Jeremías, Mauricio, Martín, Tenzin)	2 (Gilberto, Ramiro)	11
	Total	9	9	8	26

Total	Mujer	16	13	17	46
	Hombre	13	13	9	35
	Total	29	26	26	81

Como se puede ver en la Tabla 2, la mayor parte de los entrevistados estaban principalmente casados (48.1%), unidos (6.2%) o en una segunda o tercera unión (6.2%). En conjunto, 6 de cada 10 entrevistados tenían una pareja establecida, en cualquier modalidad. En segundo término, tenemos a los entrevistados divorciados (14.8%), separados (6.2%) o en proceso de divorcio (2.5%) y viudos (11.1%), que juntos representan poco más de 3 de cada 10 sujetos de la muestra cualitativa. En tercer término, están las personas solteras (4.9%) con relaciones de varios años. En conjunto podemos decir que la muestra cualitativa contempló sobre todo a personas con experiencia en parejas establecidas, actuales o pasadas, abarcando a poco más de 9 de cada 10 de los entrevistados.

Tabla 2. Distribución de la muestra cualitativa de entrevistados por ciudad, por sexo y estado civil (porcentajes y frecuencias)

	Colima		Guadalajara		Total
Estado civil	Mujeres % (f)	Hombres % (f)	Mujeres % (f)	Hombres % (f)	Todos % (f)
Casada/o	41.2 (7)	60 (9)	48.3 (14)	45 (9)	48.1 (39)
Divorciada/o	17.6 (3)	13.3 (2)	17.2 (5)	10 (2)	14.8 (12)
Viudo/a	17.6 (3)	--	10.3 (3)	15 (3)	11.1 (9)
Soltero/a	--	6.7 (1)	6.9 (2)	5 (1)	4.9 (4)
Segunda o tercera unión	5.9 (1)	13.3 (2)	3.4% (1)	5 (1)	6.2 (5)
Unión libre	5.9 (1)	6.7 (1)	3.4 (1)	10 (2)	6.2 (5)
Separado/a	5.9 (1)	--	6.9 (2)	10 (2)	6.2 (5)
En proceso de divorcio	5.9 (1)	--	3.4 (1)	--	2.5 (2)
	100 (17)	100 (15)	100 (29)	100 (20)	100 (81)

La mayor parte de los entrevistados fueron económicamente activos, aunque podemos encontrar diferencias por género en la distribución por ocupaciones. En el grupo de mujeres encontramos algunas mujeres dedicadas exclusivamente al hogar, así como mujeres en empleos de más bajo estatus que el de los hombres. En la Tabla 3, se puede observar que la mayoría de las mujeres al momento de la entrevista eran económicamente activas (73.9%) frente a un menor número de inactivas económicamente (26.1%). En el grupo de económicamente activas encontramos ocupaciones diversas: Trabajadoras domésticas (7), Empleadas en iniciativa privada o de gobierno (8), Empresarias o propietarias de negocios (5), Profesionistas (5), Trabajadoras independientes (4) y Académicas (3). En el segundo grupo de inactivas económicamente, fueron Amas de casa (6), Jubiladas (4) o Retiradas (1) o Estudiantes (1). Por otra parte, casi todos los varones manifestaron ocupaciones remuneradas o ser económicamente activos (82.9%), con excepción de los jubilados y retirados (17.1%). Sus ocupaciones fueron empresario o propietario de negocio (7), Profesionista (7), Académico (6), Trabajador independiente (4), Empleado (3), Artista (1), y Trabajador manual (1).

Tabla 3. Distribución de la muestra cualitativa por condición de actividad y sexo

Condición de actividad	Mujeres % (f)	Hombres % (f)	Todos
Económicamente Activos	73.9 (34)	82.9 (29)	77.8 (63)
Sin actividad económica (amas de casa, jubilad@s, retirad@s, estudiantes)	26.1 (12)	17.1 (6)	22.2 (18)
	100 (46)	100 (35)	100 (81)

En el conjunto de informantes predominaron personas de escolaridad alta o muy alta, seguidos por los de escolaridad baja y media. Esto como consecuencia del uso de la técnica de la bola nieve para la nominación

de posibles sujetos de entrevistas. La Tabla 4 muestra la distribución de las y los entrevistados por el último nivel de escolaridad alcanzado. Las mujeres amas de casa y las trabajadoras domésticas fueron quienes tendieron hacia una escolaridad baja o media y quienes ocuparon las posiciones de más baja jerarquía económica.

Tabla 4. Distribución de la muestra cualitativa por escolaridad y sexo

Niveles de escolaridad	Mujeres % (f)	Hombres % (f)	Todos
Escolaridad baja (primaria o secundaria incompletas o completas)	32.6% (15)	25.7% (9)	29.6% (24)
Escolaridad media (carrera técnica o bachillerato completos o incompletos)	6.5% (3)	14.3% (5)	9.9% (8)
Escolaridad alta (licenciatura completa o incompleta)	41.3% (19)	34.3% (12)	33.3% (31)
Escolaridad muy alta (posgrado completo o incompleto)	19.6% (9)	25.7% (9)	22.2% (18)
	100 (46)	100 (35)	100 (81)

La selección de fragmentos narrativos

La selección de fragmentos de entrevistas que retomaran experiencias de celos románticos, o en su caso de extraconyugalidad o infidelidad, supuso la lectura del total de las entrevistas. Conviene aclarar que el tópico de los celos, presenciales y digitales, no fue un tema contemplado explícitamente en la guía de entrevista, sino que más bien fue un tema emergente ante preguntas abiertas sobre los conflictos, infidelidades, la violencia o los secretos en la pareja. Estas preguntas tienen la cualidad de que son abiertas y permiten a los entrevistados focalizar la atención en la experiencia que les resulte relevante de manera espontánea y no en la que postulen los investigadores. Cuando sobresalieron en las entrevistas, se volvieron parte de la conversación con gran detalle.

En contraste, los temas de la extraconyugalidad y la infidelidad sí formaron parte de la guía de entrevista, explorando estas experiencias desde la perspectiva de ser ejecutores o haber sido los receptores de estas prácticas. De acuerdo con esto, el balance empírico que presento sobre creencias, emociones y comportamientos asociados con los celos e infidelidades, retoma una revisión minuciosa del total del corpus.

Con el total de las entrevistas transcritas, se registraron todos los fragmentos narrativos que evocaran una experiencia de celos, extraconyugalidad o infidelidad. Con respecto a los celos se conformó un corpus de análisis compuesto por numerosos segmentos narrativos de extensión variable, aportados por 33 entrevistados que espontáneamente trataron el tema de los celos (de los cuales 23 fueron mujeres y 10 varones; 16 fueron adultos jóvenes, 9 adultos medios y 8 adultos mayores). En el resto de las entrevistas, los celos no fueron postulados de formas explícitas (ver Tabla 5). Esto equivale a que 48 entrevistados (23 mujeres y 25 hombres) de un total de 81 no narraron experiencias que explicitaran la palabra celos y sus derivados. Este dato puede interpretarse en el sentido de que las experiencias de celos son más significativas para las mujeres que para los hombres, aunque esta oscila entre la experiencia como sujeto de los celos o como destinatario de los mismos.

Tabla 5. Entrevistados que narraron episodios de celos, por sexo, grupos de edad y niveles socioeconómicos

NSE/Sexo		Grupos de edad			Total
		32-49 años	50-64 años	65 años y más	
Bajo	Mujer	3 (Ana, Marcela, Saidi)	3 (Minerva, Paula, Mica)	2 (Laura Mariana)	8
	Hombre	3 (Demián, Rogelio, Pedro)	1 (Servando)	1 (Sergio)	5
	Total	6	4	3	13
Medio	Mujer	4 (Aurora, Fabiola, Lena, María)	1 (Citlali)	2 (Otilia Jimena)	7
	Hombre	1 (Daniel)	1 (Saúl)	1 (Julián)	3
	Total	5	2	3	10
Medio Alto	Mujer	3 (Isadora, Viviana, Alejandra)	3 (Mirna, María José, Romina)	2 (Raquel, Mónica)	8
	Hombre	2 (Augusto, Jonás)	-	-	2
	Total	5	3	2	10
Total	Mujer	10	7	6	23
	Hombre	6	2	2	10
	Total	16	9	8	33

En lo que corresponde a los testimonios propios sobre extraconyugalidad e infidelidades, estos fueron aportados por 37 de los 81 entrevistados. De estos, 22 fueron de mujeres y 15 hombres; 15 adultos jóvenes, 12 adultos medios y 10 adultos mayores (ver Tabla 6). El valor de estos testimonios es que narran lo vivido, sea en la posición de quien ha sido infiel, o a quien le han sido infiel, o en ambas. En lo general, en esta selección de fragmentos de entrevistas se priorizaron los relatos con episodios vividos, más que los que referían opiniones, percepciones o experiencias de otras personas ajenas a la relación. De esta manera garantizamos que los relatos fueran de personas en relaciones establecidas y con alta implicación en estos asuntos. Esto es importante porque los estudios sobre infidelidad generalmente se hacen sobre escenarios hipotéticos y con poblaciones que pueden o no estar implicadas en estos fenómenos.

Tabla 6. Entrevistados que narraron episodios de infidelidad, por sexo, grupos de edad y niveles socioeconómicos

NSE/Sexo		Grupos de edad			Total
		32-49 años	50-64 años	65 años y más	
Bajo	Mujer	5 (Armida, Ana, Lucía, Patricia, Saidi)	3 (Minerva, Paula, Mica)	3 (Eunice, Laura Mariana)	11
	Hombre	1 (Arturo)	2 (Benito, Andrés)	-	3
	Total	6	5	3	14
Medio	Mujer	2 (Aurora, María)	1 (Sofía)	4 (Fátima, Otilia, Jimena, Lorena)	7
	Hombre	2 (Tobías, Héctor)	2 (Javier, Joel)	1 (Julián)	5
	Total	4	3	5	12
Medio Alto	Mujer	1 (Berenice)	2 (María José, Romina, Rosa)	1 (Mónica)	4
	Hombre	4 (Augusto, Jonás, Juan, Pablo)	2 (Martín, Tenzin)	1 (Gilberto)	7
	Total	5	4	2	11
Total	Mujer	8	6	8	22
	Hombre	7	6	2	15
	Total	15	12	10	37

Bibliografía

Andersen, P. A., Eloy, S. V., Guerrero, L. K. y Spitzberg, B. H. (1995). Romantic jealousy and relational satisfaction: A look at the impact of jealousy experience and expression. *Communication Reports, 8*(2), 77-85. https://doi.org/10.1080/08934219509367613

Andrejevic, M. (2004). The work of watching one another: lateral surveillance, risk, and governance. *Surveillance & Society.* 'People Watching People? (ed. Wood), 2(4), 479-497.

Baker, C. K. y Carreño, P. K. (2015). Understanding the Role of Technology in Adolescent Dating and Dating Violence. *Journal of Child and Family Studies, 25*(1), 308-320, doi:10.1007/s10826-015-0196-5

Barassi, V. (2020). Datafied times: Surveillance capitalism, data technologies and the social construction of time in family life. *New Media & Society, 22*(9), 1545-1560. doi:10.1177/1461444820913573

Barbalet, J. (1998). *Emotion, Social Theory, and Social Structure: A Macrosociological Approach*. Cambridge: Cambridge University Press. doi: 10.1017/CBO9780511488740

Bauman, Z. (2003). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas formas de la relación amorosa.* Barcelona: Paidós-El Roure.

Ben-Ze'ev, A. (2004). *Love online. Emotions on internet.* Cambridge, Cambridge University Press.

_____. (2010). Jealousy and Romantic Love. En S. L. Hart y M. Legerstee (eds.), *Handbook of Jealousy: Theory, Research, and Multidisciplinary Approaches*, (pp. 39-54), Blackwell.

Ben-Ze'ev, A., y Brunning, L. (2018). How complex is your love? The case of romantic compromises and polyamory. *Journal for the Theory of Social Behaviour, 48*(1), 98-116. https://doi.org/10.1111/jtsb.12156

Bericat, E. (2016). The sociology of emotions: Four decades of progress. *Current Sociology,* 64(3), 491-513. https://doi.org/10.1177/0011392115588355

_____. (2018). *Excluidos de la felicidad.* CIS-Centro de Investigaciones Sociológicas. https://public.ebookcentral.proquest.com/choice/publicfullrecord.aspx?p=5486382

Bevan, J. L. (2003). *Intrapersonal consequences of anothers jealousy expression: toward a reaction model of jealosy in close relationships.* A dissertation submitted to the graduate Faculty of The University of Georgia in Partial Fulfillment of the requieremens for the degree Doctor of Pshilosophy, Atenas, Georgia, disponible en: https://getd.libs.uga.edu/pdfs/bevan_jennifer_l_200305_phd.pdf

_____. (2015). En C. R. Berger, M. E. Roloff, S.R. Wilson, J. P. Dillard, J. Caughlin y D. Solomon (eds.). *The International Encyclopedia of Interpersonal Communication* (eds.), John Wiley & Sons. doi:10.1002/9781118540190.wbeic214

_____. (2017). Liking, creeping, and password sharing: Romantic jealousy experience and expression on social media. En N. Punyanunt-Carter y J. S. Wrench (Eds.), *The Impact of Social Media in Modern Romantic Relationships* (pp. 163-180). Lanham, MD: Lexington Books.

Birnbaum, D. W. (1983). Preschoolers' Stereotypes about Sex Differences in Emotionality: A Reaffirmation. *The Journal of Genetic Psychology, 143*(1), 139-140. https://doi.org/10.1080/00221325.1983.10533542

Branaman, A. (2003). Interaction and Hierarchy in Everyday Life. Goffman and beyond. En A. Javier Treviño (ed.). *Goffman's Legacy* (pp. 86-126), Rowman & Littlefield Publishers.

_____. (2010). The Protean Goffman. En M. J. Jacobsen (comp.) *Contemporary Goffman,* (pp. 232-253), Routledge.

Brem, M. J., Spiller, L.C. y Vandehey, L. C. (2015). "Online Mate-Retention Tactics on Facebook Are Associated with Relationship Aggression". *Journal of Interpersonal Violence, 30*(16), 2831-2850. doi:10.1177/0886260514554286

Bruner, J. (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva.* Madrid: Alianza Editorial.

Budgeon, S. (2008). Couple culture and the production of singleness. *Sexualities, 11*(3), 301-325 DOI: 10.1177/1363460708089422

Buss D. M. (2019). *Evolutionary psychology: The new science of the mind*, 6th ed., Boston, Allyn & Bacon.

Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Cacho, L. (2014). *Sexo y amor en tiempos de crisis.* Editorial Grijalbo: México.

Carter, Z. A. (2016). "Married and Previously Married Men and Women's Perceptions of Communication on Facebook with the Opposite Sex: How Communicating Through Facebook Can Be Damaging to Marriages". *Journal of Divorce & Remarriage, 57*(1), 36-55. doi:10.1080/10502556.2015.1113816

Carter, J., y Arocha, L. (2020). *Romantic relationships in a time of 'cold intimacies.* Cham: Palgrave Macmillan.

Carter, J. y Smith, D. (2020). The transformation of love? Choice, Emotional Rationality and Wedding Gifts. En: J. Carter y L. Arocha (ed). *Romantic relationships in a time of 'cold intimacies* (pp. 57-78), Palgrave Macmillan.

Carter, J., Duncan, S., Stoilova, M. y Phillips, M. (2015). Sex, Love and Security: Accounts of Distance and Commitment in Living Apart Together Relationships. *Sociology, 50*(3), 576-593.

Castillo S., A. G. (2014). El papel de la familia en las dinámicas de vida de jóvenes madres estudiantes de nivel superior. *Géneros Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, *21*(14), 37-55.

Cervantes, F. y Rodríguez, T. (2022). El discurso psicológico en narrativas autobiográficas de jóvenes y adultos sobre relaciones amorosas. En: Z. Rodríguez y T. Rodríguez (coords.). *Parejas contemporáneas. De los arreglos tradicionales a las relaciones abiertas, la responsabilidad afectiva, el tinder y el sugar dating* (pp. 167-202), Universidad de Guadalajara.

Clanton, G. (1996). A sociology of jealousy. *International Journal of Sociology and Social Policy, 16*(9/10), 171-189. doi:10.1108/eb013274

Clark, C. (1990). Emotions and Micropolitics in Everyday Life: Some Patterns and Paradoxes of "Place". En T. D. Kemper (ed). Research Agendas in the Sociology of Emotions (pp. 305-33), State University of New York Press.

Collignon, M. M. (2011). Discursos sociales sobre la sexualidad: Narrativas sobre la diversidad sexual y prácticas de resistencia. *Comunicación y sociedad*, 16, Nueva Época, 133-160. https://doi.org/10.32870/cys.v0i16.1118

Coontz, S. (2006). *Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio.* Barcelona: Gedisa.

Crawford, K. (2009). These Foolish Things: On Intimacy and Insignificance in Mobile Media. En G. Goggin y L. Hjorth. *Mobile Technologies: From Telecommunications to Media* (pp. 252-265), Routledge.

Demirtaş-Madran, H. (2018). Relationship among Facebook jealousy, aggression, and personal and relationship variables. *Behaviour and Information Technology, 37*(5), 462-472. doi: https://doi.org/10.1080/0144929X.2018.1451919

Dijkstra P., Barelds D. P., Groothof, H. A. (2013). Jealousy in response to online and offline infidelity: the role of sex and sexual orientation. *Scand J Psychol, 54*(4), 328-36. doi: 10.1111/sjop.12055. Epub 2013 May 20. PMID: 23682617.

Docan-Morgan, T. y Docan, M. (2007). "Internet infidelity: double standards and the differing views of women and men." *Communication Quarterly, 55*(3), 317-342. doi:10.1080/01463370701492519

Elias, N. (1982). *Sociología fundamental.* Barcelona: Gedisa.

Elphinston, R. A. y Noller, P. (2011). Time to face it! Facebook intrusion and the implications for romantic jealousy and relationship satisfaction. *Cyberpsychology, Behavior And Social Networking, 14*(11), 631-635. doi:10.1089/cyber.2010.0318

Elster, J. (2002). *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones.* Barcelona: Paidós.

Esteban, M. L. (2011). *Crítica del pensamiento amoroso.* Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Esteinou, R. (2009) "Las relaciones de pareja en el México moderno", *Revista Casa del tiempo*, no. 26-27, México, 65-75.

Evans, M. (2003). *Love. An unromantic discussion.* Cambridge: Polity Press.

Floridi, L. (2015). *The online manifesto. Being human in a hyperconnected era.* Springer Open.

Foucault, M. (1986). *Historia de la sexualidad* (vol. 2). *El uso de los placeres.* Ciudad de México: Siglo xxi.

Gallucc, M. J. (2012). Estilo directo e indirecto en interacciones orales: Estado de la cuestión en el ámbito hispánico. *Boletín de Filología, 47*(2), 205-233. https://doi.org/10.4067/S0718-93032012000200008

García, M. C. (2021). "Entre la familia y el amor: tensiones de género entre los amantes". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 175*(47-62).

Gergen, Kenneth (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social.* Barcelona: Paidós.

Giddens, A. (1998). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas.* Madrid: Ediciones Cátedra, 2da edición.

Gil, A. (1999). *Aproximación a una teoría de la afectividad.* Tesis doctoral de la Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en: https://www.tdx.cat/handle/10803/5454;jsessionid=ACC1905DA659175CB2910913A4E431DE.tdx2#page=1

Goffman, E. (1989). *La presentación de la persona en la vida cotidiana.* Buenos Aires: Amorrortu.

Gómez Cruz, E. (2022). *Tecnologías vitales. Pensar las culturas digitales desde Latinoamérica.* Universidad Panamericana, campus México, Puerta Abierta Editores.

Gregg, M. (2011). *Work's intimacy.* Cambridge: Polity Press.

_____. (2013). "Spouse-busting: Intimacy, adultery, and surveillance technology". *Surveillance & Society, 11*(3), 301-310. http://www.surveillance-and-society.org

Guevara, E. (2005). Intimidad y modernidad: precisiones conceptuales y su pertinencia para el caso de México. *Estudios Sociológicos, 23*(69), 857-877.

Haag, P. (2013). *Matrimonio confidencial.* Barcelona: Ediciones B.

Hampton, K. N. (2016). Persistent and Pervasive Community: New Communication Technologies and the Future of Community. *American Behavioral Scientist, 60*(1), 101-124. https://doi.org/10.1177/0002764215601714

Hertlein, K. y Piercy, F. (2006). "Internet Infidelity: A Critical Review of the Literature". *The Family Journal, 14*(4), 366-371. doi: 10.1177/1066480706290508.

Hochschild, A. (1979). Emotion work, feeling rules and social structure. En *The American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575, University of Chicago Press.

_____. (1975). The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities. *Sociological Inquiry, 45*(2-3), 280-307. https://doi.org/10.1111/j.1475-682X.1975.tb00339.x

_____. (2003). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling.* California: University of California Press.

Howe, A. (2017). (Dis) Affectionate Fetishism-Dispossessed Love in Othello and Late Modernity. En A. Malinowska y M. Gratzke (eds.). *The Materiality of Love* (pp. 145-159). Routledge. https://doi.org/10.4324/9781315228631-11

Humphreys, L. (2018). *The Qualified Self, Social Mediaand the Accounting of Everyday Life.* Cambridge, MA: MIT Press.

Hupka, R. (1981). Cultural determinants of jealousy. *Alternative lifesyles, 4*(3), 310-356.

_____. (1984). Jealousy: compound emotion or label for a particular situation? *Motivation and Emotion, 8*(2), 141-154.

Illouz, E. (1997). *Consuming the romantic utopía: love and the cultural contradictions of capitalism.* California: University of California Press.

_____. (2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo.* Madrid: Katz.

_____. (2012). *Por qué duele el amor: Una explicación sociológica.* Buenos Aires: Katz.

_____. (2020). *The end of love. A sociology of negative relations.* Oxford University Press.

Jamieson, L. (2012). Intimacy as a concept: Explaining social change in the context of globalisation or another form of ethnocentricism? *Sociological Research Online, 1*(1), 133-147. Recuperado de http://www.theclarion.in/index.php/clarion/article/view/11/11

Kaufmann, J-C. (2010). *Sex@mour.* Paris: Armando Colín.

_____. (2012). *Love online.* Malden, Polity Press.

Kember, S. y Zylinska, J. (2012). *Life after new media: Mediation as a vital process.* MIT Press.

Kemper, Th. D. (2006). Power and status and the power-status theory of emotions. En J.E. Stets y J.H. Turner (eds.). *Handbook of the sociology of emotions* (pp. 87-113), Springer.

Klesse, C. (2014). Poliamor-De la promesa de amar a muchos. Un comentario sobre la posición de investigación. En A. García y O. Sabido (coords.). *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Algunas rutas del amor y la experiencia sensible en las ciencias sociales* (pp. 131-162), Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, Conacyt.

Kolehmainen, M. y Juvonen, T. (2018). Introduction: Thinking with and through affective inequalities. En T. Juvonen y M. Kolehmainen (eds). *Affective inequalities in intimate relationships* (pp. 1-16), Routledge.

Lagarde, M. (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor.* Managua: Puntos de Encuentro.

Lasén, A. (2009). Tecnologías afectivas: de cómo los teléfonos móviles participan en la constitución de subjetividades e identidades. En G. Gatti; I. Martínez de Albéniz; y B. Tejerina (eds.). *Tecnología, cultura experta e identidad del conocimiento* (pp. 215-248), Universidad de País Vasco.

_____. (2014). Mobile Sentimental Education: Attachment, Recognition, and Modulation of Intimacy. En G. Goggin, y L. Hjorth (Eds.) *The Routledge Companion to Mobile Media* (pp. 396-405), Routledge.

_____. (2014a). Remediaciones móviles de subjetividades y sujeciones en relaciones de pareja. En *Mediaciones tecnológicas. Cuerpos, afectos y subjetividades* (pp. 19-35), Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Lasén, A. y Hjorth, L. (2017). Inscribing intimacy: conceptual frames for understanding mobile media affect. En A. Serrano (ed.). *Between the public and private in mobile communication* (pp. 120-136), Routledge.

Laurier, E. (2001). Why People Say Where They are during Mobile Phone Calls. *Environment and Planning D: Society and Space, 19*(4), 485–504. https://doi.org/10.1068/d228t

Lenhart, A. (2009). "Teens and Sexting: How and why Minor teens are Sending Sexually Suggestive Nude or Nearly Nude Images Via Text Messaging", en *Pew Research Centre Report*, diciembre, recuperado de https://www.pewinternet.org/2009/ 12/15/teens-and-sexting/

Ling, R. (2006). Life in the nomos: Stress, emotional maintenance, and coordination via the mobile telephone in intact families. En A. Kavoori y N. Arceneaux (eds). *The Cell Phone Reader: Essays in Social Transformation* (pp. 61-84). Peter Lang.

Lyon, D. (2018). *The culture of surveillance: watching as a way of life.* Polity Press.

Martínez-León, N., Peña, J. Salazar, H., García, A. y Sierra, J. (2017). "Una revisión sistemática de los celos románticos en la relación de

pareja". *Terapia Psicológica 35*(2), 203-212. https://teps.cl/index.php/teps/article/view/178

McCarthy, D. (1989). Emotions are social things: An essay in the Sociology of Emotions. En D. Franks y D. McCarthy (eds.). *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers* (pp. 51-72), Jai Press Inc.

Miguel, C. (2018). *Personal relationships and intimacy in the age of social media* (eBook). Cham, Suiza: Palgrave.

Mindek, D. (2018). Individualización y transformación de la intimidad en el medio rural mexicano. Un estudio de caso enfocado en parejas conyugales. *Revista Cultura y Representaciones Sociales, 12*(24), 247-272.

Morales, M. R. (2020). *Feminicidio.* Opiniones técnicas sobre temas de relevancia general. Serie 24, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

Nehring, D. (2014). Love Matters: couple relationships among young female professionals from Mexico City. En D. Nehring, E. Alvarado y R. Esteinou (eds.). *Intimacies and Cultural Change: Perspectives on Contemporary Mexico* (pp. 107-123), Aschgate.

Núñez, F., Cantó-Milà, N. y Seebach, S. (2015). Confianza, mentira y traición: El papel de la confianza y sus sombras en las relaciones de pareja. *Sociológica* (México), 30(84), 117-142.

Núñez N., G., y Zazueta L., E. I. (2012). Modernidades e intimidad: aproximaciones conceptuales para el estudio de las transformaciones de las parejas heterosexuales en México. *Estudios sociales, 2*(353-374). Recuperado de http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41724972016

Ortony, A.; Clore, G.; y Collins, A. (1996). *La estructura cognitiva de las emociones,* Madrid: Siglo veintiuno.

Palomar, C. (2004). "Malas madres": la construcción social de la maternidad. *Debate Feminista, 30*(12-33). https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2004.30.1046

Parra, C. (2018). *"No quería decírtelo de esta manera": (Re)mediación del conflicto amoroso entre jóvenes por Messenger y Whatsapp.* Tesis para obtener el título de licenciatura en antropología social. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Pettman, D. (2018). Love materialism. Technologies of feeling in the post-material' world (An interview). En A.Malinowska y M. Gratzke (eds.). *The materiality of love. Essays on affection and cultural practice* (pp. 13-24), Routledge.

Pittman, F. S. y Wagers, T. P. (2005). "The Relationship, If Any, Between Marriage and Infidelity." *Journal of Couple & Relationship Therapy, 4*(2-3), 135-148. doi:10.1300/j398v04n02_12

Ramírez, J. C. (2020). *Mandatos de la masculinidad y emociones: hombres (des)empleados,* México: Universidad de Guadalajara/CONACYT.

Reddy, W. M. (2001). *The navigation of feeling: A framework for the history of emotions.* Cambridge: Cambridge Univ. Press.

Reidl-Martínez, L. M. (2021). *Celos y envidia: emociones humanas.* Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Rihm, A., Sharim, D., Barrientos, J., Araya, C., y Larraín, M. (2017). Subjetivas de intimidad en pareja: un dilema social contemporáneo. *Psykhe, 26*(2), 1-14. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/pdf/psykhe/v26n2/0718-2228-psykhe-26-02psykhe_26_2_1017.pdf

Riessman, C. K. (1993). *Narrative analysis.* California: Sage.

Rodríguez-Domínguez, C., Durán Segura, M. y Martínez Pecino, R. (2018). Ciberagresores en el noviazgo adolescente y su relación con la violencia psicológica, el sexismo y los celos. *Health and Addictions, 18*(1), 17-27.

Rodríguez, T.; Rodríguez, Z.; Enríquez, R.; Cuevas, A.J.; y Castillo, A.G. (2019). La intimidad en las relaciones de pareja: reflexiones conceptuales a partir de su multidimensionalidad. En A. J. Cuevas (coord.). *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación* (pp. 37-93), Juan Pablo Editores, Universidad de Guadalajara.

Rodríguez, T. (2001). *Las razones de matrimonio.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

_____. (2008). El valor de las emociones para el análisis cultural. *Papers: Revista de Sociología* (Barcelona), 87, 145-159.

_____. (2009). *Vidas deseables. Cartografías de valores y deseos en jóvenes.* Guadalajara: Editorial CUCSH-UDEG.

_____. (2017). *El amor y la pareja: nuevas rutas en las representaciones y prácticas juveniles.* Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

_____. (2018). Nuevos escenarios digitales para el cortejo, el ligue y la expresión afectiva en jóvenes urbanos en México: una exploración cualitativa. En María Immacolata Vasallo de Lopes (ed). *IBERCOM 2017. Livro de Anais. XV Congresso Ibero-Americano de Comunicacao* (pp. 2898-2908). Editorial IBERCOM, formato electrónico, Recuperado de https://www.eca.usp.br/acervo/producao-academica/002888521.pdf

_____. (2019). Internet en las relaciones de pareja establecidas: un panorama desde la investigación internacional. En A. J. Cuevas (coord.). *Intimidad y relaciones de pareja: exploraciones de un campo de investigación* (pp. 293-329), Juan Pablo Editores-Universidad de Guadalajara.

_____. (2020). La infidelidad en internet: un panorama sobre el fenómeno y su investigación. *Digithum, 25*(1-15). Universitat Oberta de Catalunya, Universidad de Antioquia, https://doi.org/10.7238/d.v0i25.3209

Rodríguez, Z. (2006). *Paradojas del amor romántico. Relaciones amorosas entre jóvenes*, Ciudad de México, Secretaría de Educación Pública/ Instituto Mexicano de la Juventud.

_____. (2010). Tránsitos amorosos juveniles. De jóvenes a jóvenes adultos: un cambio que se diluye. En: M. M. Collignon (ed.), *La vida amorosa, sexual y familiar en México: herencias, discursos y prácticas*, (pp. 73-99), ITESO/IBERO.

_____. (2022). *Sexualidad, sentimientos y emociones: un análisis generacional.* Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Rodríguez, Z. y Rodríguez, T. (2016). "El amor y las nuevas tecnologías: experiencias de comunicación y conflicto". *Comunicación y Sociedad*, núm, 25, nueva época, enero, Universidad de Guadalajara, pp. 15-41.

_____. (2022). Trabajo emocional y disonancias en las relaciones de pareja: desafíos teóricos y metodológicos. En L. Anapios y C. Hammerschmidt (eds.). *Política, afectos e identidades en América Latina* (pp. 405-428), CLACSO-CALAS.

Rojas, O. L. (2016). Mujeres, hombres y vida familiar en México. Persistencia de la inequidad de género anclada en la desigualdad social. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género, 2*(3), 73-101.

Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. *Biblioteca virtual de Ciencias Sociales* (pp. 1-59), recuperado de https://museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121gaylerubin.pdf [originalmente publicado en: C. S. Vance (comp.). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 113-190), Ed. Revolución].

Rueda, H., Megan L. y Lela, R. (2015). "'She Posted It on Facebook': Mexican American Adolescents' Experiences with Technology and Romantic Relationships Conflict". *Journal of Adolescent Research, 30* (419-445). doi:10.1177/0743558414565236.

Sabido, O. (2021). Simmel and Marx: Complementary Relational Approaches to romantic Love. A feminist Revisitarion. *Simmel Studies.* New Series, 25(2), 115-149.

Saccomano, C. (2017). "El feminicidio en América Latina: ¿vacío legal o déficit del Estado de derecho?" *Revista cidob d' Afers Internacionals*, no. 117, pp. 51-78, https://doi.org/10.24241/rcai.2017.117.3.51.

Sahni S.P. y Swasti S. (2018). Myths Associated with Internet Infidelity: Is It a Real Problem? En S. Sahni, G. Jain (Eds). *Internet Infidelity* (pp. 175-184), Springer.

Salmela, M. y von Scheve, C. (2017). Emotional roots of right-wing political populism. *Social Science Information, 56*(4), 567-595. https://doi.org/10.1177/0539018417734419

Salmela, T., Colley, A. y Häkkilä, J. (2019). Together in Bed?: Couples' Mobile Technology Use in Bed. *Proceedings of the 2019 CHI Conference on Human Factors in Computing Systems,* 1-12. https://doi.org/10.1145/3290605.3300732

Sánchez, A. R., y Solís, M. J. (2009). Las huellas de la violencia en el noviazgo: estudiantes y trayectorias escolares de la FES Acatlán. *IX Congreso Nacional de Investigación Educativa,* COMIE. Yucatán, México.

Scheinkman, M. y Werneck, D. (2010). Desactivar los celos en las relaciones de pareja: un enfoque de múltiples dimensiones. *Family Process*, 49(4), 486-504.

Scribano, A. (2007). La sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones. En A. Scribano (comp.). *Mapeando interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones* (pp. 118-142), Jorge Sarmiento Editor, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.

Serrano Puche, J. (2015). Emociones en el uso de la tecnología: un análisis de las investigaciones sobre teléfonos móviles. *Observatorio (OBS*) Journal*, 9(4), 101-112.

_____. (2016) Internet y emociones: nuevas tendencias en un campo de investigación emergente. *Comunicar, 24*(46), 19-26.

Shaw, J. (1997) Treatment Rationale for Internet Infidelity, *Journal of Sex Education and Therapy*, 22(1), 29-34, https://doi. org/10.1080/0161457. 1997.11074168

Simmel, G. "La lucha" (1927). En *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, tomo IV (pp. 9-99), Revista de Occidente.

_____. (1986). La autocondenación de los grupos sociales. En *Sociología, II. Estudios sobre las formas de socialización* (pp. 521-642), Alianza.

_____. (1986a). La cantidad de los grupos sociales, En *Sociología, I. Estudios sobre las formas de socialización* (pp. 57-146), Alianza.

Singer, I. (1999). *La naturaleza del amor. De Platón a Lutero,* tomo 1, México, Siglo XXI.

Tena, O. y Jiménez, M. L. (2014). Algunos malestares en la experiencia de los varones: ¿podemos ir reflexionando sobre sus derechos sexuales y reproductivos? En J. G. Figueroa y A. Salguero (Eds.). *Y si hablas de… de tu ser hombre?: Violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones (*pp. 331-358), El Colegio de México.

Tenorio T., N. (2012). Repensando el amor y la sexualidad: una mirada desde la segunda modernidad. *Sociológica, 27*(76), 7-52. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v27n76/v27n76a1.pdf

Tiedens, L. Z., Ellsworth, P. C., y Mesquita, B. (2000). Sentimental Stereotypes: Emotional Expectations for High-and Low-Status Group Members. *Pers Soc Psychol Bull*, 26(5), 560-575. https://doi.org/10.1177/0146167200267004

Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente.* Buenos Aires, Editorial Manantial.

Tokunaga, R. S. (2016). Interpersonal surveillance over social network sites: Applying a theory of negative relational maintenance and the investment model. *Journal of Social and Personal Relationships, 33*(2), 171-190. https://doi.org/10.1177/0265407514568749

Turner, V. (1974). *Dramas, fields and metaphors*, Ithaca, Cornell University Press. Traducción al español de Carlos Reynoso: *Dramas sociales y metáforas rituales*, versión mimeo.

van Hooff J. (2017). An everyday affair: Deciphering the sociological significance of women's attitudes towards infidelity. *The Sociological Review; 65*(4), 850-864. doi:10.1111/1467-954X.12417

Van Ouytsel, J., Van Gool, E., Walrave, M., Ponnet, K. y Peeters, E. (2016). "Exploring the Role of Social Networking Sites within Adolescent Romantic Relationships and Dating Experiences". *Computers in Human Behavior, 55*(76-86). doi:10.1016/j.chb.2015.08.042.

Vasallo, B. (2018). *Pensamiento monógamo. Terror poliamoroso.* Madrid: La oveja roja.

Vossler, A. (2016). Internet Infidelity 10 Years On: A Critical Review of the Literature. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families, 24*(4), 359-366. https://doi.org/10.1177/1066480716663191

Wajcman, J. (2006). *El Tecnofeminismo.* Madrid: Ediciones Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer.

West, C. y Fenstermaker, S. (1995). "Doing Difference." *Gender & Society*, *1*(1), 8-37.

White, G. L. (1991). Self, relationship, friends, and family: Some applications of systems theory to romantic jealousy. En P. Salovey (ed.), *The psychology of jealousy and envy* (pp. 231-251), Guilford Press.

White G. L. y Mullen P. E. (1989). *Jealousy: theory, research, and clinical strategies.* New York (NY): Guilford.

Whitty, M. (2005). The realness of cybercheating. *Social Sciences Computer Review, 23*(1), 57-67.

Yáñez, K. y Rocha, T. E. (2014). "Experiencias y significados de la infidelidad femenina". *Psicología Iberoamericana, 22*(2), 25-35. Ciudad de México, Universidad Iberoamericana.

Zelizer, V. A. (2009). *La negociación de la intimidad.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Los celos y las infidelidades: tecnologías, emociones y poder
Se terminó de editar en diciembre de 2022
en Trauco Editorial
Camino Real a Colima 285-56 Antares 1
Tlaquepaque, Jalisco, México
Tiraje: 1 ejemplar

Corrección y diagramación: Trauco Editorial

Este libro trata sobre experiencias de celos e infidelidades en parejas heterosexuales urbanas que se analizan desde premisas claves de la sociología de las emociones y considerando la impronta del mundo onlife que habitamos. Ese mundo hiperconectado, en el que las relaciones y las prácticas fluyen a través de tecnologías incorporadas en la vida cotidiana y hacen emerger nuevos retos para la apertura, mantenimiento o disolución de vínculos afectivos y sexuales, normativos y contra normativos.

Los celos y las infidelidades, con o sin mediaciones tecnológicas, son una ventana a la intimidad de la vida en pareja que permite reconocer regulaciones, trasgresiones, desequilibrios de poder y desigualdades emocionales. De igual manera nos permiten adentrarnos a las permanencias, cambios y luchas que se viven al interior de la vida en pareja en las que se ponen en juego los sedimentos y críticas del amor romántico, las desigualdades de género, el sistema de la monogamia y las nociones de fidelidad, engaño, traición o secretos, así como los derechos sexuales y reproductivos, entre otros aspectos.

Cartografiar y analizar narrativas de celos e infidelidades ha sido clave para reconstruir un mapa político sobre cuándo determinadas experiencias denotan poder y cuando impotencia, cuando pueden ser controladas o son irremediables, cuando generan vergüenza y cuando honor, cuando causan más o menos dolor o sufrimiento, y cómo están estratificadas en función del género y la generación. Así mismo las narrativas sobre estos tópicos coadyuvaron para mapear cómo las tecnologías afectivas están contribuyendo a la diversificación de formas en que las personas se encuentran y desencuentran afectiva y sexualmente.

CUCSH
CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

intimidad & emociones

ISBN 978 607 571 772-2
9 786075 717722